



AUTÓNOMA DE NUEVA
GENERAL DE BIBLIOTECAS

LAMARTINE

CURSO
DE
LITERATURA

TOMO II

PN542

.35

L3

v.2

R. C.

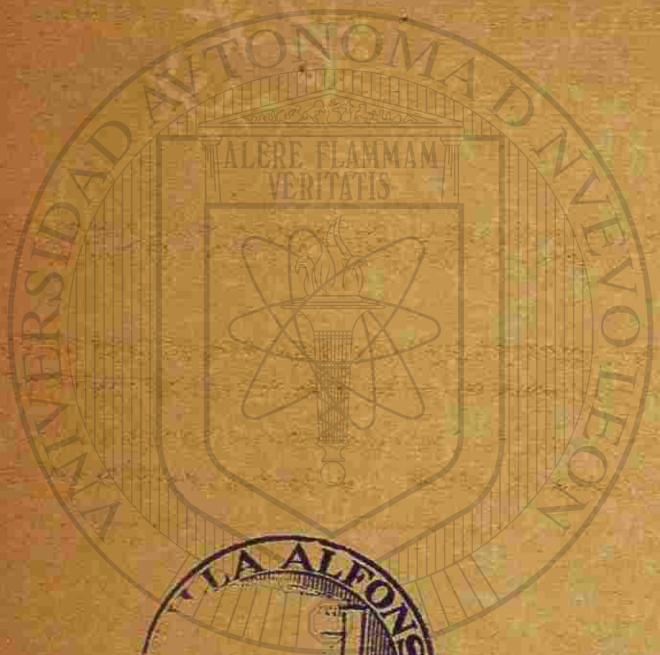


1020025923



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



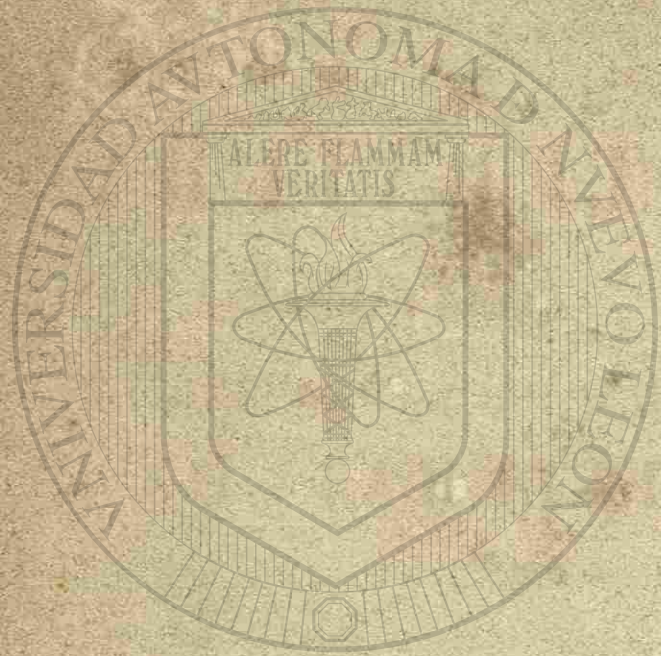
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA



CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

POR

M. A. DE LAMARTINE

TRADUCCION

DE D. J. BERMUDEZ DE CASTRO

Adornado con el retrato del Autor

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARIS

MORIZOT, LIBRERO-EDITOR

3, CALLE PAVÉE-SAINT-ANDRÉ

1857

El editor se reserva el derecho de la reproducción en el extranjero

Paris. — Imprenta de P.-A. BOURDIER et Co, calle Mazarine, 30.

099494

31397

860
L

PM 542
35
L3
V.2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

CONVERSACION SÉPTIMA

I

Interrumpamos un momento nuestra exposición literaria, para responder á ese denigramiento sistemático, á esa ojeriza impotente que en todos tiempos fermenta en las medianías, prontas á acusar de esterilidad y decadencia á todo tiempo y nación. Seguramente creemos haber dado suficientes pruebas de nuestra admiración casi filial por la antigüedad, admiración que no verán mermar nuestros lectores al tratarse de la literatura de la China, ni desmentirán nuestras páginas relativas á la Persia, Grecia y Roma, para poder igualmente confesar sin rebozo el culto que profesamos, en lo concerniente á la inmortalidad é inteligencia, por la época actual y la venidera.

II

El espíritu humano no asciende de un modo eternamente progresivo y ascensional, como lo sostiene contra nosotros y contra la evidencia, un amigo literario en una serie de brillantes artículos. Pero la inteligencia, como toda cosa humana, no está sujeta á eclipse permanente. A la manera del astro de la luz material que lo simboliza, el espíritu humano tiene crepúsculos, auroras, meridianos, declinaciones, en una palabra días y noches, pero no días eternos y noches eternas. Eternamente viejo y eternamente joven, su caducidad le impide confundirse con la divinidad á la cual nunca llegará á igualar, ciñéndose á ser á la vez su artefacto y el artifice de su creacion. Tal es el error de esos Guebrós modernos del fuego intelectual, que juzgan inextinguible y cada vez mas intenso. Mis antiguos compañeros me excusarán si no abrazo la opinion que tan calurosamente defienden, pues si la amistad nos obliga á vivir con el mismo corazon, no nos impone empero el deber de abrigar cada noche el mismo sueño.

III

Por otra parte esa juventud eterna de la inteligencia, renovada de generacion en generacion y de raza

en raza, le impide caer en esa desconfianza de sus propias fuerzas, en ese denigramiento del tiempo presente, error tan comun, si bien menos noble que el sueño del progreso continuo é ilimitado en la tierra. A la misma voluntad que crió el día y la noche para el globo terrestre, plugo establecer un juego análogo de luz y tinieblas que sucesivamente envuelven á la prole humana. El mundo tuvo necesariamente un principio, y esta verdad la reconocen M. Pelletan y sus amigos; pero lo que deseáramos saber de estos señores, es si el origen de nuestro planeta coincidió con un día ó con una noche. En nuestro concepto comenzó por una aurora, y bajo este punto de vista diferimos completamente de los citados filósofos, si bien juzgamos la averiguacion de semejante enigma vana y pueril..... Hay otra cuestion que nos parece mas interesante: ¿cuál presidió al origen de nuestro linage, la estupidez ó la inteligencia? Por nuestra parte nos pronunciamos por la segunda alternativa, y no titubeamos en declarar la tesis del dominio del gusto é imaginacion..... Pero hay otro problema cuya solucion compete á la naturaleza, á la historia y á la evidencia; y es saber si el espíritu humano ha marchado sin cesar, sin decadencia, sin vicisitud, sin caída, sin recaída, sin eclipse; en una palabra si la humanidad progresa de un modo perenne y sin solucion de continuidad. Desgraciadamente para los que abogan por semejante tesis, la naturaleza, la historia y la evidencia responden mostrándonos el desmorona-

miento perpétuo y renacimiento incesante de todas las cosas humanas, flujo y reflujo continuos, incesante vaiven contra el cual se estrellan los dorados sueños de los filósofos que sostienen la perfección indefinida y continuo acrecentamiento de dicha en este mundo que pisamos. También la escala de Jacob era un sueño halagüeño sobremanera, pero para subir era necesario estar dormido; y además á esta misteriosa escala faltaba afortunadamente la grada conducente de lo finito á lo infinito. ¡ Dichosos los hombres que creen haberla vuelto á hallar, pues por nuestra parte continuamos al pié del gigantesco edificio, bien convencidos de que se apoya en lo vago y que en su cima habita el vértigo que la razón arremolina!

IV

Pero si ni por asomo damos asenso á un progreso continuo é ilimitado incumbente á una criatura tan precaria y finita como lo es el hombre en esta tierra, tampoco creemos en esas decadencias irremediables, en esa extenuación orgánica antes del tiempo debido.

Todos los días oímos ó leemos estas ú otras palabras equivalentes: « ¿Cómo podeis emprender una obra de alta crítica literaria en un siglo y un país desprovistos de literatura, en una nación viuda de descollantes ingenios y agotada por dos

« siglos de fecundidad maravillosa? ¿Cómo podeis
« tomar la pluma en una época en que la decadencia
« intelectual y moral marcha en razón inversa del
« progreso material é industrial, en una época en
« que todo se materializa y se petrifica á fuerza de
« mirar la piedra, el hierro, el algodón, en mengua
« y desprecio de las ideas? ¿No veis que el nivel de la
« inteligencia en Europa baja á proporción que esta
« inteligencia se difunde en las masas y se concentra
« menos en las partes culminantes? Los
« valles se hallan mas luminosos, pero mas oscuras
« las cumbres. La democracia tan santa en moral
« como justicia, es ruin en literatura como medianía;
« y si posee el instinto de lo útil, carece del sentimiento
« de lo bello en el cual no ha podido formarse ni ejercerse. Así dejad la poesía, dejad la
« filosofía; abandonad este mundo á la corriente de
« lodo que tiende á anegarlo, como vos mismo lo
« dijisteis en otro tiempo. La luz palidece en Europa
« y sobre todo en Francia, y esta decadencia
« arguye que el espíritu humano abdica y tiende á
« desaparecer como se dijo en la antigüedad de los
« dioses, y en nuestros tiempos de los reyes. Así
« el mejor partido que os queda, es cerrar los ojos
« y cubriros con vuestro manto á la manera de
« Cesar expirante, para no ver agonizar la literatura
« francesa. »

V

A lo cual respondo :

En primer lugar, ¿está bien demostrado que la inteligencia literaria merme á medida que se difunde en una muchedumbre mayor de seres pensantes, y que la democracia sea la extincion fatal del genio literario? Si así fuese, necesario seria maldecir la democracia, pues solo del genio irradia la luz en los pueblos vivos, y solo el genio fulgura luminoso en la memoria de los que fueron; y, como el pensamiento expresado, en otros términos la literatura, es la mas noble funcion del hombre, un solo grupo de seres pensantes en un siglo, es mas precioso en la historia que muchedumbres que siembran y yantan :

Fruges consumere nati!

Pero si quereis permitirme, á título de poeta, una imagen palpable y elocuente, si bien poco nueva, de la luz intelectual y moral á medida que aumenta, responderé que esta pretendida desminucion del número de los participantes, no pasa de un efecto ilusorio de óptica.

Así creemos ver menos resplandecientes las cumbres porque brillan mas los llanos; tal, durante una noche sin luna, fulgura mas á nuestra vista una luciérnaga que las mismas estrellas. Cuando

sale el sol y, suspendido su disco encima de los Alpes, deslumbra al viagero matinal, parece su globo un millon de veces mas resplandeciente que en el mediodia, cuando una lluvia fulgida parece infiltrarse hasta el fondo de las mas tenebrosas gargantas y anegar todo un hemisferio en un océano uniforme de luz. ¿Arguye acaso este fenómeno que el sol tenga mas luz al brotar del horizonte que cuando llega á su zenit y difunde sus rayos en la inmensidad del espacio? No, sino que el contraste de la oscuridad de los valles al amanecer, con la irradiacion de las cumbres que reciben las miradas oblicuas del astro del dia, nos muestran mas luminoso su disco y mas espléndidas las cimas de los cerros, si bien, como á todo mundo consta, hay mucho mas luz cuando el sol se halla en la mitad de su carrera que al rayar el alba.

Esta imagen equivale á un argumento; en efecto la democracia intelectual y literaria nos deslumbra menos porque se refleja de un modo uniforme en todos los puntos; pero en realidad hay mas genio humano esparcido en la muchedumbre que en una academia por mas selecta que sea.

VI

En cuanto á una decadencia final para un siglo, ó una nacion, ó una lengua, ó una literatura, no niego absolutamente esta posibilidad en principio, pues si

así no fuese, se levantaría contra mí la historia entera del género humano para desmentir los partos calenturientos de mi imaginación, como desmiente las visiones halagüeñas con que se mecen los partidarios del progreso indefinido. Nuestra inteligencia huella continuamente un pasado formado por las cenizas de lenguas muertas y cadáveres literarios, y el mundo entero se compone únicamente de estas dos palabras: PROGRESO Y DECADENCIA. El error de los optimistas es el no leer más que la primera, y el de los pesimistas tan solo la segunda. Es necesario leerlas ambas para acertar la verdad de la historia y del género humano tanto en literatura como en política.

VII

Pero, admitiendo que la Europa y la Francia deban decaer un día en genio, lengua y literatura, ¿es cosa segura, ó cuando menos verosímil, que haya llegado tan aciago momento? Con la mano en la conciencia, y sin querer lisonjear á nadie ni aun siquiera á nosotros mismos, estamos muy lejos de creerlo; muy al contrario, nos hallamos persuadidos de que estas partes tan vivas y tan bellas de nuestro planeta aun no han llegado á su apogeo, y que aun salpican, como decimos nosotros los contempladores de olas, con la loca espuma de su juventud. Sí, nuestros tiempos que viejos nos parecen, son jóvenes todavía.

¿Qué síntoma, nos preguntará mas de un lector, os sugiere semejante creencia?

Vamos á decirlo en pocas palabras:

Primeramente la prodigiosa fecundidad de la naturaleza humana que hierve en Europa, Asia y América, sobre todo en estos últimos tiempos. Cuando la naturaleza se prepara á morir en los pueblos, no procede con esa prodigalidad, sino se reposa como en la senectud, se agota, desfallece y se esteriliza, á menos que avorte seres monstruosos. Tal hemos visto en la India oriental, cuando Alejandro y mas adelante Gengis-Khan y Tamerlan, afluyeron del fondo de la Macedonia ó de la Tartaria con enjambres de bárbaros, ávidos y famélicos como aves de rapiña, que reclama el olor de la muerte.

Lo mismo vemos en Grecia, Egipto y Persia, cuando los Romanos, esos bandidos del universo, acudieron á barrer en el Oriente los tronos y repúblicas apolilladas, para llevar sus despojos ópimos en la caverna ensanchada de Quirino.

Igual fenómeno presenciarnos en la decadencia del Imperio formado por los hijos de la loba, cuando una serie vil de torpes emperadores enervaron y atropellaron á Roma y Bizancio, carcomidas metrópolis que debían inundar los jóvenes bárbaros de Atila en lugar de las vetustas hordas de Mario.

Las mismas vicisitudes nos presenta la edad media, cuando el espíritu humano desorientado por la desaparición del antiguo universo religioso, se salvó en las Tebaidas de Oriente, en los monasterios de

Europa, para suicidarse místicamente en el desprecio de la vida y en el helado sudor que inunda al cuerpo al pensar en la eternidad.

La humanidad tuvo en aquellas épocas momentos de asombro, de cansancio, de deperecimiento, de decadencia literaria en que las mismas lenguas se aniquilaban con las ideas; y fácilmente se comprende que los hombres que vivían en aquellos años infecundos, hayan creído un momento en la esterilidad final y caducidad irremediable de la literatura.

Los siglos que en pos vinieron, tales como los de Carlo Magno, Carlos V, Leon X, Luis XIV, el siglo décimo octavo, el mismo siglo décimo nono, nos enseñan que no hay progreso continuo ni decadencia irremediable en el género humano, sino intermitencia alternativa, flujo y reflujo continuos de juventud y vejez, condicion y ley de todas las cosas intelectuales ó materiales. Seguramente este mundo que tuvo un principio, llegará á fenecer por el hecho mismo; pero nadie conoce ni su vejez en el pasado, ni su longevidad en el porvenir, excepto aquel á quien consta de antemano el cómputo de las revoluciones del sol, y el número de pulsaciones de la arteria humana.

VIII

Pero si no podemos sustituir nuestras teorías á

la presciencia divina, y decir con certidumbre: «La noche se acerca, pues la luz mengua en las inteligencias;» á lo menos nos es lícito hacer uso de nuestra razón y experiencia histórica para conjeturar con mas ó menos verosimilitud si nos hallamos al oriente ó al ocaso de una época, y calcular

• LA HORA QUE ES EN EL CUADRANTE DE LOS SIGLOS. •

Pues bien, mientras mas considero los pasos de la aguja que las horas señala en el cuadrante del espíritu humano, menos alcanzo á comprender esos profetas protervos que amenazan á la Europa literaria con la vejez, decrepitud, silencio y esterilidad.

¿En donde ven esos síntomas de decadencia? — En las revoluciones intelectuales, nos responden, en esas grandes crisis que amenazan desquiciar al mundo. — ¿Pero acaso no son al contrario estas mismas revoluciones las sacudidas que se imprime á sí mismo el espíritu humano, para efectuar, mediante el trabajo y el dolor, el alumbramiento feliz del fruto que en sí mismo encierra? ¿Qué diríamos del que denominase decrepitud y esterilidad los estremecimientos que al seno de su fecunda madre imprime el infante, deseoso de respirar el aire y enbriagarse de luz? Opinión acreditada es que la Europa se halla en los dolores del parto, pero nadie sabe cual será el fruto; unos dicen prodigio, otros monstruo. Por nuestra parte distamos mucho de adherir á esta última hipótesis, pues en nuestro concepto la Europa se halla preñada del espíritu divino.

Prescindiendo de varias consideraciones ajenas del intento que actualmente nos proponemos, consideraciones fundadas en resultados históricos, nos hallamos convencidos de que la Europa pugna y sufre para producir la hija primogénita del espíritu humano, la razón: la razón con mayor incremento en las cosas divinas, la razón mas explicada en las cosas humanas, la razón algo mas asociada en la ley y en la política; en una palabra, la revelación por el sentido comun. *Ni mas ni menos*, como decia un oráculo en la tribuna hace algunos años; advirtiéndole que este mas acarrearía una crisis luminosa en el cielo y en la tierra, y este *menos* una época de acrecentamiento de oscuridad. Pero no podemos menos de volver á preguntar: ¿en qué se fundan esos señores para opinar que caminamos á las tinieblas? Una nube ofusca nuestra vista, es verdad, y la luz es menos viva; mas eso no prueba que la oscuridad nos invada, pues la nube no es la noche.

Ahora bien, mientras mas medre el reino de la razón, mas medrará en obras de mérito la literatura verdadera que es la expresión del pensamiento humano, y mas obras maestras contendrán las producciones futuras. Aun no ha emitido su última fórmula la ciencia filosófica, ni cantado la poesía su himno postrero.

IX

Considerad con ojo rápido y sin entrar en por-

menores, todo lo que protesta en Europa, solo de un siglo á esta parte, contra la pretendida decrepitud del espíritu humano. Tómese el pulso del mundo intelectual, y no tardaremos en convencernos de que rebosa de vida la humana grey.

Aun no hace un siglo que Goethe, en cuya persona se concentraba el doble genio de Horacio y de Orfeo, atrajo la atención y entusiasmo del orbe civilizado en la vieja Alemania, muda desde la época de las Niebelungen; Goethe á quien hemos visto en nuestros dias envejecer sin flaquear como los dioses del Olimpo, y morir, transformado de tal modo en gloria nacional y tan divinizado por sus compatriotas, que, mas bien que entre los cipreses de Weimar, debiera buscarse su sepulcro entre las estrellas del firmamento.

En torno del colosal poeta giraban como fulgurosos satélites Klopstock y Schiller, acreedor el primero al dictado de nuevo Homero, y el segundo al de Eurípides alemán. ¿Y acaso es síntoma de decadencia esa constelación de genios fraternales agrupados en algunas leguas cuadradas del territorio germánico, como en una nueva Atenas?

Aun no hace treinta años que lord Byron en Inglaterra, igual en mérito á toda la literatura de su país, salvo á Shakspeare cuya titánica estatura á toda medida escapa; aun no hace treinta años que lord Byron deslumbraba y estremecía la imaginación de toda la Europa en cada uno de sus versos que atravesaban el Océano como lenguas de fuego

repercutidas en las tajadas peñas de la vieja Albion.

Aun no hace cinco lustros que Walter Scott, trovador póstumo y Bocacio épico de nuestro siglo, componía sus cien novelas derivadas de la historia de Escocia, llegando á ser el prosador épico por excelencia de la Gran-Bretaña.

Dickens y Thackeray, émulos del Escocés, viven y producen en nuestros dias obras-maestras de pintura, costumbres y sensibilidad, en cuyas páginas campean el chiste á la vez caprichoso y melancólico de Sterne y la sensibilidad de Richardson. En otro género mas monumental, el célebre Macaulay escribe magistralmente la historia de su país. Historiador parlamentario en demasía, Macaulay, de acuerdo en este punto con la escuela dogmática de Francia, discute en lugar de contar, instruye mas bien que mueve, funda sistemas históricos en vez de dramas vivientes, se dirige al espíritu y olvida el corazón, abunda en pruebas y prescinde de sentimientos. Esta historia altercadora y sistemática ocupará un segundo rango en la narracion de las cosas humanas, y pasará con los sistemas, sectas y teorías que representa, pues siendo la naturaleza eterna, la historia debe ser una narracion animada, y no una polémica bajada de la tribuna á la biblioteca. Macaulay escribe la historia para sus amigos y en favor del bando político á que pertenece, en vez de escribirla para el género humano; pero eso no impide que su libro sea un gran signo de vida en la literatura contemporánea de la Gran-Bretaña,

acreedora á llegar á poseer un Shakspeare en la historia como lo tuvo en el drama.

X

En la península ibérica, el heroísmo poético se halla sublimado por la grandeza del carácter y el orientalismo de la imaginacion. En nuestros tiempos la España carece de escritores colosales como el cantor del Cid, Cervantes, Calderon y Lope de Vega, pues la somnolencia de su corte y monasterios habian aletargado su genio nacional; pero la indignacion vehemente que cundió en la raza española á consecuencia de la invasion escandalosa de Napoleon en 1810, hizo retoñar robusto y fogoso su patriotismo. Sus cortes hicieron florecer de nuevo la libertad, y los sacudimientos revolucionarios de 1820 cuyos rechazos aun se prolongan en nuestros dias, le volvieron lo que antes que todo se despierta en un pueblo, la elocuencia. Los oradores precedieron á los poetas, y una vez regularizada, la libertad conquistó el genio. Tal se despertó esa heroica península destinada á cumplir tantos portentos, tantas hazañas, tan inauditas proezas, no menos que las Américas españolas en que resuena la bella lengua castellana, amenisimas regiones que recuerdan las colonias griegas del Asia, llegadas á ser libres á efecto de la distancia, si bien conservando intacta la sangre

helénica por el vigor de los caracteres y la elegancia instintiva.

Lo mismo sucede con el Portugal y el Brasil, en que domina una imaginación mas latina y resuena una lengua mas bella aun que la española, la lengua de las *Lusiadas* que aguarda otros Camoens, cuyos cantos repetirán ambos mundos desde Cintra hasta Rio Janeiro.

XI

La América del Norte, cuya atención hasta aquí han concentrado la conquista y el desmonte del nuevo mundo, no ha llegado aun á su época literaria, época de ocio y madurez que sucede á la edad de incremento de los pueblos nuevos; si bien, por la ciencia, la historia, la poesía y la novela tocan á la poesía doméstica las robustas y activas razas de los Estados-Unidos. La fama de los publicistas, oradores, estadistas, poetas y novelistas que brotan en esa tierra, cuyos nombres no desdicen de sus modelos del antiguo continente, atraviesan ya el Atlántico, envueltos en una atmósfera intelectual que sucede á un gran siglo de acción. En esta tierra virgen, que aun se halla en su época fabulosa de independencia y libertad, las almas poseen el vigor del suelo, la grandeza de los ríos, la profundidad de los páramos, la elevación descomunal de las montañas, lo infinito de los horizontes. ¿Quién

puede prever si en este momento no se desgarran su seno, para dar á luz, andando el tiempo, la poesía de la razón y de la libertad, venida en pos de la poesía de las tradiciones?

¿Serán menos fecundas que la servidumbre y la rutina la libertad y la verdad?

Aguardemos para emitir un fallo que el poema épico de la razón humana y el drama de la verdad broten del nuevo mundo que los incuban.

Aun no canta la América del Norte, pero sí obra, y su acción es mas poética que nuestros poemas.

XII

La misma Rusia, raza joven en una tierra añosa, entra en su época literaria por un historiador y un poeta (Karamsin y Puskin), rivalizando desde sus primeros ensayos con sus modelos ingleses, Hume y Byron. Lírica por excelencia, la lengua de ese vasto imperio parece atesorar la vaga melancolía del norte y el fervido entusiasmo del mediodía. La energía tártara, la melodía griega, la molición eslava, la fantástica y flotante imaginación alemana se concentran armónicas en la labia moscovita, instrumento de mil voces como el órgano de nuestras basílicas, que el aluvión de los siglos y el cruzamiento de razas parecen haber amoldado y exornado para una literatura sintética. La índole múltiple, rápida, flexible, briosa, arrebatada de

los pueblos que hablan tan bello idioma, promete á la Rusia grandes siglos de gloria literaria.

No hablemos del Asia, porque duerme despues de siglos de fecundidad literaria, religiosa y filosófica, siglos que por algun tiempo agotaron sus fuerzas. Pero respetemos su sueño, pues cabe derecho de reposar al viejo Oriente despues de haber producido cien poemas, diez teatros, diez filosofías y cinco religiones; despues de haber brillado con la India, China, Arabia, Persia, Egipto, Grecia, Judea, y haber sido á la vez la escuela y santuario del universo.

XIII

Lo mismo diremos de la Italia, tierra tan acreedora á nuestra gratitud, y á la cual restituiremos sus frutos naturales al gratificarla de la libertad, poesia y elocuencia. Aun vive su literatura, si bien se halla en esa sublime languidez que precede á una época de renacimiento. Yo que la he habitado durante años enteros, que la amo como una madre, que le debo el poco fermento poético con que embellecieron mi imaginacion sus mares, paisages y ruinas, no puedo menos de oír latir en sus venas entumecidas y en sus miembros encadenados el pulso inmortal de su genio incomparable, el genio iniciador de la Europa. Aun no he llegado á la caducidad senil si bien de edad provecta, y me acuerdo haber visto enterrar á Alfieri en el mármol de Santa-Croce, esculpido por Canova; haber

oído á Monti recitar sus poemas tan dantescos como los del mismo Alighieri; haber apretado la mano de Manzoni que acababa de escribir sus varoniles cantos; haber sido amigo de Nicolini que impregnaba las fibras toscanas con los acentos de Maquiavelo; haber entrevisto á Ugo Foscolo, el Savonarola de la libertad, cuyo dolor patriótico se exhalaba con dolientes rugidos en las cartas de Jacobo Ortiz; haber vivido familiarmente con Cánova, émulo de Fidias en Roma; por último haber oído los primeros acentos de Rossini, sin igual entre sus contemporáneos, cuyas óperas contienen mas poesia, vibration y literatura inarticulada, que el siglo entero en todas sus producciones diversas. ¡Y cuántos otros que no cito, por quienes ha hablado á mi alma la divinidad de la bella Ausonia!

No, no puede morir al genio literario esa santa region, esa comarca risueña que, como justamente observa uno de sus hijos, fué la nodriza intelectual y artística de la Europa entera; no, no podrá morir la amena península que me inspiraba, cuando pisaba su sagrado suelo, estos versos menos poéticos que el polvo de héroes que la cubre :

« ¡Italia! ¡Italia! llora tus colinas en que arruinada se lee la historia del orbe, cuyo suelo muestra, mas profundamente estampada que ninguna otra region, la huella de la soberanía universal que pasó aminorándose de clima en clima; llora tus ruinas, cuyo ámbito, como fúlgido velo, cubre la gloria que tomó por emblema tu nombre radiante, la mas

santa de cuantas reliquias te dejó la saña de los siglos.

« ¡ Oh tierra que consagraron la dominacion y desventura, raiz de las naciones, madre comun á quien no solo tus hijos, sino tus enemigos mismos envidian y aman á porfia, tú ves nacer bajo tu sombra cuanto grandioso late; y, sumidos en el polvo, te invocan como madre tanto los ánimos inquietos que remontan á los tiempos antiguos para pastar de gloria y libertad, como el corazon resignado que inunda una luz mas pura, y, desdeñoso de los dioses que en vano acata el mundo, busca en las alturas un altar único para el Dios verdadero.

« El tiempo, al despojar tu ataúd de tus huesos, parece ultrajar tu gloria y profanar tu quebranto; en cada monumento que abre la romana esteva, se cree ver exhalar los manes de un varon excelso; y en presencia del ara inmaculada do, sobre los restos del pagano Júpiter, se ve reinar al Dios crucificado, oran todos los humanos, cerciorándose de que tu templo pertenece á todo quien dobla el hinojo en su recinto.

« Cada árbol que doblan los siglos en tus gloriosos montes, cada roca minada, cada agotada urna, cada flor que sobre la tumba corta la reja del arado, cada piedra desmoronada de tus venerandos escombros, resuena duradero en el corazon de las naciones, como el golpe aciago de la implacable segur del tiempo; y todo cuanto tu magestad suprema mancilla, parece envolvernos en tu propia degra-

dacion. Para sí sola reclama doble respeto la desgracia, y todo corazon se dilata á tu nombre, todo ojo á tu aspecto.

« Tu sol, cuyo fulgor excesivo deslumbra un humilde párpado, parece vertir en tu seno torrentes de gloria y luz; y, al divisar flotantes tus horizontes en el luminoso ambiente, se estremece sensible la vela que á lo lejos blanquea surcando los mares anchurosos, y espontáneamente se abaja al tocar tus riberas.

« ¡ Ah! guádanos, oh viuda de fenecidos impérios, guádanos ese culto piadoso de las generaciones, esos mutilados títulos de la humana grandeza que aun parecen vivir en las cenizas romanas. Respeta todo en tí hasta tus girones, ni te dejes ofuscar por destinos mas venturosos; y tal como César agonizante cubrió su rostro con la sangrienta toga, cualquiera que sea la suerte que te reserve el hado, oh tierra gloriosa, envuélvete en tus magestuosos recuerdos. ¿ Qué te importa á qué manos pueden pasar la victoria y soberanía? ¿ Hay acaso un porvenir que no eclipse tu memoria? »

Y en otra parte:

« Pero, á pesar de tus desgracias, país amado de los dioses, el cielo á tí vuelve sus amorosos ojos; un olor de santidad se difunde de tus sepulcros, y en vano mutila la barbarie tu cuerpo, pues jamás podrá despojarte de tu sol y tu hermosura, doble dádiva que propicia te dejó naturaleza, cuya fuerza

fecunda é inagotable, al contemplarte rejuvenecida por el lloro y noble en tu quebranto, te otorgó el genio como fruto de tu clima. Tu nombre resuena ferreo como una cuchilla caída de manos de un combatiente, ruido que, si bien impotente, aun hace temblar la tierra, y todo corazon generoso te rinde homenaje de piedad y culto'.

Italie! Italie! ah! pleure tes collines,
Où l'histoire du monde est écrite en ruines!
Où l'empire, en passant de climats en climats,
A gravé plus avant l'empreinte de ses pas;
Où la gloire, qui prit ton nom pour son emblème,
Laisse un voile éclatant sur ta nudité même!
Voilà le plus parlant de tes sacrés débris!
Pleure! un cri de pitié va répondre à tes cris!
Terre que consacre l'empire et l'infortune,
Source des nations, reine, mère commune,
Tu n'es pas seulement chère aux nobles enfants
Que ta verte vieillesse a porté dans ses flancs:
De tes ennemis même enviée et chérie,
De tout ce qui naît grand ton ombre est la patrie!
Et l'esprit inquiet, qui dans l'antiquité
Remonte vers la gloire et vers la liberté,
Et l'esprit résigné qu'un jour plus pur inonde,
Qui, dédaignant ces dieux qu'adore en vain le monde,
Plus loin, plus haut encor, cherche un unique autel
Pour le Dieu véritable, unique, universel,
Le cœur plein tous les deux d'une tristesse amère,
T'adorent dans ta poudre, et te disent: « Ma mère! »
Le vent, en ravissant tes os à ton cerneil,
Semble outrager la gloire et profaner le deuil!
De chaque monument qu'ouvre le soc de Rome,
On croit voir s'exhaler les mânes d'un grand homme!
Et dans le temple immense, où le Dieu du chrétien
Règne sur les débris du Jupiter païen,

XIV

No podemos menos de pronosticar un tercer renacimiento literario á una comarca tan inagotable en fecundidad intelectual como en fecundidad ma-

Tout mortel en entrant prie, et sent mieux encore
Que ton temple appartient à tout ce qui l'adore!...

Sur tes monts glorieux chaque arbre qui périt,
Chaque rocher miné, chaque urne qui tarit,
Chaque fleur que le soc brise sur une tombe,
De tes sacrés débris chaque pierre qui tombe,
Au cœur des nations retentissent longtemps,
Comme un coup plus hardi de la hache du temps;
Et tout ce qui flétrit ta majesté suprême
Semble, en te dégradant nous dégrader nous-même!
Le malheur pour toi seule a doublé le respect;
Tout cœur s'ouvre à ton nom, tout œil à ton aspect!
Tout soleil, trop brillant pour une humble paupière,
Semble épancher sur toi la gloire et la lumière;
Et la voile qui vient de sillonner tes mers,
Quand tes grands horizons se montrent dans les airs,
Sensible et frémissante à ces grandes images,
S'abaisse d'elle-même en touchant tes rivages.
Ah! garde-nous longtemps, veuve des nations,
Garde au pieux respect des générations
Ces titres mutilés de la grandeur de l'homme,
Qu'on retrouve à tes pieds dans la cendre de Rome!
Respecte tout de toi, jusques à tes lambeaux!
Ne porte point envie à des destins plus beaux!
Mais, semblable à César à son heure suprême,
Qui du manteau sanglant s'enveloppa lui-même,
Quel que soit le destin que couve l'avenir,
Terre, enveloppe-toi de ton grand souvenir!

terial. Sin menoscabo alguno, y sin que el menor desdoro lo empañe, se ha conservado intacto el genio italiano desde Virgilio hasta Dante, desde Horacio hasta Petrarca, desde Séneca hasta Maquiavelo, desde Petrarca hasta el Taso, desde el Taso hasta nuestros días. La Italia rebosa de enérgicos varones de corazón templado y radiante inteligencia, á los cuales solo falta la voz. Su territorio se halla en fragmentos, pero la energía individual subsiste; y si pudiese cimentarse la unidad federal, la sola que sea compatible con su estado actual, el orbe entero admiraría los portentos de superioridad intelectual que produciría esta bella península. Pero esta unidad nacional solo podrá efectuarse bajo la presión de un gran peligro común á todas las nacionalidades divididas, cuyo conjunto forman la Italia propiamente dicha, á cuya condición deberá agregarse la tutela,

Que l'importe où s'en vont l'empire et la victoire?
Il n'est point d'avenir égal à ta mémoire!

Mais, malgré tes malheurs, pays choisi des dieux,
Le ciel avec amour tourne sur toi les yeux;
Quelque chose de saint sur ses tombeaux respire,
La barbarie en vain morcelle ton empire,
La nature, immuable en sa fécondité,
T'a laissé deux présents : ton soleil, ta beauté;
Et, noble dans son deuil, sous tes pleurs rajeunie,
Comme un fruit du climat enfante le génie.
Ton nom résonne encore à l'homme qui l'entend,
Comme un glaive tombé des mains du combattant;
À ce bruit impuissant la terre tremble encore,
Et tout cœur généreux te regrette et t'adore.

á lo menos decenal, de una potencia armada, desinteresada de territorio y mediatriz. En otros términos: la unidad no llegará á cimentarse sino en la sangre que por la centésima vez regará los llanos del Piamonte durante una formidable lucha europea. Aun no bastará la victoria en tan descomunal pelea, sino que será necesaria la magnanimidad generosa de una potencia liberal. Al ánimo de un Washington europeo está destinado cumplir tan milagroso efecto. Tener el heroísmo de proteger sin la ambición de conquistar, tal es la rara condición, tal deberá ser la índole prodigiosa del conquistador futuro de la Italia.

DIGRESION HISTORICA.

XV

Permitidme aquí una digresion involuntaria, pero que la ocasion suscita sin que la haya yo buscado bajo mi pluma.

A menudo me han incriminado, si bien injustamente en mi concepto, con esta palabra: TU ES ILLE VIR, *tu eras ese hombre*; ó por mejor decir: ¿porqué en 1848 no supistes ser el varon esforzado que reclamaban las circunstancias?

Para comprender porque no fui yo ese mortal de temple superior, seria preciso penetrar en el fondo de mis pensamientos mas intimos en aquella época, y conocer al mismo tiempo la estraña situacion en que se hallaba la Francia jadeante durante la revolucion súbita, imprevista y cercada de peligros que coincidió con la república. Voy con pocas palabras á conduciros hasta el fondo de mis arcanos intelectuales, como igualmente hasta el fondo de la situacion en que ponía á la Francia una revolucion tan repentina, cuya política exterior yo mismo dirigia, tocando á vosotros mismos jugar si me hallaba en las condiciones requeridas para sublevar la Italia, asegurar su libertad y mediatizar esta bella península. La misma Italia sabrá condenarme ó absolverme. Todo lo confesaré, tanto lo que media en mi favor como lo que contra mí milita, pues la reticencia es mentira en historia, y el que todo no lo sabe, todo lo ignora. Sin mas preámbulo, entro en materia.

XVI

Antes de todo es preciso saberme apreciar á mí mismo, es necesario entrar en mi naturaleza personal y en el espíritu del papel que me compitió en el momento á la vez terrible y grandioso, en que la república estalló de la revolucion repentina y deslumbrante, cual rayo brillador y fragoroso de la nube.

Un gobierno contra el cual no conspiraba, si bien no merecia mi estimacion, acababa de desplomarse y hundirse sin la menor defensa. Una hora despues, sorprendido como todo el mundo, creí (como todavía aun creo) que el único recurso en aquel entonces, era proclamar sobre las ruinas de esta misma monarquía una república de necesidad y destinada á salvar la patria del naufragio; una república que acallase toda pretension intempestiva y diese al pueblo la paciencia de aguardar una asamblea soberana, solo poder legal y capaz de imponer el orden y el respeto de sí misma á la Francia.

No era yo un republicano radical y subversivo, uno de esos republicanos quiméricos que sueñan el trastorno fundamental de la sociedad civil para hacer brotar de la sangre y del fuego un mundo nuevo y germinado en tres horas, cuando solo podria nacer de la lenta gestacion y laborioso alumbramiento de los siglos.

No puedo menos de confesar que era un republicano improvisado, un republicano político, un republicano conservador de todo lo que debe ser conservado bajo de pena de muerte en una sociedad, como el orden, la vida, la libertad de la religion, la libertad legal, la industria, la fortuna, la propiedad, el respeto recíproco de todos los ciudadanos, el derecho público de Europa, la paz de las naciones entre sí, su independencia recíproca y el espíritu de sus tratados.

XVII

¿ Merezo ser censurado por haber sido republicano conservador? Así opinan los de otro temperamento, pero de un modo ú otro era lo que era y no otra cosa. A nadie es dado hacerse de nuevo, ni cambiar su naturaleza, su convicción, su conciencia; y, con razón ó sin ella, repito que era republicano conservador.

Si otra hubiese sido mi opinión, nada me hubiera sido mas fácil que atizar el fuego que ardía en Francia y dejarlo propagarse por la sola corriente de huracán mugidor, determinando una catástrofe de una ú otra naturaleza, tal vez un montón de cenizas humeantes desleídas por una lluvia de sangre y holladas repetidas veces por la torpe soldadesca. En semejante hipótesis los republicanos hubieran sido los incendiarios del antiguo mundo: deplorable título á la estimación y amor de los pueblos consumidos y entregados, después de fenecida la obra de los Erostrates, á la merced de los Marios del norte y mediodía.

En este sistema el primer objeto de la república debía ser: ¡ A las armas! Dos estrofas añadidas á la Marsellesa: una contra las clases superiores y otra contra la propiedad, hubieran enardecido todos los ánimos; y la Francia, extravasada de su cauce como un río que sale de madre, se hubiera precipitado

como un torrente mas allá de sus límites geográficos, y en este caso ¡ay del mundo!

XVIII

No eran tales mis proyectos con respeto á la nueva república, y todos mis conatos tendían á mostrar á la Europa que había compatibilidad completa entre la Francia libre y las potencias geográficas limítrofes, respetadas en sus fronteras como en su independencia.

La inviolabilidad mútua es la base en la cual el orbe estriba. Violar esta base era no solamente una iniquidad, sino entronizar la guerra, esto es, la organización del degüello colectivo, la sangre humana vertida á olas sobre la Europa entera. ¿ Y con qué derecho? Con el derecho que puede arrogarse imperiosamente una opinión, un sistema, un capricho, un arranque de vanidad, una humorada á la manera de Danton, advirtiéndole que el mismo Danton se ceñía á proclamar la guerra defensiva y trataba con la Prusia.

Confieso mi flaqueza: mi conciencia de hombre timorato en presencia de la Divinidad, repugnaba á este juego de sangre y lágrimas humanas. Desprécime quien quiera, pero á lo menos discúlpeme si le digo que hubiera creído cometer un crimen nefando para con la humanidad al no apartar la guerra ofensiva de la república, y al ceñirme á la guerra de-

fensiva y patriótica. A este escrúpulo de conciencia debe atribuirse mi manifiesto á la Europa.

Pero eso no pasa de un recelo fantástico, me objetarán tal vez mis adversarios, en materia de gobierno. No lo niego, pero á veces la voz de la conciencia es la política mas hábil. Acordaos de lo que tuvo lugar á la sazón : las ligas de las cortes fueron desarmadas de todo derecho de agresion contra la república ; los pueblos respetados y tranquilizados en su territorio, adoptaron nuestros principios, y la diplomacia francesa llegó á ser árbitro del mundo en seis semanas, sin haber violentado ninguna nacion ni quemado un grano de pólvora.

XIX

No obstante, lejos estaba de disimularme á mí mismo que la Italia se veria agitada por estremecimientos convulsivos y sacudimientos violentos, cuyo resultado seria un armamento operado por la Alemania, deseosa de mantener su dominacion usurpada en los llanos de la Lombardia. Por otra parte harto me constaba desde mi primera juventud, el carácter vacilante, arrepentido, sugeto á la reincidencia, en una palabra, extemporaneo, de Carlos Alberto, desconfiándome del arrastramiento inoportuno que daria á su ejército ó recibiria de su pueblo. En esta prevision, que los acontecimientos no tardaron en justificar, la voz del deber me

obligó á tomar una posicion de fuerte expectativa, y en consecuencia decreté el ejército de los Alpes de sesenta mil hombres, escalonados desde Leon hasta la frontera del Var.

¿Cuál era la significacion del ejército de los Alpes? — En mi concepto era doble : hallarse pronto á defender el Piamonte á la primera señal de peligro de esta potencia ; y poder al mismo tiempo reprimir las agitaciones religiosas, civiles, socialistas y demagógicas que podian estallar á cada instante en Leon, Aviñon, Marsella, Tolon, en toda la cuenca formada por el Saona y el Ródano, en una palabra en el mediodia de la Francia mas vehemente y apasionado que el norte.

Así el ejército de los Alpes, dominaba inofensivamente á la Italia por su frente, mientras que por su flanco derecho el mediodia de la Francia.

XX

Ahora bien ¿ qué debia hacer en Italia este ejército de expectativa si la temeridad inoportuna de Carlos Alberto declarase la guerra al Austria ; ó, si como yo lo preveia, se avanzase victoriosa esta última potencia, á consecuencia de la derrota del rey de Cerdeña, para invadir el Piamonte?

En este caso, el derecho de acuerdo con el interes de nuestras propias fronteras, obligaba á nuestros soldados á bajar de los Alpes al Piamonte, cubrir

este reino, reunir los restos del valeroso ejército piamontés, hacer frente á las fuerzas austriacas y combatir si necesario fuera en favor de la evacuación é independencia de la Península entera.

Pero todo esto no pasa de una hipótesis, pues en aquella época la revolución pugnaba en nuestro favor en Hungría, en Prusia, en Francfort, en Roma, en Nápoles, en Toscana, en Viena; y el Austria que solo existía por su único ejército de Italia, no pensaba en aventurar su propia existencia en una batalla, sino en procurarse condiciones ventajosas para efectuar una honrosa retirada hasta el pié del Tirol, pidiendo tan solo para evacuar la Lombardia el pago de su deuda Italiana. En tal extremo, no admite duda que 100,000 Franceses, cubriendo á 100,000 Piamonteses, hubiesen operado por su sola presencia ó por un lance procedente de denodado arrojo, la liberación del suelo itálico; asercion tanto menos dudosa, cuanto que á la sazón habian empuñado las armas con mas ó menos patriotismo, Turin, Milan, Génova, Parma, Placencia, Bolonia, Venecia, Florencia, Liorna, Roma, Nápoles, la Calabria y la Sicilia. Por otra parte el movimiento militar, vacilante aun en un país deshabituado á las armas, se hubiera acrecentado, multiplicado, organizado bajo el flanco derecho del ejército francés, en términos que en seis meses la Italia se hubiera convertido en un bosque de bayonetas, tal vez inhábiles, pero ciertamente heroicas como el sentimiento que armaba á sus milicias.

XXI

¿Qué hubiera resultado entonces? Ignoramos el secreto del destino, pero podemos afirmar que hubiera sido adoptada toda propuesta procedente de la Francia, y cuanto hubiera permitido la constitución de los cinco ó seis principales estados de la península; esto es, una federación patriótica, unánime en su naturaleza política y custodiada por la mediación protectriz de la Francia. En otros términos, la unidad nacional y militar de los diversos gobiernos itálicos hubiera guardado cierta analogía con la confederación helénica de las ciudades, reinos, islas y repúblicas del Poloponeso bajo la garantía de las falanges macedónicas.

Seguramente no hubieran faltado las oscilaciones, tanteos, anomalías, inexperiencias, magullamientos, rivalidades, excesos de impulsión, excesos de resistencia; pero la mediación presente y armada de la Francia hubiera sido la dictadura de salvación comun, aceptada por la necesidad, hasta el momento en que, á la decisión de los aliados, hubiera sucedido la de los Italianos mismos constituidos y armados en su propia patria. Inútil es pugnar contra la naturaleza de las cosas y olvidar que el desmenuzamiento forma el carácter político por excelencia de la península, desde la edad media en que tan pujantes descollaron las ciudades italianas,

hasta nuestros días. Así esta tradición secular exige, de preferencia á una unidad nacional, una confederación por municipios; y en este caso ¿qué mejor confederación puede darse que la que reconoce por metrópolis municipales á Turin y Milan al pié de los Alpes, Génova á la derecha y Venecia á la izquierda, Florencia, Liorna, Bolonia al pié de los Apeninos; Roma en el centro, Nápoles en la punta meridional, Palermo y Mesina en la Sicilia? ¿Quién puede calcular el renacimiento político, militar, oratorio y literario que está destinada á producir la emulación recíproca de todas estas capitales, en beneficio de una nación de veinte millones de almas, dotada de tanto ingenio y mayor razón que la frívola Atenas?

XXH

Tal opinaba yo sobre la Italia, por mas ofensivo que mi dictámen pareciese á esos patriotas maniáticos, cuyos ánimos inficionados preocupaba incesantemente una unidad sin vínculo y una emancipación sin emancipadores. Pero en aquellas circunstancias no se trataba de lisonjear á la península, sino de arrancarla al yugo que la oprimía. Seguramente nadie podrá achacarme el haber fomentado ilusiones en las almas entusiastas, ni provocado los levantamientos intempestivos de 1848; me remito al testimonio de los embajadores y representantes de la época, quienes podrán asegurar si no empleé todos los esfuerzos

legales para disuadir á Carlos Alberto de su inoportuna agresión en la cual presentia su pérdida. Acuérdense de esta palabra demasiado significativa que pronuncié en la tribuna: TODAS LAS CANCIONES NO SON MARSELLASAS. Con la misma sinceridad comunico hoy día mi parecer á ese gran pueblo, maduro para la independencia, maduro para la libertad, maduro para la elocuencia, maduro para el genio, pero no para la guerra. Una revolución le pondría las armas en la mano, pero le sería necesario un pueblo belicoso y veterano de gloria como la Francia, para enseñarle su uso, pues se puede improvisar la libertad mas no los ejércitos que custodian su cuna. Desmiéntame enhorabuena el porvenir si voy errado, pero cesen de acusarme los graves patriotas italianos si les digo que el pensamiento de cordura y temporización que abrigué en favor de su bella patria, era mas italiano que la intentona de Carlos Alberto.

XXIII

Pero, replican los Italianos agriados por el destierro; pero, dicen los radicales de la guerra revolucionaria en Francia, ¿porqué no bajó á la península el ejército de los Alpes despues del revés de fortuna de Carlos Alberto, para representar el noble papel de mediador armado ó combatiente italiano que habíais asignado á su creación, y aplazado hasta el momento en que el Piamonte fuese invadido por el

ejército austriaco? ... ¡Ay! no seré yo quien os responda, sino una triste fecha. El día en que se presintió en París la infausta suerte del rey de Cerdeña, sin la menor dilacion preparó la república la orden que debía dar al ejército de los Alpes; pero la fatal insurreccion comunista ó demagógica de junio forzó á retirarse al gobierno.

Mientras que en defensa de la república y la asamblea, combatía éste; mientras que triunfaba por el ejército que habia preparado y el general que habia puesto á su frente; mientras que, jefe á la vez y soldado, se exponía al fuego para defender la representación nacional, esta misma corporacion lo sospechaba odiosamente de una complicidad subterránea con sus enemigos, y lo despojaba del poder ejecutivo que confería á un dictador tan patriota pero no mas afecto y zeloso por la patria común.

La fatal coincidencia de la batalla de París y la derrota del Piamonte, pulverizó para siempre los planes y sueños de los visionarios franceses y entusiastas italianos. Ageno y separado, desde aquel momento, de toda participacion en el poder ejecutivo, ignoro cuales fueron los planes y necesidades de los gobiernos sucesivos de la república, ciñéndome á afirmar que, á pesar de su gravedad, los acontecimientos de junio no me hubieran impedido decretar un descenso al ejército de los Alpes, si hubiese continuado siendo miembro del poder ejecutivo, pues la Francia civilizada entera se hallaba pronta á defender su civilizacion, sus familias, sus propiedades, sus

hogares, su soberania representativa contra una caterva de demagogos frenéticos; y el poder interior de nuestra nacion centuplicado cuando menos, su poder militar reconstituido mediante una reorganizacion enérgica de sus armas, le hubiera permitido prescindir de cien mil hombres en los Alpes ó en la Argelia para preservarse de los comunistas, mientras que la Italia los necesitaba para su propia conservacion.

XXIV

Tales eran mis planes con respecto á Italia; tal es lo que en su favor efectué sin que constase á este bello pais, á cuya realizacion se opusieron las jornadas de junio de 1848; días nefastos en que sangró la Francia y pereció la Península. Deploremos la demencia de esos hombres descarriados á cuyas manos sucumbió la libertad; pero cesemos de acusar al inocente, víctima de una suerte infausta.

¿Qué pensamiento mas filial hubiera podido abrigar, aun cuando hubiese sido Italiano de sangre como lo soy de corazón? ¿Qué perspectiva mas brillante hubiera podido abrir á la Italia moderna, mas inofensivamente para las demas potencias y mas legítimamente para la Península? A la reflexion y á la conciencia toca emitir un fallo.

XXV

¿Y cómo hubiera podido dejar de amar la Italia? ¿Cómo hubiera dejado de tener fé, no digo en sus armas (una larga desuetud las ha cubierto de orin), sino en la vida y fecundidad de su genio? Acaso no había respirado yo por todos los poros su atmósfera intelectual, antes de respirar la de mi propia nación? La patria no es tan sola la tierra en que nos dió su seno nuestra madre, sino la que, mediante sus monumentos, hombres y libros, hizo despuntar nuestras impresiones primitivas é imágenes rudimentarias. La primera juventud de los ojos, de la imaginación y del corazón, constituye una naturalización tanto para el poeta como para el hombre. La vida del alma se mide por la intensidad de las sensaciones y no por el número de los años. La bella Ausonia es uno de esos espejismos ó visiones luminosas en que en vez de aire se respira alma, alma á la vez de fuego, de languidez, de entusiasmo, de antigüedad, de juventud, de melancolía, de heroísmo. En esa comarca visiblemente favorecida del cielo, el ser humano es á la vez ó sucesivamente poeta, amante, ciudadano, contemplador, cenobita. Las sensaciones no hablan sino cantan en tan amena región, recorriendo en una hora la gama entera de toda una vida; y el ambiente cristalino parece hallarse impregnado de verso, melodía y éxtasis. A

este motivo debe sin duda atribuirse que Rossini y Mozart hayan transportado mas allá de los Alpes, y difundido en todo el universo una lengua de melodía que ninguna otra parte del mundo consiguió atesorar. Estos dos sublimes artistas son, por decirlo así, la vibración viviente, palpitante, impregnada de cuanto pueden revelarnos los sentidos en esta tierra de sensaciones, que á ninguna otra lengua fué dado traducir en palabras; tanto exceden á los idiomas articulados las efusiones líricas que abriga los pechos italianos. *Lo que no puedo decirse se canta*¹; del mismo modo se puede asegurar que la música es la poesía de las sensaciones. Rossini es el Petrarca de este arte avasallador, que aspiró en su patria y difundió en el universo entero. La brisa melodiosa que recorre esta bella Península, forma parte integrante del ameno jardín que riega el Arno y atraviesan los Apeninos, brisa que á nuestros oídos resuena como la voz de una persona amada, inseparable del encanto producido por la persona misma; brisa que oye murmurar el viagero, apenas pisa el suelo italiano, en todos los árboles, en todas las olas, en la atmósfera luminosa, en los versos escritos en la bella lengua toscana. La Italia no es solamente un país sino un instrumento armónico, y el órgano por decirlo así del mundo, en que vibra y resuena el sentimiento que agita los corazones é

¹ Alude el autor á un dicho de Beaumarchais muy conocido en Francia.

inflama los ánimos. ¿Quién podrá extrañar que la bella lengua italiana tenga en vez de palabras, destellos, imágenes y melodias?

Tal vez habrá quien se escandalice de que, en este grave período de mi vida, abrigue mi pecho tantos duelos y tantos amores al acordarme de la Italia de mis primeros años; pero si mi alma es universal, si mi cuna es francesa, mis sentidos son italianos. La imaginación y el amor tienen también su patriotismo, y este sentimiento misterioso es el que me fijó en esta patria de adopción do me arrojó la suerte, antes de llegar á la edad en que pensamos establecernos en el suelo nativo. ¿Y cómo hubiera podido suceder lo contrario? Mi primera mirada abrazaba á la vez al mundo y la Italia; mi primera aspiración absorbía el aire respirable y la atmósfera de la bella Península. Así no es de extrañar que llegase á ser Italiano por los sentidos, antes de ser Francés por el corazón.

XXVI

Ya que hemos convenido, mis lectores y yo, que este *Curso familiar de literatura* no pasará de una conversación amena en que deben campea las ideas y ensancharse efusivo el corazón, me permitirán que les diga á que acaso de juventud y situación debí ser iniciado desde temprano y para siempre en los libros y letras de la poética Ausonia.

— Ya tenemos otra digresión, exclamará tal vez

algun crítico severo; ya se nos vuelve á descolgar el autor con nuevo acceso de personalidad, y cabalmente en una obra de la cual debería hallarse desterrado todo asomo de vanidad para dejar la palabra á los difuntos.

— Con la mano en la conciencia, juro á mis críticos que no hay la menor sombra ni el menor arranque de complacencia individual en este proceder de la inteligencia que consiste en mostrar mi propia alma y mi propio corazón, para dar á comprender y sentir á mis lectores lo que yo mismo he sentido y comprendido al atravesar la existencia, los hombres y los libros. Yo soy el instrumento, bueno ó malo, que recibió el primer soplo del siglo al través de sus cuerdas, y transmite el sonido acorde ó desacorde, pero sincero; no para que los demás modulen en el mismo tono, sino para que lo juzguen y rectifiquen si tienen otro diapason en su alma.

Por otra parte, las páginas de san Agustín, M^{ma} de Sévigné y J.-J. Rousseau, como igualmente la correspondencia de Cicerón y la de Voltaire, nos convencen que una lectura asidua y satisfactoria procede incessantemente tan solo de los libros personales, pues lo que más interesa á un hombre en una obra literaria no es esta misma, sino el hombre que la lega á la posteridad. ¿Y porqué? porqué un tomo solo contiene ideas; mientras que el hombre atesora sentimientos. Ahora bien, en el libro personal, el hombre abre su corazón, mientras que, en sus demás obras, tan solo su entendimiento; en otros tér-

minos, la mitad de sí mismo, y yo pienso como Montaigne cuando dice : *Quiero al hombre por entero.*

Ademas, todo el que quiera ser leído é instruir á sus lectores, deberá interesár, pues sin tan precioso requisito, oscuro quedará el escritor y sin frutos para quienes recorrieren sus páginas.

Ahora bien, es una ley de nuestra naturaleza moral, que el interés nunca adhiera á las abstracciones sino á las personas, pues el espíritu humano anhela dar un rostro á las ideas, un nombre á los pensamientos, una individualidad á las deducciones, un corazon á los cálculos, un alma á las teorías. Difícil sería por no decir imposible, la lectura de una obra que contuviese la historia de las ideas, al paso que sería devorada una publicacion do viésemos retrazada al vivo la vida de los varones excelsos que las representaron, pues al mismo Dios plugo criar criaturas sensibles para personificar las ideas, y á nadie es dado mudar nuestra naturaleza y hacer de la humana grey un conjunto de algebristas que alambican abstracciones, mientras que los hombres discurren y sienten como seres reales.

Así, por mal que pese á mis críticos, conste una vez por todas á mis lectores, que no es la vanidad la que me induce á aventurar mi personalidad en esta ú otras circunstancias análogas que puedan ocurrir en nuestras conversaciones literarias, sino el conocimiento de la naturaleza humana. El artista y no el hombre es quien habla por mi boca ó escribe

por mi pluma. ¡Ah! si me conocieseis á fondo, podría decir á mis críticos, no pensariais en acusarme de una pueril vanidad fenecida en mí hace tantos años. ¡Vanidad! ¿y de qué? Si, como todo el mundo, he tenido accesos de esta pasión á la flor de mi edad, los acontecimientos, las reflexiones, las humillaciones de espíritu y corazon no han tardado en abatirla, en términos que no hay actualmente un hombre en la tierra que sienta mas su nada, y anhele con mas ansia desaparecer de este palenque, en alma, en cuerpo y en nombre.

¿Qué aliciente, qué valor puede tener la escena política ó literaria del mundo, para aquel que ha visto como se sube á las tablas y se desaparece entre los bastidores?.... No, no, os lo juro ante aquel que lee en los corazones: no abrigo ninguna de las vanidades que se me supone, pero si un tedio de esta vida, un asco por las vanidades efímeras de este mundo, que ni aun siquiera sospechan mis lectores. Así permitidme que os vuelva á hablar otra vez de mí y quejaos tan solo del método á que recurro, pues si anhelais sentir, conviene que os muestre un corazon.

PAGINAS DE VIAGE.

XXVII

Las impresiones que aquí recuerdo remontan al año 1840. En aquel entonces tenía yo diez y nueve años, una estatura elevada, hermosos cabellos no rizados, si bien undulados por su natural flexibilidad en torno de las sienes, ojos en que el ardor se mezclaba á la melancolía, y una expresión vaga é indecisa que no podía atribuirse á la ligereza ni al ánimo pesaroso. Una impaciencia juvenil de ver, de sentir, de sumergirme en una mar de impresiones á la vez formidables y atractivas, constituía á la sazón el fondo de mi carácter; fuego encubierto que el viento aspiraba á la vez y temía, corazón de doncella oscilante entre el período de ilusiones y la edad del amor. Por otra parte la timidez candorosa de mi fisonomía me daba un aspecto virginal, que acrecentaba el contraste formado por la osadía de mis aspiraciones y la irresolución de mis modales. Criado en la soledad y en la sencillez rústica, me sentía deslumbrado tanto por los aspec-

tos imponentes de la naturaleza como por la muchedumbre compacta. Salía de mis aulas, y en todo lo que se presentaba á mi vista, solo veía otro libro que leer, libro viviente que en mi ignorancia juzgaba destinado á explicar los misterios que asediaban mi ánimo. En una palabra mi corazón era un enigma cuya solución buscaba afanosa mi mente.

No repetiré aquí lo que en otra parte he insinuado, esto es, el modo con que, muy joven y casi niño, fui enviado á Italia antes de ver y conocer la Francia. Una rosa artificial desprendida de una guirnalda de baile, hollada por los convidados, envuelta después, pulverulenta y marchita, en un pedazo de gasa y escondida como un talismán en el fondo de un baul juntamente con algunos malos versos, no pasaba seguramente de una puerilidad; pero esta puerilidad había despertado los recelos de una tierna madre, y deseosa de dar nuevo giro á mis ideas, juzgó que nada era más adecuado al intento que un viaje fuera de Francia. En efecto, si basta al hombre maduro cambiar de horizonte para abrir nuevo cauce á su pensamiento, ¿qué debía suceder con un niño? Aun conservo en un papel que amarillo ha vuelto el polvo de los grandes caminos de Italia, estos malos versos de diez y ocho años que envolvían la ajada flor.

« ¿Del viento embravecido dobló el soplo tu tallo, oh rosa que en mi seno desfalleces moribunda, ó eres tal vez hurto nocturno del ruiseñor que sobre las flores se cierne ?

« No, de un vestido de baile caísteis espontáneamente, oh triste y pálido emblema de las flores vivientes tus hermanas, y hollada fuistes bajo los pasos de los danzantes en una noche de embriaguez.

« La alegre juventud pisó incauta la flor apenas despuntó á la luz, é inclinándose desdeñosa la beladad, la arrojó marchita por la ventana como un vil resto del jardín.

« Pero yo, aficionado á rebuscar las espigas quebradas cerca de la gavilla, te recogí en mi corazón, para poder encontrar en tus hojas una embriaguez mas pura que la del olor.

« ¡ Ah! para siempre reposa abrigada en mi seno, oh rosa que muristes bajo sus pasos, y cuenta en este corazón cuantas veces palpita un sueño que jamás podrá desvanecerse¹. »

¹ Es-tu tombée au vent qui fait plier la tige,
O rose qui meurs sur mon sein?
Un tendre rossignol qui sur les fleurs voltige
Es-tu le nocturne larcin?

Non, d'une robe, au bal, tu tombas de toi-même
Sous les pieds distraits des danseurs,
Dans une nuit d'ivresse, ô triste et pâle emblème,
De ces fleurs vivantes, tes sœurs!

Ils foulèrent aux pieds la fleur venant de naître,
Et la danseuse avec dédain,
Se courbant, te jeta pâle par la fenêtre,
Comme un vil débris du jardin.

Mais moi, glaneur d'épis brisés près de la gerbe,
Je te recueillis sur mon cœur,

Y no obstante no tardó en desvanecerse completamente como todos los sentimientos prematuros de la infancia; pero en fin á este acontecimiento debí mi viage á Italia.

XXVIII

El 29 de mayo de 1810, al rayar el alba, bajé, en una silla de posta en cuyo pescante habia conseguido hallar un puesto, la última pendiente del Apennino que se precipita en la dirección de Florencia. El aire era tibio y balsámico, la atmósfera cristalina, el horizonte ligeramente empañado por plateados vapores, que parecían ensanchar el ámbito de la distancia. Los caballos galopaban envueltos en olas de polvo aromático, haciendo resonar sus ruidosos y metálicos cencerros que me daban un gusto anticipado de las castañuelas con que las jóvenes Napolitanas traducen la embriaguez de la tarantela voluptuosa. Las colinas, los castaños, los campanarios, los torrentes, las bocanadas de humo vomitadas por los volcanes, todo parecia arremolinarse á

Pour chercher sous ta feuille, ô fleur morte sur l'herbe,
Une autre ivresse que l'odeur!

Ah! repose à jamais dans ce sein qui t'abrite,
Rose qui mourus sous ses pas,
Et compte sur ce cœur combien de fois palpite
Un rêve qui ne mourra pas!

mi vista y huir detrás de mí, como si agitase la tierra un mágico torbellino. Los altos é inmóviles cipreses que allí comienzan á verdear, gigantescos obeliscos de la vegetacion, arrojan su negra y alargada sombra en el granugiento camino; las higueras nudosas y movedizas ostentaban sus anchas y pulverulentas hojas; los olivos dejaban filtrar verduzcos los rayos solares que parecían sonreír sobre sus escabrosos troncos. Mi olfato respiraba el olor de yerbas desconocidas en nuestros climas deslavados del Norte, y el aire parecía acariciarme con emanaciones fragantes, á la manera de un perfume evaporado sobre un carbon ígneo, ó tal como el mirto oloroso que cruge y chispea en el horno que enciende el rústico aldeano de la Calabria.

Ebrío estaba de sensaciones antes de estarlo de pensamientos. De cuando en cuando, desde la eminencia de una colina, una abertura luminosa me dejaba entrever, en el fondo de una cuenca cubierta de verde musgo, las resplandecientes cúpulas, si bien aun lejanas, de Florencia; y, á pesar de mi impaciencia, no entramos hasta el anochecer en la ciudad de los Medicis, sobre la cual se elevaba fulgoroso el ancho disco de la plena luna, cuyos plateados rayos brillaban en las durmientes aguas del Arno apacible.

XXIX

Cuando, despues de atravesar las puertas de la

ciudad, volvió á rodar el carruage en las anchas losas, que constituyen el empedrado de Florencia, me pareció entrar en la sociedad de esos Toscanos ilustres, cuya memoria ejercia en mi imaginacion una especie de terror sagrado. Dante, Petrarca, Maquiavelo, los Pazzi, los Médicis, Policiano, Miguel-Angel y mil otros cuyos nombres brotaban entonces radiantes de mi fantasía, me parecían asomarse misteriosos á las ventanas de esos palacios oscuros que se elevaban siniestros á uno y otro lado de las calles; y, para que nada faltase á la ilusion, difundíase en el ambiente un olor de cedro cuyo palo oloroso forma el maderámen de los añosos alcázares de la toscana metrópoli, recordándome el aroma sepulcral de ese árbol incorruptible, empleado por los Florentinos para la construccion de los féretros do depositaban los cadáveres de sus antepasados, conservados intactos por la balsámica madera.

Los raros habitantes que circulaban en las plazas y respiraban el fresco en torno de las fuentes, comunicaban á la ciudad el aspecto de un magnífico cementerio entrecortado de monumentos y poblado de fantasmas. Mientras viva me acordaré de mi primera entrada en la ciudad de Dante.

El carruage que debia continuar su camino hasta Siena y Roma, me condujo á una hostería sin nombre, en el fondo de una callejuela detrás del palacio de Corsini y no lejos del puente de la Trinidad. Allí me alojé en un guardillon, sin mas muebles que un mal catre de hierro, una mesa, una silla y un cá-

taro de agua. Pero ni aun siquiera reparé en la desnudez é indigencia de mi vivienda, tan ufana y radiante se hallaba mi imaginacion juvenil al pensar que iba á despertarme en una ciudad tan imponente por sus recuerdos.

XXX

Jamás olvidaré cuando al despertarme divisaron mis ojos un cielo de un color subido y purísimo como el azul de ultramar, que se extendía sobre la estrecha callejuela que mediaba entre mi elevado aposento y las paredes colosales del palacio de Corsini. Las puertas monumentales de tan suntuoso edificio se hallaban abiertas de par en par, y dejaban ver los patios, las escaleras y los pórticos. Los numerosos criados de esta casa opulenta se hallaban con librea de aparato, y parecían aguardar á un huésped de ilustre rango.

A la extremidad de la calle resonaban rumores en la muchedumbre, mezclados á mugidos de bueyes, balidos de orejas y relinchos de caballos. Pronto se mostraron, precedidos y seguidos de lo mas selecto de sus rebaños y ganados, diversos campesinos á caballo, vestidos de trages pintorescos, con un largo cayado en la mano terminado en punta, y desfilando con gravedad digna de antiguos tiempos.

En pos veíanse carros rústicos de forma etrusca,

cuyas llantas engalanaban verdes ramos y vistosas flores, mientras que los yugos ostentaban movidos ramos de olivos y cipreses, que sacudidos y balanceados por el movimiento de las yuntas, expellian las moscas y refrescaban con su sombra la frente de los bueyes.

Cada uno de estos carros anidaba la familia de uno de los labradores pertenecientes á los vastos dominios del príncipe Corsini, precedida del gefe de la familia ó del hijo primogénito, que caminaba con paso consular, sosteniendo en una mano el sutil aguijón, y apoyándose con la otra en el cuerno dorado de sus bueyes; mientras la madre, los hijos y las hijas permanecían de pié sobre el piso del carro, agarradas á los adrales para guardar el equilibrio y precaverse contra los sacudimientos que imprimían á las ruedas las descomunales losas que forman el pavimento de la ciudad. Bajo los pesados pliegues de tejidos verdes y rojos que formaban las vestimentas de aquellas aldeanas, divisaba mi vista gracias severas y hermosuras magestuosas, que nunca he vuelto á hallar salvo en las montañas de la Sabina y del Vulturno, ó en el incomparable cuadro de Leopoldo Robert, Virgilio de la pintura, igual ó superior al de las Geórgicas.

XXXI

Esta procesion rural desfiló lenta y silenciosamente, y se agrupó por entero en el patio del palacio. Componíase de opulentos labradores pertenecientes á los numerosos dominios del príncipe en las *maremas*¹ de Pisa y valles de Vulturno, que venian cada año, en el día del santo de la princesa, á desfilar ante sus amos y ostentar á sus ojos el lujo de sus establos y de sus pingües terrones. Por do quier resonaba armónico el ambiente al son de los caramillos toscanos, al paso que embalsamaban la calle las gavillas y mazos de flores que inundaban los carros. Por mi parte no me cansaba de contemplar esos nobles y varoniles rostros de campesinos que me recordaban las escenas patriarcales de la Biblia en la opulenta ciudad de las artes; y una embriaguez inefable mecia mi corazón antes de haber entrevisto un solo de los monumentos del genio moderno.

Díme prisa en vestirme para poder recorrer á mis anchas, bajo la dirección de un criado dependiente de la hosteria ó posada en que me alojaba, quien mas que de un intérprete tenía la facha de un mendigo, los muelles, plazas, jardines y palacios de Florencia.

¹ Así se llaman en Italia los terrenos aislados é inhabitables á causa de las emanaciones deletéreas.

Mis dos primeras jornadas fueron un continuo deslumbramiento, y en pocos días me hallaba bastante familiarizado con la ciudad, para prescindir de guía. En cuanto á la lengua, la hablaba con un dejo demasiado latino, gracias á la lectura asidua de Dante, Petrarca, Alfieri y Monti; solamente, al oír mi acento, debían tomarme por un Toscano de biblioteca bajado á la calle para hablar con los vivos, cuya conversacion recordaba las construcciones y pronunciación de los muertos; de modo que parecía un tomo mas bien que un hombre. Pero poco á poco la flexibilidad de mi oído me naturalizó Toscano del siglo, pues en semejante jaula de ruiseñores, la música me penetraba por todos los poros, y mi solo afán era olvidar mi tosco francés.

XXXII

Ninguna necesidad sentía de sociedad á pesar de mi aislamiento completo. No obstante, despues de algunos días de callejear á todas horas y frecuentar los teatros de Florencia, me acordé que tenía algunas cartas de recomendación en mi baul. Mucho hubiera deseado poder no presentarlas, pues el apuro de efectuarlo así, excedía en mi concepto al placer que podría resultarme de aumentar el círculo de mis relaciones. Por otra parte, siempre he sido tímido en demasía en presencia de rostros desconocidos, y sobretudo á diez y nueve años. Pero lo inde-

coroso que hubiera sido volver con las cartas á los que en mi obsequio se habian dado la pena de escribirlas, me obligaba á pensar en llevarlas á su destinacion, cuando una circunstancia inopinada vino á hacerme por decirlo así violencia y á triunfar de mi repugnancia en declinar mi nombre en el umbral de un palacio.

Una mañana entré en la famosa iglesia de Santa-Croce, especie de Campo-Santo ó cementerio de Florencia y Westminster de los Toscanos.

Era la hora de mediodia, y los rayos del sol caian á plomo sobre la plaza desnuda y desierta que precede á esta iglesia sin fachada. Confieso que entré mas deseoso de gozar de la sombra y del fresco que de ver los cuadros y las estatuas, pues me hallaba tan cansado de ver que apenas tenia fuerzas para mirar.

La iglesia se hallaba no menos desierta que la plaza, y en su mudo pavimento se alargaban negras é inmóviles las sombras de los pilares. Avanzéme lentamente de arcada en arcada, descifrando, por medio de mi libro indicador, las inscripciones grabadas en el zócalo de los mausoleos. Allí yacen los ilustres difuntos de la república, tales como Galileo y Maquiavelo, salvo el Dante que duerme en una encrucijada de Ravena. Recogido y silencioso no podia menos de tributar un recuerdo, un momento de entusiasmo y piedad á cada una de esas sombras, mas vivas tal vez en el pensamiento de los siglos que huellan sus cenizas, que en la memoria de sus contemporáneos y compatriotas.

XXXIII

Un monumento mas vasto y elevado que los sarcófagos circunvecinos, atrajo mis miradas á la derecha y centro de la iglesia; é instintivamente atraído, me acerqué palpitante y leí la siguiente inscripcion en letras de dorado bronce : *Aloysia, condesa de Albany y de Stolberg, á Vittorio Alfieri, y mas bajo : Canova sculpsit.*

A estas palabras se me cayó el libro de las manos, y quedé mudo y absorto en la contemplacion de este sepulcro, en el cual el Fidias veneciano quiso representar la romana Italia, esto es, viril y severa, llorando con una corona deshojada en la mano, sobre el medallon de su poeta. Tal en efecto creia yo á Alfieri, pues me hallaba en esa edad que dispone á admirar un nombre sonoro sin saber si merece ó no la atmósfera de gloria que lo envuelve. Algunos años antes habia comprado en Leon una edicion milanese comprendiendo las catorce tragedias de ese Corneille italiano, y tanto habian hojeado mis manos el ejemplar, que ni aun siquiera era posible leer el título. Asimismo habia devorado sus memorias recientemente publicadas por la condesa de Albany, poco tiempo despues de la muerte de su amigo. Como ciudadano, como poeta, como amante, el conde Alfieri era para mí una triple ilusion de juventud que ninguna re-

flexion habia conseguido disipar. A mis ojos el trágico sublime era por excelencia el representante del siglo, el varon apasionado y sublime, el héroe de la libertad, el último de los Romanos, una especie de Bruto poético escribiendo con la punta de su puñal sonetos á Beatriz, páginas de Tácito é imprecaciones de Maquiavelo contra los tiranos.

Aun prescindiendo del mérito del escritor y el alma férrea del poeta, tres nuevos motivos me impelían á tributar un culto al estoico y celeberrimo difunto y acrecentaban mi emocion al aspecto de su sepulcro : su fallecimiento tan reciente como prematuro, su tumba cerrada apenas por las manos del amor, y su sarcófago ilustrado por una obra maestra de Canova no menos inmortal que el poeta.

Por la primera vez me sentí avasallado por el sentimiento de la gloria, y creí que la vida entera seria acreedora á los loores de la posteridad, si, despues de su evolucion en este planeta, era juzgada digna de tan excelso mausoleo. ¡Ay de mí! efecto de mi extrema juventud, ignoraba yo que el mármol es aun mas frio que la yerba que vegeta sobre la huesa ; que sorda y muda es la tierra que devora los humanos restos ; que la postrera de las vanidades es la vanidad de perpetuar nuestra memoria en un planeta inconstante y olvidadizo ; y que el verdadero juez de nuestras obras es la conciencia, y no lo que pomposamente usurpa la denominacion de gloria. ¿Pero qué sabemos antes de haber reflexionado?

XXXIV .

Horas enteras pasé al pié del monumento de Alfieri, meditando sobre la magestad de este sarcófago y concibiendo la vaga emulacion de consagrar mi propia vida á merecer tan suntuoso mausóleo. ¡Sueño infantil de que harto despierto me hallo ! Una huesa ignorada, alfombrada por el mullido musgo, sin losa funeral, sin inscripcion pomposa, basta y sobra á la humana ambicion. ¿De qué sirve dejar estampada profundamente la huella en una tierra que no tarda en borrarla, y esforzarse en dejar un surco indeleble en memorias frágiles que empaña el orin del olvido ? La muerte, como las aguas del Leteo, destruye todo recuerdo humano, y nuestra vanidad jamás podrá eternizar nuestra miseria. Mas vale aceptar francamente la nada mortal, que pugnar estéril y penosamente con lo imposible. Pero tal no pensaba yo en aquella época, y mi fantasía juvenil juzgaba que el marmóreo sepulcro de Alfieri esculpido por Canova, y admirado por la ciudad de Florencia era una apoteosis suficiente para pagar una larga existencia de trabajo, genio y virtudes. Así no es de extrañar que, en presencia de este monumento, absorbiese á torrentes la inmortalidad.

De repente acudió á mi imaginacion al leer el nombre de Aloysia de Stolberg, condesa de Albany, la carta de recomendacion que tenia para una señora

de este nombre residente en Florencia, carta que hasta aquel momento habia descuidado entregar. El rubor se asomó en mis mejillas, y mi corazon latió con violencia á la idea de ver dama tan ilustre, cuyo nombre coronado de una gloriosa aureola, habia despertado en mi memoria la inscripcion sepulcral que divisaban mis ojos. ¿Quién no ha leído las memorias de Alfieri? ¿Quién ignora su culto, su pasion, su idolatria por ese ente femenino que denomina *la mia donna*, por esa Laura del nuevo Petrarca, por la Beatriz del Dante moderno, por la Victoria Colonna del Miguel-Angel poético? Y esta muger sobrevivía á su poeta, habitaba en Florencia, vivía á pocos pasos de distancia, mi carta me daba un acceso natural y casi obligatorio en su casa, y aquella misma noche podia ver la celeberrima viuda del genio trágico, cuya belleza, corazon, aventuras, desgracias y gloria poética habian halagado mi primera imaginacion. La pasion de conocer á tan imponente beldad venció mi natural timidez, y, saliendo precipitado de Santa-Croce, entré en mi casa para buscar las cartas de recomendacion dirigidas á la condesa de Albany.

XXXV

Era esta señora viuda del último de los Estuardos, pretendientes á la corona de Inglaterra. Desterrado á Roma á consecuencia de las revoluciones de su país, habia contraído nupcias el pretendiente á pesar

de su edad próspera, con la jóven y donosa condesa de Stolberg, procedente de regia estirpe en la Bélgica alemana. La bella esposa, llegada á ser, mediante este enlace, reina legítima de la Gran-Bretaña, habia consolado durante algunos años á su regio consorte de su infausta expedicion en Escocia y pérdida de su corona. Retirado en Roma y sumergido en una existencia ya sin objeto, el desventurado príncipe habia buscado en la embriaguez el consuelo de su infructuoso heroismo y edad avanzada. Los infortunios de una esposa desatendida y aun ultrajada por un marido soez á fuerza de intemperancia, habian conmovido vivamente al conde Alfieri, cuyo culto poético habia consolado á la desventurada victima.

A ruegos del cardenal de York, hermano del pretendiente, habia separado el papa, mediante su omnipotencia, al príncipe y la condesa; y ésta permaneció algun tiempo en un convento bajo la proteccion del pontífice y el cardenal, logrando no con poca dificultad Alfieri ser introducido una ó dos veces en el claustro en que desfallecia su ídolo. Poco despues consiguió evadirse de Roma la bella reclusa, con la tolerancia fácil del gefe de la Iglesia, recorriendo la España, Francia y Alemania, y encontrándose por do quier con su amante. Por último el quebranto mas bien que los años acabaron con la vida del último de los Estuardos, cuya muerte volvió la libertad á la viuda, quién, dueña de su mano, la concedió al poeta, si bien no pudo prescindir de su

título, deseosa de conservar la pension que recibia de Inglaterra.

Unidos por un enlace clandestino, habitaban ambos consortes un lindo palacio á orillas del Arno en el malacón de Florencia. Allí habia acabado el poeta sus obras y enterrado su existencia, pues la inquietud que durante veinte años habia arrastrado en todas las capitales europeas, se habia trocado, desde su union con la condesa, en una reclusion absoluta y casi uraña. Su *dama* y sus libros, sus versos y sus caballos, ocupaban exclusivamente su sér. Todos los dias á la misma hora, solo, fruncida la frente por la inquietud y los rencores, se le veia salir de su palacio del Arno, y alejarse hasta el anochecer en las rutas mas abandonadas, ó en las colinas de olivos y cipreses que rodean el valle de Florencia.

Este hombre inspiraba una especie de terror supersticioso á cuantos le encontraban, y algunos lo consideraban como el espectro de Dante y Maquiavelo. De acérrimo partidario y fautor ardiente de la revolucion francesa, habia llegado á ser el mas enconado enemigo de nuestra causa, pues pertenecia al gremio de esos revolucionarios aristócratas, en quienes la naturaleza combate las ideas, idólatras de los principios é implacables contra las consecuencias.

Así no es de extrañar que muriese lleno de ojeriza y desprecio por la humanidad, víctima de su mal humor y orgullo calenturiento. ¡Triste muerte

para tan ínclito varón! Pero es preciso reconocer que su fama excedia á su mérito. Declamador enfático en poesía, humorista caprichoso en prosa, su sola grandeza consistia en el amor y culto que abrigaba por la libertad. Pero en aquel entonces yo lo creia un Tácito á la vez y un Sófocles. Así no es de extrañar mi agitacion febril al prepararme á ver á la muger que habia inmortalizado en sus versos.

XXXVI

Nada poseia de cuanto se requiere para descollar en el mundo, salvo mi figura escueta y la modestia de mi porte. Todo mi equipage consistia en un baul de madera, en cuyo fondo se hallaban depositados sesenta luses de oro, ahorro de mi madre. Mi ropa se hallaba tan limitada como mi erario; y, fuera del frac que llevaba bajo la capa, no poseia mas que otro nuevo envuelto en una holandilla, reservado para las grandes ocasiones, de un azul claro como á la sazón se estilaba, cuya forma y color me lo representan al vivo en mi memoria, despues de haber gastado tantos otros, como monumento de elegancia que ningun otro consiguió igualar á mis ojos. No vacilé en estreñarlo para tan solemne visita, juntamente con un pantalon de mahon y un chaleco del mismo género bordado por una tia mia; y, acicalado en extremo, tomé el camino del palacio habitado por la condesa

de Albany. Era al anochecer, y aun me acuerdo de los esfuerzos que hice para triunfar de mi timidez. Tenia en mis manos la carta de recomendacion que me habia dado un caballero vecino nuestro y amigo de mi padre, llamado M. de Santilly, que habia sido general al servicio de España bajo Carlos IV y conocido intimamente en Madrid á la condesa de Albany, como igualmente á su hermana la condesa de Castelfranco. Noticioso por mi padre de mi viage á Italia, me habia ofrecido el buen caballero dos cartas de recomendacion para sus dos amigas, una de las cuales vivia en Florencia y la otra en Nápoles.

XXXVII

Aunque caminase muy despacio, temeroso de lo que iba á ver y decir, no tardé en llegar á la puerta del palacio.

Lo que bajo este nombre designa la lengua italiana que engrandece todo cuanto pronuncia, no pasaba de una casa de reducidas dimensiones, sin patio ni jardín, compuesta de un cuarto bajo y un primer piso, de una fachada desprovista de todo ornamento arquitectónico, cuyas ventanas bajas y cerradas daban al estrecho muelle ó malacon del Arno. Las persianas del aposento del poeta, cerradas desde la época de su muerte, comunicaban á la casa un aire de misterio y luto que difundia cierto terror, en términos que creí entrar en un sepulcro.

Levanté el aldabon con mano irresoluta, y al momento se abrió la puerta, dejándome en frente de un criado vestido de negro, en un corto corredor conducente á una escalera en forma de caracol. La condesa habia salido, como es costumbre todas las tardes en Florencia, á pasearse en carretela descubierta con algunos abates de su sociedad, bajo la sombra de las Cacias, lindo parque de Florencia. En consecuencia remití mi carta á un ayuda de cámara, juzgándome dichoso de haber aplazado mi presentacion á la reina de Inglaterra, mas imponente á mis ojos por haber dominado el corazon de un poeta, que como viuda del pretendiente á la triple corona de las islas Británicas.

XXXVIII

Al dia siguiente al despertarme, recibí una esquela muy atenta y solícita de la condesa de Albany, esquela que aun guardo con otras varias otras de esta misma señora. Decíame en pocas palabras que tendria mucho gusto en oír hablar de su amigo M. de Santilly, y concluía convidándome á comer para el dia siguiente.

Acepté su obsequio y comparecí en su casa con el mismo pantalon y chaleco que habia reservado para esta ocasion solemne. Llamé con mas resolucion, y tres criados vestidos de luto me recibieron en el susodicho corredor. Subí por la escalera, bajé

después por algunos escalones que conducían á una especie de entresuelo en que se hallaba el gabinete de *conversacion* de la condesa, como se dice en Italia, y no tardé en hallarme en presencia de la reina destronada de Albion.

Nada indicaba de parte de tan ilustre dama, en la época á que aludo, ni la soberana de un imperio, ni la de un corazón de poeta. De una edad algo madura, la condesa era una mujer de menguada estatura, y su cuerpo, con asomos de obesidad, habia perdido toda ligereza y elegancia. Por otra parte, las facciones de su rostro obtusas y redondeadas en demasía, no conservaban ninguna de las líneas que constituyen la belleza ideal; pero sus ojos brillantes, lo suave de sus rubios cabellos, el juego amable de su boca, la inteligencia que radiaba de su fisonomía, el encanto indecible de sus maneras, todo contribuía á despertar recuerdos halagüeños á falta de admiración profunda. Su palabra afable sobremañera, sus modales sin afectación, su familiaridad agasajadora, la igualaban con cuantos se le acercaban, sin que se supiese si descendía á su nivel ó si los elevaba al suyo, tanta naturalidad habia en toda su persona. Pocos minutos de conversacion me bastaron para cobrar aliento y proceder con tanta franqueza y desahogo, como si hubiese estado acostumbrado á verla cada día y á todas horas.

« M. de Santilly me dice que haceis versos, » me dijo sonriendo de mi juventud y rubor; « y seguramente deseais visitar el cuarto y la biblioteca

del inclito poeta que ha perdido la Italia. » Al decir estas palabras hizo señas á un anciano abate de cuyo nombre no me acuerdo, para que me acompañase al aposento del difunto.

Volvimos á subir los escalones que acababa de bajar, y no tardé en llegar al primer piso á la estancia de Alfieri y hallarme en frente de su biblioteca. Los postigos cerrados mantenían la estancia en un estado de semi-oscuridad que podia hacer presumir que aun la habitaba el varón excelso. Trémulo y sobrecogido, no acertaba á decir una palabra y apenas tenia fuerzas para mirar. Esos libros tan á menudo hojeados por una mano magistral, esa mesa en la cual numerosos volúmenes griegos y algunas páginas aun no acabadas en la misma lengua atestiguaban que la muerte habia sorprendido al poeta absorto en estudios profundos, el lecho en que habia soñado el ilustre autor dramático, la pluma con que habia escrito, esos muebles que parecían aguardar á su amo, esa pared que tan á menudo habia recibido la sombra colosal del genio, esa alfombra gastada por sus largos desvelos, me llenaban de estupor y silencio. La presencia del abate me impedía tan solo arrodillarme para besar el suelo que tantas veces habia pisado, pues siempre he temido parecer afectado por exceso de emoción. Así me contenté con arrancar furtivamente la barba de una pluma aun ennegrecida con la tinta del maestro, y escurrirla en mi sombrero para poseer á lo menos una reliquia poética del

gigante trágico. Aun la conservo en mi poder, juntamente con una hoja del laurel de Virgilio en el Pausilipe y un fragmento de ladrillo rojo perteneciente al calabozo del Taso en Ferrara; monumentos piadosos de mis numerosas peregrinaciones á las tumbas de los genios descollantes de la humanidad.

XXXIX

La comida fué sóbria y corta, pues fuera del ama de la casa y de mí mismo, no habia á la mesa mas que el abate y tres á cuatro amigos. La condesa me trató como niño mimado á quien se lisonjea elevándolo á la dignidad de hombre maduro para que no se corra de su edad. Despues entramos en el gabinete de conversacion, en el cual no tardó en formarse en torno de la noble viuda un círculo de hombres eminentes é ilustres forasteros, oriundos de las principales capitales europeas. Por mi parte escuchaba con el mayor recogimiento los nombres de cada sugeto que llegaba anunciado por los criados. En general eran apellidos pertenecientes á la alta aristocracia de Roma, Nápoles, Florencia, Venecia, Bolonia, que habian llegado á serme familiares por la historia, y algunos otros ilustrados por diversos poetas, escritores y profesores, enigmáticos á la sazón para mí. A medida que eran introducidas esas personas selectas, se sentaban en forma de semi-círculo en torno de una mesa cargada de libros, detrás de la cual se hallaba

reclinada la condesa de Albany sobre un canapé. Poco numerosa, la sociedad no ofrecia traza de ese libre desórden que disemina en grupos una conversacion francesa, y mas que á un círculo ó corrillo, se asemejaba á una academia literaria.

La plática, sin la menor alusion policia á causa de la recelosa vigilancia de la política francesa en Italia, parecia una conversacion de difuntos mas bien que una conversacion entre vivos, y rodaba enteramente sobre la preeminencia relativa de las diversas regiones italianas representadas en los diferentes interlocutores, cada uno de los cuales se mostraba acérrimo abogado de la causa de su capital, en presencia de la reina destronada de una isla que pocos siglos antes llamaban bárbara los Romanos.

Prescindiendo de Sannazar en Nápoles, de Dante, Policiano y Bocacio en Toscana, ví pasar ante mis ojos todo el siglo de Leon X en Roma, todo el período de los Médicis en Florencia, toda la brillante época de la casa de Este en Ferrara, en una palabra todas las glorias italianas desde los siglos de la edad media hasta Alfieri en Turin, Goldoni en Venecia, Monti, Parini y Beccaria en Milan. La multitud de nombres justamente seculares mencionados aquella noche, las citaciones presentes á la memoria como si los libros hubiesen estado á la vista, las observaciones llenas de fuerza y delicadeza, las rivalidades contrabalanceadas, los entusiasmos apoyados en sólidos argumentos, la ciencia presente y unánime de todos los monumentos del pensa-

miento italiano en aquellos varones eminentes que componían tan selecto cenáculo, sublimaron de un modo indecible mi mente y arrebataron mi fantasía en un remolino de entusiasmo por ese genio italiano que puede hollar una soldadesca sórdida, pero cuya fecundidad nunca podrá agotar; planta que vegeta como los abrojos y espinas del Coliseo, mas lozana en las ruinas que en los surcos trazados por la mano del labrador.

Al fin de la conversacion citó uno de los interlocutores esta frase de Alfieri : *La pianta uomo nasce più forte é più robusta in Italia*, etc., etc. « La planta hombre nace mas fuerte y mas robusta en Italia que allende ; » palabra llena de noble fiereza, pero al mismo tiempo de sincera verdad. Las cenizas de los siglos no son menos fecundas que las de los incendios.

Durante esta larga excursion al través de todos los siglos, de todos los nombres y obras de la Italia moderna, permanecía yo silencioso y modesto como convenia á un jóven de mi edad, pareciéndome asistir á una de esas conversaciones clásicas del Decamerón, á la sombra de uno de los cipreses de Fiesoli, entre los ínclitos ingenios y mugeres letradas de la época. Las ventanas abiertas y la luna resplandeciente, cuyos macilentos rayos parecían rodar en las mansas ondas del Arno cerúleo, completaban la ilusion de mi imaginacion abrasada. El techo bajo el cual habia respirado Alfieri, la presencia de la muger que habia sido el alma de su corazón y ac-

tualmente vivia de su gloria, me llenaban de una especie de superstición de celebridad y un respeto religioso por la bella Ausonia que nada pudo alterar en lo sucesivo, convencido de que el aire mismo de esta comarca es literario, y que si se puede ligar sus miembros con bárbara coyunda, no se le podrá jamás despojar del genio que su atmósfera vivifica.

Silencioso y recogido regresé á mi domicilio siguiendo las márgenes del rio inundado por el ceniciento fulgor de la luna, bajo los palacios cuyas imágenes reflejaban las aguas cristalinas, resuelto á estudiar madura y profundamente las obras maestras de esa bella literatura, cuya rica nomenclatura, escoltada por tan elocuentes comentarios, habia escuchado con inefable placer durante cinco horas en casa de la condesa de Albany.

Diez años despues de aquella noche, he tenido ocasion de volver á ver á menudo á la viuda del último de los Estuardos y de Alfieri, como igualmente de conocer íntimamente á todas las celebridades italianas que me habian aperebido en la oscuridad, sin prever mi nombre futuro.



CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

CONVERSACION OCTAVA

I

Volvamos a la Europa literaria actual.

La Europa moderna, dicen ciertos Aristarcos modernos, tiene una inferioridad evidente comparada a la antigua, si se considera que, desde Homero ó desde las grandes epopeyas de la India, no posee un poema épico digno de este nombre. — No seré yo quien tal aserto contradiga, pues, si bien se considera, la Eneida de Virgilio no pasa de un poema histórico; la Divina Comedia de Dante, de una evolución fantástica del genio, poema medio teológico y medio popular; la Jerusalén libertada del Taso, de un poema caballeresco ó novela de aventuras en magníficas estrofas; el Paraíso perdido de Milton, de una paráfrasis de la Biblia; la Henriada de Vol-

taire, de una crónica rimada sobre Henrique IV; el Orlando furioso del Ariosto, de una composición jocosa y mordaz, llena de gracejo y en versos inimitados é inimitables. Todo esto puede ser poesía, pero seguramente no es un poema; y millares de obras análogas podrán ver los siglos, sin conseguir por grande que sea el númen de los poetas, alzar ese monumento al cual vanamente aspiran todos los idiomas actuales, esa obra grandiosa y duradera que lleva el nombre de poema épico. El mismo Homero, si viviese en nuestros días, no podría legar á las naciones modernas la colosal epopeya que produjo en beneficio de los Griegos.

II

Ahora bien, ¿porqué la Europa moderna carece de poema épico? Mucho nos sorprende que críticos tan eminentes, cuyos numerosos volúmenes en esta materia serian de una enumeración prolija, no hayan dado á esta pregunta la respuesta que la sencillez mas vulgar hubiera sugerido á un niño que hubiese pensado en semejante materia.

LA EUROPA MODERNA CARECE Y CARECERÁ ETERNAMENTE DE POEMA ÉPICO. ¿Y PORQUÉ? — PORQUÉ POSEE LA BIBLIA.

Analizemos este principio:

¿Qué viene á ser el poema épico? A esta pregunta seria necesario responder como lo hizo el

Taso á un amigo suyo, cuando, viajando á pié en el reino de Nápoles y llegando á la elevada cumbre de los Abruzos, le mostró la tierra, el mar, el cielo, las ciudades, las campiñas, los rios que se desplegaban en la inmensidad bajo sus ojos diciéndole: — Eso es MI POEMA. En otros términos, un poema épico es el mundo; ó por mejor decir, un poema épico consta de dos mundos: el material y el sobrenatural, lo que equivale á decir, lo finito y lo infinito.

En efecto, es punto reconocido en todos los siglos y pueblos, que el poema épico se compone no solamente de lo que existe en la naturaleza, sino de lo superior á esta misma, esto es, de lo que pudiera denominarse propiamente sobrenatural y admiten en efecto los críticos bajo el nombre de maravilloso.

Examinemos ahora otra cuestión: ¿porqué lo maravilloso ó lo sobrenatural forma parte esencial del poema épico? Cuestión es esta que procuraremos despejar con cierta latitud, á cuyo efecto nos veremos obligados á penetrar en el dominio de la metafísica. Excusadnos este término y al mismo tiempo tranquilizaos, pues no es nuestro ánimo recurrir á la pedagogia escolástica, para sacar esos términos que solo sirven para ocultar la vacuidad de ideas bajo el prestigio de las palabras, y oscurecer lo que importa aclarar; no, lo que apellidamos metafísica es la sana razón expresada en lenguaje vulgar. Tal vez me acusareis de transportaros á una región mas alta que

el suelo que pisamos, pero ¿acaso recibe menos luz el águila sublime que la sierpe rastrera?

Después de este ligero preámbulo, permitidnos que respondamos á esta pregunta : ¿Porqué lo maravilloso y sobrenatural forma parte integrante del poema épico?

III

Ya lo hemos dicho recientemente : el poema épico es el mundo.

Este mundo es doble ó por mejor decir hay dos mundos : el visible y el invisible ; ambos igualmente ciertos, aunque el segundo no caiga bajo el dominio de los órganos materiales y solo pueda ser concebido por el sentido de los sentidos, la INTELIGENCIA.

¿Qué nos dice ese oráculo interior que bajo el nombre de evidencia anida todo hombre?

Nos dice que la materia existe ; y en efecto la vemos, la palpamos, la pisamos bajo forma de tierra, la respiramos bajo forma de aire, la divisamos bajo forma de luz y de fuego, la contemplamos bajo forma de astros infinitos suspendidos en el ilimitado firmamento ; de modo que nos vemos obligados á negarnos á nosotros mismos y suicidarnos mentalmente, ó á confesar que la materia existe.

Pero hay algo fuera de la materia cuya existencia por ser menos evidente, no es menos cierta que la de esta misma materia ; en otros términos hay en

nosotros y fuera de nosotros un sér mas allá del alcance de nuestros sentidos, que llamamos *espíritu*, cuyo arquetipo divino, increado, ilimitado, infinito, omnipotente y soberanamente perfecto, es el mismo Dios, sér de los seres ; si bien al alma de la naturaleza, al alma humana y á todas las demas almas con que plugo á Dios dotar á los diferentes seres, mas ó menos perfectos, cabe igualmente la denominacion de espíritu en su acepcion limitada, criada, finita, impotente é imperfecta. La inteligencia, el pensamiento, la voluntad, la conciencia, la moralidad ó la inmoralidad, la facultad de elegir entre el bien y el mal, la libertad, la perversidad, la santidad de los actos, son fenómenos intelectuales del sér llamado espíritu, fenómenos incontestables para el hombre de buena fé como lo son para nuestros sentidos los fenómenos materiales ; fenómenos á que alude el *mens agitat molem* del poeta, esto es, el resorte sobrenatural, oculto pero sensible, que remueve, rige y gobierna al mundo divino.

IV

Ahora bien, ¿qué resulta de lo expuesto para el ánimo que piensa? Resulta que hay dos destinos para la criatura humana : uno en la tierra que comienza cuando ve la luz, acaba con su último aliento, y se cumple en este reducido átomo que llamamos tierra ; destino correspondiente á la materia que

forma nuestros sentidos, durante algunos dias en el globo que pisamos; y otro mas allá de la tierra para el hombre inmaterial, ó en otros términos, para el alma ó elemento incorporeo de nuestra esencia, destino que corresponde á la naturaleza intelectual y moral de ese sér criado llamado hombre en este mundo, y cuyo nombre divino á nadie consta.

Y si así no fuese, mentirían en nosotros los tres testigos que en nuestro sér depuso el mismo Dios: la inteligencia, la conciencia y la evidencia interior, en otros términos, se seguiría que el mismo Dios habria sobornado á estos grandes testigos y obligádoslos á burlarse en su nombre de la inteligencia, evidencia, conciencia, verdad, fé y esperanza del hombre. Absurdo ó blasfemia que harían caer las escamas de los ojos, y las estrellas del firmamento.

Así pues existe un orbe invisible en el cual el hombre, despues de haber efectuado su evolucion material, prosigue su destino intelectual y moral. Nada acaba en esta tierra por mas concluido que todo parezca, pues todo se encadena y vuelve á comenzar mas allá de la muerte. Los cielos, los limbos, los purgatorios, los infiernos son nombres diversos de las consecuencias de la existencia presente que nos esperan en la religion inmaterial, despues de fenecida esta vida, para premiarnos, purificarnos ó castigarnos segun nuestro mérito ó desmérito.

No puedo menos de compadecer, sin pretender acusar, á los que no admiten el mundo invisible, en el cual por mi parte creo con mil veces mas firmeza

que en este visible, pues lo revelado por el ojo de la inteligencia merece mas crédito que lo sugerido por el ojo de la carne. Nuestros sentidos pueden desfallecer, mas no la evidencia intuitiva que es el ojo de Dios en nosotros.

V

Por último, todos los pueblos, desde las primeras asociaciones humanas hasta nuestros dias, imaginaron un mundo invisible, sobrenatural, eterno, continuacion y complemento de este mundo pasajero en el cual nos agitamos; al paso que los poetas reputados en todos tiempos órganos divinos de la imaginacion humana, se vieron obligados á introducir en el poema épico este resumen de ambos mundos, visible é invisible, correspondientes á la materia y al espíritu, y cuyo conjunto constituye al hombre completo, héroe ó mártir en la tierra, semidios en el Olimpo ó reo en los infiernos.

Por esta razon el elemento sobrenatural ó maravilloso debió formar y efectivamente formó la parte obligada del poema épico. Sin este mundo espiritual superpuesto al de la materia, no hubieran quedado satisfechas la imaginacion y la piedad del hombre, las cuales justamente reclamaban dos mundos distintos, si bien correlativos, juzgándose engañadas cuando el poeta le presentaba tan solo uno de ambos.

El poema que fenece en el sepulcro acaba con un enigma y la humanidad carece de desenlace.

VI

Aquí acaba mi metafísica, pero no tardareis en convenceros que era necesaria para explicaros porque la Europa moderna no tiene ni puede tener poema épico. Ahora continuando mi tesis, aventuraré otra proposición: la Europa moderna no puede tener poema épico, porque posee uno que á todos suple.

¿Y cuál es ese poema épico que sin saberlo lee la Europa hace siglos?

Este poema épico existe en la *Biblia*, ó por mejor decir, es la misma *Biblia*.

No acertamos á comprender porque M. de Chateaubriand, autor de un libro tan hermoso si bien no menos sofisticado sobre las bellezas poéticas del cristianismo, se obstina en pretender que esta religion haya sugerido numerosos alumbramientos épicos, ora radiantes de imaginación oriental, como el del Taso; ora con el elemento mixto que resulta de la fusión del Evangelio con el Olimpo, como el del Dante; ora con ese elemento maravilloso resultante de heladas alegorías, como el de Voltaire; sin notar que todos esos poemas no son ni pueden ser verdaderos monumentos nacionales en una sociedad que reconoce la *Biblia* como la

sola epopeya, y á Moisés como el solo Homero de los siglos y de los pueblos, cuyo origen coincide con las crónicas de Israel.

Y en efecto ¿cómo puede pretenderse que para los pueblos nacidos en la teogonía hebráica ó cristiana, puedan existir poetas fantásticos capaces de luchar con esa poesía llegada al estado de dogma, y con ese elemento maravilloso transformado en fé? Es claro que es imposible.

Un libro reputado tan antiguo como el mundo, escrito por un autor inspirado en el concepto de los Hebreos y cristianos, cuyas palabras son astros y cuyas páginas firmamentos, nos trasmite pensamientos sublimes sobre Dios, nos cuenta la creación del mundo en seis grandes jornadas que son tal vez semanas de siglos para el supremo artífice; nos refiere el nacimiento del primer hombre; el fastidio procedente de su soledad y propia plenitud, esto es, el abrumante tedio del sér aislado sin el amor; el nacimiento nocturno de la mujer que, como el sueño mas bello y luminoso, brota del corazón del hombre; los amores de estas dos criaturas completadas una por otra en esta primera pareja, cuyos hijos é hijas formarán durante generaciones sucesivas, la base del linaje humano; la existencia deliciosa de los dos primeros seres humanos en un jardín medio celestial, su encantada pastorela bajo los bosques del Eden, su fraternidad con todos los animales dotados del don de la palabra y llenos de una afectuosa obediencia para con su rey; la tentación ale-

górica de nuestros primeros padres, quienes quebrantan el divino precepto comiendo de la fruta vedada é intentando averiguar el arcano de la ciencia divina, arcano reservado al Criador é inherente á su divinidad; la doble culpa de curiosidad en la muger y de complacencia amorosa en el hombre; la tristeza de ambos despues del pecado, cuando la conciencia se despierta por la primera vez é inspira el sentimiento del bien y del mal; el comparecimiento de los delincuentes ante el tribunal divino, las disculpas del hombre para hacer recaer cobardemente el crimen en su cómplice, el silencio de la muger que se confiesa culpable por las primeras lágrimas vertidas en el mundo, la expulsion de ambos del paraíso terrestre y su peregrinacion en la tierra erizada de abrojos y espinas; el nacimiento de sus hijos con parto doloroso, suplicio inicial de la humanidad; el primer homicidio que empapó la tierra con sangre humana vertida por una mano fraticida, y la multiplicacion de la raza pervertida en su origen; el diluvio inundando la tierra con las cataratas del cielo que subieron quince codos sobre las mas altas montañas; el arca que salvó al justo, á su familia y á todos los animales inocentes. Igualmente nos cuenta el sublime cronista la vida patriarcal de las primeras familias en comunicacion con espíritus intermedios llamados ángeles, espíritus tan familiares que se confunden á cada instante en la tierra con los hombres, á los cuales traen continuamente mensajes del cielo. Mas adelante vemos

un pueblo escogido en la prole de Abrahan; episodios ingenuos como los de José, Ruth y Tobias; una cautividad amarga entre los Egipcios á que pone fin un libertador, un legislador, un profeta, un poeta, un historiador sublime en la persona de Moisés. Despues leemos anales llenos de guerras, conquistas, política, libertad, servidumbre, lágrimas y sangre; profetas medio tribunos y medio líricos, gobernando, agitando, subyugando al pueblo por la autoridad de las inspiraciones, la magestad de las imágenes, la fulminante explosion del language, la divinidad de la palabra; la grandeza y decadencia de la nacion milagrosa desde Salomon hasta Herodes y su avasallamiento á los Romanos. Por último vemos un Calvario en el cual un profeta de un orden sobrenatural sube al árbol de la vida para proclamar la abolicion de la antigua ley, y promulgar en beneficio del género humano, tanto Judíos como Gentiles, un código suave sellado con su sangre, cuyo efecto debia ser otra tierra y otro cielo para la humana grey.

Y ahora pregunto yo: ¿no es este un poema á la vez maravilloso, filosófico y popular que señorea de antemano las imaginaciones, imposibilitando por consiguiente toda epopeya que en vano se esforzaria en luchar contra un cuerpo de tradiciones tan imponentes?

¿Qué produccion podrá competir y reclamar el puesto de ese inmenso poema inaugurado por un idilio en el cielo terrestre, continuado por epitála-

mios como el Cántar de los cántares, luego por elegias como los salmos de David, despues por sublimes ditirambos como las imprecaciones de los profetas, mas adelante por una tragedia en holocausto de una víctima pura en el Gólgota, y en fin por una apoteosis final en el cielo, morada de los espíritus?... De modo que toda la humanidad naciente, decaída, planidera, deprecatoria, vacilante, viva, muerta, resucitada, se halla contenida en esa epopeya de la raza hebraica, en la cual el sacerdote y el poeta se encuentran resumidos en un solo varon excelso; y cada vez que asiste el pueblo al templo para celebrar sus misterios, oye al pontífice recitar sus anales, cantar sus himnos, conmemorar sus dramas; en una palabra, asiste á su propia epopeya en accion. ¿Qué papel puede quedar á la parte maravillosa de los poetas épicos en los países en que se enseña de memoria este libro á las generaciones que se renuevan, mientras que aun chupan los labios de los recién nacidos la cálida leche de las madres?

Cesemos pues de acusar á la Europa moderna de carecer de poema épico, defecto que no procede de la escasez de poesía, sino de la posesion de la Biblia mas excelsa y maravillosa que cuantos poemas puede soñar la mente humana. Ningun síntoma de deperecimiento en el genio ni de esterilidad en la savia acusa la falta de un verdadero monumento en este género, sino al contrario revela la imaginacion juvenil de los pueblos modernos. Fuera de esto, nos reservamos tratar este punto con mas latitud

el año que viene, cuando, siguiendo las huellas del sublime Bossuet, lleguemos á estudiar literaria y no teológicamente los poemas hebraicos en la Biblia.

VII

No podemos menos de convenir con los que actualmente acusan de cierta esterilidad momentánea al mundo moderno, que en efecto el genio humano parece, sino decrecer, á la menos reposarse de la enérgica y copiosa exhuberancia de obras é incritos varones que ilustraron la Europa hace algunos años, tales como Goëthe, Schiller, Klopstock en Alemania; Byron, Walter Scott, Fox, Pitt, Canning, Sheridan, Peel en Inglaterra. Aunque dignamente reemplazados en sus respectivas categorías, los citados poetas, oradores y estadistas parecen haber agotado por algun tiempo la prodigiosa fecundidad del espíritu humano á principios de este siglo, pues, no menos que para las plantas, hay estaciones favorables para esos descollantes fenómenos de vegetacion intelectual. No admite duda que cuando echamos una mirada en los Estados de la Europa moderna, no podemos menos de preguntarnos: ¿Dónde están los ingenios que vieron nuestros padres y vimos nosotros mismos en nuestra juventud? ¿Dónde están esos nombres que llenaban el oído,

esos nombres egregios en la poesía y la elocuencia, en la tribuna, en el consejo de los pueblos y de los reyes? ¿Quién excede en el día al nivel humano en Rusia, en Prusia (salvo Humboldt que aun vive), en los demas Estados de la Alemania, y en Inglaterra? ¿Quién podrá negar que existe un gran vacío, no en las masas, sino en los varones gerárquicamente superiores? ¿Quién podrá negar que han desaparecido de repente del firmamento intelectual todas las estrellas de primera magnitud, quedando tan solo los pálidos reflejos de su fulgor primitivo?

La imparcialidad no puede menos de convenir en hechos tan palpables, contra los cuales en vano protestarian la complacencia ó la lisonja. En efecto basta pasear la mirada por el mapa de la Europa, para convencerse de que no hay varones descomunales que dominen en las letras ó instituciones, exceptuando tal vez algunas naciones como la España, Italia, Brasil y Estados americanos, en que los sacudimientos revolucionarios y partos de la independencia ó libertad, han comunicado á las fuerzas intelectuales aletargadas, nuevo temple y esa nueva vida que comienza por el heroísmo y acaba con la poesía.

En las citadas naciones que nacen ó renacen, la naturaleza, solicitada por el patriotismo, concentra todo su vigor para producir primeramente ciudadanos, despues estadistas, mas adelante oradores, y por último poetas. En todos estos países debemos aguardarnos á prodigios de inteligencia aplicada á las

letras, pues los instrumentos adecuados á una obra sublime, son producidos por éstas.

VIII

Pero en Francia, ¿es verdad que el nivel del espíritu humano político, científico, poético, oratorio, literario, haya bajado en esta primera mitad del siglo? ¿Es verdad que haya penuria de hombres, carestía de genio, flaqueamiento del resorte, descenso del nivel? ¿Es verdad que los detractores de la inteligencia francesa puedan legítimamente alegar una decadencia, ó bien solo existe ésta en su tenaz pesimismo? ¿Es verdad que tanto para nosotros como para nuestros descendientes, haya pasado la edad de las grandes cosas y las grandes palabras, y tengamos que resignarnos á la esterilidad, cubriendo nuestras frentes, como los profetas aciagos, con las cenizas de nuestros padres?

XI

Por naturaleza no somos optimista ni pesimista, ni ciegamente encaprichado por el efímero periodo que nos ha sido concedido individualmente, ó como nación, ni desdeñoso de la parte del tiempo que re-

corrieron nuestros padres y abuelos, tanto cercanos como remotos. Al mismo tiempo confesamos ingenuamente que no nos domina esa vanidad colectiva llamada patriotismo, la mas fofa de cuantas vanidades pueden avasallar al sér humano, reconociendo al mismo tiempo que carecemos de todo exceso de severidad y estimacion por el país cuyo nombre llevamos. Y si hemos de hablar con toda franqueza, diremos que no sin motivo nos han acusado de no atesorar una dosis muy crecida de ese patriotismo de mapamundi que fenece en los límites geográficos, é inclinarnos en demasía ante ese patriotismo universal ó cosmopolita que blasona de haber nacido hombre por la gracia de Dios, de preferencia á haber nacido Francés por efecto del acaso.

Homo sum tal es nuestra divisa; como repetidas veces lo hemos reconocido, y, entre otras en los siguientes versos con que tan á menudo nos han inculminado nuestros adversarios políticos, y que estábamos muy lejos de retractar, sobretodo cuando una política mezquina queria enemistarnos con la Alemania y azuzarnos contra la Inglaterra.

« ¿ De que sirve esa mútua ojeriza, esos tabiques de nuestros corazones que ve sañudo el ojo divino y fragmentan la humana progenie? ¿ Hay por ventura vestigios de fronteras en el cielo infinito? ¿ Qué límites, qué lindes, qué confines alcanza á divisar nuestra vista en la estrellada bóveda?..... ¡ Naciones, nombre pomposo que la barbarie encubre!... ¿ Porqué pretendeis que el vuelo de la in-

teligencia se detenga do se fijan vuestros pasos?.... Romped vuestras banderas, que otra voz mas santa os grita : Al odio y al egoísmo toca cercarse en una patria, mas no á la fraternidad.

« Cesen de pretender apriscar á nuestra grey los mares, los rios, los grados de latitud; que nuestras solas fronteras son los límites de la inteligencia, y una luz cada vez mayor á la unidad eleva el orbe.... Por do quier irradie la Francia, por do quier fulgure su genio á los deslumbrados párpados, allí veo mi patria... Cada uno vive en la zona de su inteligencia; por mi parte me proclamo conciudadano de toda alma que piensa, y á la verdad reconozco por mi única nacion.

« ¿ A qué fin disputarnos la llanura ó la montaña? Ligera es nuestra tienda, y basta á derribarla el viento. Aun llena está la mesa en que rompemos el pan, cuando la muerte nominalmente nos reclama para la orilla opuesta. Al lado del trazado surco, surcos mil ahueca la fecunda esteva, ningun ojo consigue agotar los rayos del sol, la inculta tierra cede agoviada bajo las olas de rubias espigas, y ¿ cuándo faltó á las naciones la funeral mortaja para cubrir las generaciones segadas por la guadaña de la parca?

« Amigos, mirad allá á lo lejos como la tierra se extiende vasta y anchurosa; ¿ veis como el añoso Oriente despliega á la luz del sol sus mustios yermos en que en vano el espacio implacable abruma la lenta caravana? Allí duerme profundamente la so-

ledad sobre el cauce agotado de pueblos fenecidos; los polvorosos imperios cubren las grietas de la tierra resquebrajada, y, como aureo estilo, la sombra de las pirámides mide la hora trascurrida á las lívidas arenas, en el mudo cuadrante del desierto¹. »

¹ Et pourquoi nous haïr, et mettre entre les races
Ces bornes de nos cœurs qu'abhorre l'œil de Dieu ?
De frontières au ciel voyons-nous quelques traces ?
Sa voûte est-elle un mur, une borne, un milieu ?
Nations, mot pompeux pour dire barbarie,
L'esprit s'arrête-t-il où s'arrêtent vos pas ?
Déchirez ces drapeaux ; une autre voix vous crie :
« L'égoïsme et la haine ont seuls une patrie ;
La fraternité n'en a pas ! »

Ce ne sont plus des mers, des degrés, des rivières
Qui bornent l'héritage entre l'humanité :
Les bornes des esprits sont leurs seules frontières,
Le monde en s'éclairant s'élève à l'unité.
Ma patrie est partout où rayonne la France,
Où son regard éclate aux regards éblouis !
Chacun est du climat de son intelligence ;
Je suis concitoyen de toute âme qui pense :
La vérité, c'est mon pays !

Pourquoi nous disputer la montagne ou la plaine ?
Notre tente est légère, un vent va l'enlever.
La table où nous rompons le pain est encor pleine,
Que la Mort, par nos noms, nous dit de nous lever.
Quand le sillon finit, le soc se multiplie.
Aucun œil du soleil ne tarit les rayons ;
Sous le flot des épis la terre inculte plie,
Le linceul, pour couvrir leur race ensevelie,
Manque-t-il donc aux nations ?

Amis, voyez là-bas ! la terre est grande et plane !
L'Orient délaissé s'y déroule au soleil ;

El hombre que escribió estos versos no puede ser tachado de parcialidad nacional; pero nuestro título de Francés del siglo décimo nono, tampoco debe impedirnos ser justo para nuestra patria y nuestra época. Así lo decimos con una convicción que prescinde de todo patriotismo quimérico: mientras que la literatura, esto es la expresión del espíritu humano por la palabra, baja hace algunos años en Europa, asciende excepcionalmente en Francia.

Para probar este aserto, sería necesario observar sintéticamente el carácter de la literatura francesa, desde sus primeros ensayos hasta nuestros días.

X

Desde luego no podemos menos de repetir aquí un pensamiento generalizado: tales pueblos, tales libros; en otros términos el carácter de una literatura arguye el de la nación. Ahora bien ¿qué viene á ser la Francia?

La Francia es, tanto geográfica como moralmente, un país de fusión y contraste en la unidad.

L'espace y lasse en vain sa lente caravane,
La solitude y dort son immense sommeil !
Là des peuples taris ont laissé leurs lits vides ;
Là d'empires poudreux les sillons sont couverts ;
Là, comme un stylet d'or, l'ombre des pyramides
Mesure l'heure morte à des sables livides
Sur le cadran nu des déserts !

Después de haber vivido durante siglos bajo el nombre de Galia, nación semi-bárbara bajo sus sanguinarios Druidas, á quienes pretende transformar en academia de filósofos platónicos un sistema histórico moderno; después de haber sido avasallada por los Romanos y llegado á ser provincia de su vasto imperio, se vió cubierto nuestro país por las olas procedentes de las razas de Oriente y emigraciones septentrionales, resultando, mediante la mezcla del elemento invasor é invadido, una sangre mas pura y mas perfecta que la sangre gala. Los Francos, de todas las hordas conquistadoras la mas audaz y numerosa, se apoderan de las Galias y le dan su nombre; los Bretones y Normandos se establecen en sus costas del norte; los Lombardos y Germanos invaden las riberas del Rhin y del Saona; los Godos salen de madre de los Pirineos, estravásándose por las pendientes francesas; los Ligurios y Griegos acuden á la parte que lleva en el día el nombre de Provenza; hasta los mismos Sarracenos penetran en nuestro país y dejan, al refluir á España, colonias, costumbres, lengua é imaginación orientales. Bajo las sucesivas olas de invasiones repetidas, desaparece el Galo propiamente dicho, ó solo se conserva en las poblaciones serviles é iletradas que cobijan ásperas de montañas, núcleo central de la geografía de nuestra nación. Así la Galia queda eclipsada por la Francia, y esta misma no pasa de un choque continuo, de una belicosa trabazón de razas, sangre, lenguas, costumbres, legislaciones,

cultos, de una fermentación incesante que laboriosamente unifica elementos diversos; de modo que parecemos asistir á este trabajo secular del Océano que arroja aluviones compuestos de fragmentos de guijarro y conchas en las rocas acantiladas, al paso que solidifica, mediante un pulimento continuo, la arena transformada en granito.

XI

Resulta pues que la diversidad es el atributo esencial y fundamental de la Francia, cuyo carácter consiste en no tener ninguno y atesorar todos los contrastes. Así, no andan errados los que proclaman que carecemos de un sello individual distintivo de nuestra índole; si bien olvidan esos señores que este es un título redundante en gloria y no en baldon, pues si la indigencia de las demas razas europeas las reduce á poseer tan solo un carácter nacional, el genio, la aptitud privilegiada y la grandeza de la Francia, le confieren índoles diversas y simultáneas; signo providencial que bastaría á argüir esa universalidad que forma su carácter especial entre todos los pueblos. Cuando, á efecto de la fermentación interior operada por el tiempo, cuando á efecto de la influencia procedente del culto, de los reyes, de los acontecimientos, llegaron á fundirse y amalgamarse los diversos princi-

pios constituyentes de nuestra nacion, concentrándose en una unidad superior, resultó la Francia por excelencia, esto es, una raza múltiple y una á la vez, en la cual, los diferentes elementos francés, galo, germano, breton, italiano, occitano, armoricano, formaron, mediante una síntesis suprema, un carácter europeo por excelencia, una nacionalidad cosmopolita, resultante del equilibrio de todas las facultades; en otros términos, la sensatez moderna.

XII

No admite duda que la fusion de todas estas razas, y caracteres, operada en el valle francés comprendido entre los Alpes, los Pirineos y ambos mares, ha debido horrar algo dominante en cada una de las capas humanas que sucesiva ó simultáneamente invadieron nuestro territorio. Nada es mas cierto, y muy lejos estamos de negarlo. Por ese motivo la Francia es mas urbana y menos original; y de ahí procede que en política produzca un Montesquieu y no un Maquiavelo, en poesía un Racine y no un Shakspeare, en filosofía un Voltaire en vez de un Bacon, de un Newton ó de un Leibnitz.

Pero si es menos original y profunda, tiene al mismo tiempo mayor congruencia, mayor gusto, mayor delicadeza; y por esta razon no podemos

menos de reconocer en la literatura francesa las tres calidades que acaban por dominar un mundo y ejercer una soberanía incontestable en la humana inteligencia. Estas grandes calidades son, en nuestro concepto: la universalidad, la sensatez y el buen gusto; caracteres que si no deslumbran al universo, acaban por conquistar y afianzar la soberanía intelectual; y si no implican mayor número de escritores literarios, arguyen á lo menos una literatura mas pujante entre las naciones acreedoras al título de literarias.

Tal es lo que demostraremos con mas evidencia el año que viene, cuando, acometiendo cuerpo á cuerpo á los poetas, filósofos, oradores y escritores franceses, desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias, los analizaremos y cotejaremos con los autores mas sobresalientes de las demas literaturas europeas; y no podreis menos de convenir conmigo que si nuestros poetas y escritores no desuellan por la preeminencia y exuberancia, son seguramente los mas desprovistos de las imperfecciones y dolencias intelectuales que aquejan á los corifeos de otras literaturas, superiores á los nuestros por la gala y pompa de la imaginacion, pero inferiores por la elegancia y discernimiento. Las demas naciones podrán efectuar mayores portentos, pero solo á la Francia cabe la perfeccion relativa y continua.

Al emitir este fallo, errado andaria quien opinase que es nuestro intento menospreciar á las naciones

extrangeras ó lisonjear á la nuestra, pues estamos convencidos de que Dios distribuye sus dones, que el pueblo que cree monopolizarlo todo solo monopoliza su ignorancia y vanidad, y por otra parte el triple don de la sensatez, buen gusto y universalidad nos parece una dotacion mas que suficiente, sobretudo si se considera que el tiempo perfecciona y pulimenta la sensatez y buen gusto, mientras que la imaginacion se marchita y agota. Así los atributos literarios de la Francia son los que prometen mayor porvenir á nuestro país, destinado por la naturaleza á heredar los tesoros intelectuales de Europa.

XIII

Este carácter de universalidad prodigiosa en las razas que compusieron poco á poco la universalidad francesa, fué necesariamente un obstáculo á la pronta formacion de una literatura nacional. En efecto, durante siglos nuestra literatura, no pasó de informes tradiciones pertenecientes á hordas errantes. ¿Y cómo podian ver la luz monumentos literarios, cuando ni siquiera existia una lengua? En efecto, hablábase latin, celta, normando, italiano, español, árabe, aleman, breton, provenzal, languedociano; y de todos estos idiomas mal comprendidos y peor fundidos, resultó una gerigonza semi-

bárbara, que no podia servir de forma lógica y vehículo á un pensamiento literario. Si las ideas forman las lenguas, como ya lo hemos dicho al principio de nuestras conversaciones, las lenguas forman recíprocamente las ideas; y cuando falta la palabra muere el pensamiento, ó nace embrollado y confuso. Así los que pensaban y sentian con mayor energía y profundidad, no sabian que lengua hablar. Los oradores cristianos predicaban en latin, mientras que los primeros poetas cantaban en idioma toscano, ó en ese dialecto italiano llamado lengua romana, ó en el dialecto del Languedoc, ó en lengua céltica corrompida, resultante del idioma hablado en ambas Bretañas y en el país de Gales. Ya procuraremos trazar una breve reseña de las primeras novelas en verso publicadas en nuestro país, y de esos informes partos de poetas sin lenguas que encomian desmesuradamente algunos críticos al darlos como Homeros y Tasos desconocidos, mientras que en nuestro concepto no pasan de bardos rústicos que recitan en dialecto rimado las leyendas populares, mezclando el elemento maravilloso de las *Mil y una Noches* con las fabulosas hazañas de Rolando y afectadas galanterias de los poetas de la baja Italia, precursores del Ariosto; en otros términos hablaremos de literatura ambulante, medio de seducción para los trovadores en los castillos y de sustento de los romanceros en las veladas de las cabañas, literatura que podia ser ingénua pero seguramente desprovista de genio. En efecto, éste no precede á las lenguas por mas que

opinen lo contrario ciertos críticos que andan errados, pues basta un maduro examen para convencerse de que los pueblos forman los idiomas, si bien las consagran los escritores egregios. Cuando Dante escribió su poema toscano en Italia, podeis estar seguros de que Florencia poseía su idioma antes de su poeta.

XIV

Ahora bien la literatura francesa, tan tardía en despuntar, en términos que podemos decir que apenas data de ayer, pues dos siglos para una literatura es un período insignificante, tropezó apenas vió la luz con un escollo, como fué la pluralidad de lenguas, ó mas bien la diversidad de dialectos entre los cuales tuvo que optar. Así (y no perdais de vista este hecho que nos explica la poca originalidad de que justamente se moteja á la literatura francesa), cuando le fué necesario elegir definitivamente su idioma, esto es, cuando bajo los Valois la nacion se halló bastante compacta y culta para tener una literatura, entónces, en el apuro de escoger en tan desastrosa abundancia, prescindió de todos esos dialectos y avortos informes de literatura romana, céltica y languedociana que hubieran podido comunicarle un carácter mas original, mas libre, mas adecuado á sus ideas, costumbres y clima, y se valió del latin,

tronco comun si bien sepultado de todas esas hablas corrompidas.

Naturalmente esta eleccion acarreó la pérdida de su originalidad, pues al pronunciarse por las lenguas de Atenas y Roma, bellos modelos sin duda alguna, la Francia adoptó forzosa y simultáneamente la índole de las literaturas procedentes de ambos idiomas antiguos; en otros términos se plegó á la imitacion, azote de las literaturas originales.

¿Fué un bien ó un mal ese carácter servilmente imitador de los idiomas muertos, en la literatura francesa naciente? Curioso es este problema cuyo exámen y resolucion aplazamos para ocasión mas oportuna, si bien no podemos menos de insinuar de paso, y á pesar de nuestros instintos, que fué una ventaja.

Seguramente perdió no poco la literatura francesa bajo el punto de vista poético, en lo tocante á la sencillez, verdad y originalidad espontánea. Así Corneille y Racine son mas griegos y latinos que franceses, y el mismo Bossuet es mas hebraico que galo. Dos siglos fueron malgastados en imitar servilmente las literaturas helénica y romana, en menoscabo de todo vuelo original y con ináuditos esfuerzos; pérdida que no puede menos de deplorar la posteridad, al ver á tan excelsos ingenios consumirse y extenuarse en ser reflejos y satélites de literaturas apagadas, en vez de faros resplandecientes de la idea autóctona.

Pero por otra parte es necesario convenir que si

la imitación, primitivamente pueril y mas adelante libre de dos idiomas tan bien contruidos, tan racionales, tan maduros como el griego y el latín, procedentes casi por entero del sanscrito, origen comun de todas las lenguas, puede haber sido un trabajo perdido para los poetas y escritores, no debe haber sucedido así con nuestra lengua francesa, la cual, al amoldarse sobre idiomas hechos y casi perfectos, debió forzosamente contraer una pujanza de construcción, una solidez de armazón, un vigor por decirlo así muscular, un rumbo gramatical, trillado y seguro, una propiedad exquisita del verbo, una lógica inteligente sobremanera, una claridad en los giros y una abundancia de palabras definidas con toda precisión, sin contar otras dotes cuyo conjunto la constituye, en la actualidad, uno de los mas perfectos instrumentos para formar, diseminar y propagar en los siglos remotos el espíritu de un pueblo.

Así consolémonos de ser oriundos de esos dos ó tres siglos que perdieron aparentemente el tiempo en calcar lenguas difuntas, cuyas literaturas preciosamente conservadas, nos ofrecen en sus sarcófagos un material excelente como son sus osamentas; revistámolas de nueva carne, infundámesles nuevo espíritu, y gracias á nuestros antepasados imitadores, habrémos conciliado los dos mas bellos elementos de una literatura perfecta, los idiomas antiguos y el pensamiento moderno. Si nuestros poetas y escritores se fatigaron en vano personalmente, no quedaron esté-

riles sus afanes, pues hay que considerar que dotaron de un idioma á la nación, á nosotros sus pósteros tocando volver á la lengua que nos legaron ese carácter de originalidad, no pueril como en tiempos de antaño, sino ese carácter viril que cada pueblo halla, tarde ó temprano, en la época de su madurez.

Este triple carácter como ya lo hemos dicho, estriba en la sensatez, el buen gusto y la universalidad.

XV

Sin asociarnos á ese desden blasfematorio que, hace algunos años manifestaron los literatos de la escuela llamada romántica contra el siglo de Luis XIV, no podemos disimular esa tendencia servil á la imitación de los Griegos y Romanos, que desde Malherbe guió y encadenó á la vez el genio literario de nuestro país.

El infame cínico Rabelais, Aristófanes galo, fabricó una lengua con lodo, como la antigüedad se imaginaba una Venus formada de la espuma del mar; mientras que el escéptico Montaigne y el cándido Amyot rejuvenecían el griego y el latín aclimatándolos en la tierra francesa. Al mismo tiempo el audaz Ronsard abortaba una poesía nacional mas libre, mas salada y mas francesa que la poesía que andando el tiempo nos vino de Atenas y Roma.

Poco faltó para que estos prosadores y poetas imprimiesen al idioma, á las ideas y á los versos, ese sello de originalidad cuya falta se nota ulteriormente en nuestra literatura. Ya hemos dicho lo que opinamos de esta frustracion de carácter propio é individual, accidente funesto para nuestra gloria inmediata, pero seguramente una felicidad real para nuestro genio futuro. Sin ese aborto aparentemente nefasto, nuestra gloria literaria hubiera sido mas prematura, pero al mismo tiempo menos universal y menos consolidada. La ingenuidad del estilo galo hubiera seguramente producido obras maestras de gracia, de candor, de zalamería, si es lícito decir así; pero á la lengua y al estilo hubiera deparado cierta puerilidad irremediable, á cuya consecuencia se hubiera visto despojado el genio francés de la madurez, magestad y fuerza que le eran necesarias para hablar al universo, ora en el púlpito sagrado, ora en la tribuna política, ora en la escena teatral, ora en páginas líricas, ora en didáctica prosa.

Os magna sonaturum; boca predestinada á hablar con noble acento de cosas sublimes.

Así ingratos seríamos si nos quejásemos de una calamidad aparente, sin la cual hubiéramos tenido á Rabelais, Montaigne y Ronsard, pero no probablemente á Bossuet, Pascal y Mirabeau.

XVI

No podemos menos de ofrecer estas consideraciones consolatorias á los que, como los románticos, deploran que la literatura francesa, pronta á abrirse y florecer en aquella época, hubiese de repente abdicado su nacionalidad absorbiéndose en la imitación supersticiosa de la antigüedad. Fuera de esto convenimos con estos señores, que la mayor parte de nuestros escritores y poetas del gran siglo que engrie nuestro orgullo, hayan sido poco Franceses y ecos de Atenas y Roma.

Así Malherbe imita á Píndaro, sin tener sus alas.

Boileau reproduce á Horacio salvo la gracia del poeta latino, y es tan solo original en el *Lutrin*, folleto chistoso en sumo grado, pero que no pasa de una fruslería jocosa y mordaz, y por ningún título acreedora al título de monumento literario. En efecto, una nación que se respeta no puede fundar su poesía en libelo chocarrero, pues el elemento grave es uno de los constituyentes del bello ideal. La humanidad es algo mas que una bufonada, y errado andaría quien se imaginase que el hombre nació para reír en este mundo.

Romano por su estilo varonil, pero Romano de Iberia, el gran Corneille, aun mas que á Séneca

imita á los Españoles. Grandioso á la vez y enfático, sus páginas respiran á la vez el heroísmo hazañoso y el tono baladron del Matasiete. Corneille es todo cuanto se quiera, salvo Francés, pues entre los numerosos títulos que lo constituyen digno de los mayores loores, no cuenta la congruencia, la sobriedad, la naturalidad que distinguen la nación en que vio la luz. Supongamos en efecto que de aquí á mil años halle la posteridad, en una catacumba, un tomo de Corneille; ¿á quién podrá ocurrirle que compatriota fué de La Fontaine, Molière y Boileau, ese poeta hinchado como un Castellano, conciso como un Latino, sublime como un Africano, pomposo como un Gascon, dialéctico como un Ingles?

Racine imita, ó por mejor decir, reproduce á los trágicos griegos Eurípides y Sófocles, al paso que en su comedia de los Litigantes, sigue á Aristófanes hasta en la escena grotesca de los perrillos. No obstante, es necesario convenir que imita de un modo magistral, esto es, transformando al cómico ateniense. El autor de Fedra y Atalia es tan cadente y melifluo, que parece resonar nuestro idioma en sus páginas como música continua, mediante la combinación íntima de la armonía é imagen, que dan á la palabra la magia de la melodía, y á la melodía el sentimiento de la palabra. Imitador en el amazon dramático, es original en la lengua, de modo que la poesía y el poeta se encarnan en el mismo nombre. Grandioso como el de Homero,

puro y cristalino como el de Virgilio, su verso se desliza fluido y radiante; y, á menos de sobrepasar á la misma naturaleza, nadie conseguirá exceder su dición untuosa, su gala poética, su balsámica dulzura.

Pero si griego se muestra en Andrómaca, latino en Británico y en Fedra, en Atalia se muestra francés. ¿Porqué? Porque su entusiasmo se funda en su propia religion, que hasta aquel entonces le habia inspirado tan solo himnos. Atalia es la obra maestra incomparable de la escena francesa y de todas las escenas del orbe, cuyo análisis circunstanciado, reservado para ocasion mas oportuna, os convencerá de que esta produccion sublime y única en su género, puede competir gloriosamente con todas las epopeyas y dramas de India, Grecia ó Roma, y merece ser denominada el Partenon de las literaturas modernas. Despues de haber imitado treinta años, el Fidias de la poesia francesa se aventura por fin á erigir este monumento literario; y al firmarlo, inmortalizó para siempre el nombre de la Francia. En efecto Racine produjo Atalia como Fidias el Partenon, pues si la ciudad de Minerva podia justamente engreirse de haber producido al príncipe de los escultores, á la Francia cabe la gloria de poseer el príncipe de los poetas; y la nación que produjo tan sublime tragedia, aun cuando no poseyese mas de estos mil y quinientos versos, podría intitularse justamente el primer país literario de Europa.

Desgraciadamente esta obra maestra es única en

su género, y, construida con materiales bíblicos, sus dimensiones no igualan á su belleza. Mas tambien es reducido el ámbito del templo de Teseo en Atenas, lo que no le impide ser el modelo sin igual de los edificios, pues la belleza en las obras no se mide sino se siente, y la sublimacion del espíritu es la medida de la grandeza. Los sentimientos producidos por Atalia son grandes, como los del templo de Salomon, lleno de la presencia de Jehova. Si el Dios de Israel no estaba contenido en el templo, su espíritu habitaba en su recinto é inspiraba á los ánimos religiosos. Tal sucede con el genio poético de Racine, genio que si bien no está contenido en Atalia, se halla manifestado en su originalidad, en su magestad y en su poder. Compadezcamos á los que no respiran la inmortalidad en tales versos.

XVII

Imitador de los profetas hebráicos y profeta él mismo, Bossuet infunde á la lengua la elevacion, la autoridad, la antigüedad, y á veces la divinidad del Antiguo Testamento. Su genio sublime esculpe en nuestra lengua, como si fuera de bronce, las ásperas imágenes del idioma hebreo, cuyo acento parece resonar en la voz del colosal sacerdote. Sus dedos pujantes manejan la lengua francesa ama-

sándola para la elocuencia sagrada y abriendo en su seno un cauce para la epopeya histórica. Miguel-Angel de la palabra, nuestro idioma se eleva imponente en sus paginas, frusto, titánico, con un terror y magestad que recuerda la fulminante voz de los profetas.

XVIII

Fenelon imita á Homero, Virgilio y Platon como un vestido cuya flexibilidad envuelve y amolda los miembros. Eco melodioso de la antigüedad poética y ministro del culto cristiano, comunica á las doctrinas evangélicas el fermento inefable de su propio genio, la poesía ideal de su platonismo balsámico, lo vago de su fantasía, la melancolía de su corazon, afeminando por su gracia excesiva y plenitud de sentimientos la lengua templada como el acero por la voz de Bossuet, si bien volviéndola mas maleable y propia á las tiernas efusiones de piedad, de mística unción y amor divino.

Pascal no reconoce modelo, porque nada halla en la antigüedad que merezca ser imitado. Salvo la India completamente desconocida en aquel entonces, ningun genio de los siglos remotos llegó á ahuecar tan profundamente como el filósofo francés la naturaleza humana; así ninguno hubiera sospe-

chado los gritos de horror, las bascas de la muerte, las agonías de la nada que se exhalan de sus páginas. Pascal se avanza hasta el margen del abismo que cobija los misterios cristianos, asoma pálida la cabeza, sus ojos despavoridos sondean la concavidad espantosa, el vértigo arremolina sus potencias, y apenas halla algunos monosílabos para responderse á sí mismo. Su lengua es una lógica de desesperación, un aniquilamiento del hombre en presencia del destino que confunde la mente del filósofo, quien, incapaz de llegar á una conclusión abdica su propio sér; suicidio de la metafísica que ante la fé se anonada. El ascético algebrista compendia su pensamiento y su lengua, deseoso de reducirlos en fórmulas, pues las palabras le son importunas y quisiera escribir con cifras; tal es el origen de su desórden en la expresión, de su vigor en el estilo, de su concisión rigurosa en los términos, de su fulminante laconismo. La lengua debe precisión y firmeza á este implacable solitario que desalmado mutiló á la razón humana. Como Gilbert en poesía, el delirio hace remontar su expresión y da vuelo á su pensamiento; pero ¿quien osará cercenar á Pascal y á Gilbert de la lengua francesa?

XIX

La Fontaine es en nuestro concepto una preocupación de nuestro país. El carácter enteramente galo de este poeta, lo acredita para con una posteridad igualmente gala, y lo hace popular á pesar de sus negligencias, inmoralidad, imperfecciones é indigencia de invención. Imitador ó por mejor decir traductor sin escrúpulo de todo lo que cae bajo su pluma, no cuenta entre sus obras según el dictámen unánime de los comentadores mas fanáticos de este plagiarío amuistiado con tanta indulgencia, una sola de sus fábulas, ó uno solo de sus cuentos cuyo fondo sea de su propia invención; y sus apólogos proceden exclusivamente de Lokman, Esopo ó Fedro, mientras que Bocacio y los poetas licenciosos de Italia pueden reclamar sus cuentos.

A lo cual responden sus partidarios: sus fábulas le pertenecen por derecho de conquista y de aclimatación operada por su genio. No queremos contestar este pretendido genio que es el de la intriga, puerilidad y liviandad, tres caracteres juzgados vicios en otros escritores, y que en La Fontaine presentan á veces una gracia poco decorosa. A esto debe atribuirse que, con gran detrimento de la moral nacional, lo honre la rutina y lo perdone la indulgencia; pero la gran poesía nunca lo incluirá entre sus

miembros seculares. A excepcion de algunos prólogos cortos y realmente inimitables de sus fábulas, su estilo es vulgar, poco armónico, dislocado, lleno de construcciones oscuras, estafalarias, intrincadas, cuyo sentido se desprende penosamente y á fuerza de circunlocuciones prosáicas. Así sus páginas no son ni verso ni prosa, sino algo que pudiera denominarse los limbos del pensamiento.

Sus cuentos, infinitamente superiores por la versificación, son obscenos cuando sus modelos italianos no pasan de ligeros y resbaladizos. Bocacio su maestro tiene mil veces mas imaginacion, mas flexibilidad, mas efecto pintoresco, mas gracia en su sonrisa, mas donaire en su narracion. Por otra parte, si el Ariosto merece intitularse el Homero del género jocoso, es necesario reconocer que La Fontaine lo remeda sin poder nunca igualarlo. Todo el que haya leído la *Yoconda* original y la *Yoconda* de La Fontaine, reconocerá que media entre ambos poemas la distancia de la gracia á la corrupcion. No obstante conviene reconocer que al paso que ha corrompido la moral de la infancia y los corazones de la juventud, La Fontaine ha merecido bien de la lengua por haberle restituido algunos giros galos que son por decirlo así las fechas de su origen y las familiaridades de su genio. Así se le ha concedido el dictado del niño viejo de su siglo; y en efecto La Fontaine es el niño de la literatura francesa, pero niño vicioso.

XX

Los predicadores célebres de aquella época, como Bourdaloue y Masillon, no reconocen vasallage alguno y son tan originales en la forma como en el fondo. La antigüedad carecia de esa elocuencia serena é imperiosa que hablaba á la conciencia en nombre del cielo, y esos profetas oradores de la Iglesia llegada á ser literaria, dotaron al idioma, juntamente con el período de Ciceron, de la gravedad, magestad y autoridad del acento que hasta aquel entonces faltaba al genio galo. En efecto la lengua llegó á efectuarse en los libros, á pulimentarse en las cortes, á virilizarse en el púlpito; y á la elegancia de la conversacion, la armonía de los versos y la energía del teatro, se agregó la fulminante elocuencia en la cátedra del Espíritu Santo.

XXI

Por lo que concierne á la historia, no tenia á la sazón bastante edad, ni profundidad suficiente, ni la independencia requerida, ni sobretodo la política militante, ciñéndose á una narracion á manera de cuento, poema ó crónica, cuando un Tácito inculdo,

San Simon, demasiado vehemente y apasionado para seguir modelo alguno, le comunicó de repente la originalidad de su carácter. Ni Grecia, ni Roma, ni nacion alguna de la Europa moderna pueden blasonar de monumento semejante de lengua é historia, en el cual el drama palpitante reemplaza á la pálida narracion, la desnudez al ropage, y al retrato el hombre lleno de vida y movimiento con toda la belleza y deformidad que le deparó la naturaleza. En sus Memorias el historiador francés nos ha legado la fotografia del siglo, y en sus animadas páginas, vemos á un rey pujante y gastado por el placer, con su correspondiente corte de palaciegos, cortesanos, aduladores, ambiciosos, taimados hipócritas, hombres de bien, antes perversos, mugeres casquivanas, pontífices de la religion; en una palabra, vemos una nacion entera cogida al paso en su movimiento mas acelerado y reproducida no solamente con el arte, sino con pasion, esto es, con el agente colorista por excelencia, porque no toma sus tintes en la paleta sino los encuentra en su propio sér. El mayor pintor, y por consiguiente el mas verdadero, es el que mas ama ó aborrece á sus modelos.

Tal es San Simon, historiador por acaso, moralista por explosion, filósofo á impulso de la cólera, satírico por acrimonia, virtuoso por hastío. Atesorando el vigor de Tácito y la virulencia de Juvenal, su brazo atlético hace plegar la lengua al grado de su encono ó de sus afectos. Su estilo sin trabazon,

tosco, escabroso, lleno de choques y rechoques, rompe y hace estrellar en mil fragmentos el período, ó lo vierte en olas espumantes de frases vigorosas que arrastran al alma de sus lectores en la estravasion de sus impresiones.

Despues de San Simon la lengua histórica se halla formada, pero yace en polvo, no quedando á la posteridad mas que el recoger los fragmentos y recomponer su estructura para formar el idioma mas histórico, esto es, el mas lapidario y escultural en que, para las razas futuras, haya escrito un autor moderno.

XXII

Molière, aunque amigo y discípulo del imitador Boileau, es completamente original, lo cual no debe sorprender si se considera la naturaleza del arte que cultiva. En efecto, un poeta trágico ó épico como Corneille ó Racine, puede imitar la antigüedad porque pinta la fabula ó la historia, cuya naturaleza se presta al trage y pasiones de todos tiempos; pero la comedia es la pintura de las costumbres, y el poeta cómico no es acreedor á este título, á menos de ser verdadero y elegir sus modelos, colores y aventuras, no en añejas usanzas, sino en vivas costumbres.

Así su originalidad es forzosa si se considera que se ve obligado á copiar no lo que ha leído, sino lo que tiene delante de sus ojos, lo que le sugieren las costumbres de su época y país. ¿Qué pueblo podría interesarse en una comedia de Menandro ó Terencio? Para ello sería necesario un público de eruditos y académicos. Así, á pesar del carácter eminentemente clásico y á veces latino de su dicción en verso, Molière llega á ser en sus comedias completamente francés, y por el hecho mismo completamente original.

Prescindirémos de si debe ó no ser incluido en el gremio de los poetas, como igualmente de si basta, para merecer tan glorioso título, haber escrito ingeniosamente la sátira ó versificado el diálogo cómico. Tampoco es nuestro intento examinar, si la pintura de las costumbres y la poesía son dos cosas muy diferentes en el fondo aunque análogas en apariencia, mediante una lengua caracterizada por el ritmo y el consonante. Todas esas cuestiones procuraremos resolverlas cuando examinaremos las obras del mayor cómico de todos tiempos y naciones; bástenos por el momento insinuar que, en el fulguroso siglo de Luis XIV, cuando flotaba indeciso el genio francés entre la imitación servil y la originalidad independiente, la comedia inventaba mientras imitaba la tragedia. La gloria de Molière consiste en haber guardado su propia personalidad, y la nación supo agradecerle el haberle enseñado á creer en su propio genio. Si Molière no es el mayor poeta de

nuestra lengua, es á lo menos el pintor y moralista nacional por excelencia.

Lo mismo puede decirse, si bien á una distancia inmensa, de La Bruyère, á quien puede nominarse un Molière en máximas y un San Simon en miniatura. La Bruyère á nadie imita, salvo á Séneca en el pensamiento y á Teofrasto en la brevedad, pero fortifica la lengua, estrechándola como se fortifica una cuerda demasiado floja mediante un nudo que centupla su fuerza. La lengua francesa, en este escritor, llega á ser como una álgebra de pensamientos; mérito nulo para la elocuencia y poesía pero capital para la filosofía y la ciencia. Ahora bien, si se considera que el francés debia ser un día la lengua de la ciencia, de la industria y economía política; si se considera que estaba destinado á abreviarlo todo formándolo todo, se puede decir que La Bruyère es acreedor á nuestro respecto y reconocimiento.

XXIII

Pero el mas incontestable de los escritores originales que dieron un idioma propio á la Francia, y un órgano al corazón, es una muger. Inútil es decir que aludimos á M^{ma} de Sévigné. ¿Qué hubiera podido imitar, aun cuando así lo hubiese querido, tan amable criatura? ¿Acaso no es enteramente original el sentimiento, aun cuando sea plagiaria la razón?

Escritor lleno de calor y simpatía, genio del hogar, espíritu doméstico, había nacido para volver al francés, demasiado magestuoso y tirante por los esfuerzos de los imitadores de la literatura clásica, la flexible elasticidad, la pastosidad en los toques, la suavidad medulosa, la volubilidad del sentido, la melodía en los giros, el gracejo de las palabras. Bajo la pluma viril de los escritores del siglo mas glorioso que recuerdan nuestros anales, el francés había llegado á ser la lengua del púlpito, la lengua de las cancellerías, la lengua impresa; M^{ma} de Sévigné la dispuso y plegó á familiaridad, pues el habla humano no sirve solo para la pluma, sino para las sabrosas pláticas y amistosa conversacion. Ahora bien, la conversacion entre dos personas ausentes es la correspondencia, y á M^{ma} de Sévigné cabe la gloria de haber abierto al idioma el cauce de la elegante familiaridad en sus cartas, que pueden denominarse una conversacion fijada.

Este estilo de M^{ma} de Sévigné, cuya forma y espíritu hallamos á cada instante en la lengua francesa desde que vió por la primera vez la luz la correspondencia de la decidora marquesa, es el modelo verdaderamente original que puede presentar nuestro idioma sin temor de rivalidad á todas las literaturas antiguas y modernas, modelo que parece el sello mismo de la Francia aplicado sobre el glorioso testamento de su mayor siglo.

XXIV

Tal es nuestra opinion sobre el estilo de M^{ma} de Sévigné, estilo francés por excelencia.

El estilo es el hombre, dice Buffon; pero, al escribir esta expresion aforística, el gran naturalista formulaba lo que debiera ser y no lo que es en efecto, pues á menudo en vez de ser el hombre, no pasa del escritor, y el arte se interpone entre éste y su obra, en términos que vemos el talento y no la verdadera índole. El esfuerzo supremo de los grandes ingenios es anonadar en sí el talento y solo expresar la individualidad, pero para lograr este intento, conviene que la sensibilidad sobrepuje al arte, en otros términos es necesario que se distingan los escritores mas por el corazon que por la inteligencia.

¿Cuántos libros hay por siglo, y aun en todos los publicados hasta la época presente, que presenten ese carácter y den del alma una impresion mas viva que la del genio? Tres ó cuatro cuando mas, pues las mas de las veces el libro sirve de máscara al autor. ¿Y porqué? Porque toda publicacion es una obra de arte ó de voluntad en que el autor se propone un fin y se muestra no como es, sino como anhela parecer.

Errado andaria quien buscase el estilo en los

libros, pues es cabalmente donde no se encuentra; me engaño, se encuentra, pero en los libros compuestos sin prevision de publicidad, esto es, en las cartas. En la correspondencia epistolar se muestra en efecto sencilla la expresion, mientras que en las obras didácticas la vemos vestida y acicalada con esmero; advirtiéndose que en el estilo como la escultura, solo es bella la desnudez, pues la carne es obra de la naturaleza, mientras que el ropaje es invencion humana. El que quiera ver la belleza, desnude la estatua; principio no menos verdadero en lo concerniente al cuerpo que por lo que compete al alma.

Lo que mas nos place y domina en los grandes escritores, no son sus obras, sino sus propias personas, y así anteponemos las obras en que dejaron mayor parte de su propia individualidad á las escritas con el tono altisonante ó con la afectacion remilgada que la vanidad inspira. ¿Quién no preferirá mil veces una epístola de Ciceron á una arenga del mismo autor; una carta de Voltaire á las tragedias del publicista francés, la brillante correspondencia de M^{ma} de Sévigné á las novelas de M^{lle} de Scudéry, denominada Safo por su brillante contemporánea cuya modestia nunca hubiera osado abarcar la gloria de la autora de *Ciro* y de *Cassandra*? Seguramente inmenso es el mérito de los citados ingenios en sus obras artísticamente premeditadas, pero su verdadero estilo campea únicamente en sus cartas, porque sin declamacion campanuda ni pre-

tension al estilo, reproducen en el papel ligero sus emociones momentáneas, confabulando natural y amenamente en vez de escribir con énfasis y simetría. Así en su correspondencia, vemos su mismo pensamiento, y no la rigidez del modelo académico ni el eterno artificio de toda persona que arenga al público.

XXV

De todas las facultades que pueden condecorar al ingenio, la mas difícil de caracterizar en nuestro concepto es el estilo, en términos que si nos viésemos obligados á definirlo, lo efectuaríamos mediante una analogía con algo que escapa á toda definicion, como la fisonomía humana. Así diremos que el estilo es la fisonomía del pensamiento.

Contemplad atentamente los rostros de vuestros semejantes, y procuraos explicaros porque el de tal persona os subyuga y fascina, mientras que de otras os repele ú os deja en la indiferencia; y decidme, si podeis, en que parte, en que faccion del rostro reside la fuerza misteriosa que os encanta ú os afecta antipáticamente. ¿Acaso en el óvalo mas ó menos regular del contorno, ó en la línea mas ó menos griega de la frente? ¿Procede por ventura del globo mas ó menos hundido del ojo, de los reflejos del iris, ó de la magia de la mirada? ¿Estriba

tal vez en la forma mas ó menos pura de los labios, ó en la fusion mas ó menos armónica de los colores de la tez? Seguramente con dificultad podríais decirlo, ni jamás conseguireis penetrar el arcano misterioso que, bajo el nombre de fisonomía, asedia y conmueve nuestro sér entero, mostrándonos como una contraprueba del carácter en la frente, flotante como una atmósfera del alma en torno del rostro humano, y reasumiendo en unidad suprema é inefable la expresion viviente y combinada de las diferentes facciones del rostro humano. Tantos elementos concurren á formar el efecto total, que toda análisis nos es imposible, ciéndonos á enunciar el efecto atractivo ó repulsivo de este sentimiento, rápido como un instinto, y tan infalible en nosotros como la impresion que sentimos al meter la mano en el agua hirviendo, tibia ó fría. Así no hay mas conclusion que la resultante favorable ó desfavorable que sentimos al mirar tal ó tal fisonomía.

XXVI

Pues bien, lo mismo sucede con el estilo, cuyo efecto mas ó menos halagüeño ó chocante sentimos instintivamente antes de toda análisis, en términos que ora nos deja helados, ora nos seduce por un calor voluptuoso, ora nos abruma soporíficamente,

ora nos arrebatara en una atmósfera de entusiasmo; si bien se compone de tantos elementos indefinibles para la inteligencia y el corazón, que se presenta misterioso como la fisonomía, y al resentirlo en sus efectos, nos es imposible analizarlo en sus causas. Los retóricos nunca pudieron enseñarlo ni sorprenderlo, por una imposibilidad análoga á la de los químicos que jamás consiguieron asir el principio de vida que de sus dedos se escapa en los elementos que elaboran; principio conocido en sus productos, si bien desconocido en su esencia. ¿Y cómo podría ser de otro modo, cuando el mismo escritor ignora la naturaleza de ese don tan inherente al pensar y al sentir, como su color peculiar á los cabellos, ó la sensibilidad al tacto?

Enumeremos tan solo algunas de las condiciones innumerables que requiere lo llamado estilo, y juzgad si cabe poder á la retórica de formar en un hombre ó en una muger un conjunto de calidades tan diversas.

Es necesario que el estilo sea verdadero y en la impresion se amolde el lenguaje, sin cuya condicion será impostor su efecto sin conseguir engañar, como la declamacion gesticulosa y enfática de un cómico á la legua;

Es necesario que sea claro, pues si así no fuese, carecerá de toda transparencia la palabra, y ofuscará en vano la mente con sombra opaca ó reflejos sin diáfaneidad;

Es necesario que no solo mane, sino brote; y de

lo contrario los esfuerzos del escritor se comunicarán al lector por una fatiga contagiosa ;

Es necesario que sea sencillo, pues la sorpresa continua impide seguir los refinamientos del lenguaje, y mientras se admira la frase, se evapora la impresion ;

Es necesario que posea un colorido suficiente para no quedar pálido y deslucido, ofreciendo líneas y no relieves ;

Es necesario que sea figurado, pues si no lo esmaltan algunas imágenes, la fría descripción de los objetos no será reflejada objetivamente por espejo alguno y escapará á la acción de los sentidos ;

Es necesario que sea sobrio, pues la hojarasca aturulla, y el fárrago causa hastio ;

Es necesario que sea abundante, pues la escualidez de la expresión revela la indigencia del talento ;

Es necesario que sea modesto, pues el brillo excesivo deslumbra ;

Es necesario que sea rico, pues la miseria apoca el espíritu y encoge el corazón ;

Es necesario que sea natural, pues los esfuerzos artificiales desfiguran las ideas ;

Es necesario que tenga movimiento, para que su impulso se comunique al que lea ó escuche y lo arrastre en la órbita de la atracción del escritor ;

Es necesario que sea vivo y animado, pues un calor balsámico constituye la temperatura del alma ;

Es necesario que sea espontáneo, pues todo lo que cuesta dificultad afecta desagradablemente ;

Es necesario que lo amenice la diversidad, pues la uniformidad constante engendra la monotonía y el fastidio ;

Es necesario que discurra, pues el hombre es un sér racional ;

Es necesario que conmueva y apasione, pues el hombre no es solamente inteligencia sino corazón ;

Es necesario que platique, pues la lectura es una conversacion con ausentes y con difuntos ;

Es necesario que sea personal y tenga un sello peculiar y distintivo, pues cada hombre posee su individualidad ;

Es necesario que sea lírico, para reproducir las modulaciones de la humana voz, los gritos íntimos del alma, los goces misteriosos de nuestro sér, los dolores secretos que tuercen y despedazan nuestro corazón ;

Es necesario que lllore, pues á la naturaleza humana cabe el privilegio exclusivo de vertir lágrimas ;

Es necesario... Pero numerosas páginas no bastarian para enumerar todos los elementos de que consta el estilo y las condiciones múltiples que requiere, calidades que ningún escritor supó reunir como M^a de Sevigné, mujer incomparable que, mas que un escritor, es el estilo por excelencia, y cuyo libro no es un libro sino una vida.

XXVII

Así una mujer perfeccionaba la lengua de Bossuet, al paso que preparaba la de Voltaire; y parecía que, por un privilegio especial de la suerte, se forjaba sobre el yunque ó se amasaba en el regazo de una madre, el mas diverso, el mas maleable y el mas universal de todos los instrumentos de comunicacion, de sentimientos ó ideas para la literatura francesa. Mas de una vez hemos sido injustos para con esta lengua en nuestros primeros años, acusándola de ser rebelde para el giro poético y pareimiosa en demasía para la imaginacion. La reflexion nos hace retractar esta acusacion temeraria, bien convencidos de que nuestro idioma es tan solo refractario para los flacos y ávaro para los ánimos sin temple ni vigor, exigiendo que le arranquen sus dádivas, pues como los instrumentos de música mas perfectos, no tolera la medianía, reclamándolo todo ó nada, esto es, obras maestras ó el silencio.

XXVIII

No podemos terminar esta reseña rápida sobre la lengua del siglo de Luis XIV, sin detenernos un momento sobre el elemento distintivo de la literatura de esta época memorable, elemento que, mas que ningun otro, contribuye á imprimírle una fisonomía original. Tal es, en nuestro concepto, el carácter religioso y por decirlo así *sacerdotal* que envuelve y sella este período culminante de nuestros anales. La inspiracion procede de la Iglesia, y el sacerdote descuella como pontífice literario. A excepcion de Corneille, Racine, La Fontaine, Pascal, Nicolle, Boileau y San Simon, casi todos los grandes fundadores del estilo son escritores ú oradores salidos del santuario; y aun si bien se observa, Racine, Pascal, Nicolle, Boileau y el mismo San Simon, son especies de levitas afiliados á la secta eclesiástica y ascética de Port-Royal, sagrado monasterio para los espíritus absortos en las meditaciones de la fé. Este carácter sacerdotal debia formar un género de estilo completamente adecuado al cristianismo, estilo soberanamente original y sin precedente en ninguna de las literaturas antiguas. En el sermón, en la homilia, y sobretudo en la oracion fúnebre, vemos por primera vez la con-

fluencia de la elocuencia sagrada y la profana, del púlpito y la academia, del pontífice y el literato. El privilegio que confiere la Iglesia al sacerdote de hablar sobre la tumba, debia hacerle inventor de este nuevo género participante á la vez del cielo y de la tierra.

Personage culminante de esta doble situacion, Bossuet parece haber nacido para el sacerdocio, para el pontificado, para el altar, para el atrio, para el púlpito, para el ropage talar, para la tiara. Ningun otro lugar, ninguna otra funcion, ningun otro vestido pueden convenir á su naturaleza imponente, y en vano se esfuerza la imaginacion en representarse en traje secular al varon excelso, en quien se hallaban tan íntimamente armonizados el genio y la profesion, al excelso hierofante quien mas que un hombre parece un oráculo sublime con fulminante voz.

XXIX

Deseosos únicamente de considerar al sacerdote bajo el punto de vista de la literatura, no es nuestro intento lisongear ni denigrar el gremio eclesiástico. Como la conciencia, la teología pertenece al dominio privado de cada comunión, y este motivo es mas que suficiente para que ni por asomo pretendamos penetrar en tan sagrado asilo; pero, prescind-

diendo de toda ciencia divina y ciñendonos á considerar el estado sacerdotal en sus relaciones con el mundo, debemos reconocer las superioridades morales y privilegios inherentes á esta profesion para el varon dotado de genio y virtud que se consagra á su ejercicio.

Lo primero que se nota es como un fluido de piedad, fuerza y virtud que envuelve al ministro evangélico. Este fluido es real, y no pasto estéril de una imaginacion entusiasta, por mas que militen contra nuestra asercion las flaquezas, los vicios, la ambicion, el orgullo, la gazmoñería de ciertas corporaciones que se muestran cubiertas con el cándido lino ó el tosco sayal; y no hay que olvidar que el mismo Evangelio levanta la piedra de los *sepulcros blanqueados*, para mostrarnos sin disfraz y en toda su fealdad la falaz hipocresía. El hábito puede encubrir, mas no transformar las diformidades del cuerpo, y es necesario reconocer que hay torpezas en el sacerdocio, torpezas mas horrendas que en otras condiciones, porque desdican de la santidad divina, afrentan el carácter sagrado, y atropellan las leyes eternas de la moral cristiana.

Pero, al mismo tiempo que juzgamos con implacable severidad los ministros del culto cristiano, no podemos menos de reconocer que hay en el carácter sacerdotal una autoridad y un prestigio incontestables sobre la generalidad humana.

Posesor exclusivo de la palabra en la tribuna de las almas, orador de la moral evangélica, el púl-

pito es para el sacerdote, un solio mas excelso que el de los monarcas de la tierra, pues, su dominacion se extiende hasta en las conciencias. De cuantos puestos puede ascender un mortal en este mundo, el mas alto para un hombre de genio, es seguramente la cátedra del Espíritu santo. Y si este hombre es Bossuet, esto es, si reúne en su persona la conviccion que asegura la actitud, la pureza de vida que preconiza el Verbo, el zelo que devora, la autoridad que impone, la nombradía que predispone, el pontificado que consagra, la senectud que el rostro santifica, el genio que es la divinidad de la palabra, la idea madura que es la conquista de la inteligencia, la explosion súbita que es el asalto del espíritu, la poesia que es el resplandor de la verdad, la gravedad de la voz que es el órgano sonoro de los pensamientos, la cabellera cana, la palidez procedente de la agitacion interior, la mirada de águila que el sol contempla de hito en hito, la boca cordial, los gestos en fin que son las actitudes visibles del alma; si este hombre sale lentamente de su recogimiento como de un santuario interior; si se deja sublimar poco á poco por la inspiracion como el ave audaz, cuyas alas, antes de elevarse á la region del rayo, se agitan y preludian no abarcando aun una cantidad de aire suficiente; si, con vista perspicaz y rauda vuelo, hiende veloz el cristalino espacio cesando de sentir bajo sus piés el pavimento del púlpito; si á plenos pulmones respira el espíritu divino, y si desde tan descomunal altura, vierte sin ago-

tarse en su auditorio la inspiracion ó lo que se llama la palabra de Dios, un sér semejante no es un hombre, sino una voz.

¡Y qué voz!... Una voz que nunca consiguen enroquecer, agriar, irritar, profanar nuestras pendencias del siglo; una voz que, como el trueno en las nubes, ó el órgano en nuestras basílicas, resuena siempre como el eco de persuasion divina en nuestras almas; una voz que vibra sobre un auditorio arrodillado; una voz que todos escuchan en silencio y á la cual cada uno responde por una inclinacion de la frente ó lágrimas en los ojos, mudos aplausos del alma; una voz que nadie osa contradecir, nadie refutar, aun cuando hiera ó sorprenda; una voz en fin que no habla en nombre de la opinion, cosa fugitiva; ni en nombre de la filosofía, cosa discutible; ni en el de la patria, cosa local; ni en el de la soberanía del príncipe, cosa temporal; ni en nombre del mismo orador, cosa transformada; sino en nombre del mismo Dios con una autoridad de lenguaje sin igual en la tierra, y contra la cual el menor murmullo es impiedad, y la menor protestacion blasfemia.

Tal es la tribuna del sacerdocio, tal la tripode del profeta, tal es el púlpito del orador sagrado. Triple carácter que personifica Bossuet, cuya historia es la historia misma de tan sublime elocuencia; fielito y admirable varon, digno de subir á tan excelsa catedra cuya encumbrada altura no es dado escalar á la elocuencia profana. Grandes son los

nombres que ilustraron la tribuna política; pero Bossuet, igual en genio á los mas sobresalientes, y los supera por la elevacion hablando desde la nube, mientras que sus rivales no se elevan del nivel de la tierra. Ciceron no le excede en cultura y abundancia, Demóstenes en violencia y persuasion, Chatam en poesia oratoria, Mirabeau en vena impetuosa, Vergniaud en estilo ameno y figurado. Todos son inferiores por la magestad y el vuelo fulgoroso, y, oradores humanos, ceden la palma al orador divino cuya voz resuena en el Empíreo y nos eleva á la morada de gloria.

Bossuet nació, vivió, murió en el templo, y su existencia entera puede ser considerada como un largo y solemne discurso. Sacerdote aun mas que literato, fué el primero que elevó la oracion fúnebre á la altura de los profetas.

La muerte del príncipe de Condé le sugirió un texto imponente. Tal fué la última y la mas sublime de sus oraciones, en la cual su genio llegó á contraer la solemnidad del sepulcro al cual él mismo se acercaba. El súbito fallecimiento de su protector y admirador mas constante, parecía decirle que toda celebridad debe disiparse como humo.

Entre estos dos gloriosos nombres del siglo, uno en la guerra y otro en las letras y religion, parecia mediar una corriente recíproca y simpática. El aviso dado por la muerte del príncipe resonó en el corazon de Bossuet y le inspiró el epílogo de su discurso, esto es la cima fulgorosa de la elocuencia mo-

derna que nunca igualaron ni aun sospecharon los mas egregios ingenios de Atenas ó Roma.

La senectud, la contemporaneidad, la igualdad de nivel entre el orador y el héroe que á su piés yacia, daban realce á la elocuencia, y el espectáculo era tan imponente como la arenga cuyo complemento parecia formar.

« Echad los ojos en torno, » dice el príncipe de los oradores, » y contemplad lo que pudo hacer la magnificencia y la piedad para honrar á un héroe; títulos, inscripciones, señales vanas de lo que no existe; figuras que parecen llorar sobre un sepulcro, frágiles imágenes de un dolor que disipa el tiempo; columnas que parecen llevar hasta el cielo el magnífico testimonio de nuestra miseria; nada falta en una palabra á tan suntuosas exequias.

« ¡ Llorad pues sobre estos débiles restos de la vida humana; llorad sobre esta triste inmortalidad que tributamos á un gefe lleno de laureles! Pero acercaos en particular, oh vosotros que corriais con tanto ardor en la carrera de la gloria, almas guerreras é intrépidas, y decidme: ¿ Hubo algúen mas digno de ponerse á vuestra frente? ¿ Cuándo vieron los siglos una dominacion mas benévola?

« Llorad ese gran caudillo, deplorad su pérdida irreparable, y exclamad con voz doliente: ahí yace inánime el que nos conducia á los peligros, cuyos ejemplos formaron tantos impávidos capitanes, aquel cuya sombra bastaria para ganar las batallas, cuyo nombre en silencio nos anima y nos advierte que,

para encontrar en la muerte algún fruto de nuestros trabajos y no llegar con las manos vacías á la celestial morada, es necesario servir al rey de los cielos no menos que al de la tierra.

« Servid pues á este monarca inmortal tan lleno de misericordia, que os agradecerá un suspiro y un vaso de agua dado en su nombre, mas que los monarcas terrestres toda vuestra sangre vertida por su causa; y comenzad á contar el tiempo de vuestros útiles servicios desde el día en que os habeis entregado á un dueño tan benéfico.

« ¿Y no acudiréis á visitar este triste monumento, ilustres personajes que incluía el ilustre difunto en el gremio de sus amigos? Rodead su sepulcro, oh vosotros todos los que recibiera con diversos grados de confianza el noble guerrero cuyo cuerpo reposa en el ataúd; regad con vuestras lágrimas el fúnebre crespon; y al admirar en tan gran príncipe una amistad tan sincera y un trato tan afable, conservad el recuerdo del varón hazañoso cuya bondad al valor igualaba. Así pueda su memoria fomentar vuestras pláticas, pueda el recuerdo de sus virtudes germinar benéfico en vuestros corazones, pueda su muerte cuya idea inunda vuestros ojos, servir os á la vez de consuelo y ejemplo.

« Por mi parte si me es permitido venir despues de tantos á tributar los últimos deberes á este sepulcro, os diré, oh príncipe digno de nuestros constantes loores é inagotables lamentos, que vivireis eternamente en mi memoria, sin que consiga el tiempo

borrar vuestra imagen trazada, no con esa mirada audaz é impertérrita fisonomía que prometia la victoria, pues no quiero conservar de vos cosa alguna sujeta á la muerte y á destrucción, sino como estábais en ese día postrero bajo la mano de Dios, cuando su luz pareció querer bañar por primera vez vuestro rostro. Tal os veré mas triunfante que en Fribourg y en Rocroi, y gozoso de veros así transfigurado por la célica gloria, diré en acción de gracias estas bellas palabras del discípulo bien amado! *Et hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra* (nuestra fé es la victoria que pone al mundo entero bajo nuestras plantas).

« Gozad, príncipe, de esta victoria, gozad eternamente de tan excelso triunfo por la inmortal virtud de este sacrificio. Acoged benévolo los últimos esfuerzos de una voz amiga, voz que vuestra memoria enmudecerá para siempre. Sí, en lugar de deplorar la muerte ajená, quiero desde este momento santificar la mia propia; dichoso si advertido por estas canas de la cuenta que debo dar de mi administración, reservo para la grey á la cual debo alimentar con la palabra de vida, los restos de una voz decaída y de un ardor casi apagado. »

XXX

En boca tan elocuente halló la lengua francesa un acento que jamás volvió á encontrar en lo sucesivo, si bien conservóse en cierto modo su eco en la voz de esos egregios oradores que sucedieron sin igualar á varón tan sublime. No en vano se eleva el diapason de la elocuencia de un pueblo, pues si el órgano emudece, si el orador pasa, el diapason queda. En otros términos el instrumento sobrevive al artista soberano que acertó á pulsarlo, y cuando despunta otro artista, encuentra el instrumento pronto á resonar bajo sus dedos. Tal sucedió en nuestra Francia para con la elocuencia sagrada, ramo precioso de la literatura sacerdotal.

XXXI

En efecto, del púlpito nació principalmente, bajo Louis XIV, el gusto elevado por la literatura; y es de extrañar que haya escapado á los mejores críticos la poderosa influencia de la cátedra sagrada en

el espíritu literario de una nacion, siendo ésta la única elocuencia accesible al pueblo bajo los gobiernos que carecen de foro ó tribuna popular, la única que engrandezca al orador al paso que ensancha los ánimos de los oyentes.

Convocar al pueblo de toda condicion á una hora dada, reunirlo en un templo lleno de antemano de la magestad de los pensamientos que deberán resonar en sus oídos, abandonarse á la inspiracion, ora polémica, ora lírica, ora extática; hablar sin censura y sin contradiccion de las cosas mas augustas, mas santas, ante un concurso numeroso que no considera al orador no como un hombre, sino como la palabra encarnada; poseer el privilegio de arrastrar á su grado al auditorio desde la tierra al cielo y del cielo á la tierra; verse elevado en esta tribuna sobre millares de dobladas cabezas, y ser el mediador transfigurado entre lo finito y lo infinito; formular dogmas, sondear misterios, promulgar leyes á las conciencias; volver, revolver, amasar en sus manos el humano corazon, para imprimirle terrores, esperanzas, angustias, arrebatos de un mundo sobrenatural; bajar radiante de misericordias divinas ó fulminante de amenazas que excitan estremecimientos pavorosos ó hacer brotar las lágrimas de todo un pueblo: ¿no basta, no sobra una parte de un conjunto de dones tan exelsos para transportar á un orador sagrado mas allá de sus facultades naturales, é infundirle esa *mens diviniór*, esa divinidad de poesia y elocuencia, auge supremo del genio

humano? ¿No hay en todo esto una amplitud, una dignidad, una fuerza, una sublimidad de tonos é imágenes que eclipsan cuanta grandeza, solemnidad y elevacion nos presentan las demas tribunas? Lo único que nos sorprende es que, con tales condiciones de lugar, hora, auditorio, libertad y autoridad sobrehumanas, no haya habido tantos Bossuet como oradores cristianos. Jamás de tan elevada altura hablaron á congregacion tan selecta los Sócrates, Platon, Confucio, Ciceron y Demóstenes.

Tampoco hay que perder de vista que, en esas civilizaciones antiguas, carecia la plebe de semejantes focos de elocuencia; y, si bien se considera, la cátedra sagrada del sacerdocio moderno fué la mas poderosa institucion literaria que pudiese iniciar al pueblo inculto al sentimiento, al gusto y aun al juicio literario, pues naturalmente la muchedumbre convocada en los templos y al pié de la tribuna sagrada, debia adquirir cierto discernimiento en las cosas espirituales, discutir sobre el mérito relativo de los predicadores, y emitir un fallo mas ó menos acertado sobre la superioridad del fondo y de la forma de cada uno de los diversos tribunos sagrados. Al mismo tiempo su habla y oídos debian amoldarse insensiblemente sobre las ideas y estilo de las arengas eclesiásticas, en términos de atesorar cierto caudal literario al salir de esos pórticos donde resonó la elocuente voz de la filosofia cristiana. Así la primera literatura de las masas en Francia fué la predicacion, como la segunda la formó el teatro,

pues el pueblo lee poco y escucha mucho. Tales fueron sus dos primeras escuelas de idioma y literatura, cuya tercera debian constituir los periódicos. Ya tendremos ocasion de examinar los efectos de esta prosa cotidiana y usual, grande monetizacion del pensamiento, fenómeno que transformará insensiblemente el mundo.

Nos lisonjeábamos de terminar esta primera reseña relativa al carácter de la literatura francesa en estas dos primeras conversaciones; pero el movimiento y la riqueza del siglo de Luis XIV nos han arrastrado mas allá de los límites que nos habíamos propuesto. Actualmente nos falta el espacio, pero en la entrega siguiente nos reservamos el decir porque no desesperamos de una literatura destinada á realizar no menos obras maestras en el porvenir que en su pasado glorioso.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCION GENERAL DE

CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

CONVERSACION NONA

Continuación de la reseña preliminar sobre la pretendida decadencia
de la literatura francesa.

I

Ya hemos visto en las dos conversaciones precedentes, como la literatura francesa tan tardía en despuntar, y por tanto tiempo indecisa entre la originalidad gala y los recuerdos clásicos, se consagró á la imitación de la antigüedad; y como esta imitación servil le habia servido para construir un idioma literario, mas regular, mas sólido y mas translucido que el lenguaje pueril de su infancia. Al mismo tiempo nos ha demostrado el examen rápido de nuestra literatura, que despues de haber copiado mucho los prosistas y poetas del siglo de Luis XIV,

habian conseguido formar una literatura compuesta medio latina, medio francesa. Tambien hemos visto que desde Corneille y M^{ma} de Sévigné, nuestros diversos genios nacionales habian sucesiva ó simultáneamente enriquecido y engalanado nuestra lengua y literatura con las diversas calidades de sus índoles diversas, y por último que de todas esas aluviones procedentes de los genios peculiares á cada uno de estos escritores, la Francia, gracias á la imitacion por un lado y á la originalidad por otro, se habia formado una lengua literaria adecuada á todos los usos de su inteligencia universal, desde el púlpito hasta la tribuna, desde la tragedia hasta la familiaridad del estilo epistolar. Tal es la base en que fundábamos nuestra asercion al escribir esta frase que define la literatura de nuestro país : la Francia no tiene un carácter sino varios, y tal es el origen de esa universalidad que señorea la inteligencia humana en el orbe que habitamos.

II

Despues del siglo de Luis XIV, hubo en nuestra nacion como en todas las cosas humanas, un momento de intermitencia y reposo, hasta que el triple carácter de sensatez, buen gusto y universalidad, que caracterizan á la literatura francesa, se reproduce, se concentra y se manifiesta repenti-

namente en un hombre solo. Inútil es añadir que aludimos á Voltaire, filósofo, historiador, crítico, erudito, comentador, poeta épico, poeta dramático, poeta satírico, poeta burlesco y escandaloso, poeta ligero, y en la gracia rival de Horacio su maestro ; Voltaire corresponsal del universo y prodigando en sus cartas familiares, obramaestra de setenta años de vida, mas natural aticismo, flexibilidad, gracia, solidez y brillo de estilo, que seria necesario para ilustrar una literatura entera. Lo único que á escritor tan egregio falta es un carácter, y la gravedad á un ingenio tan brillante.

Desde que pensamos en alta voz en nuestro siglo, muchas personas nos han manifestado su sorpresa á causa de nuestra admiracion continua y perseverante por ese grande escritor tan poco poético en la grande acepcion del término, y sobretudo tan poco lírico, tan poco elocuente y tan poco entusiasta.

No podemos menos de responder á esos señores, que Voltaire, mas que un escritor y un poeta, es á nuestros ojos una fecha, ó por mejor decir, el fin de la edad media. Aun mas dirémos : Voltaire es la Francia misma encarnada con todas sus miserias, imperfecciones, vicios y calidades intelectuales ; de modo que nuestro gusto, ó si se quiere nuestra parcialidad por esa naturaleza varia, sensata, brillante, chistosa, racional, universal que caracteriza nuestro país, se encuentra satisfecha y lisonjeada en ese Proteo moderno. En efecto Voltaire es un resumen vivo, satírico y múltiple de la Francia ; y la admi-

ración que en nosotros excita escritor tan brillante, es una especie de patriotismo de nuestra inteligencia que contempla y ama su patria intelectual en ese representante casi universal de la nación literaria. Voltaire es por decirlo así la medalla de su país.

III

Decir que Voltaire representó á la Francia de su época, equivale á afirmar que fué original sino en verso á lo menos en prosa; y si no dió una obra maestra á la lengua excepto en el género jocoso, le confirió la libertad de estilo y por consiguiente la enriqueció de diez lenguas en vez de una.

Al mismo tiempo la dotó del instrumento de la polémica; no de esa polémica pesada, escolástica, pedante, doctoral, oratoria que había ceñido hasta entonces la discusión entre las sectas y partidos, sino de esa polémica ligera, jocosa, centellante de sensatez y chiste, guerrilla que molesta y acibilla al enemigo, esgrima de un soldado que cumple alegremente con su oficio, según la expresión de Mirabeau. Voltaire trasportó la conversación en las letras y en la historia, purgando á una y otra de fastidio, azote de los libros. El movimiento y la corriente de su inteligencia impidieron, al tedio germinar en las aguas vivas de la inteligencia francesa.

Los polemistas é historiadores venidos en pos del patriarca de Ferney, han rehabilitado el fastidio como una calidad de la razón, realzándolo bajo los términos de gravedad, peso y madurez; ignorando ú olvidando que pesa tanto menos el pensamiento cuanto mas acreedor es á este título. En efecto todo estilo desprovisto de viveza y donaire, atestigua un ánimo torpe que no puede prescindir del yugo de la palabra, pues el genio no pesa sino sublima.

Bastaría á Voltaire, para ser maestro consumado en materia de estilo, haber librado á la polémica de ese tedio importuno y proclamado en el verso mas francés que vieron los siglos, que todos los géneros son buenos menos el fastidioso ¹.

Este escritor insigne formó la lengua improvisada y brillante del periodismo, y con éste formó la potencia moderna de la multiplicación y transfusión rápida de la inteligencia; en otros términos formó el diálogo universal é incesante del espíritu humano. Sin la lengua de Voltaire, eco brillante que por do quier repercutia las ideas, no hubiera podido existir la literatura cotidiana y el mundo hubiera permanecido sordo. Este solo servicio tributado á la lengua francesa bastaría para inmortalizar al eminente publicista.

Pero detengámonos y no anticipemos sobre el análisis y carácter de ese talento universal á quien consagraremos el año que viene dos ó tres de estas

¹ Tous les genres sont bons, hors le genre ennuyeux.

conversaciones, en las cuales nos mostraremos justo y á veces severo para con el filósofo, implacable contra el cínico, desdeñoso á menudo contra el poeta, pero siempre entusiasta del gran monetizador del espíritu humano.

IV

Voltaire fué escritor original por el estudio, pero solo á la naturaleza debió J.-J. Rousseau su elocuencia arrastradora, su vehemencia irresistible; y en este escritor culminante empieza la completa originalidad de la literatura moderna. ¿Y cómo hubiera podido imitar cuando ni aun siquiera conocia los modelos? Sin antecesor ni filiacion alguna en el pasado, sin mas maestro que la naturaleza, escritor de sentimiento, todo lo encontró de su propio corazon.

Así la literatura francesa adquiere repentinamente bajo su pluma un carácter de seductora extrañeza, de idealismo germánico, de amargura planidera, de naturaleza alpina. Las obras de Rousseau nos muestran al Ginebrino, al republicano, al poeta arcadio, al filósofo agriado contra la inicua reparticion de los dones de este mundo, vengándose con utopias de la desigualdad forzosa de las condiciones sociales; recordando sobretudo al colorista helvecio nacido en las montañas é importando

en la literatura artificial de Paris, las imágenes, armonía y colores de esas amenas y pintorescas soledades, *ranz de vacas* sublime cantado durante treinta años á la Francia y Europa por el hijo del relojero de los Alpes.

V

Comenzaba á faltar á la Francia su genio y espíritu nacional despues de los siglos de Luis XIV y de Voltaire, y sentia en sí nuestra nacion la necesidad de una savia extranjera mas jóven y mas europea para hacer germinar ideas nuevas, cuando J.-J. Rousseau la rejuveneció con una sola palabra. Así la Francia devoró las palpitantes páginas del elocuente filósofo de Ginebra con un entusiasmo delirante, adoptándolo é idolatrándolo hasta en sus demencias é injurias, y constituyéndolo á la vez su favorito, su filósofo, su legislador, su apóstol, su cínico, su Diógenes, su Sócrates. Durante treinta años la inunda de sentimientos verdaderos, de ideas falsas, de novelas sistemáticas y teorías políticas mas romancescas que sus novelas; pero al mismo tiempo la embriaga del mas bello estilo que haya poseído una lengua humana desde los diálogos de Platon. Gracias á J.-J. Rousseau, la prosa francesa demasiado muelle en Fenelon, precipitada en exceso en Bossuet, gongórica y altisonante en Buffon, demasiado

ligera en Voltaire, adquiere un vigor, una dignidad magestuosa, si bien siempre natural, dignidad que comunica autoridad al pensamiento, plenitud al oído y emoción á la conciencia del lector. En una palabra las ideas y sentimiento de Rousseau se hallan vivificados por el estilo elocuente en la acepción mas elevada de la palabra. Al leer la animada prosa de este publicista en el Emilio ó en las Confesiones, se cree á la vez oír la voz y contemplar el melodioso gesto platónico ó ciceroniano detrás del acentuado período del orador invisible, y parece que la pluma adquiere una voz sin órgano en sus páginas mudas: tan vehemente es la dición del filósofo de Ginebra.

Así deudores somos de la elocuencia de nuestras tribunas á J.-J. Rousseau, cuyo influjo revelan la lengua é ideas del semillero de oradores que debía florecer y fructificar despues de su muerte; y parecia que la misión literaria del escritor suizo fué por excelencia formar la literatura civil de la Francia para el uso de la revolución y discusiones políticas.

VI

Otro escritor de la misma época, el famoso Buffon, efectuaba una misión casi paralela en favor de la literatura francesa: tal era el arduo trabajo de

adaptar la lengua literaria á la ciencia, la cual juntamente con la industria su consecuencia directa, debía llegar á ser uno de los ramos de nuestra literatura. Para este ramo frío no era necesario tener el calor que viene del corazón, y bastaba la claridad procedente de la inteligencia. Buffon añadió al colorido que resulta de la imaginación y sirve para pintar lo que el naturalista desprovisto de tan preciosa calidad se ciñe á describir. A autor tan ameno y pintoresco debe la Francia su lengua literaria adaptada al uso de la naturaleza. Magestuoso en demasía, monótono en proporción y desprovisto enteramente de sensibilidad, Buffon describe siempre, jamás habla al corazón, y su ostentación vana degenera en énfasis campanudo.

Mas adelante hemos visto á dos escritores extranjeros superiores á Buffon por la veracidad de la descripción, la gala pintoresca y sobretodo la parte sentimental: tales son Herschell en Astronomía y Audubon en Historia natural, que parecen haber escrito y medido con el dedo de Dios los astros, la naturaleza, los animales, las grandezas, las formas, las almas esparcidas en los seres de la creación, y llena para tan ínclitos sábios de evidencia divina, inteligencia animal y universal amor. Pero hay que confesar que Buffon les habia abierto la vía, si bien tienen sobre el naturalista francés la ventaja de ver á Dios con mas claridad al través de sus obras, y sentir palpar por do quier el alma de la creación.

Acércese el tiempo de la unión mas completa en-

tre la ciencia y la literatura, tiempo en que el hombre no cantará solamente con la imaginación y sentimiento, sino con la ciencia misma el poema de la naturaleza. Las mismas cifras enseñarán á ensalzar al Criador de la naturaleza, cuando cesarán de ser los ateos los que las empleen para medir la distancia de los astros entre sí, sin descubrir al Supremo Matemático de los mundos animados.

VII

Así la literatura francesa completaba rápidamente una lengua destinada á remover por todas sus fibras el espíritu de la Europa moderna.

Una constitución nueva, la Academia francesa, contribuyó eficazmente contra la intención de Richelieu su fundador, sino á formar (pues no son los gramáticos los que forman las lenguas, sino los ignorantes), á lo menos á conservar y á purificar el idioma de nuestra patria.

En los primeros años de su fundación, la Academia francesa no pasaba de un juguete literario destinado á entretener la vanidad del cardenal, si bien llegó á ser mas adelante un objeto de lujo para la corte, un medio de disciplina para las letras y un instrumento destinado á dorar el yugo del despotismo. Esta institución mas fuerte que la mano que

pretendía avasallarla á la servidumbre, no había tardado en formar contra el tiranía una fuerza indomable para todo otro poder que la opinión. Antes de la época de las representaciones nacionales, se había constituido por su naturaleza y sin propósito deliberado en cuerpo representativo del pensamiento, formando así frente á frente de la nobleza, del gremio parlamentario y del clero, la corporación de los literatos; al paso que ciertos escritores aislados en su debilidad individual, la habían trocado en casta pensadora, en parlamento de la inteligencia, en conclave secular, tres caracteres ajenos y aun opuestos al pensamiento fundamental de Richelieu, de Luis XIV y de la monarquía.

Dos aspectos presenta la institución tan controvertida de la Academia francesa, y hay dos modos de juzgarla segun se la considere bajo el punto de vista de la emulación que estaba destinada á dar al genio nacional, ó del ascendiente ó autoridad que puede dar al pensamiento.

Bajo el primer punto de vista, esto es, como cuerpo destinado á dar origen al talento y á establecer el nivel intelectual de la nación, no pasa á nuestros ojos de una institución pueril cuando no completamente contraria al fin de su institución. En efecto basta la menor reflexión para convencerse de esta verdad palpable, que á la naturaleza cabe tan solo el poder de producir genios y no á una corporación cualquiera; y por otra parte la posteridad es la que admite y honra al verdadero genio, y de

ningun modo las Academias que le son hostiles las mas veces.

Para degradar, apagar, absorber y hasta perseguir á un escritor de genio, basta hacerlo miembro de una corporacion política. Si posee un carácter enérgico, no tardará en romper cuanto antes el estrecho cuadro que no puede bastar á contener su individualidad excesiva, llegando por consiguiente á malquistarse con sus colegas que se oponen al desarrollo é incremento de su expansion, y cobrando tantos enemigos cuantos miembros del mismo gremio ofuscados por su superioridad.

VIII

Si carece de carácter, se dobla, se deprime, desciende mas allá de la medianía comun, abdica su genio, le sustituye el espíritu del cuerpo; y solo con esta condicion se le sufre y se le honra. Esta ley, por otra parte, no admite excepcion; pues, por mas que predomine la superioridad relativa de las ilustraciones elegidas á título de inteligencia en el cuerpo intelectual, es natural que el imperio pertenezca á la medianía. ¿Porqué? Porque la naturaleza no forma cuarenta ó cien supremacias del mismo calibre en una nacion ó en un siglo, y porque en toda corporacion grande ó pequeña, la superioridad relativa es siempre una minoría, y la insuficiencia inte-

lectual compondrá siempre la mayoría del conjunto.

Así en todas las deliberaciones parlamentarias, la superioridad individual será siempre é inevitablemente oprimida, y la escasez de razon perennemente triunfante.

A nadie debe achacarse este efecto sino á la naturaleza misma que permite que ocupen mas espacio los llanos que las elevadas cimas, y se forme, por la fuerza misma de las cosas, un nivel de facultades ó resultante general de inteligencias.

Por este motivo se halla sujeto el mundo al cetro de la medianía, y así no es de extrañar que esté tan mal gobernado.

Se puede decir con la misma certidumbre que la medianía gobierna las Academias. Así al genio que es la superioridad natural y trascendente, ningun beneficio puede redundar de semejantes asambleas en cuyo recinto solo penetra con la condicion de nivelarse, esto es, de suicidarse. Las grandes nombradías brillan á veces en las academias á pesar de la oposicion de la impotente envidia, pero entraron ya formadas y nunca se elaboran el seno mismo de esas reuniones honoríficas.

Así pues nunca fué acreedora á las academias la gloria literaria que ilustró una nacion, y si hemos de expresar nuestro pensamiento sin rodeos, diremos que siempre se mostraron hostiles y opuestas á la formacion de esos fenómenos aislados de la inteligencia que inmortalizaron un pais y un siglo, dejando un surco luminoso en la noche de los tiempos.

Seguramente nunca fueron miembros de cuerpo alguno titular y privilegiado los Homero, Virgilio, Dante, Shakspeare, Milton, Camoëns, Cervantes; pues semejantes colosos irradian la gloria y no la reciben, y si bien se considera, se puede afirmar que fueron tanto mas originales cuanto mas aislados se encontraron y menos sujetos á la doble rutina de las corporaciones y de su tiempo. En la soledad puede únicamente florecer y fructificar el genio, que en el tumulto general deperece ó abdica. Su independencia forma parte de su superioridad, de modo que no puede perder una sin disminuir la otra. Así no fué el genio el que instituyó la Academia francesa, sino Richelieu, esto es, una de las mas impotentes medianías literarias que han visto los siglos asociada á un carácter tiránico y á una suerte venturosa; Richelieu, ministro con pretensiones de poeta y autor de pastorelas almibaradas, Maquiavelo deseoso de iluminar con un reflejo de amena literatura su púrpura teñida de sangre.

No hay que perder de vista que discurrimos sobre las letras y no sobre las ciencias, pues al tratar de éstas, las academias son útiles para agrupar los hechos y popularizar los descubrimientos.

IX

Pero si consideramos por otro lado la institucion literaria de la Academia francesa, esto es, bajo el

punto de vista de la autoridad moral, independencia y dignidad del pensamiento en Francia, al momento cambia de vista la institucion y la corporacion selecta se vuelve acreedora á la mas seria consideracion de parte del espíritu público.

En efecto es necesario reconocer que esta institucion meramente disciplinaria en el ánimo de su fundador, supo tomar otro rumbo andando el tiempo; y, en vez de un gremio servil como pretendia establecer el cardenal de Richelieu, la fuerza de las cosas no pudo menos de cimentar una asociacion de fuerza colectiva é independiente. Así sucede todas las veces que se forma una institucion, la cual en vez de un instrumento se vuelve obstáculo en manos del fundador ó de sus sucesores, que ven atónitos brotar la libertad de una junta organizada al parecer para la servidumbre. Tal debia suceder, y tal sucedió en efecto con la Academia francesa. Al concentrar en un solo foco las individualidades literarias esparcidas y separadas en la nacion, se les dió al mismo tiempo idea de su fuerza, dignidad, y ascendiente en la opinion y aun en el poder político. El pensamiento aislado llegó á ser una potencia por su colectividad misma; los socios componentes cobraron confianza en sí mismos é impusieron consideracion á la nacion y respeto á los gobiernos, comunicando una audacia moral y eficaz á la república literaria, llegando á ser concilio secular y permanente de la literatura nacional, en una palabra imprimiendo un carácter al genio fran-

cés. Al mismo tiempo el académico llegó á ser hombre público, la fuerza de todos residió en cada miembro, la literatura se constituyó radicalmente y revistió el carácter de institucion nacional, y la Francia, mediante sus academias y altas escuelas, adquirió cierta semejanza con esa institucion democrática y liberal de la China, en que los mismos grados literarios elevan á la capacidad y autoridad pública á los aspirantes de los empleos civiles. Por otra parte los fundadores, al establecer la base de esta corporacion selecta de literarios ingenios, dieron á la Francia un gran sentimiento de su valor en las letras, y á la Europa un gran respeto de las ideas francesas. Cualquiera que sea el mérito intrínseco de las academias, no se puede negar que la francesa cooperó eficazmente á la consideracion exterior y auge literario de nuestra nacion en el orbe, contribuyendo eficazmente á realzar esa popularidad proverbial de que goza la Francia en Europa.

X

Así esta corporacion literaria ha llegado á ser, á pesar de los epigramas que se quiebran continuamente contra sus puertas, una costumbre que es imposible desarraigar ó desacreditar en nuestro país. Yo mismo, en una circunstancia suprema, cuando todas las fundaciones monárquicas eran

sondeadas y escudriñadas para ser reemplazadas por establecimientos análogos republicanos, cuando millares de voces rasgaban furibundas el viento clamando la abolicion de esta aristocracia electiva de las letras, la defendí con estas palabras : « No se « trata de una constitucion, sino de una costumbre « francesa ; respetemos los hábitos de un pueblo « cuando son morales, literarios y gloriosos para « la nacion. La mas democrática de todas las instituciones bajo la monarquía, es la Academia, « que merece ser denominada la república de las « letras. »

Y no puedo menos de confesarlo : si no hubiese sido tan corto el tiempo de mi autoridad bajo la república, hubiera querido abrir de par en par las puertas de la Academia francesa para introducir, en mayor proporcion, dignos y selectos veteranos de las letras, ciencias y artes en esa jubilacion del trabajo intelectual, de todos el peor remunerado. Mi deseo era que la Francia instituyese espontáneamente el presupuesto de las letras; que al escritor, al escultor, al sabio, al artista, en una palabra á toda persona descollante en un ramo intelectual cualquiera, no cupiese por todo salario, despues de una vida de abnegacion, un miserable subsidio de 4,200 francos distribuidos parcimoniosamente á cuarenta privilegiados de la estremada pobreza, á la puerta de una academia abierta de cuando en cuando por el fallecimiento esperado ó inopinado de uno de sus miembros. El abandono en el cual

dejamos á los que cultivan el campo de la inteligencia y envuelven con una corona gloriosa las sienes de su patria, es un oprobio tanto para la nacion como para las letras.

Pero prosigamos esta mirada rápida sobre la formacion de la lengua y la literatura en Francia.

XI

No impunemente esparcieron en Europa Voltaire, Rousseau, Buffon, como igualmente los discípulos eminentes de sus escuelas y estilos, el conocimiento, gusto y aun la pasion de nuestra lengua y literatura, pues en los monumentos literarios escritos en nuestro idioma por tan meritorios ingenios, yacia la idea francesa, esto es, la idea moderna.

Ambiciosa en demasia y con asomos de fátua, ha aparecido á mas de un crítico esta palabra, sobretudo despues de haber sido tan extrañamente interpretada en favor de tantos sistemas tan frágiles como descabellados que usurparon tal dominacion. En efecto, la idea tomada en su grande acepcion, no es francesa, ni inglesa, ni nacional, ni local, pues por do quier el mundo piensa y produce y cada nacion civilizada contribuye con su contingente al incremento de la civilizacion. ¿Y sin embargo porqué se dice la idea moderna? Porque remonta á la época del renacimiento que cerró el largo período de la

edad media, y cuyo apogeo culminante fué el siglo de Luis XIV. ¿Y porqué se dice idea francesa? Porque la Francia, en virtud de su actividad impaciente y ardor natural, fué la primera que intentó propagarla en sus libros é instituciones.

Ahora bien ¿qué viene á ser la idea moderna, la idea francesa? La razon humana fomentada, engrandecida, acrisolada por el tiempo, por el estudio, por el exámen, por la lectura, por la ciencia, por la historia, por la perfeccion, por la libertad de pensar; la razon discutida sustituyéndose en todas las cosas á la idea impuesta, y buscando por sancion única la evidencia, en vez de la autoridad.

Fácilmente se comprende cuanta eficacia debia acarrear en la filosofia, civilizacion é instituciones del globo, una revolucion tan integral en los ánimos.

Este despertamiento de la razon, esta idea moderna que se engrie con el nombre de francesa, no es obra de Descartes, ni de Malebranche, ni de filósofo francés cualquiera, sino del inglés Bacon, verdadero Arquímedes de la ciencia moderna, quien, apoyando la palanca de su dialéctica en la evidencia palpable, consiguió remover el mundo como se jactaba de hacerlo el matemático de Siracusa, si hubiese encontrado en la mecánica el punto de apoyo que Bacon mas feliz, encontró en la razon humana.

La Enciclopedia, catecismo universal de conocimientos humanos y libro progresivo por excelencia, fué una idea tan bella como grande, destinada por la

literatura francesa y la Academia para renovar la faz del mundo intelectual, rectificando muchas nociones falsas en numerosas materias, y universalizando los conocimientos adquiridos hasta aquel entonces. Desgraciadamente faltaron operarios dignos de tan gigantesca construcción á la que apenas hubieran bastado los Bacon, Descartes, Fénelon, Malebranche, Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Franklin, en una palabra todos los mas sobresalientes varones en los diferentes ramos de conocimientos humanos. Pero, como un siglo y con mayor razón una nación aislada, no produce ni puede producir tal conjunto de superioridades, no tardó en inficionarlo todo el espíritu de secta: Diderot, Helvetius y sus amigos infectaron de ateísmo el monumento que como un templo debía elevarse á la soberana inteligencia. Así no es de extrañar que abortase la producción colosal; pero á pesar de este aborto, contribuyó por su popularidad en Europa á esparcir, juntamente con la literatura francesa, la aspiración á las doctrinas é instituciones de la razón y la libertad, condiciones primeras é indispensables que deben presidir á la busca de la verdad en este mundo.

XII

Así la filosofía, resumen de las literaturas y jugo de las lenguas, diseminaba nuestro idioma en todo

el orbe culto. La lengua francesa era efectivamente hablada y aceptada por doquier como depósito de las ideas y medio conducente de la inteligencia, al paso que llegaba á ser el órgano de la diplomacia, efecto de su armazón metódica y esa claridad exquisita é imponderable, que se niega á admitir la anfibología y el equívoco. Así la Europa redactaba sus tratados en francés, como en otro tiempo en latín, y el idioma inmortalizado por nuestros egregios escritores, era á la vez una moneda corriente y una medalla monumental que tenía, mediante un consentimiento universal, curso en todo el universo. Basta leer la correspondencia de Catalina II de Rusia con Voltaire, Diderot y d'Alembert, para convencerse de que la literatura francesa había llegado á ser el vehículo de las ideas generales. Al ver el vasto imperio de Moscovia abandonar su tradición literaria tanto esclavona como griega, y prescindir de su lengua rusa mas rica y armoniosa para adoptar la nuestra, fácilmente se colige que la mano de la Francia empuña el cetro de la inteligencia. ¿Quién podrá dudar de esta aserción al ver á ese Dionisio heroico y pedantesco de la Prusia llamado Federico, despreciador de su lengua patria que solo reserva para hablar en los cuarteles con la soldadesca, mientras escribe, alterna, rima, discurre, corresponde en nuestro idioma con el Aristóteles francés?

XIII

Pero un acontecimiento mayor que cuantos hasta la sazón habían contribuido á acrisolar y difundir nuestro idioma, debía determinar en la literatura francesa una explosión súbita y ruidosa destinada á resonar en todo el orbe; explosión análoga á la de la lengua griega cuando esparció los primeros rumores del cristianismo, desde Constantinopla hasta las costas de Asia y Africa. Este acontecimiento fué nada menos que la revolución francesa, inaugurada por la literatura, continuada por la filosofía, y cuyo fragoroso estampido retumba aun en nuestros días; la revolución francesa, la mayor crisis histórica que recuerdan los anales humanos, cuyo efecto debía ser el desmoronamiento de una sociedad añeja, la pulverización completa de costumbres apolilladas, el arraigo de instituciones nuevas destinadas á cambiar la faz de la humanidad, y la universal difusión del nombre glorioso de la Francia.

No sabemos porque, ó, por mejor decir, harto nos consta la causa que impele á varios críticos á deprimir y reducir á proporciones mezquinas las causas de tan memorable época; injusticia á la vez y calumnia histórica que arguye no poco despecho en ciertas personas, cuyo anhelo infructuoso en apocar las proporciones y negar los resultados de la revolución, atestigua la grandeza de crisis tan renova-

dora. Seguramente podemos lisonjearnos, por mas que ande por ahí quien lo contrario sostenga, que nadie ha confundido menos que nosotros el error y la verdad durante el período revolucionario; nadie supo mejor diferenciar el exceso y la medida, la justicia y la iniquidad, la abnegación heroica y el terrorismo sangriento; nadie acertó como nosotros á desenterrar del cieno y de la sangre tantas teorías generosas; nadie se mostró mas equitativo para con las víctimas y para con los verdugos; pero al mismo tiempo nadie se disimuló menos la energía de la impulsión y la grandeza del fin que abrigaba en su seno la idea francesa (ya que así se ha convenido llamarla), y los sentimientos generosos que hacían latir los corazones al inaugurar esta santa tentativa de renovación intelectual, moral y política.

Un escritor grave, cuya penetración y poder de análisis en las autopsias de las naciones hemos tenido ocasión de señalar á menudo, M. de Tocqueville, ha incurrido recientemente en ese error de perspectiva en su obra sobre el antiguo régimen y la revolución; y muy engañado anda en nuestro concepto al pretender que á la revolución francesa no presidió una idea de transformación moral, ciñéndose tan solo su intento, en la opinión del egregio publicista, á una mera reforma de abusos, si bien arrastrada mas allá de su límite por una fuerza de impulsión procedente de la irrupción y choque de las pasiones desencadenadas.

Con la mayor dificultad podemos comprender como una inteligencia dotada de tanta sensatez y exactitud haya podido desconocer el carácter, causas y ámbito histórico del mayor acontecimiento que recordarán á la posteridad las crónicas modernas.

No, la revolucion francesa no fué un accidente, y un aserto contrario redundaria en mengua y baldon de nuestra patria, pues reduciria á efecto del acaso ó á consecuencia de inopinados contratiempos, una série de acontecimientos imponentes engendrados por la plenitud de las ideas, el entusiasmo de la conviccion y la firmeza de la voluntad. No, la causa de esa gran refraccion de la época moderna no hay que buscarla en un capricho azaroso, sino en un conjunto de pensamientos sólidamente encañados, en una inspiracion rápida y universal como todos los movimientos intelectuales de la Francia, cuya mano se halla tan cerca de la cabeza; inspiracion cuyo gérmen reside en nuestra literatura pasada, pues nuestra nacion es tan intelectual que, mas que sus ministros, la gobiernan sus escritores. Sus reyes dan sus nombres y efigies á las monedas, pero á sus publicistas toca comunicar su inteligencia á los reinados. Hay en Francia, á pesar de su tradicion monárquica, una república permanente, que es la república de las ideas; y el gobierno de las letras es, sino de derecho, el gobierno de hecho que la rige. Por este motivo nunca hay que desesperar de la libertad, pues como á menudo se ha dicho, las mismas bayonetas son inteligentes y

una impulsión misteriosa las obliga á obedecer á la cabeza de preferencia á la mano.

XIV

Temamos descarriarnos al buscar mas allá de un siglo las causas que motivaron la revolucion francesa. Unos las ven en la reforma protestante, otros en la destruccion del sistema feudal por Richelieu; éstos en los parlamentos, aquellos en el advenimiento de la clase media.

En nuestro concepto la reforma protestante no pasó de un gran movimiento intestino de la edad media contra sí misma, movimiento que cobijaba una insurreccion, pero no la luz y la libertad.

El espíritu de los parlamentos se ciñó al egoismo colectivo de un cuerpo deseoso de monopolizar la independencia á espensas de la nacion.

La extincion de la gran feudalidad por los reyes, se redujo á una concentracion ambiciosa y sangrienta de la monarquía contra vasallos cuya prepotencia excesiva alarmaba la corona.

La clase media fué un acrecentamiento natural que dió una cabeza á los pueblos cuando se hubo formado el cuerpo. Este gremio atesoraba el trabajo, la riqueza, el comercio, la industria, en una palabra las cosas materiales; mas no poseia aun la inteligencia.

Ahora bien, la revolucion era un pensamiento,

que vemos medrar y acrisolarse de siglo en siglo, de año en año, de escritor á escritor, de libro á libro, cundiendo por do quier, invadiendo sordamente los parages mas recónditos, hasta la antecámara del mas antirevolucionario de los reyes, Luis XIV. Este pensamiento era la revision minuciosa de todas las instituciones de la edad media, y la reconstrucción del espíritu humano bajo un plan nuevo y racional. Eclesiástica bajo la edad media, la razon general pugnaba por despojar los listones en que la envolviera el sacerdocio, y todos los esfuerzos de la época tendian vigorosamente á realizar, segun la palabra consagrada por los juristas, la *gran secularizacion del espíritu humano*.

Deseosa de operar en la inteligencia humana de preferencia á las instituciones civiles de la Francia, su benéfica influencia debía extenderse no solo en el Francés sino en todo el hombre que respira el aire.

Así errado andaria quien las causas de la revolucion buscasse en tal ó tal abuso, en tal ó tal vicio de constitucion, de administracion, de reparticion del impuesto, de lujo de corte, de rivalidad mezquina entre el clero y la nobleza, de resistencia parlamentaria á las exigencias de la corona, del clamoreo de la plebe fácil de aplacar mediante algunas reformas administrativas ó satisfacciones ligeras á la vanidad de los tribunos populares, prontos, como los niños, á romper sus juguetes para reclamar otros nuevos.

No admite duda que, para cointeresar á este movimiento intestino tanto al pueblo como á las clases superiores á éste, era necesario que el tiempo y los vicios del gobierno se prestasen á esta necesidad de reformas meramente económicas, ocasion y no causa de la explosion revolucionaria, pues los intereses materiales forman el sueldo de esas masas que segun la expresion de Mirabeau, trocarian con gusto su libertad por un pedazo de pan.

Seguramente era necesario que el fanatismo de algun beneficio inmediato material y palpable inflamase con egoista entusiasmo cada una de las clases, sin exceptuar las privilegiadas, que se aprestaban á labrar su propia ruina al creer conspirar por su propia ventaja; era necesario que el clérigo inferior se levantase contra la tiranía de sus pontífices; que la nobleza militar de las provincias se indignase contra los favoritos de la corte; que estos últimos envidiasen á los válidos pujantes cubiertos por la privanza del monarca; que el parlamento se constituyese en cuerpo representativo soberano, rival de la regia prerogativa; que la clase media protestase contra las miras ambiciosas de los parlamentos; y por último que la plebe vocinglera enarbolase el estandarte contra la altivez y usurpacion de medrados advenedizos y ricachos lugareños, pues en la masa y concurso de todas estas mezquinas satisfacciones materiales, debía reelutarse esa gran fuerza motriz capaz de desarraigar el vetusto pendon de la edad media, y enarbolar el de una nueva

era de inteligencia y justicia. Hombres eran los instrumentos, y por consiguiente tenían derecho de contar con un salario; pero la revolución no era cuerpo, sino idea; no interés, sino abnegación; justicia moral, y no legalidad civil. Aun cuando mediante parciales reformas, hubiese sido posible acallar tantas reclamaciones, en vano se hubieran engreído los ánimos deseosos de conjurar la explosión del volcán revolucionario, cuyos materiales había ingerido y hacinado durante siglos enteros la literatura y filosofía francesa. Una causa mas santa que la de la Francia enardecía los ánimos y arremolinaba las inteligencias. El cráter del volcán se abrió llameante en Francia, pero la luz se reverberaba sobre la Europa entera, y la lava se precipitaba candente en todo el universo.

XV

Si, como á menudo se ha dicho, un interés meramente personal hubiese sido la causa de la revolución, ¿á que debe atribuirse ese interés apasionado y por decirlo así personal que, desde sus primeros tiempos, inspiraba á la Europa entera hasta Constantinopla y hasta las Indias orientales? Poco nos importaría en el día que la Rusia modificase las condiciones civiles entre su nobleza, clase media y siervos; que la Inglaterra estrechase ó aflojase sus vínculos civiles con la Irlanda, las Indias y sus

colonias; que el Austria modificase sus relaciones interiores con los Estados federativos de Hungría y Bohemia; que la Suiza ó los Estados-Unidos introdujesen mas ó menos aristocracia helvética ó democracia americana en sus repúblicas. ¿Qué podía importar á la Europa que la corte, el clero, los parlamentos, la nobleza, ó el pueblo se concediesen en Francia tal ó tal igualdad ó tal ó tal superioridad recíproca, que ninguna mella podía hacer en los intereses personales ó materiales de los diferentes Estados del continente? Seguramente las ventajas ó desventajas procedentes de semejantes permutaciones, no hubieran traspasado las fronteras de la Francia. En efecto los intereses quedan circunscritos, mientras que las ideas pasan al vuelo los rios y las montañas. El espíritu de la revolución francesa se había difundido por nuestros libros antes de que esta misma revolución sospechase el tesoro de ideas renovadoras que abrigaba en su seno desde época remota. Y en prueba de la inmaterialidad de esta crisis histórica, baste recordar que, desde el día en que la revolución dió su primera señal de vida en Francia, cesó de ser francesa para ser europea y universal, y el pensamiento del orbe entero se hallaba concentrado en París, pensamiento que, lleno de interés, de vehemencia y zozobra, seguía las peripecias del drama revolucionario. Fox, Burke y hasta el mismo Pitt en Inglaterra; Klopstock, Schiller, Goëthe en Alemania; Monti y Alfieri en Italia, en sus discursos, poemas é himnos, saludan á la revolución

como la aurora no de un día francés, sino de un día nuevo y universal, que debía inundar de luz al mundo y disipar las tinieblas acumuladas desde siglos de barbarie en el espíritu humano. ¿Acaso hubieran podido conseguir algunas miserables reformas de abusos fiscales ó administrativos en Francia, avasallar, sobre sus tribunas ó tripodes, y embriagar con ese entusiasmo verdaderamente europeo y fatídico, á tan egregios escritores, oradores, filósofos, poetas, en nada partícipes á nuestros miserables debates de corte, nobleza, clero, parlamento, clase-media y pueblo? No, pero á todos arrebató el rauda torbellino producido por la esperanza de una nueva era, cuyos primeros albores tenían de repente el horizonte francés.

Por otra parte, nos repugna el sistema de atribuir grandes efectos á pequeñas causas, error grosero á menos que se repite juego de imaginación. Cuando, al llegar el equinoccio de otoño, vemos las hinchadas olas de una marea iracunda asediar mugidora las acantiladas rocas y extravasarse espumosa al través los diques del Océano, podemos estar seguros de que no fué la mano de un niño la que hizo rodar tal guijarro mas allá del Atlántico en el ámbito dilatado de los mares, sino el impulso del viento ó la influencia de un astro vecino gravitante sobre el elemento cuyas convulsiones vemos sin comprenderlas.

La mejor prueba de que la revolucion era la explosion de una idea y no una reforma administrativa, fiscal ó política, es que ni aun siquiera pensó

en sus primeros tiempos en repudiar la forma monárquica ni la dinastía que á la sazón regia á la Francia, pues, indiferente á todo rodage político, reputaba precioso el sistema vigente, con tal que no perjudicase á su mecanismo interior sonar las horas de la renovacion en las ideas por la libertad de la inteligencia.

XVI

De cualquier modo que se juzgue, esta revolucion en cuya mira habia labrado la Francia su idioma tan claro y enérgico, y en cuyo beneficio habia aguzado su polémica y oratoria, se concentró de repente con todas sus ideas y nobles pasiones en la Asamblea constituyente, la mas literaria de cuantas corporaciones han existido, verdadero concilio ecuménico de la razon humana en aquel entonces.

El clero en sus púlpitos, la nobleza en sus estados provinciales, el parlamento en sus sesiones, la clase media en sus bufetes, la literatura en sus academias habian amañado de antemano los ánimos mas selectos, y todos estos varones esclarecidos se eligieron por aclamacion, pues dignos eran los hombres de la causa y la causa de los hombres.

Desde aquel momento cesó toda literatura y se volvió filosofía, legislación y política, callando la Europa entera para escuchar á los representantes de un siglo nuevo á quienes inesperados acontecimientos

inspiraban una elocuencia que debía resonar no solamente en beneficio de la Francia sino del espíritu humano.

El genio literario y oratorio de la Francia respondió á la esperanza del mundo, y la Asamblea constituyente mostróse fulgurante como el Sinaí de los pueblos, cuya voz fué Mirabeau y el universo entero el auditorio. Nuestra lengua resonó en todos los oídos, y nuestros principios de boca en boca. Cada verdad proclamada ó decretada llegaba á ser un pedazo de nuestra lengua. En francés fué escrito el decálogo de la razón humana, el código de la libertad, y nuestra lengua llegó á ser monumental al mismo tiempo que el vehículo de la elocuencia, legislación y filosofía en todos los pueblos, llegando á adquirir en los discursos de la Asamblea constituyente una elevación, solemnidad, autoridad y acento que excede á todas cuantas discusiones antiguas conocemos de Atenas y Roma. En efecto, Demóstenes y Cicerón hablaban solamente en lo concerniente á su propia causa, tratando de negocios peculiares á la nación á que pertenecían, mientras que nuestra voz tenía por objeto la humanidad entera, la razón general, la causa de la inteligencia humana. No puede elevarse á mayor nivel la elocuencia de la razón, y así no es de extrañar que el orbe entero se trasformase en eco para oírla. Tal fué el punto culminante de nuestra literatura. El Verbo se había hecho pueblo, para servirnos de una expresión sagrada, y este pueblo era la Francia.

XVII

Después de tal explosión de razón y de genio, los ánimos decaen y se aploman, efecto que atestigua que la embriaguez de la inspiración es tan efímera en los pueblos como en los poetas. La Asamblea legislativa, de la cual se habían excluido espontáneamente los miembros de la Asamblea constituyente, bajó de cien codos el nivel de la literatura política, pues una nación no posee dos cabezas, y una vez decapitada, solo queda el tronco inerte y ensangrentado. La medianía, la envidia, la vana profusión de palabras, la emulación de popularidad en los favoritos del pueblo, reemplazaron la magestad grandiosa de los oradores políticos y de los filósofos. La literatura se apagó en el polvo al impulso del viento de las facciones más mezquinas, y la Francia cuyas ideas, corazón y lengua cundían é irradiaban recientemente en el orbe entero, se vió apocada en términos de no ser más que la sombra de sí misma.

Tal sucede siempre con toda corporación política que sigue á una asamblea inicial, parto primerizo de una gran revolución. ¿Porqué? Porque del entusiasmo precede la primera, y de la reacción combinada con el fastidio la segunda, pues en todo lo humano y sobretodo en las revoluciones, existe una parte de ilusión y otra de desengaños inevitables.

Las ilusiones generosas brotan llameantes en el ánimo del pueblo, inspirando y enardeciendo á los oradores que salen de su seno, al paso que elevan un instante á este mismo pueblo sobre sí mismo. Tal es la hora de la inspiración que fecunda á la vez y sublima; hora en que la nación supera á la naturaleza misma, en que desaparecen los obstáculos y solo se ve el fin, en que solo se proclaman principios verdaderos y divinos como las teorías; hora propicia en que no pisa el hombre la tierra, sino camina en las nubes. Tal es la bella destinación de las asambleas constituyentes.

XVIII

Las asambleas legislativas son la expresión de esta parte de desengaño y desaliento que, en los pueblos volubles como el nuestro, forman la reacción de las grandes emociones nacionales. El pueblo fogoso y enardecido, la nación que todo lo atropellaba briosa, parece haberse disipado como por encanto, y el desfallecimiento ó la compresión colérica son los caracteres distintivos de estas segundas asambleas. Este doble efecto es fácil de comprender si se considera que las primeras proceden del entusiasmo, y las segundas del odio repulsivo que acarrea una revolución triunfadora.

Tal vimos en 1791, tal hemos visto mas recién-

temente en 1849, y tal veremos en lo venidero. La Asamblea constituyente de 1848 no había recibido del tiempo y de la Providencia esas grandes necesidades de iniciación y promulgación de principios que incumbieron á la gloriosa corporación de 1789, si bien no iba en zaga á esta última por el valor, patriotismo, elevada razón, virtud pública, y aun á veces la elocuencia. El mayor elogio que le discernirá la historia es la de haber aventajado á todas nuestras asambleas nacionales por la probidad, honradez, imparcialidad y zelo nacional. Su misión fué salvar á la Francia constituyendo la democracia sin crimen, misión que ya había cumplido á medias, cuando incurrió en el error generoso de retirarse antes de tiempo en presencia de nuevas elecciones.

La Asamblea legislativa de 1849, nombrada como ya hemos dicho en exageración ú ojeriza de la democracia, fué igualmente la pérdida de la república. La falsa Montaña, volcán sin llama y sin lava, solo produjo un fragor sordo y subterráneo bajo un suelo que se obstinaba en no temblar; en otros términos simuló los gestos del terror sin poseer la cólera en el corazón ni la cuchilla en la mano. Este pseudo-terror de palabras, plagio pueril de la Convención, á nadie intimidó, al paso que sirvió de pretexto á los enemigos de la democracia constituida que aparentaron tomar la sociedad bajo su égida, mostrando con el dedo á los falsos terroristas como los Espartanos mostraban á sus hijos los flotas ébrios para inspirarles el horror y el asco de la embriaguez.

Tal es en efecto el instinto de orden y conservacion que á las sociedades domina, que basta llevarlas á la orilla de la anarquía para hacerlas retroceder hasta el despotismo; y como un hombre en peligro de ahogarse seria capaz de asirse hasta de un hierro incandescente, así una sociedad amedrentada por la idea del saqueo ó del degüello, se agarra á la hoja del sable ó á la punta de las bayonetas.

Tres ó cuatro visionarios embriagados de utopias antisociales llevaron á su colmo el terror en los ánimos pusilánimes por sus amenazas contra la propiedad, en un país en que esta misma propiedad es la religion del suelo. Unos propusieron á los hombres el comunismo de los brutos; otros la multiplicacion del salario por la supresion del capital del cual todo salario procede; éstos la igualdad de ganancias entre los operarios activos y los operarios perezosos; aquellos en fin la aniquilacion de la moneda, invento casi divino de la civilizacion, lengua universal del comercio, proponiendo bajo el nombre de banco del pueblo, el regreso á la barbarie primitiva en que prevalecia el trueque recíproco de objetos naturales. Estos delirios muy individuales de algunos sectarios sin prosélitos fueron conceptuados partidos intimidantes, cuando no pasaban de juegos de imaginacion sin idea, puerilidades intelectuales é incontinencia escandalosa de la fantasia. La risa hubiera bastado para refutar tan sándias quimeras, pero á efecto del estremecimiento causado por el terror, todo se lo llevó la trampa, y por haber

dejado hablar con toda libertad á los locos, se acusó de locura á la democracia misma. Así pereció la segunda de nuestras asambleas legislativas; pero volvamos á la primera reemplazada por la Convencion y veamos su influencia en la literatura francesa.

XIX

La moda, la gracia de estilo, la afectacion de fuerza intelectual, la debilidad de conciencia, todo coopera para que muchas plumas contemporáneas excusen, inocenten, y aun hasta glorifiquen á la Convencion; muelle complacencia achacada á nosotros mismos á la aparicion de nuestra historia de los Girondinos, que anticipada y calumniosamente juzgaba M. de Chateaubriand diciendo « *va á dorar la guillotina.* » Pero me remito á cuantos han leído esta obra, á cuya conciencia apelo para refutar semejante impostura. ¿En qué páginas fué mas afeada y mas cubierta de infamia la menor vileza de conciencia y la mas reducida gota de sangre vertida? La saña frenética, sus numerosas tropelías en nada aprovecharon á tan tremenda corporacion, que perdió por largo tiempo á la república asociando su nombre al terror. Tal es la verdad.

Las instituciones para volver á retoñar exigen una buena fama, y los revolucionarios de 93 desconceptuaron completamente la democracia man-

chándola con sangre de millares de víctimas y lanzando innumerables cabezas al terror, como arrojan sus vestidos los caminantes perseguidos para escapar al furor de las fieras. La Convencion dió al pueblo el espectáculo cotidiano de la muerte en la plaza pública, empezando por un degüello de tres mil prisioneros sin sentencia jurídica precedente en los días de setiembre; horrible San Bartolomé que acusa su pánico espanto. Por último, la feroz asamblea acabó por un degüello general el 9 de termidor, y su sola institucion fué el cadalso en permanencia, sin que ningun miembro del sangriento cuerpo poseyese el valor suficiente para derribar la insaciable guillotina, cuyo juego se prolongaba aun cuando sus motores yacian decapitados y hacinadas en el cesto sus cabezas, y deteniéndose tan solo los verdugos cuando cesó de haber víctimas en el terrible chirrion. Tal es la lúgubre verdad sobre la época tan aciaga. ¿Qué influencia podia tener semejante cuerpo en literatura y lengua francesa? La influencia de un quinto acto de una tragedia en que ve chorrear la sangre un auditorio, cuyo aliento suspenden la lástima, el horror, el clamoreo de un coro sanguinario, el rugir de los verdugos, el grito prolongado é incesante de las víctimas. Tal fué el efecto que le incumbió, y en vez de una lengua solo resonó el hipo convulsivo y los sollozos entrecortados de la agonía: *Vox faucibus hæres!* Mientras mas interés inspira la época revolucionaria, mayor horror debe causar la Convencion.

XX

Dos hombres tan solo conservaron hasta el último aliento, en este matadero humano, acentos de una elocuencia trágica y aun literaria proporcionada á las escenas terribles que presenciaban: tales fueron Danton y Vergniaud; Danton, el solo hombre de estado de la Convencion, si no hubiese cubierto de eterno oprobio su genio empapándolo en la sangre vertida en los aciagos días de setiembre, y por la institucion del tribunal revolucionario, cuya cuchilla afilada por su misma mano cercenó su propia cabeza; pero grande á lo menos por su remordimiento, grande por sus estámpidos de humano rayo y relámpagos de inspiracion patriótica, grande por sus frustos excesos de estilo que le constituyen acreedor al dictado de Miguel-Angel del pueblo, mellando el mármol pero esculpiendo con vigoroso cincel la fisonomía.

El segundo es Vergniaud.

Vergniaud el mas sublime lírico de elocuencia, que llegó á profetizar su propia muerte y la de sus enemigos, en una tribuna cuya base regaba la sangre humeante; patética encarnacion de la piedad, de la justicia, de la moderacion, de los remordimientos, de la deprecacion á un pueblo encantado pero sordo; canto de cisne de la literatura y de la elocuencia fran-

cesas expirantes; orador constituido para hablar en presencia de la muerte y bajo cuyos piés no puede suponer la imaginación mas tribuna que el cadalso. La Europa escucha aun arrebatada á la vez y estremecida esa voz que resonaba tierna como el saludo de los gladiadores: *Morituri te salutant*.

Después de la muerte de Danton y Vergniaud, nada se oyó, nada fué escuchado, salvo algunas palabras de ironía y laconismo que resonaban de cuando en cuando, como la de Lanjuinais dirigiéndose al carnicero Legendre: « Antes de inmolar me manda decretar que soy un buey; » ó el apóstrofe con resabios de antigüedad del mismo orador á la misma Asamblea asesina que lo cubría de ultrajes antes de herirlo: « Cuando los antiguos habian escogido una ofrenda para el sacrificio, la ornaban de listones y la cubrían con flores antes de inmolarla; y vosotros peores que los sacrificadores paganos, cubris de insultos y arrastrais por el lodo á vuestras víctimas, antes de derribarlas sin vida. »

XXI

Al ver á la Francia frenética y postrada por el furor de Orestes, degollar á su rey inocente, á su reina extranjera, á sus oradores, á sus filósofos, á sus poetas, á sus hijos, á sus ancianos y hasta á sus vírgenes arrastradas en grupo al cadalso como para componer á la muerte ramilletes de cadáveres, la

Europa tan apasionada bajo la primera asamblea por nuestra filosofía, nuestra lengua y nuestra revolución, no pudo menos de apartar la cabeza y retirar su interés de una causa tan bella pero tan profanada, creyendo que la vehemencia avasallaba á la nación entera, por la cual concibió compasión y últimamente horror, repudiando de su corazón la lengua, las ideas, la literatura de un pueblo cuyo gobierno tenia por primer ministro al verdugo.

No obstante esta tragedia, por su naturaleza patética, ejercía en el corazón humano el interés palpitante y apasionado que imprime en el alma los combates del circo, los crímenes nefandos, no menos que las virtudes sublimes, en la escena en que representan los pueblos los dramas de Dios. La Francia era la trágica en acción del mundo moderno, cuyo juego hacia palpar y estremecer pero al mismo tiempo fijaba los ojos; juego que por sus convulsiones no menos que por sus proezas se fijaba en la imaginación encadenada de la Europa, pues hay una fascinación en las calamidades mismas del pueblo cuando exceden éstas los límites ordinarios del crimen y llegan á proporciones imprevistas de la perversidad execrable. Las proscripciones de Sila y Mario son atroces, pero estas mismas proscripciones forman parte integrante de la historia romana é impelen á la memoria á abrigar eternamente en su seno á la trágica del mundo antiguo. Tal sucedió con la Francia durante la Convención, que durante quince meses heló la sangre en las

venas del orbe terrificado, imposibilitando al mismo tiempo á la Europa de apartar la vista del espectáculo sangriento representado por nuestra nacion.

XXII

¿ Pero se puede alabar humana y concienzudamente á una Asamblea que gobernaba con la cuchilla, como si la muerte fuese un gobierno? ¿ Es posible siquiera excusarla alegando la pretendida necesidad de perpetrar delitos en alta política? Al contrario el crimen es lo inverso de toda política, pues esta es la moral divina aplicada por la gran conciencia de los hombres de estado al gobierno de las naciones; y el crimen es la inmoralidad humana cooperando, efecto de la impotencia ó de la perversidad, al triunfo del fanatismo. El crimen es el sofisma de la política cuya verdad es la moral. Los Maquiavelos, los Robespierres, los Danton no pasan de ánimos incautos y engañados, que hicieron sudar á su imaginacion para enterrar en el crimen lo que plugo á Dios ocultar en la conciencia y en la virtud. La suprema habilidad política es la suprema inocencia, axioma que hace asomar la risa en los labios de los hombres de estado y que la historia acabará por enseñarles.

XXIII

No ha faltado quien haya declarado inocentes y aun glorificado á los miembros de la Convencion por haber seguido como un vil rebaño á los proscriptores, y haber inscrito con ojos cerrados sus firmas arrancadas por la confianza ó la complacencia en la lista de proscripciones que decimaban todas las mañanas á la vejez y á la juventud, á la infancia, la imbecilidad, la dolencia; víctimas hacinadas al acaso en ambos bandos revolucionario y contra-revolucionario.

Por mi parte confieso que mi razon ha protestado siempre contra esa amnistía en masa con que á manera de manto cubren muchas personas, no á los proscritos sino á los proscritores. « Una de dos cosas, me he dicho siempre á mí mismo : ó esos miembros en masa de la Convencion que complacientes firmaban las sentencias de muerte de tantos millares de inocentes, eran en lo íntimo de su corazon cómplices de las proscripciones, y entónces merecen ser reputados tan criminales como la misma comision desalmada; ó bien estos hombres no se asociaban en lo íntimo de su corazon á tales inmoluciones en masa, y en este caso eran jueces prevaricadores, legisladores cobardes, pues concedian millares de cabezas á los proscritores, temerosos de exponer

las tuyas, emitiendo un sí mediante la firma ó el silencio, cuando su conciencia les decia no. »

Cómplice del degüello ó de complacencia servil, tal es el dilema de que no podrá escapar la Convencion, hasta que sobre Asamblea tan trágica emita su fallo una posteridad que aun no existe, pues aun en nuestros dias, la conciencia de la Francia se halla intimidada, ó muda, ó captada; pero el tiempo despegará sus labios.

XXIV

Los políticos acerbos de 1848 nos vituperan por haber abolido la pena de muerte en materia política, temerosos de que acudiese á la mente del pueblo imitar el encono sanguinario de la Convencion, de la cual queríamos separar á la nueva república por un abismo de magnanimidad. Al adoptar semejante medida, dicen nuestros adversarios, hemos enervado á la democracia y obligado al pueblo á repudiar su sola fuerza, el terror, tranquilizando y aun fomentando de antemano por la impunidad la reaccion de sus enemigos. ¡ Ah ! recriminacion semejante la aceptamos con ufania, y al tiempo apelamos para que pronuncie entre nuestros acusadores y nosotros. Si para la Francia volviese á sonar la hora de la democracia, (¿y qué hora no vuelve á sonar en el cuadrante movil de una nacion, en que

las horas son minutos ?) podremos convencernos, ó podrán convencerse nuestros descendientes, de cuantas sombras sangrientas abrigan los acontecimientos nefastos de la Convencion despues de sesenta años, acontecimientos cuya memoria pesa sobre la imaginacion de la Francia y el nombre de la república; en términos de que la menor semejanza con época tan desastrosa haria huir al instante á nuestra nacion bajo el sable, temerosa de la cuchilla; pudiendo al mismo tiempo cerciorarse de cuantas repúblicas desarmadas, inocentes, magnánimas, víctimas de su inocencia misma, son necesarias para domesticar con la libertad á un pueblo que tuvo la desgracia de llamar una vez en su ayuda al terror.

Así sin temor ni hesitacion aplazamos á los que afean nuestro modo de proceder en la citada época, á las pruebas y fallo de las democracias venideras, y sin vacilar les diremos que nuestra conducta en aquel entonces seria mil veces la misma, si mil veces nos viésemos en las mismas circunstancias. El mayor peligro de que debe recelarse la república, no reside en su institucion sino en su mismo nombre; y el miedo que inspiraba este nombre antes de 1848, debe atribuirse exclusivamente á la Convencion, pues si es fácil amedrentar al mundo con el terror, solo es posible gobernarlo con la justicia y magnanimidad.

XXV

Después de época tan aciaga, cesó toda literatura en Francia, lo cual no es de extrañar si se considera que la proscripción ó la muerte había acabado con todos los poetas ó escritores, é imposibilitado totalmente ese lujo de la inteligencia llamado literatura, que exige tanta sangre fría, ocios tan amenos y atención tan sostenida en los ánimos.

No obstante, de cuando en cuando resonaban en las cárceles algunos cantos de cisne, algunas quejas melódicas que, semejantes á esas brisas nocturnas que atraviesan los tejos y cipreses del cementerio, dieron á la lengua poética y aun á la prosa francesa que siguió á la revolución, las primeras notas de esa melancolía trágica desconocida á nuestra lengua; cuerda nueva, cuerda empapada de sangre y llanto que parecía añadir la muerte á la moderna lira, semejante á esas lloronas que en el Oriente acostumbran seguir el ataúd hasta las orillas del mar, detrás de los olivos y cipreses que decoran el campo funeral. No obstante notábase un elemento grave, varonil y heroico que al paso que deploraba la propia muerte, insultaba animosamente á los verdugos. Entre estas lamentaciones que al sepulcro preceden, descuellan por la nobleza patética las de Andrés Chenier, Orfeo republicano del Bósforo,

despedazado á causa de su moderación, por las mujeres tracias del Terror.

Eseuchemos las últimas ironías del republicano moribundo, asesinado por los demagogos de la Convención.

CARCEL DE SAN LAZARO.

« Cuando la lóbrega caverna abre el carnicero al cordero que bala, ni los perros, ni las reses, ni cuanto el aprisco respira se informa de la suerte de la pobre víctima.

« Los niños que seguían en el llano al travieso inocente, las vírgenes de florido rostro que, acariciándolo á portía, entrelazaban sus cintas y flores en el cándido vellón, sin pensar en su suerte, lo comen y saborean si tierna encuentran su carne.

« Tal es la suerte que me reserva el hado, á mí pobre víctima; suerte que hubiera debido preveer. Pero acostumbremos al olvido.

« Olvidados como yo en esta horrorosa guarida, é igualmente colgados á los sangrientos ganchos, mil otras reses serán servidas al pueblo-rey.

« ¿Qué podían hacer mis amigos? Sí, su querida mano, al dejar pasar una palabra al través de estas rejas, ha vertido un bálsamo en mi alma marchita, al mismo tiempo que el oro tal vez á mis verdugos.....

« Pero todo es precipicio: derecho tuvieron de vivir, Vivid, vivid pues, amigos contentos, y en des-

pecho de Bavo no os deis prisa en seguirme. Tal vez en tiempos mas felices aparté yo mismo mis distraídos ojos de la desgracia. Actualmente la misma suerte me cabe, y mi desgracia importuna. Vivid, amigos, vivid en paz ' . »

PRISON DE SAINT-LAZARE.

Quand au mouton bêlant la sombre boucherie
Ouvre ses cavernes de mort,
Pauvres chiens et moutons, toute la bergerie
Ne s'informe plus de son sort.

Les enfants qui suivaient ses ébats dans la plaine,
Les vierges aux belles couleurs
Qui le baisaient en foule, et sur sa blanche laine
Entrelaçaient rubans et fleurs,

Sans plus penser à lui, le mangent s'il est tendre.
Dans cet abîme enseveli
J'ai le même destin. Je m'y devais attendre.
Accoutumons-nous à l'oubli.

Oubliés comme moi dans cet affreux repaire,
Mille autres moutons, comme moi
Pendus aux crocs sanglants du charnier populaire,
Seront servis au peuple-roi.

Que pouvaient mes amis? Oui, de leur main chérie
Un mot, à travers ces barreaux,
A versé quelque baume en mon âme flétrie;
De l'or peut-être à mes bourreaux....

Mais tout est précipice. Ils ont eu droit de vivre.
Vivez, amis; vivez contents
En dépit de Bavo, soyez lents à me suivre;
Peut-être, en de plus heureux temps

J'ai moi-même, à l'aspect des pleurs de l'infortune,
Détourné mes regards distraits;
A mon tour aujourd'hui mon malheur importune.
Vivez, amis; vivez en paix.

Tal es la santa cólera del poeta moribundo, resignado á la estúpida ferocidad de los hombres.

Ahora no podemos menos de insertar algunas estrofas de su última elegía, escrita en la víspera de su suplicio, para deplorar la próxima catástrofe de M^{me} Coigny, su compañera de cautiverio; poesía sollozante que dió el tono de la elegía moderna á Bernardino de Saint-Pierre, M^{ma} Staël, Chateaubriand, y tal vez á mí mismo sin que yo lo notase, pues la tristeza, don póstumo hallado en los sepulcros, forma en el día parte integrante de nuestro idioma actual.

LA JOVEN CAUTIVA.

San Lázaro.

« Respetada de la guadaña, amarillea la naciente espiga; sin temor del lagar, bebe el pámpano durante el verano entero las dulces lágrimas de la aurora, y yo no menos bella y no menos jóven, aun no quiero morir, por mas congoja y quebranto que me acarree la hora presente.

« Áridos ojos vuelva el estóico al encuentro de la muerte. Por mi parte espero con el llanto en los ojos; y al soplo del aquilon horrendo, mi cabeza alternativamente se levanta y se abaja. Si hay dias amargos en la vida, ¡cuán dulces trascurren otros! ¡Ay! ¿Hubo miel que no dejase en pos la saciedad, ó mar que no azotase la tormenta?

« La fecunda ilusion habita en mi seno, y en vano

pesan afanosas las paredes de una cárcel en quien posee las alas de la esperanza. Escapada de las redes del pajarero cruel, mas viva, mas dichosa hiende cantando Filomela las campiñas celestes.

« ¿Me toca acaso morir? Tranquila duermo y tranquila velo, sin que agovie el roedor remordimiento mi sueño ó vigilia. Todos los ojos acogen risueños mi despuntar al día, y mi aspecto en estos lugares casi reanima el júbilo en las frentes abatidas.

« ¡Aun dista tanto de su fin mi viage ameno! Apenas han dejado atrás mis pasos los primeros olmos que lindan el camino. En el banquete de la vida comenzado apenas, un solo instante han tocado mis labios la copa llena aun en mis manos.

« Estoy en la primavera, y deseosa de ver la cosecha, quiero como el sol acabar mi año de estacion en estacion. Brillante en mi tallo y honor del jardin, solo he visto fulgurar los primeros albores matutinos, y deseo concluir el día.

« ¡O muerte! aun puedes aguardar; aléjate, aléjate; ve á consolar los corazones carcomidos por la vergüenza, el espanto, la pálida desesperacion: que para mí guarda todavía Pales verdes asilos, besos el amor, concierto las Musas. No, no quiero aun morir.

« Así, á pesar de mi triste cautiverio, se despertaba mi lira, escuchando estas querellas, esta voz, estos votos de una joven cautiva; y sacudiendo el yugo de mis lánguidos días, plegaba los acentos de su amable é ingénua boca á las dulces leyes de los versos.

« Estos cantos, armoniosos testigos de mi cárcel, inducirán á algun amante entregado á los ocios del estudio, á indagar quien fué esta beldad, cuya frente y discursos condecoraba la gracia, y del mismo modo temerán ver fenecer su vida los que la pasaban á su lado. »

LA JEUNE CAPTIVE.

Saint-Lazare.

1 — « L'épi naissant mûrit de la faux respecté,
Sans crainte du pressoir, le pampre tout l'été
Boit les doux présents de l'aurore;
Et moi, comme lui belle, et jeune comme lui,
Quoique l'heure présente ait de trouble et d'ennui,
Je ne veux pas mourir encore.

Qu'un stoïque aux yeux secs vole embrasser la mort,
Moi je pleure et j'espère; au noir souffle du nord
Je plie et relève ma tête.

S'il est des jours amers, il en est de si doux!
Hélas! quel miel jamais n'a laissé de dégoûts?
Quelle mer n'a point de tempête?

L'illusion féconde habite dans mon sein.
D'une prison sur moi les murs pèsent en vain,

J'ai les ailes de l'espérance:
Échappée aux réseaux de l'oiseleur cruel,
Plus vive, plus heureuse, aux campagnes du ciel
Philomèle chante et s'élance.

Est-ce à moi de mourir? Tranquille je m'endors,
Et tranquille je veille; et ma veille aux remords
Ni mon sommeil ne sont en proie.

Ma bienvenue au jour me rit dans tous les yeux,
Sur des fronts abattus, mon aspect dans ces lieux
Ranime presque de la joie.

Mon beau voyage encore est si loin de sa fin!
Je pars, et des ormeaux qui bordent le chemin
J'ai passé les premiers à peine.

Una poesia que, en la hora postrera, inventaba
tales acentos, no podia menos de revivir.

Au banquet de la vie à peine commencé,
Un instant seulement mes lèvres ont pressé
La coupe en mes mains encor pleine.

Je ne suis qu'au printemps, je veux voir la moisson ;
Et comme le soleil, de saison en saison,
Je veux achever mon année.

Brillante sur ma tige et l'honneur du jardin,
Je n'ai vu luire encor que les feux du matin,
Je veux achever ma journée.

O Mort ! tu peux attendre ; éloigne, éloigne-toi ;
Va consoler les cœurs que la honte, l'effroi,
Le pâle désespoir dévore.

Pour moi Palès encore a des asiles verts,
Les Amours des baisers, les Muses des concerts ;
Je ne veux pas mourir encore. » —

Ainsi, triste et captif, ma lyre toutefois
S'éveillait, écoutant ces plaintes, cette voix,
Ces vœux d'une jeune captive ;
Et secouant le joug de mes jours languissants,
Aux douces lois des vers je pliais les accents
De sa bouche aimable et naïve.

Ces chants, de ma prison témoins harmonieux,
Feront à quelque amant des loisirs studieux
Chercher quelle fut cette belle :
La grâce décorait son front et ses discours,
Et, comme elle, craindront de voir finir leurs jours
Ceux qui les passeront près d'elle.

CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

CONVERSACION DÉCIMA

I

La Convencion iracunda habia segado todo cuanto chocara contra su implacable cuchilla, y la literatura francesa no solo se hallaba muda sino exangüe. Generalmente no consta cuan rápidamente se aniquila una civilizacion literaria bajo el hacha nunca embotada de una asamblea, ó la guadaña insaciable de un Atila ; y no debe ser poco el apuro de los partidarios del progreso continuo é indefinido de la civilizacion por los libros, al esforzarse conciliar con su ilusoria teoría, esa instantaneidad con la cual el soplo mugidor del incendio reduce á cenizas las vastas bibliotecas, cenizas que dispersa el airado soplo del huracan. El furor de destruccion que anima á los bárbaros conquistadores, la convulsiva

anarquía de la guerra civil que despedaza el seno de la madre patria, la irrupción de hordas errantes y famélicas, acribillaron las prodigiosas literaturas del antiguo Egipto, de la Persia, de la Grecia académica, de la Roma latina; y las llamas consumieron cuanto pudo escapar á la sordida saña de la muchedumbre invasora. Las lenguas mismas apenas cesan de ser cultivadas, se desvanecen con una rapidez prodigiosa, y errado andaría quien creyese en la inmortalidad de esos trapos mugrientos y rollos ápolillados que, bajo el nombre de papel ó papiro, sirven al Saraceno para calentar los baños de Alejandría, ú ofrecen páginas enigmáticas para la posteridad erudita. Diez años de Convención, una invasión tártara á la manera de Suwaroff, un cambio total en el culto, un trastorno general del estado social, un nivelamiento comunista de la propiedad en Europa, son mas que suficientes para que dentro de veinte años inútil sea buscar en Francia el menor destello poético ó literario. Las bellas artes y las bellas letras exigen una vida acomodada, ocios amenos, elegancia de costumbres y superfluidad de tiempo. ¿Quién podrá ú osará escribir en un país en que nadie lee?

II

Durante la terrible tormenta que conmovió nuestra nación hasta sus cimientos, la sospecha de ta-

lento era designación de muerte, y el furor de la Convención amenazaba con un naufragio total á la Francia literaria. Nada podía inocentar á la aristocracia del pensamiento á los ojos suspicaces del tribunal revolucionario, de ese gremio no menos receloso de los hombres ilustres por su inteligencia, que de los sobresalientes por su nacimiento, fortuna ó trage. ¿A qué orador, á qué poeta, á qué filósofo supo perdonar la Convención? Vergniaud, Danton, Camille Desmoulins, Bailly, Condorcet, Lavoisier, Rouher, Chénier y cien otros que sería prolijo enumerar, no habían podido saciar el encono de esa desalmada envidia, de esa implacable ojeriza contra todo género de superioridad, animada de un anhelo febril de establecer un nivel formado por rastreras medianías. « ¿Cómo te amañastes para vivir durante la Convención? » preguntaba á Sieyès un amigo suyo. « Me agaché y no abrí la boca, » respondió el famoso abate; lo mismo hubiera podido decir la Francia entera. Ahora bien, una nación obligada á agazaparse y coserse los labios para vivir, pierde pronto no solo su idioma sino sus ideas.

III

Mientras que así rugía el huracán revolucionario, la fuerza de la reacción organizaba en Europa una formidable cruzada contra la Francia, contra su fi-

lososía, su revolucion, sus ideas, su terror, su misma lengua, funesta dádiva con que desdó á la nación la sanguinaria asamblea; y un grito de ultriz justicia cundía en todos los corazones y resonaba en todo el orbe civilizado. Los mas acérrimos partidarios de nuestras ideas, los que con mas fervor habian acogido las promesas de renovacion social y política, repudiaban nuestros excesos y se arrepentian en alta voz de haber abrazado nuestros principios. Goëthe, Klopstock, Schiller, en Alemania; Monti en Italia; Fox y Pitt en Inglaterra, volvian contra nosotros su impetuosa elocuencia, y zaherian con virulenta acritud las monstruosas tropelias ejecutadas por los fautores del terror. Al mismo tiempo Burke nos saaba con su palabra tremenda, y escribia con hierro candente repetidas invectivas contra nuestras barbáries, série de filípicas del nuevo Ciceron contra la Roma moderna. Quince meses habian bastado á la Convencion para despopularizar los dos siglos de literatura francesa; y, tanto en nuestra nación como en los países extranjeros, todas las personas de ánimo sano y corazón recto se negaban á escribir, á leer, y aun á hablar la lengua de inmundos verdugos.

Un fenómeno inesperado salvó empero á la literatura y al idioma de esta proscripción por el asco: cien mil familias francesas, lo mas selecto de la nación literaria por el rango, nombre, elegancia, costumbres y language, emigraron y dispersáronse en todas las cortes, ciudades y aldeas de la Suiza, Ale-

mania, Rusia, Inglaterra, arrastrando en pos de sí el odio que profesaban al espíritu revolucionario y la conmiseración á que son acreedores los proscritos. Estas colonias de nuevos Mesenios, favoritos en las cortes, huéspedes en los palacios, víctimas deprecatorias en las metrópolis y lugares campestres, sembraban, esparcian y fomentaban por do quier la lengua maculada por los verdugos, pero amnistiada y favorablemente acogida en los labios de las víctimas. Los príncipes, los ancianos, las mugeres, los cortesanos, la jóven nobleza, los militares fogosos, los literatos expatriados, los poetas indigentes, las doncellas púberes, cuyas gracias aumentaban en el destierro, en una palabra, lo mas selecto de la Francia, penetraba en todas las familias, pagando la hospitalidad por la enseñanza del idioma nativo á los niños y á los huéspedes, en cuyos corazones no podian menos de hacer mella desgracias tantas contadas con lágrimas amargas y patética elocuencia. Así la emigracion interesaba sobremanera, asociaba á su suerte á todos los ánimos generosos, y naturalizaba en Europa una Francia errante y fugitiva que excitaba las mas vehementes simpatías en razón misma del asilo que se le prodigaba. Esta emigracion produjo en la literatura francesa un resultado análogo al del cautiverio de Babilonia, que esparció hasta los mas remotos confines del Asia, el Dios, el libro y la lengua de los Hebreos.

En efecto la emigracion contaba en su séquito á los oradores de la Asamblea constituyente escapados

de la siempre sedienta guillotina, como igualmente á los poetas, publicistas, folletistas, escritores y periodistas expatriados, cuyos combinados esfuerzos formaron esa literatura de reaccion contra la filosofía francesa, reaccion que arrastró al espíritu humano en una corriente opuesta de ideas y principios; funesto efecto que aun desgraciadamente se nota en nuestra época, y servicio nefasto de la Convención cuyo delirio feroz habia conseguido organizar como Cartago una liga hostil contra la civilización francesa.

Esta literatura emigrada encubria no pocos ingenios en pleno florecimiento, ó prontos á despuntar: tales eran Delille, casi olvidado en el día, si bien acreedor al dictado del Ovidio francés por su elegía de *la Piedad* que recuerda las *Tristes* del poeta latino; Chateaubriand, desconocido en aquel entonces, pero cuyo genio se consolidaba y llegaba á su sazón en una guardilla de Londres; Talleyrand, robusta inteligencia, que con paciente calma aguardaba el fin de tan recia tempestad para volver á la patria apenas mudase el viento; el conde de Maistre, cuyas obras lo declaraban intérprete de la Providencia y profeta de los tiempos modernos; M^{ma} de Staël refugiada en Coppet; Mallet du Pan, animoso escritor internado en Basilea; Rivarol, escritor epigramático deslumbrante de chiste y punzante de sarcasmo, residente en Hamburgo; Fontanes en Ginebra; Bonald, caballero-filósofo, que conducía á sus hijos de menor edad en los caminos de Holanda, meditando

su *Legislacion primitiva*, teocracia bíblica y absoluta, dictada por una ojeriza enconada contra la fiebre revolucionaria.

No tardaron esta literatura, esta poesía y esta filosofía de la emigración, en aliarse por la simpatía de la desgracia con todo cuanto elemento literario habia podido escapar de la sanguinaria saña de los Convencionales; al paso que por sus doctrinas preparaba el advenimiento de un Macabeo ó de un Cromwell, si uno ú otro hubiesen cobijado los ejércitos franceses.

IV

No siendo nuestro intento escribir la historia de Francia, nos ceñiremos á notar la influencia de la revolución francesa en la lengua y literatura de nuestra nación. Así prescindiremos del Directorio, época de laureles y debates insignificantes, durante la cual la literatura emigrada preparaba por audaces teorías una restauración ultramonárquica.

Aun menos brillaron, bajo el punto de vista literario, el consulado y el imperio. Enfáticos boletines, bandos proclamados con militar laconismo, arengas oficiales de Fontanes que recuerdan los besamanos elocuentes de Cicerón para con César victorioso, en fin algunas poesías de colegiales adolescentes, desprovistas de númen, de contextura y virilidad en

el acento, afeminaron y degradaron la lengua, como el despotismo enerva los corazones y envilece las ideas. Tal fué la literatura de esa época de bélica gloria, en que solo resonaba el continuo estampido del cañon que hacia desplomarse fragorosa la Europa, y mas adelante desmoronó la Francia y la redujo á escombros. Pero diez años de combates, de victorias y de desastres, desde las extremidades de Egipto hasta la antigua capital del imperio moscovita, no pueden ser infructuosos para el idioma y literatura de una nacion. Bonaparte fué el hombre mas funesto, pero al mismo tiempo el mayor poeta de los tiempos modernos, poeta que con el mundo compuso una tragedia de diez años, en la cual hizo representar á la Francia el principal papel; tragedia patética en sumo grado si bien desprovista de móvil ideal; drama que rebosa de movimiento é interés, en el cual los excesos y desastres resultantes de la gloria conducen á nuestro país, por una série de embrolladas peripecias y acumuladas escenas, á una catástrofe inevitable. Hombre enteramente oriental como su isla, y de ningun modo europeo de su siglo, parecia tener por mision operar una mudanza integral en el centro de la revolucion, abrir una via de conquistas, torcer el cauce de la filosofía y la libertad, para hacer olvidar á la Francia su mision, y á la Europa su regeneracion por el pensamiento libre.

Por desgracia desempeñó con demasiada maestría su papel ese soldado que hizo retrogradar al espíritu tres siglos. Pero ¿qué poema legó á la posteridad es-

crito con trofeos y desastres militares, desde Menfis á Moscou y desde Paris á Santa-Helena! Un hombre que hizo del pueblo francés, sino el mayor poeta, á lo menos el tema del drama mas colosal que han visto los siglos, es acreedor para con la lengua y literatura de este mismo pueblo. A tan gigantesco poema solo falta la moralidad; pero es necesario reconocer que Alejandro y Cesar no tuvieron mas mira que el de la humana gloria. Anhelando tan solo dejar profundamente estampadas sus huellas en el campo de la historia, y embriagar á la posteridad con el eco sonoro de su nombre, vástago del mismo tronco era Bonaparte, é inútil es buscar en su vida y acciones mas objeto que el deseo de transmitir un recuerdo luminoso á los siglos venideros. Goce pues de tan vano galardón, ya que posee mas eco que inteligencia este mundo destinado á confundir eternamente el fragor metálico con la verdadera gloria. Sometámonos á la ley del destino y doblemos la cabeza, pues nada hay que esperar de los pueblos que solo estiman é immortalizan á los que los desprecian y atropellan. Tal fué entre otras una de las consecuencias funestas de la Convencion, pues siempre que se verá obligada una sociedad á optar entre un cadalso y un trono, se decidirá por este último; y ¿quién osará desaprobare tal fallo? La caída del Imperio produjo un súbito renacimiento de letras, tribuna y periodismo. La nacion parecia asfixiada en ese glorioso cuartel militar, y el soplo benéfico de la libertad dió nueva gala, nuevo brio y

nueva vida al genio francés. Así el fenecimiento de época tan aciaga acaeció, juntamente con la restauración de la dinastía letrada de los Borbones, la inauguración del reino de la inteligencia.

UNA NOCHE DE RECUERDOS.

V

Hace pocos días que uno de esos denigradores encarnizados y sistemáticos de la época presente, uno de esos disfamadores ufanos y engreídos por el necio desdeñan de que hacen alarde para con el siglo en que viven, vino á pasar la noche en mi casa junto á mi hogar. Este hombre, lleno de tedio contra las cosas actuales, desahogaba su mal humor en un lenguaje virulento en el cual censuraba amargamente á sus contemporáneos, olvidando estas profundas palabras de Talleyrand que resumen en un dicho chistoso la filosofía experimental resultante de una larga vida: « Un hombre cuerdo nunca se irrita contra las cosas, pues estas siguen su rumbo sin preocuparse de la humana mohina. »

El reducido corrillo de amigos que se esplayaban con toda franqueza en torno de mis tizones, tuvo la complacencia de escuchar con la mayor tranquilidad

ese torrente de palabras contra la naturaleza y la Providencia. En el dictámen del mencionado sugeto, el siglo decimonono merece ser considerado como la hez de los siglos; y el hombre, obra eternamente jóven en las manos de Dios, se deprime y bastardea continuamente de generación en generación. Cada nombre ilustre en política ó literatura que llegó á teñir de gloria este medio siglo trascurrido, salía ténue y aplastado de los labios del mencionado sugeto como una medalla mal dorada y de mala ley que suena á cobre al caer.

Por mi parte, no podía menos de contristarme y protestar interiormente contra ese menosprecio sistemático de una época que me ha parecido á veces infecunda en circunstancias, pero nunca en representantes. Que haya habido mas de un periodo desgraciado en un siglo condenado á ver abortar tantos sublimes proyectos, es una verdad que hallaba lejos de negar; pero que la humanidad no haya sido fecunda y muy fecunda en grandes ingenios, en grandes talentos y en grandes caracteres, tal vez mas que en época cualquiera de nuestra historia intelectual, era punto que de ningun modo podia admitir, repugnándome como una ingratitud para con la naturaleza.

No obstante callé y no repliqué, pues no gusto de grandes debates en reducidos aposentos, ni de pronunciar arengas al rededor del fuego; y cuando sonaron las doce de la noche en el reloj, cada uno se retiró satisfecho de haber deprimido su época al nivel

de las mas abyectas decadencias, y ufano de pisar un empedrado cubierto con el lodo de siglos que fueron.

VI

En vano busqué el reposo en mi lecho, pues la agitacion febril en que me hallaba, alejaba el sueño de mis párpados; y no pudiendo dormir, quise ocupar al menos agradablemente mi desvelo, evocando todos los recuerdos de hombres eminentes en literatura ó en política que habia encontrado, entrevisto, conocido ó estimado personalmente durante los treinta ó treinta y cinco años mas agitados de mi vida. Esta revista nunca la habia efectuado holgadamente y con propósito deliberado, porque jamas habia sentido en mí la necesidad de agrupar en mi memoria, bajo la forma de haz, esos talentos y caracteres mas que suficientes para desmentir ese supuesto empobrecimiento de la naturaleza en Francia. Acordarse así, es volver á vivir, y la memoria es la ubicuidad del alma. En efecto, durante las cortas horas nocturnas en que evocaba mi fantasía esos nombres luminosos con todas las circunstancias que señalaban su encuentro, aparicion, ó intimidad en mi vida pasada, podia decir que vivia dos veces. Jamas insomnio de jóven adolescente, esmaltado de peregrinas visiones, valió tan deliciosa velada, ni consiguió igualar esas horas ful-

gurosas consagradas á resucitar á los difuntos por el poder divino de la imaginacion que posee la vida y la vuelve á los que en la tumba yacen. Parecíame que vagaba en un cielo centellante de recuerdos, al través de una verdadera Via Láctea, compuesta de nombres hechiceros y afamados que habian dejado un surco luminoso en mi memoria durante mi efímero paso en este planeta; nombres pertenecientes en otro tiempo á criaturas vivientes que habian sido mis contemporáneos, mis compatriotas, mis amigos, mis émulos, mis rivales y aun hasta mis enemigos. Y digo hasta mis enemigos, pues á cierta distancia de tiempo y á cierta altura del alma, la imparcialidad todo lo reconcilia. Las enemistades se reducen á choques de intereses contrarios, y la atraccion sucede á la repulsion cuando cesan las causas que motivaron toda desavenencia hostil. La soledad y completo aislamiento en que me hallaba, producian en mí sér el efecto de esa distancia, de esa elevacion sobre el tiempo que comunica una imparcialidad casi divina al corazon de los hombres solitarios.

VII

Entre los nombres que se presentaban á mi memoria, habia algunos que hacian latir mi pecho con un entusiasmo atractivo, y otros por los cuales no pude menos de abrigar en otro tiempo y aun de

abrigar actualmente una fría indiferencia ó una aversión instintiva; y aun confesaré ingenuamente que en el número se hallaban algunos que me habían vilipendiado gratuitamente, y á los cuales había vuelto con creces sus ultrages. Pero por ninguno abrigaba el menor sintoma de rencor, y puedo asegurar con todas veras que si fuese posible torcer mi corazón como una esponja, no saldría la menor gota de hiel contra ningún hombre vivo. No diré otro tanto para con los difuntos; pero la ojeriza contra los que reposan en la huesa fría, no recae en el ente humano si procede del aborrecimiento instintivo de la verdad contra la mentira, de la justicia contra la iniquidad, de la libertad contra la tiranía; en una palabra, odio semejante no es efecto de la pasión, sino de la justicia.

Prescindiendo de tantos nombres egregios que han inmortalizado nuestra época, hablaré aquí tan solo de esas celebridades selectas que he conocido personalmente y que me han parecido marcados con el sello de alta inteligencia, de grandeza de carácter ó de superioridad de genio. La vida es un gentío fascinado, un tropel confuso que atravesamos con rapidez, comunicando tan solo con las pocas personas que el movimiento oscilatorio de la muchedumbre arroja cerca de nosotros y lindan nuestro sendero. En ese bosque movedizo de cabezas, hay tal vez millares de criaturas superiores á cuanto hemos encontrado; pero su existencia nos es desconocida, y, sin título alguno para nombrarlas, pode-

mos decir de esas olas humanas lo que el poeta inglés Grey de los desconocidos difuntos enterrados en un cementerio de aldea: « Aquí duermen tal vez héroes, poetas, varones sublimes é ignorados que nunca llegaron á conocer su propio genio y jamás llegará á apreciar el mundo, etc., etc. » Pero Dios solo los conoce.

VIII

Dotado desde mi nacimiento de una atracción misteriosa por todas las facultades superiores del alma y de la inteligencia, y por consiguiente de un gran gusto literario, apenas entré al colegio, la literatura formó parte integrante de mis amistades; y cuando llegué á entrever el mundo, mi mirada buscó desde luego instintivamente lo que en mi concepto constituye el alma de la humanidad, esto es, los hombres eminentes por sus obras ó á lo menos por su gusto en literatura. Apenas llegué á salir de la cuna, y, por decirlo así, con la leche aun en los labios, una circunstancia accidental pareció predeterminarme á este trato de predilección con los grandes ingenios de mi siglo. Mi padre y mi madre me han contado á menudo este acaso singular de mi infancia para que no se haya borrado de mi memoria y no lo incluya entre los acontecimientos mas prósperos de mi vida.

Como generalmente consta á las personas versadas en historia y las bellas letras, el famoso filósofo inglés Gibbon, autor del monumento histórico por excelencia de que puede engreirse la Inglaterra y tal vez la moderna Europa, se habia retirado y recogido durante diez años en Lausana para pensar y madurar la produccion que meditaba, con todo desahogo y al abrigo de toda distraccion. Todo el mundo conoce el famoso epílogo, el *Nunc dimittis* del historiador, que acaba su obra dando gracias á la Providencia por haber sostenido su genio hasta la última página; escrito gigantesco que recuerda el *Exegi monumentum* de Horacio, y puede compararse al himno del artífice intelectual que descansa en voluptuoso reposo al caer el día, aguardando de las manos del tiempo el sueldo de la gloria.

IX

Mi padre y mi madre se habian establecido durante algunos meses en Lausana, en el segundo año de su matrimonio, y habitaban una de esas lindísimas casas de la Suiza que descenden de piso en piso desde la colina de Montbazon hasta la orilla del lago. El historiador inglés era vecino nuestro, en términos que el huerto de su casa y de la nuestra se hallaban separados tan solo por un seto de jazmines. Mi madre que empezaba á destetarme, me en-

señaba á andar en las calles arenosas del vergel, y Gibbon que escribía ó leía bajo una empalizada de carpinos situada en la extremidad de su propio jardín, escuchaba y miraba los juegos de una joven francesa y de su hijo, hasta que por último, asomando la cabeza por encima del seto, creyó reconocer á mi madre á quien habia visto antes de su matrimonio en Saint-Cloud, y en casa de mi abuela durante su residencia en Paris. Al momento lo reconoció tambien mi madre, pues la fealdad prodigiosa y honradez proverbial que respiraba la fisonomía del historiador inglés, dejaba un surco indeleble en la memoria. Desde aquel día ambas casas no constituyeron mas que una durante todo el verano, resultando una sola familia compuesta de mis padres, Gibbon y de algunos amigos de la vecindad.

Deseoso tal vez de lisonjear á la linda madre en la persona de su hijo, ú obedeciendo tal vez á un gusto natural de los hombres de estudio y soledad por la infancia, pasaba horas enteras jugando conmigo; y sus rodillas, como decia mi madre, habian llegado á ser mi segunda cuna. La llegada del invierno dispersó tan amistosa reunion: Gibbon tomó el camino de Inglaterra y mis padres el de Francia. Aun me acuerdo haber visto llorar al anciano al entregarme en brazos de mi madre, á quien habló del modo mas venturoso pronosticando mi suerte futura que solo podian revelar mis sonrisas. Por mi parte no tengo la menor fé en los presagios, pero no puedo menos de creer que esa amable paternidad

del filósofo vertió una benéfica influencia en mi vida entera, y tal vez á la bendicion del autor de la *Decadencia del imperio romano*, debo mi predileccion apasionada por la historia, único poema verdaderamente épico en la edad de la razon.

X

Apénas habia regresado del colegio á la casa paterna, cuando ya cultivaba con tres condiscípulos míos y los mas versados en materias literarias, las afecciones de corazon y vínculos de inteligencia que habíamos recíprocamente cimentado durante nuestros años de estudios.

Mis tres compañeros, igualmente acreedores á mi deferencia y amistad, eran tres jóvenes adolescentes de la raza mas delicada y dotados de la mayor elevacion de alma; naturalezas predilectas, que la suerte puede cubrir de gloria ó dejar sumidas en la oscuridad mas profunda, pero que nunca conseguirá nivelar con la vulgaridad universal de la humana grey.

El primero era Aymon de Virieu, hijo único del conde de Virieu, célebre orador de la Asamblea constituyente y muerto gloriosamente en la última salida del sitio de Lyon al frente de un escuadron de caballería, dejando á una viuda que se retiró con los restos de su fortuna á una aldea del Delfinado.

El segundo era Luis de Vignet, sobrino por su madre del célebre conde de Maistre, de quien tendré ocasion de hablar á menudo. Vivía en Chambéry, la ciudad mas pintoresca de los Alpes, cuyas sombras, torrentes, lagos y plantíos de nogales, recuerdan las poblaciones y valles de la Arcadia; Chambéry menos respetable á nuestros ojos por su título importante de antigua capital de la Savoya, que por el reducido albergue de las Charmettes, tebaida amorosa de la juventud de J.-J. Rousseau.

Luis de Vignet habia recibido de la naturaleza una alma de Werther que se devoraba á sí misma, una imaginacion ardiente y fatigada antes de haber producido, un sentimiento de repulsion procedente de la exquisita exigencia de su gusto, un talento poético y un estilo de escritor que hubieran dejado en zaga á mas de un poeta afamado y á mas de un prosista vigoroso, si una melancolía ceñuda, uraña y calenturienta no hubiese marchitado y agriado el fruto de su genio antes de llegar á su entera madurez. Su exterior era hermoso, pero tétrico, angustiado, prostrado como su alma, si bien el conjunto de su persona respiraba la pasion. Alto, seco, enjuto, pálido, ahuecado de megillas, con los labios apretados, acento febril, un fuego encubierto y algo oblicuo en la mirada, buscando por do quier la soledad, abandonándola deseoso de huirse á sí mismo, y desdenoso mas adelante del mundo apenas lo habia entrevisto: tal era Luis de Vignet, á quien no podíamos menos de considerar como superior á nosotros

por la inteligencia como lo era por la edad; y seguramente no nos engañábamos. De todos mis compañeros era á quien profesaba mas afecto, si bien notaba cierta amargura en sus afecciones y cierta penumbra en su alma, pues efectivamente era un hombre nocturno, si es lícito expresarse así, mientras que nosotros, hijos de la luz, odiábamos las tinieblas y buscábamos instintivamente las miradas del sol.

El tercero se llamaba Próspero de Bienassis, hijo de una viuda que sin mas posteridad que este niño, vivía retirada en un castillo del Delfinado lindando con frondosas espesuras, y limítrofe á la reducida poblacion de Cremieux. Próspero poseía una imaginacion inquieta y fermentante, eternamente mecida por sueños de ventura, juntamente con un corazon ardiente, consumido por la amistad y un amor precoz; corazon destinado á dejar, despues de destellos tantos é incendio tan mugidor, algunas pálidas llamas y humeantes cenizas. No obstante de todos nosotros, fué y aun actualmente es el mas dichoso; pues le cupo la menor parte de celebridad.

A este inapreciable amigo dirijí, hace muchos años, estos versos que respiran el pesar, profundo si bien tardío, de haber buscado la felicidad en el vano deleite de la fama estrepitosa.

« ¡O campos de Bienassis! Aun divisa mi ardiente fantasía la casa, los amenos jardines, las risueñas praderas, las parras agoviadas bajo el peso

de los maduros racimos, los olmos cuyos nudosos brazos se extendían sobre el umbral y cuyo move-dizo follage anidaba el alado coro de gorriones; los vergeles cuyo monotonó verde estival amarilleaba pálido á los otoñales rayos, cuyas arenosas veredas desaparecían á nuestra vista tapizadas por las numerosas hojas que precipitaba el llanto matutino. Aun evoca mi memoria embelesada los lejanos paseos en los lozanos paisajes, la verde sombra que nos preservaba de los ardores del sol, el suave reposo á la orilla del arroyo, las halagüeñas visiones que nos mecían, los presentimientos divinos, las confidencias íntimas, la lectura, la meditacion, las sabrosas pláticas, el dulce silencio, la mesa cargada de los opíparos dones del otoño, do, sazonados por una primorosa madre, veíanse los frutos del jardín juntamente con la miel y la leche, manjares campestres cuya profusion despertaba y saciaba nuestro apetito juvenil. Aun refleja mi imaginacion acalorada el retrete silencioso en que los estantes de madera que apolillara el tiempo y doblaba el peso de los volúmenes, nos ofrecían esos tesoros de la humana sabiduría que ebrios devoraba nuestra deslumbrada vista. De tomo en tomo nos guiaba á la ventura la lámpara que ardía hasta la mañana, figurándose nuestra inexperiencia que contenía el libro lo que el autor ignoraba, y que la verdad, misterioso tesoro, puede ser hallada fuera del cielo.

« ¡O escenas de nuestra infancia que durante quince años mecieron ilusiva mi fantasía, impresio-

nes que tan profundas huellas dejaron en mi corazón, oh lugares, oh nombres, oh habitación risueña, oh amables habitantes, aun me es dado contemplaros después de tanto tiempo, aun me es dado evocar las amenas escenas tan presentes al ojo como las riberas cuya imagen refleja la onda fugitiva, tan frescas y amenas como si jamás hubiesen alterado sus colores las abundantes lágrimas de mis ojos! Vuestros risueños cuadros son para mi alma abrasada de amor lo que para el navegante cuyo bajel azota la tormenta, los dorados sueños que á lo lejos le muestran la anhelada ribera testigo de su dicha, la undulante llanura de rubias espigas que su mano sembrara y el humo que corona el paternal albergue!

« Pero tú nunca abandonastes ese puerto feliz que abrigara tu dicha; y ese sol matutino cuyos rayos hacen latir el corazón gozoso, cada día te encuentra en la misma colina. Jamás la amarga despedida entristeció el umbral de tu casa; jamás tus ojos mudaron de horizonte; jamás, sin cubrir á su dueño con su movediza sombra, enverdecio lozano el árbol que tu abuelo plantara, el árbol que te viera nacer; jamás el caminante al ver desde el camino cerrada tu puerta á los rayos de la aurora, medrada alta la yerba ó mas áspero el camino, llegó á preguntar, sorprendido de tal soledad, en que extrangeras márgenes, en que mansion lejana impelió tus días el viento de la inconstancia; jamás viera tu vergel un brazo mercenario coger los frutos que injertara tu mano tutelar, ni cesara de murmurar como hués-

ped fiel contigo á tu albergue el manso arroyuelo.

Así llegarás á envejecer, y tus días, plácidos é iguales, contarán tan solo por los soles suaves, sin que los recuerdos de tu dichosa historia dejen otro surco en tu memoria que el círculo desigual de las diversas estaciones, de las primaveras mas tardías, de las mas ricas cosechas, de los pámpanos mas ó menos agoviados por el peso de las uvas, de las colmenas mas ó menos pingües, del manantial de tu jardín mas ó menos fecundo. Tales serán tus recuerdos sin haber disipado un número reducido de días en el polvo, en el ruido, en la sombra de las ciudades, ni haber sombrado de distancia en distancia la esperanza falaz á todos los vientos del cielo.

« ¡ Ah! da gracias á tu suerte que te deparó esa onda lenta y suave que en silencio te impele al término do nos encaminamos todos, y regocíjate de que te cupo en dote un destino que, circunscrito en su corriente, reposa en su limitado cauce cercano al manantial que le dió origen; ni llegues á envidiar á quienes un viento mas impetuoso hizo penetrar mas profundamente en la senda del mundo, ni aun á aquellos cuyo nombre coronara la fama, pues no hay alma que no consuma el fuego que de si misma brota. Nuestra vida se asemeja á un río cristalino que humilde fluye y sin nombre de la roca natal; mientras incauto duerme en el ensanchado cauce que le deparó natura, sin rumor ni murmullo como en cuna mullida, todas las flores campestres inundan y perfuman sus aguas que reflejan la plácida

serenidad del zafirino cielo. Pero apenas escapada de los brazos de sus colinas, se esparce su masa en los llanos adyacentes, al momento hincha el cieno sus ondas que se corrompen pálidas á medida que de volúmen aumentan; disíbase la sombra que protegía sus riberas; el calvo peñasco contiene sus olas fugitivas; ahuecando cada vez mas su curso impetuoso se aparta desdeñoso de los risueños rodeos que le ofrecían los valles paternales, y, ufano de engolfarse bajo arcadas profundas, recibe un nombre tan ruidoso como sus ondas, cuyos precipitados saltos arrasan espumantes las barcas, los rumores, el fango de las ciudades. Cada riachuelo que lo hincha es una ola que lo altera, hasta que abultado sobremanera por tanta onda adúltera, llega grande pero turbio y excediendo á un nombre vano, á rodar á la vez en el seno de los mares, su gloria y su cieno.

« ¡ Dichoso en el fondo de los bosques el puro y pobre manantial; dichosa la suerte oculta en una vida oscura! »

Y mas adelante.

« No, conmigo ries del error en que estamos, pues bien te consta el funeral sudario con que á los hombres envuelve el tiempo; la sombra del olvido en que sepultados duermen los siglos, los pueblos y los héroes; la tenebrosa noche que baja cada vez mas espesa de edad en edad dejando apenas nadar os-

curo un nombre por siglo, mientras que los demas alumbrados de un recuerdo menos luminoso, desaparecen gradualmente al ojo de las razas venideras. Tal al dejar la playa, cuando despunta en el cielo la primera estrella de la noche, divisa el bajel que se hace á la vela desaparecer sucesivamente la espuma en la playa y la arena en el puerto, luego las torres de la ciudad do se mece el sonoro bronce, despues los faros apagados que la distancia abaja, mas adelante los primeros collados undulantes en la llanura, en pos de los cuales vienen los montes escarpados que parecen huir en el horizonte. Pronto solo divisa una ó dos cimas cuyas sublimes cumbres cubiertas de blanca alfombra por un invierno eterno allá á lo lejos fulguran en la oscuridad invasora, últimos vestigios del día que fenece, hasta que precipitado de su celeste nivel, quedan sumergidas, como los demas objetos estas decrecientes cimas, y extendida en la tierra y los mares, la noche universal pesa en el universo.

« Tal es la lóbrega imágen de la gloria y del tiempo; la lejanía de un siglo todo lo vuelve á la sombra. Deja pues agitarse afanosos á tantos insensatos que se lisonjean escapar al olvido; ¿ de que sirve un día de mas á quien debe morir? »

O champs de Bienassis; maison, jardin, prairies,
Treilles qui fléchissaient sous leurs grappes mûries,
Ormes qui sur le seuil étendaient leurs rameaux
Et d'où sortait le soir le chœur des passereaux,

XI

Después de habernos escrito todos los inviernos
innumerables cartas y tomos en verso sobre nuestras
impresiones, lecturas y sueños de adolescentes, acos-

Vergers où de l'été la teinte monotone
Pâlissait jour à jour aux rayons de l'automne,
Où la feuille en tombant sous les fleurs du matin
Dérobait à nos pieds le sentier incertain,
Pas égarés au loin dans les frais paysages,
Heures tièdes du jour coulant sous des ombrages,
Sommeils rafraichissants goûtés au bord des eaux,
Songes qui descendaient, qui remontaient si beaux,
Pressentiments divins, intimes confidences,
Lectures, rêverie, entretiens, doux silences,
Table riche des dons que l'automne étalait,
Où les fruits du jardin, où le miel et le lait,
Assaisonnés des soins d'une mère attentive,
De leur luxe champêtre enchantaient le convive;
Silencieux réduit où des rayons de bois
Par l'âge vermoulus, et pliant sous le poids,
Nous offraient ces trésors de l'humaine sagesse
Où nos yeux altérés puisaient jusqu'à l'ivresse,
Où la lampe avec nous veillant jusqu'au matin
Nous guidait au hasard, comme un phare incertain,
De volume en volume; hélas! croyant encore
Que le livre savait ce que l'auteur ignore,
Et que la vérité, trésor mystérieux,
Pouvait être cherchée ailleurs que dans les cieux!
Scènes de notre enfance, après quinze ans rêvées,
Au plus pur de mon cœur impressions gravées,
Lieux, noms, demeure, et vous, aimables habitants,
Je vous revois encore après un si long temps,

tumbrábamos reunirnos, durante el verano y el
otoño, unas veces en casa de M^{ma} de Virieu, seme-

Aussi présents à l'œil que le sont des rivages
A l'onde dont le cours reflète les images,
Aussi frais, aussi doux, que si jamais les pleurs
N'en avaient de mes yeux altéré les couleurs;
Et vos riants tableaux sont à mon âme aimante
Ce qu'au navigateur battu par la tourmente
Sont les songes dorés qui lui montrent de loin
Le rivage chéri de son bonheur témoin,
L'ondoyante moisson que sa main a semée,
Et du toit paternel le seuil ou la fumée!
Tu n'as donc pas quitté ce port de ton bonheur;
Ce soleil du matin qui réjouit ton cœur,
Comme un arbre au rocher fixé par sa racine,
Te retrouve toujours sur la même colline;
Nul adieu n'attrista le seuil de ta maison,
Jamais, jamais tes yeux n'ont changé d'horizon,
L'arbre de ton aïeul, l'arbre qui t'a vu naître
N'a jamais reverdi sans ombrager ton maître;
Jamais le voyageur en voyant du chemin
Ta demeure fermée aux rayons du matin,
Trouvant l'herbe grandie, ou le sentier plus rude,
N'a demandé, surpris de cette solitude,
Sur quels bords étrangers, dans quels lointains séjours
Le vent de l'inconstance avait poussé tes jours.
Ton verger ne voit pas une main mercenaire
Cueillir ces fruits greffés par ta main tutélaire,
Et ton ruisseau, content de son lit de gazon,
Comme un hôte fidèle à la même maison,
Vient murmurer toujours au seuil de ta demeure,
Et de la même voix t'endort à la même heure!
Ainsi tu vieilliras sans que tes jours pareils
Soient comptés autrement que par leurs doux soleils,
Sans que les souvenirs de ton heureuse histoire
Laissent d'autres sillons gravés dans ta mémoire
Que le cercle inégal des diverses saisons,

jante á un claustro en torno de un sepulcro, lleno de tristeza, meditacion y silencio ; otras veces en el

Des printemps plus tardifs, de plus riches moissons,
Tes pampres moins chargés, tes ruches plus fécondes
Ou la source sevrant ton jardin de ses ondes,
Sans avoir dissipé des jours trop tôt comptés,
Dans la poudre, ou le bruit, ou l'ombre des cités,
Et sans avoir semé, de distance en distance,
A tous les vents du ciel ta stérile espérance !

Ah ! rends grâce à ton sort de ce flot lent et doux
Qui te porte en silence où nous arrivons tous,
Et, comme ton destin si borné dans sa course,
Dans son lit ignoré s'endort près de sa source ;
Ne porte point envie à ceux qu'un autre vent
Sur les routes du monde a conduits plus avant,
Même à ces noms frappés d'un peu de renommée !
Du feu qu'elle répand toute âme est consumée ;
Notre vie est semblable au fleuve de cristal
Qui sort humble et sans nom de son rocher natal ;
Tant qu'au fond du bassin que lui fit la nature,
Il dort, comme au berceau dans un lit sans murmure,
Toutes les fleurs des champs parfument son sentier,
Et l'azur d'un beau ciel y descend tout entier ;
Mais, à peine échappés des bras de ses collines,
Ses flots s'épanchent-ils sur les plaines voisines,
Que du limon des eaux dont il enfle son lit
Son onde en grossissant se corrompt et pâlit ;
L'ombre qui les couvrait s'écarte de ses rives,
Le rocher nu contient ses vagues fugitives,
Il dédaigne de suivre, en se creusant son cours,
Des vallons paternels les gracieux détours ;
Mais, fier de s'engouffrer sous des arches profondes,
Il y reçoit un nom bruyant comme ses ondes.
Il emporte en fuyant à bonds précipités
Les barques, les rumeurs, les fanges des cités ;
Chaque ruisseau qui l'enfle est un flot qui l'altère

valle de Chambery, en una habitación perteneciente á Luis de Vignet ; pero generalmente en casa de

Jusqu'au terme où, grossi de tant d'onde adultère,
Il va, grand, mais troublé, dépassant un vain nom,
Rouler au sein des mers sa gloire et son limon !
Heureuse au fond des bois la source pauvre et pure !
Heureux le sort caché dans une vie obscure !

.....
.....
.....
.....

Non, tu ris avec moi de l'erreur où nous sommes ;
Tu sais de quel linceul le temps couvre les hommes ;
Tu sais que tôt ou tard, dans l'ombre de l'oubli,
Siècles, peuples, héros, tout dort enseveli,
Qu'à cette épaisse nuit qui descend d'âge en âge
A peine un nom par siècle obscurément surnage ;
Que le reste, éclairé d'un moins haut souvenir,
Disparaît par étage à l'œil de l'avenir,
Comme, en quittant la rive, un navire à la voile,
A l'heure où de la nuit sort la première étoile,
Voit à ses yeux déçus disparaître d'abord
L'écume du rivage et le sable du port,
Puis les tours de la ville où l'airain se balance,
Puis les phares éteints qu'abaisse la distance,
Puis les premiers coteaux sur la plaine ondoyants,
Puis les monts escarpés sous l'horizon fuyants ;
Bientôt il ne voit plus au loin qu'une ou deux cimes,
Dont l'éternel hiver blanchit les pics sublimes,
Réfléter au-dessus de cette obscurité
Du jour qui va les fuir la dernière clarté,
Jusqu'à ce qu'abaissés de leur niveau céleste,
Ces sommets décroissants plongent comme le reste,
Et qu'étendue enfin sur la terre et les mers,
L'universelle nuit pèse sur l'univers.
De la gloire et du temps voilà l'image sombre ;

Próspero de Bienassis, cuya madre ponía á nuestra disposicion sus propiedades, sotos y jardines.

El fondo de nuestros placeres era siempre y exclusivamente literario, y los libros formaban parte integrante de nuestra sociedad. Mediante la cooperacion de su hijo, habiamos conseguido robar la llave de una rica y no menos libre biblioteca perteneciente á M^{ma} de Monlavyon, amable viuda, obligada por la muerte de su marido á cerrar el local de sus numerosos volumenes, entre los cuales contaba mas de una obra, sino licenciosa, á lo menos arriesgada y libre en demasia. Allí veíanse toda clase de producciones, desde los clásicos hasta los padres de la Iglesia, y desde los autores ascéticos hasta los filósofos del siglo pasado, juntamente con los poetas acicalados, obscenos y mefíticos de la escuela de Dorat y de Parry, que nos parecían dioses incógnitos desenterrados de aquella polvorosa soledad.

Encerrados durante tardes enteras en aquel alto aposento, del cual teníamos la precaucion de sacar la llave, mientras que nos creían en el soto ó en los jardines; reclinados sobre el polvoroso suelo, rodeado cada uno de un monton de libros, leíamos y platicábamos á media voz sobre las impresiones de nuestras lecturas. Historia, filosofía, poesía, nove-

Eloigne-toi d'un siècle, et tout rentre dans l'ombre;
Laisse pour fuir l'oubli tant d'insensés courir,
Que sert un jour de plus à ce qui doit mourir?

las, teatro, periódicos, folletos, aquello era devorarlo todo, y podia intitularse un completo saqueo de la inteligencia humana.

Cada uno de nosotros escogía los tomos mas de su agrado para saborearlos á sus anchas en su cuarto durante la noche, ó en el soto durante el dia. El libro predilecto de Próspero Bienassis era J.-J. Rousseau, cuya elocuencia vehemente y sonora seducía su imaginacion y sentimientos; el de Luis de Vignet era *Las noches de Young, el cementerio de aldea de Gray y el dia de difuntos de Fontanes*; el de Aymon de Virieu era los *Ensayos de Montaigne*, esto es, el escepticismo engreído con su propia duda, irónico columpio del espíritu sobre el hondo y anchuroso abismo de la necedad humana, con una sonrisa de desprecio por toda conclusion.

Mi volumen favorito era Tácito, historiador eminente, cuyas páginas atesoran la política trascendental, la moral elevada, el estilo viril y la poesía de la accion. Así cada uno de nosotros manifestaba ya su carácter peculiar por sus obras de predileccion; carácter que hemos conservado íntegro desde aquella época. Durante el resto del año nuestra frecuente correspondencia se reducía á un comentario familiar de nuestras numerosas lecturas, y un curso de filosofía y literatura epistolar entre cuatro amigos, cuya ignorancia infantil les hacía creer que habían descubierto un mundo intelectual é inédito para sus contemporáneos.

XII

Esta pasión por la literatura y este culto fervoroso por la inteligencia humana, viva ó muerta, tomó luego incremento en vez de amortiguarse durante el largo viage que hice á Italia apenas adolescente. Me acuerdo haber pasado un invierno entero en Roma sin mas compañía que los libros, y en la primavera siguiente vino á buscarme á Nápoles Aymon Virieu. La lectura de mi episodio de Graziella, tan esparcido, en el público podrá convencer á mis lectores de que aun en los primeros albores del alma, cuando el tibio soplo matutino embargaba todas mis potencias, la literatura y el amor se confundían en mi sér en union misteriosa é indisoluble, en términos que teníamos siempre un poeta ó un historiador en nuestra barca, y al anochecer leíamos Tácito ó Pablo y Virginia bajo las higueras de la casa del pescador, á la luz de la lámpara de la donosa doncella de Ischia.

XIII

La restauración de los Borbones me obligó á regresar á Paris, si bien tuve que prescindir de la sociedad de mis amigos que se hallaban dispersos

cada uno por su lado. Mas no tardé en entablar nuevas relaciones amistosas, cimentadas en ese gusto inato de las letras, lengua comun de las inteligencias que instintivamente y sin premeditación atrae á los hombres de estudio y pensamiento.

Mis tres nuevos amigos, menos íntimos que los ya nombrados, eran, el primero, uno de mis camaradas de guardia de corps, llamado M. de Vaugelas, que vive en el dia retirado y siempre estudioso en una habitacion campestre situada en el valle del Ródano.

El segundo era un jóven del Delfinado, cuyo nombre era M. de Rocher, mas adelante secretario del ministerio y miembro del tribunal de casacion, si bien tuvo que renunciar á la magistratura á consecuencia de una enfermedad grave que lo puso á dos dedos de la muerte. Su gusto por la elocuencia y la poesia igualaban si no superaban al mio, y á la sazón escribia, antes que yo mismo pensase en componer, un poema sobre la inmortalidad del alma que me recitaba en los frecuentes paseos que dábamos juntos; poema que nunca salió á luz, pero cuyos versos aun resuenan en mi oído como el eco melodioso de una alma sensible. La factura exquisita de estos versos guardaba mas de un punto de semejanza con los de Fontanes, recitados bajo los robles seculares de Fontainebleau y conservados en la memoria de Chateaubriand.

El tercero era un jóven de Lyon, compañero que fué de mis primeros estudios; á quien conseguí

volver á hallar por fortuna en Paris. Llamábase Augusto Bernard, y poseía una fisonomía melancólica cuyo efecto excedía al de la belleza, pues dejaba una impresion profunda en cuantos lo conocían; sus modales lánguidos acusaban una alma muelle y un carácter que se acomodaba con el de sus amigos, como el tejido de blanda seda que sin poseer la hechura se amolda á la forma de los miembros; su voz era armónica sobremane ra y resonaba hasta el fondo del alma; su imaginacion poética en extremo, aunque imposibilitada para producir, efecto de la languidez de las sensaciones, si bien siempre pronta á asociarse á las visiones de sus amigos y á entusiasmarse por los versos ajenos; en una palabra era un hombre-eco, si es lícito servirse de esta expresion, pero eco sensible é inteligente á quien enmudecía la pereza y paralizaba el amor de un sueño porfiado que continuamente lo embargaba, como si su nodriza hubiese adulterado su leche con letal beleño. No me acuerdo haber conocido en mi vida ente mas seductor, ni hombre que haya inspirado mayores pasiones y amistades mas duraderas; dígalo M. Thiers, cuyo amigo fué antes de ser mío. Desgraciadamente lo hemos perdido hace pocos años, sin dejar mas huellas que las que existen en algunos corazones amantes. ¿Pero qué mayor vestigio podemos dejar de nuestro paso sobre esta tierra?

XIV

Pasábamos en Paris dias enteros hojeando con indolencia el libro de nuestras propias imaginaciones, sin detenernos en página alguna. Mi amigo me enseñaba á pensar, y yo á dejarse mecer por los sueños de la fantasía, pues ambos anidábamos los grandes presentimientos de la vida, si bien mi compañero habia nacido como fatigado, en un estado de somnolencia y desprovisto del gran resorte que comunica impulso á la existencia.

Con él satisficé por la primera vez ese sentimiento apasionado procedente de una curiosidad entusiasta, que me impelia á contemplar de cerca á los grandes hombres. Uno solo habia á la sazón, que acreedor juzgábamos á tan noble dictado, por la eterna juventud de su númen, la seducción arrastradora de su imaginacion y la embriaguez inefable de su estilo: tal era M. de Chateaubriand.

Aun todavía no habia puesto los piés en ningún salon de Paris, y, completamente desconocido en la brillante metrópoli, era yo naturalmente demasiado tímido, demasiado independiente, demasiado orgulloso á la vez y demasiado humilde, para intentar ingerirme en una sociedad ajena de mi carácter y mis precedentes. El mundo se reducía para mí á los libros, á la calle, á los teatros y á algunos ami-

gos cuyas personas escuetas como la mia, campeaban sobre el húmedo empedrado y bajo la azulada bóveda.

Pero si mi situacion no me permitia alternar en un salon de esos ilustres personajes y mugeres célebres, cuyo nombre resonaba armónico de boca en boca, ó fulguraba luminoso en los periódicos, á lo menos podia acercarme de tan excelsas nombradías lo suficiente para que pudiesen mis ojos contemplar su persona y abrigar mi mente la imágen de esas terrestres divinidades.

XV

Acababa á la sazón de ser nombrado M. de Chateaubriand embajador en Berlin, á cuyo puesto debia partir á cada momento, aunque nunca debiese llegar á ver la capital de la Prusia. Corria la voz de que la brillante embajada encubria un honroso destierro motivado por la envidia de sus enemigos y la ingratitud de los Borbones. Tal era la eterna queja del admirable escritor, cuyo servicio empero á la ilustre dinastía, no pasaba de un opúsculo escrito despues de la victoria. Pero el genio excita la simpatía universal, y como el brillante poeta no desdeñaba el papel de víctima, nosotros lo creiamos perseguido con todas veras, en términos que nos acosaba la mayor sed de ver á la hostia expiatoria antes que dejase para siempre su patria.

Supimos que pasaba los últimos dias de su residencia en Francia en una especie de Tebaida amena, contigua á Fontenay-aux-Roses, en las cercanías de Paris; y en consecuencia resolvimos pasar en esta poblacion tantos dias como necesario fuese para que nos deparase el acaso la ocasion de entrever esa gran figura viviente de nuestro siglo, sea cuando saliese de su ermita para volver á Paris, sea cuando regresase al anochecer, sea en fin cuando se pasease bajo las calles de árboles sin mas compañía que su sombra y lúgubres pensares, á cuyo efecto habiamos resuelto encaramarnos á los robles para poder asomarnos en las tapias del parque.

Me acuerdo que era el mes de junio. Fontenay deslumbraba la vista y embriagaba el olfato con sus campos de rosas, mientras que el valle contiguo ostentaba sus espesas arboledas en que campeaban las diferentes y matizadas degradaciones del verde, y gorgaban melodiosos los ruiseñores en la fresca y trasparente sombra que apenas dejaba filtrar algunos trémulos rayos solares. Sin guia alguno que condujese nuestros pasos, caminábamos por decirlo así á la luz de la gloria que juzgábamos suficiente para designarnos la casa del poeta.

A la izquierda de la calzada que se extendia bajo los robles añosos, una larga tapia cuya uniforme blancura interrumpia tan solo una puerta cerrada, limitaba una garganta estrecha en forma de pendiente estrecha ahuecada entre dos colinas frondosas. Tal era el solo claro do podia campar nuestra vista en la espesa arboleda.

Sobre una pradera alfombrada de mullida yerba, en el centro mismo del claro, se elevaba una casita elegante semejante á un reducido templo dedicado á las ninfas en el bosque de Tesalia. De esta casa no se veía salir alma viviente, ni coronaba su techo el humo del hogar, ni resonaba en torno el menor rumor que atestiguase la vida, como el ladrido de un perro fiel, ni el cloqueo de una gallina escarbando á la luz del sol.

No nos atrevíamos á llamar á la puertezuela verde, pues no hubieramos sabido que responder si nos hubiesen preguntado nuestros nombres, tan desconocidos como los de los peregrinos que enjugan el sudor de su frente, sentados en los bordes del camino que conduce á la morada de esos santos de la gloria humana. Así dimos vuelta á la tapia, y nos apoyamos como pudimos con no poca mengua de nuestros vestidos sobre los tiestos de vidrios de botella que guarnecian poco hospitalariamente las crestas, para poder trepar á los árboles de la colina que dominaba el jardin, permaneciendo encaramados en las ramas y ocultos en el follage desde las doce de la mañana hasta el anochecer, contemplando el ámbito del parque do todo se mostraba mudo é inmóvil, salvo un chorro de agua que chispeaba diamantino al salir de un pilon de estuco, y la sombra que se alargaba movediza sobre el velludo césped al pié de los sauces llorones. Por último sin resultado alguno regresamos á Paris, tristes pero no desalentados.

XVI

Al dia siguiente, volvimos al mismo parage y ocupamos nuestros puestos en las nudosas encinas.

La mitad del dia trascurrió en el mismo silencio y en la misma decepcion que la víspera, hasta que por último á la hora del sol cadente vimos girar lenta y silenciosamente sobre sus quicios la puerta verde de la casita y salir un hombre de mediana estatura, ancho de espaldas, cenceño de piernas, de noble fisonomía, vestido de negro y seguido de un gato, al cual arrojaba pelotillas de pan para hacerle brincar y retozar en la yerba; hasta que desaparecieron en la sombra el hombre y el gato, y poco despues vimos de nuevo al mismo sugeto vestido de negro en el umbral de la puerta que no tardó en cerrarse. Tal fué la vision escasa y confusa que tuvimos del autor de René, pero esto bastaba y sobraba para nuestra supersticion poética, en términos que volvimos á Paris con los ojos deslumbrados por la gloria literaria.

Mas adelante he tenido varias ocasiones de ver á M. de Chateaubriand, sea en sus salones de ministro, ó de embajador en Paris, Londres y Roma; pero el verdadero Chateaubriand fué siempre para mí el primero, el que logré ver á hurtadillas encaramado en los árboles, no pasando para mí el segundo de

un actor político y diplomático. Confieso que solo fuera de la escena me gustan los actores, y que el trage anula en mi concepto al personaje como que disfraza su verdadera naturaleza.

Fuera de esto, no puedo menos de reconocer igualmente que nunca fué extremada la simpatía entre ambos, pues M. de Chateaubriand siempre se mostró ceremonioso, glacial, mudo ó afectado para conmigo. De este Rubens de estilo, la mágica paleta era lo único que me seducía, y de ningún modo su trato siempre desprovisto de esa ingénua naturalidad que caracteriza al verdadero genio. Este brillante escritor fué constante en desempeñar su papel, pues la naturaleza entera era á sus ojos un teatro, y la misma muerte, como podemos ver en sus Memorias, fué el telon que veló el escenario; pero es necesario convenir que poseía un sentimiento literario exquisito, y el mas hermoso estilo á que puede llegar un hombre desprovisto de naturalidad, esto es, del genio de la ignorancia.

XVII

En el año precedente habia satisfecho casi tan infaustamente mi pasión, aun mas viva de ver á M^{ma} de Staël y grabar en un recuerdo inmortal á mis ojos la imagen de la Safo de nuestro siglo.

Sentado durante un dia entero á orillas de un

foso, entre Nyons y Coppet en Suiza para verla pasar en carruage, habia por último conseguido divisarla entre el polvo levantado por las ruedas: vivo y momentáneo destello, pero destello para mí de gloria.

Esta segunda imagen de una de las mas excelsas personificaciones de la inteligencia humana bajo la figura de una muger, me inspiró nuevo respeto por la fecundidad de mi época, pues la altura de las montañas se mide por sus mas elevadas cimas, y la grandeza de los siglos por sus mas culminantes individualidades, bastando que sobre el nivel comun descollase una celebridad contemporánea tan excelsa como Chateaubriand ó M^{ma} de Staël, para poder decir: Grande es el siglo.

XVIII

En el verano siguiente un conjunto de circunstancias nada literarias en sí, me obligaron á buscar una soledad ignorada en los valles mas umbrosos de la Savoya pastoral. A últimos de octubre, deseoso de tomar el camino conducente á Ginebra, bajé de esos escarpados cerros, vestido de estudiante aleman, con un saco al hombro, polainas de baqueta en los piés y un libro en la mano. En este estado pedí la hospitalidad en una de esas casillas ó chozas abandonadas de Chablais, destinadas á servir de redil á las vacas ó á la fabricacion del queso. Tal fué mi

morada durante algunos días en la margen mas desierta del lago Lemán, en las inmediaciones de verdes y frondosas espesuras, sin mas lecho para reposar mis miembros que el heno mullido, cuyo fragante olor embargaba mis potencias. Júzguese pues de los sueños que venian á asaltar mi mente en aquella atmósfera á la vez balsámica y cristalina, en un aislamiento tan hermético. J.-J. Rousseau en las *Charmettes* poseía un eco viviente de sus sueños, pero yo solo mi sombra. Mi sola y frugal colacion durante veinte y cuatro horas, la efectuaba á media legua de camino en una especie de bodegon lugareño, en la parte ulterior de los bosques; consistiendo mi solo alimento en lactinicios, huevos y ensalada, y á veces en los domingos y días de fiesta, en algunos pescados fritos procedentes de los torrentes de Chablais.

Al salir de la mesa á eso de las dos de la tarde, acostumbraba hacer largos paseos solitarios en la húmeda playa del lago, cuyas sinuosidades y ensenadas recorría con ojo escudriñador, doblando los cabos y dejando estampadas las huellas de mis piés en la arena plateada y glutinosa de todos los promonterios. Jamás me sucedió encontrar alma viviente en aquellas playas desiertas, correspondientes á las llanuras mas inhabitadas que circundan este litoral de la Savoya, y á menudo me sorprendia el crepúsculo dialogando con las olas del lago que susurraban á mi oído la queja eterna de la natura, y mecian mi alma con esa vacilante melancolia que encontraba un eco prolongado en mi corazón.

Una tarde me sorprendió una gran tempestad acompañada de retumbantes truenos y ruidosas ráfagas del vendabal mugidor. La tormenta estalló repentinamente en las cumbres de Thonon y de Evian, bastándole pocos minutos para erizar el lago de lomas de agua y bullidoras olas, mas cortas pero tan huecas y espumosas como las del Océano. Busqué un abrigo contra el primer chaparrón bajo una roca hueca que se prolongaba bajo la forma de bóveda sobre la ribera, en cuya concavidad se habian refugiado anteriormente dos niños pastores del país, y un anciano mendigo de Ginebra que regresaba á la ciudad con su alforja llena de castañas y de mendrugos de pan. Los tres se apartaron para hacerme un poco de lugar, y todos cuatro nos sentamos en cuclillas del mejor modo que pudimos para aguardar el fin de la tormenta. La ténue bóveda del peñasco temblaba al choque furibundo de los elementos, el estampido del trueno retumbaba fragoroso en la cóncava gruta, é impelida por el viento, la blanca espuma resultante de las olas pulverizadas rociaba silvadora nuestros rostros.

De repente resonaron en nuestros oídos y á poca distancia, las sonoras, si bien confusas voces de algunos hombres á las cuales un peligro inminente comunicaba el acento grave de una emocion contenida; despues el ruido seco de un remo ó de un timon que se rompe, cuyo mango recae en las sonoras tablas de una embarcación que zozobra. La niebla pulverulenta producida por las estrelladas olas se in-

terponia entre nuestra vista y los objetos circunvecinos; pero al mismo instante un relámpago prolongado y lívido que pareció rasgar la nube, atravesó fulguroso el cielo, y se reflejó azulado sobre la húmeda cubierta y anchurosa lona de un yate de reducido volúmen, que navegaba cortando esas montañas de espuma con la proa dirigida á Ginebra, como blanca gaviota, una de cuyas alas roza la onda espumante, y otra se pierde en la nube.

Un donoso mancebo de aspecto extranjero y con un traje algo caprichoso, se veía sentado en el banco del yate, teniendo en una de sus manos una cuerda de la vela de escota y en la otra el timón, mientras que cuatro vigorosos marineros jadeando y chorreando de sudor, agitaban incesantemente sus remos.

Aunque pálido y agitado el cabello por el viento, parecía el joven desconocido mas atento á la magestad de la escena que al peligro de la barca.

El prolongado relámpago que me lo habia mostrado hermoso y sublime, me lo ocultó desvaneciéndose; y solo resonó en mi oído el trémulo hervor de la estela que dejaba la quilla surcando rápidamente las olas.

Pocos segundos despues, todo habia desaparecido, y la mitad de un remo roto vino á encallar ruidosa en la playa á pocos pasos de nuestra guarida.

— « ¿Quién se atreve á arrostrar el embravecido lago y el iracundo cielo con temporal semejante? » exclamé en alta voz sin reparar en los rústicos ve-

cinos cuyo terror los habia aferrado á las rocas.

— « Yo bien sé quien es, » dijo entonces el mendigo que aun no habia despegado los labios; « es un lord inglés que ha compuesto libros, y cuya casa de campo vienen á visitar sus compatriotas sin poder entrar en ella. Unos hablan bien y otros mal de este caballero, como de todo el mundo; lo que es yo no puedo quejarme, pues cada vez que me encuentra bajo los piés de su caballo me arroja una pieza blanca y á veces una pieza amarilla.

— « ¿Y cómo se llama? » pregunté al mendigo.

— « No lo sé » replicó, pues nosotros jamás averiguamos el nombre de los extranjeros que vienen á gastar su tiempo y dinero en Ginebra; lo único que nós consta es si tienen buen ó mal corazón: los buenos tienen siempre la mano abierta y los malos siempre cerrada. Lo que es éste podeis estar seguro de que es bueno, y mal me sabria que peligrase en esta borrasca. »

Despues el mendigo procuró pronunciar un nombre ininteligible, si bien parecido á un apellido histórico francés, y pocos dias despues lei en el diario de Ginebra que un joven y gran poeta llamado lord Byron, habia corrido gran peligro durante la tempestad que se habia levantado la víspera.

XIX

A la escasa y trémula luz del relámpago, apenas había podido entreverlo, y no obstante este rápido momento bastó para eternizarlo en mi mente. Bello me pareció el vate inglés como la juventud ebria de vida y jugando incauta con la muerte, ó como la Sibila evocando los elementos desencadenados para arrancarle la inspiración. No obstante, no creeria suficiente esta rápida entrevista para describir al mayor poeta de que se engrie la Inglaterra, si no me fuese dado reproducir las siguientes líneas inéditas de su retrato, líneas que me han sido comunicadas recientemente por una persona amada cuya memoria conserva viviente su fisonomía al través del tiempo y la muerte :

« En mi concepto Dios ha criado seres de hermosura tan armónica é ideal, que escapan á todo análisis y á toda descripción. En tan selecto y privilegiado gremio contaba lord Byron, cuya belleza absoluta, en los límites de la belleza criada, nunca pudieron reproducir el pincel y el cincel del artista. En efecto, sus formas exteriores reasumían en un tipo perfecto todos los géneros posibles de hermosura; y si á su genio y gran corazón hubiese sido dado escoger una configuración exterior, seguramente no hubieran podido encontrar otra que mas

plenamente le hubiese satisfecho. En su rostro fulguraban simultáneamente su genio, su alma excelsa y su corazón sensible; y su beldad concentraba en unidad suprema todos los contrastes diversos, al paso que sus miradas traducían con tanta rapidez y transparencia los sentimientos que lo animaban, que con razón pudo exclamar sir Walter Scott que su hermosa cabeza se asemejaba á una urna de alabastro alumbrada por una lámpara interior. Así bastaba verlo para convencerse de la falsedad de todas las hablillas diseminadas acerca de su vida, pues el público se había formado la idea de un lord Byron faccioso, mediante algunos caprichos de su juventud, ciertos arranques de pensamiento y de expresión, pero sobretudo por su obstinación en identificar al poeta con los personajes imaginarios de sus poemas, tipos que en nada se asemejan al verdadero lord Byron tal como lo he conocido. Mas de una calumnia que desgraciadamente acogió el poeta en su desdenoso silencio, circuló como aceptada verdad, bastando la acción del tiempo para pulverizar algunas de tan infames imposturas. Apelo á todos los que lo han visto para refutar por su unánime testimonio, esas alevés acusaciones sobre un hombre cuyo encanto seductor envolvía como una atmósfera simpática y ganaba todos los corazones. »

Escuchemos ahora al poeta Moore :

« La belleza de lord Byron era de primer orden, pues reunía la regularidad de las formas con la expresión mas interesante. Sus miradas eran suscepti-

bles de todas las expresiones mas extremas, desde la alegría mas festiva hasta la mas profunda tristeza, desde la mas radiante benevolencia hasta la cólera mas concentrada, y entónces indicaban sus ojos lo que se dijo de Chatterton, que *un fuego siniestro rodaba en el fondo de sus órbitas*. Pero en su boca sobretodo y en su barba residía su mayor belleza, como igualmente la mayor expresion de su bella fisonomía. Ningun escultor ni pintor pudo llegar á reproducir la armonía exquisita de sus labios, cuya movilidad extrema indicaba todas las emociones, ora los volviese pálidos la ira, ora los contrájese el orgulloso desden, ora sonriesen radiantes de triunfo, ora los elevase en forma de arco gracioso un sentimiento de amor y ternura. Su cabeza era sumamente pequeña, y su frente, mas alta que ancha, lo parecia tanto mas cuanto que acostumbraba afeitar sus cabellos del lado de las sienes, dejando agitarse una profusion de rizos naturales, brillantes, suaves como la seda y de un color castaño oscuro. Sus dientes eran de una regularidad perfecta y notable blancura. Su piel poseia esa palidez marmórea peculiar á las personas sensibles y melancólicas. Su estatura era mediana, pero parecia alto, tan proporcionados eran sus miembros. Sus manos eran blancas en extremo y afectando esa forma delicada que indicaba, segun las propias ideas del lord, la estirpe aristocrática. »

Por un último Bayle se expresa en estos términos relativamente al ilustre poeta.

« Tuve ocasion de encontrar á lord Byron en el teatro de la Scala en 1816, y nunca olvidaré la expresion de sus ojos mientras escuchaba un sexteto de la Helena de Mayer. En mi vida he visto tipo mas hermoso y animado. Aun en el dia al pensar en la expresion que debiera dar un gran pintor al genio, no puedo menos de acordarme de aquella sublime cabeza que se revela fulgurante en mi fantasía. »

Y en otra ocasion :

« Nada puede dar una idea del entusiasmo que invadió á mi mente y eternamente abrigará mi memoria al divisar la expresion divina de su fisonomía, do fulguraba á la vez la calma soberana y la agitacion terrestre. »

XX

Estas tres figuras de Chateaubriand, M^{ma} de Staël y lord Byron, que logré divisar al despuntar en la vida, volvía mas compacta á la vez y luminosa la pleyada de insignes varones que cada siglo lega á la posteridad, y no podia menos de engreirme al pensar que me era dado respirar el mismo aire que á tan sublimes ingenios.

A mi vuelta en Francia, me deparó el acaso la ocasion de ver y alternar con lo mas selecto de la inteligencia europea. Una señora de edad, pero llena de gracia y despejo, compañera que halia sido de

la princesa Isabel, hermana y compañera de cadalso de Luis XVI, habiendo oído hablar de mí por un amigo mío y confidente de mis primeros versos, suplicó á éste que me presentase en su casa; y, como mi carácter naturalmente arisco, con asomos de montaraz, repugnase invenciblemente á esas ostentaciones ceremoniales en una sociedad cuya benevolencia no me seducía, y cuyo desden no me arredraba, la marquesa de Raigecourt, que tal era el nombre de la mencionada señora, resolvió someterse á mi humor uraño y sorprenderme una mañana en la soledad en que me hallaba atrincherado.

Habitaba yo entonces, sin mas compañía ni alma viviente que un perro leal, una especie de guardilla ó caramanchon; y, á pesar de su edad avanzada, subió los cien escalones la buena señora, y, procediendo con desahogo, me habló de mi madre que habia conocido en la corte cuando niña, de mis versos que en su opinion anunciaban una fibra doliente en un corazón sano, del peligro de la soledad absoluta que tuerce ó agria las impresiones; de lo dichosa que seria en ofrecermé su casa en la cual encontraría una familia y podría contar entre los hijos con que se habia dignado la Providencia ornar su hogar y consolar su vejez. No pudo menos de hacer mella en mi corazón una amistad tan sincera y espontánea, y cediendo á tan benévolo deseos, no tardó en ser mía la casa de la marquesa de Raigecourt.

En los salones de tan ilustre señora se reunía la mas selecta sociedad aristocrática, política y litera-

ria, cuyos esclarecidos nombres, influencia pecuniaria ó ilustre nombradía eran mas que suficientes á un jóven de mi edad, desprovisto de fama, y naturalmente tímido; pero la marquesa no dejaba escapar ocasion alguna de inspirar á los hombres y mugeres de celebridad, el deseo de conocerme.

De este modo me ví presentado, y á pesar mío, á la nata, por decirlo así, y á la flor de la antigua y jóven sociedad francesa, logrando á poca costa una reputacion de talento muy superior á mi mérito; reputacion de cuchicheo fundada enteramente en algunos versos inéditos, que las mugeres y los jóvenes de mi edad se recitaban familiarmente en sociedad íntima y poco numerosa. Pero confesaré ingenuamente que esta sociedad en voz baja me era mas importuna que agradable, y á pesar de los obsequios y agasajos que por do quier recibía, no podia menos de echar de menos el aire libre de mi país natal. Así dominado por mi índole arisca y mis tendencias agrestes, prescindia en cuanto me era posible de una sociedad tan amena, tan solícita en mi favor, y como el pájaro mal domesticado que huye gozoso al ver abierta la puerta de la jaula, prefería mil veces mi zaquizamí con un amigo ó el aire libre de los campos con mis sueños de ventura, á cuantos loores y demostraciones de afecto podía ofrecermé el centro cortesano á la vez y literario tan dispuesto en mi favor.

XXI

No obstante, la amigable porfía de la marquesa me obligaba siempre á abandonar mi soledad y á visitar sus salones. En ellos tuve á la sazón la dicha de conocer á Mateo de Montmorency, amigo de M^{ma} de Staël, y seguramente el hombre mas amable y seductor que he visto en mi vida. Aunque tan superior á mí por el rango y por la edad, me brindó francamente con su amistad para tener el derecho de ser mi protector sin menoscabar mi amor propio. Entusiasta de mis versos, me agrupó, medio por grado, medio por fuerza, á un auditorio compuesto de innumerables amigos de todas edades y opiniones, llegando hasta introducir en mi modesto albergue al joven príncipe de Leon y al mismo tiempo duque de Rohan, cuya acendrada devoción le impelia á alejarse del mundo, si bien gustaba aun en la poesía y en la amistad, de las últimas y mas puras ilusiones de su vida. El duque de Rohan me presentó á M. de Genoude, joven escritor dotado de una alma activa, consagrado á la causa de la aristocracia de la Iglesia con tanto mas ardor, cuanto que aspiraba á aclimatarse, mediante sus servicios, en condiciones sociales mas elevadas que su cuna. Aunque desprovisto de la viva llama que el genio corona, poseía en sumo grado el movimiento caluroso del alma, y, ocupado

á la sazón en traducir la Biblia, deliraba por los versos; su memoria feliz y sonora voz fueron la primera edicion de los míos. Mediante su amistad llegué á entablar relaciones con M. de Lourdoueix, discípulo entónces de nuestros primeros escritores monárquicos, y fiel á la desgracia no menos que al talento.

Conocía igualmente M. de Genoude á M. de Lamennais, Atanasio implacable de la Iglesia en aquel entónces, á quien recitó una oda mia sobre el entusiasmo. El famoso abate que se hallaba á la sazón obligado á hacer cama, se incorporó en su lecho y exclamó: *Eureka!* Y como manifestase el deseo de conocerme, no tardé en serle presentado por M. de Genoude.

M. de Lamennais era un hombre de estatura menguada en extremo; tan enjuto, tan descarnado y tan imperceptible, que mas que un hombre, parecia una llama fugaz, impelida de un extremo al otro del aposento á impulso de su propia inquietud; ó si se quiere, á uno de esos fuegos fosfóricos flotantes sobre la yerba de los cementerios, que pasan en el concepto de los rústicos por las almas de los difuntos. Hallábase vestido con una especie de leviton sordido, cuyos faldones vetustos y mugrientos casi ocultaban sus chinelas, agachada la cabeza como un hombre que se afana en leer caracteres escritos en la arena. Tal era por otra parte su postura habitual, pues el ilustre sacerdote miraba siempre de lado, escarnizaba á todo bicho viviente, hablaba con una volubilidad increíble y la ironía era su figura favo-

rita. La acrimonia que nos dejaba en el corazon las pláticas de este eclesiástico bilioso, nos convenia de que el resabio de su alma era amargo sobremanera.

Confieso que no abrigaba mi pecho una simpatía extraordinaria por ese escritor sobresaliente por el estilo, cuya pluma acababa de dar á luz su famosa obra sobre la *Indiferencia en materia de religion*. Desde J.-J. Rousseau y hasta M^{ma} Sand, no habia visto el orbe literario tal diction oratoria y polémica tan vigorosa. Las frases y periodos de M. de Lamennais parecían amoldadas sobre las de Rousseau, si bien carecian de la uncion y patético encanto que caracterizan al escritor ginebrino. La lógica de M. de Lamennais se mostraba encadenada con maestría consumada sobre un armazon de hierro, y el ilustre abate declamaba con una magestad de voz, un vigor de gesticulacion, una insolencia de conviccion y una audacia de apóstrofes que simulaban la elocuencia. Seguramente M. de Lamennais era un discípulo hábil en extremo y modelo selecto en materia de estilo: pero el verdadero arte de escribir no es un arte sino una alma; y sin ésta, las palabras no pasan de un magnífico ropage en que se emboza el genio.

Mas adelante fué derribado de su caballo, no en el camino de Damasco, sino en el de Roma, llegando á ser el san Pablo de una nueva religion; como el apóstol habia guardado los mantos de los verdugos mientras apedreaban á los fieles. No se puede negar que para semejante trasfiguracion era necesario no

poco valor, pues la condenacion de la primera parte de su vida por un hombre á quien tan solo una existencia concede la naturaleza, es un martirio intelectual que pocos ánimos son capaces de arrostrar.

La desgracia de M. de Lamennais fué de ser tan acerbo y tan implacable con sus antiguos amigos como lo habia sido con los nuevos. Todo su talento estribaba en la enconada saña; la cólera formaba el fondo de su inspiracion, su equilibrio dependia de la alternativa sin preponderancia de ambos excesos, y su humor irritable formaba un contraste chocante y casi grotesco con las doctrinas de meliflua fraternidad que propalaba con almibarado acento. Devorado por la misantropía continua, el abate rechinaba los dientes hablando de amor, y si hubiese sido elocuente en la tribuna, hubiera sido un Savonarola. Discolo por naturaleza, el espíritu de partido lo avasallaba completamente y parecia acusar á la vez al cielo y á la tierra. Cuando hayan fenecido completamente los dos partidos que encontraron tan pujante órgano en su pluma, solo quedará en nuestra lengua como Savonarola en Florencia, esto es, la fama de un gran agitador de estilo que fanatizó sucesivamente á los teólogos y radicales de su patria, sin comunicar una idea á los primeros, ni un consejo de moderacion á los segundos.

De vez en cuando tuvimos ocasion de vernos sin llegar á contraer jamas una amistad íntima. Cuando yo era realista de sentimiento, era absolutista M. de Lamennais, y cuando yo republicano él demólogo,

de modo que mediando siempre entre ambos y separándonos un exceso, era imposible entendernos. Así, había renunciado completamente á la esperanza de entablar relaciones cordiales y anudar vínculos de inteligencia con un hombre, cuya lectura constituía en mi concepto el único valor.

XXII

En aquel mismo año una persona amiga me presentó á M. de Bonald, á quien había dedicado una oda aconsejado por la citada persona. No había leído las obras de M. de Bonald, pero me constaba que era el apóstol tan honrado como elocuente de una especie de teocracia sublime y nebulosa, que sería la poesía de la política, si se dignase Dios nombrar á sus vireyes y ministros en la tierra.

Esta doctrina de origen oriental y bíblico, fascinaba entónces mi joven imaginación. Por otra parte, M. de Bonald gozaba de una reputación merecida como sinceridad, probidad, convicción y talento; al paso que el estilo con que revestía sus atrevidos principios, recordaba los mejores modelos del siglo décimo séptimo. Su noble talante y simpática fisonomía de caballero lugareño que me recordaba la de mi padre, me hicieron una viva impresión y me dispusieron á escuchar dócil y atentamente los consejos y concisos encomios con que supo aco-

germe, no tratando de lisonjear mi amor propio ni de deslumbrar mi fantasía juvenil, sino procurando afianzarme en una senda recta y en la busca sincera de la verdad. Hasta su último momento amé y estimé á un escritor tan benévolo como sublime, dotado de un genio tan cándido y autor de un sistema hasta cierto punto divino.

XXIII

Por la misma persona y en la misma casa, tuve ocasión de conocer á otro sugeto de naturaleza predilecta, y cuya influencia en mi vida dejó una impresión mas profunda. Tal fué M. Lainé, el mas antiguo, en mi concepto, de todos los hombres modernos; no antiguo como un hombre de Plutarco, segun la expresión vulgar, sino uno de esos ferreos varones que parecen arrancados á una página del biógrafo griego cuando pinta la virtud sobre un fondo de crímenes, encarnándola á nuestros ojos en cuerpo y en alma para personificar á un ciudadano excelso. Su exterior correspondía á su alma estoica y templada como un Romano de los bellos tiempos de la República. Alto, delgado, grave y modesto de porte, enjuto de carnes y de perfil aguileño como un busto de Ciceron, despejada la frente, algo chatas las sienes, las megillas nerviosas cuyas fibras se contraían por la menor emoción, la boca fina en

extremo, los labios amoldados para la reflexion no menos que para la palabra, sóbrio de gestos como un hombre que piensa mas que declama, de una instruccion prodigiosa en todo lo que ilumina y ennoblece la humana inteligencia, zeloso entusiasta por todo lo que llevaba el sello de la verdad, de la justicia y de la honradez, sin la menor ambicion por sí mismo y anhelando en medio de la grandeza el paseo solitario en los pinales de Burdeos con un libro en la mano, M. Lainé era tan aficionado á la poesia como á la historia y la elocuencia.

Poco hablaba y escribia aun menos, pero es tal vez el único orador que haya producido una mella profunda en mi corazon, y dejado en lo mas íntimo de mí ser la verdadera huella de la elocuencia soberana; esto es, la que del alma procede y al alma por consiguiente converge.

Rara vez subia á la tribuna, pues recelaba su propia emocion, la cual era efectivamente tan enérgica que sus labios se apretaban y su voz parecia anudarse en la garganta.

Pero cuando la absoluta necesidad de hablar le hacia domeñar ese *sacro horror del trepié* que tan á menudo aparta del trono oratorio al orador lirico, no habia drama ni escena del circo que igualase su diction patética y avasalladora.

Veíase en efecto á un hombre extenuado por su llama interior, recto de cuerpo, pálido de rostro, húmeda la frente, inmóviles en la tribuna sus manos macilentas, apretados los brazos contra el cuerpo

como los antiguos estóicos, trémulos los labios, reflexionando caviloso y cejijunto lo que iba á decir; luego arrancando de su pecho una voz profunda y palpitante por una emocion contenida, pronunciando frases entrecortadas por intermitentes períodos de silencio, y esparciendo despues lentas ó precipitadas olas, formadas no de vanos argumentos ó limadas frases, sino de la expansion de una alma ingénua, calurosa y sensible, alma de estadista profundo y de hombre de bien por excelencia, que enmudecia al auditorio recogido, despertaba en breve la admiracion, impelia poco á poco á las mas ruidosas aclamaciones, y por último provocaba las lágrimas, triunfo de la naturaleza sobre los bandos anárquicos.

Entonces no hablaba, sino cantaba y declamaba á la vez. Lírica como la oda, dramática como la escena, imponente como la ley y patética sobretodo como el corazon humano que se muestra desnudo en plena tribuna, su elocuencia arrastraba sin dejar tiempo á la reflexion, pues no hay sofisma contra la naturaleza. El aliento de un hombre honrado parecia difundirse é inocularse en los circunstantes, quienes trasfigurados por la aparicion de la virtud, votaban silenciosos y avasallados por el entusiasmo. Tal fué el espectáculo consecutivo que ví dos veces en mi juventud.

A pesar de la diferencia de los años, este hombre insigne sintió su corazon inclinado hacia mí, y yo me sentí en cierto modo elevado á su altura por un sentimiento de respeto mezclado de cariño. M. Lainé

fué mi maestro de elocuencia, mi modelo en política, mi ejemplo en la vida pública, mi tipo de moral, mi dechado en la perfección ideal. El buen anciano me amó tiernamente hasta el fin de su vida, y murió literalmente balbuceando dos versos míos.

Por mi parte quisiera morir como Chatham encontrando en mis labios una de las arengas que pronunció por la patria, pues varones tan sublimes engrandecen á la humanidad, y no se puede menos de compadecer en secreto quien afecta despreciar la arcilla que tales almas contiene.

XXIV

Así procuraba yo ver uno á uno á todos mis ilustres contemporáneos.

Pronto mi propia celebridad, aunque estribase en el crédito verbal de mis amigos mas que en mis propias obras, me los hizo conocer en conjunto en los tres salones mas aristocráticos, mas literarios y mas políticos de Paris.

Eran éstos los de la duquesa de Broglie, de M^{ma} de Saint-Aulaire, y de M^{ma} de Montcalm. Mi reputación naciente me los abrió por sí mismos, sin que tuviese que inclinarme en demasía para poder entrar.

M^{ma} de Montcalm era hermana del duque de Richelieu, que con tanto atierto habia gobernado du-

rante los años mas ingratos de la Restauración; gran señor á quien tocó reconciliar una dinastía y una nación, necesarias una á otra, si bien llena de recelo y desconfianza recíproca; temiendo la primera la venganza de ocultas venganzas contra la revolución, y la segunda las reincidencias sañudas contra los reyes.

En casa de la citada señora pude, acercando cada vez mas mi persona, formar parte de un círculo íntimo, estrecho y cotidiano, compuesto de los personajes consulares mas notables de la época, quienes labraban entónces el nombre ilustre que dejaron mas adelante en la historia: tales eran M. Molé, en cuyo rumbo político divisábase la elegancia y aticismo de su persona; M. Pasquier, el carácter mas fácil y mas ducho para operar una transición que le permitiese deslizarse con gracia de un gobierno á otro, con tal que fuese gobierno; Pozzo di Borgo, diplomático griego al servicio de los Rusos, cuya hermosa cabeza, noble fisonomía y palabra fluida trasportaba la imaginación á la Atenas de Alcibiades; el mariscal Marmont, en cuyo rostro pensativo parecia extenderse una sombra de tristeza, veterano aguerrido que parecia esforzarse en espeler un recuerdo importuno; á veces el príncipe de Talleyrand, cuyo talento hubiera bastado á immortalizar tres siglos consecutivos.

XXV

M^{ma} de Saint-Aulaire, señora joven si bien seria, nada tenia de su edad, salvo la belleza; y, habiendo sido amiga de M^{ma} de Staël, abrigaba el culto mas acendrado por esta personificacion del genio femenino. Dotada de una alma tan elevada como su amiga, M^{ma} de Saint-Aulaire me recibió no como á un poeta, sino como hubiera acogido á la poesia encarnada en un joven desconocido, pues en su salon veíase toda aristocracia natural de cualquier rango que fuese, y la buena señora se complacia especialmente en adivinar la gloria oscura. Así en torno de su linda persona, agitábanse promesas vivientes, realizadas con creces en lo sucesivo. Allí tuve ocasion de conocer á M. de Cazes, destinado á ser su yerno, favorito elegante, donoso y seductor de Luis XVIII, cuyo afan incesante era llegar á ser el Mecenas del nuevo Augusto, si los Virgilio y los Horacios hubieran podido florecer al grado del príncipe y su ministro.

Allí tuve tambien ocasion de ver por primera vez á M. Cousin, cuya pluma aclimatada á la sazón en Francia la filosofia del entusiasmo, y cuya fisonomia, mas que la de un discípulo de Platon, evocaba la imágen de un profeta devorado por un numen sobrehumano. Nos lisonjeábamos de que diria por fin

la palabra revelatoria por excelencia acerca de la esencia divina, que parecian retener sus labios; desgraciadamente solo articuló algunas medias palabras, si bien en lenguaje igneo.

Tambien tuve ocasion de conocer á M. Villemain, que ejercia en mi imaginacion una atraccion indecible; M. Villemain el Policiano francés de este siglo, el ingenio mas opulento, mas culto y mas universal de nuestra era, cuyo delicado gusto y memoria feliz anidaban una enciclopedia literaria, sensible como un poeta á toda inspiracion poetica, versado como un orador en todo género de elocuencia, estadista egregio por su tino exquisito, admirado sin orgullo, admirador sin rivalidad, porque se sentia al nivel de todo á quien admiraba.

Así mismo entablé relaciones en aquella época con el naturalista Cuvier; el general Foy, mudo aun; M. Beugnot, Rivarol de la conversacion; M. de Custine, discípulo de Chateaubriand; al periodista de Feletz, precursor de Julio Janin en el Diario de los Debates; los hermanos Bertin, fundadores de este periódico, potencias ocultas, fabricantes de nombradía, que derribaban á los ministerios sin aspirar personalmente á la celebridad y al poder, y como Eolo en su caverna, desencadenaban en el fondo de su gabinete, el viento impetuoso cuyas ráfagas debian dispersar los nombres, los hombres y las cosas. Ambos hermanos eran considerados como esfinges egipcias, cuya vigilante custodia guardaba celosa la puerta de la fama y opinion, resistiendo á toda in-

vasion usurpadora de parte de intrusos advenedizos.

Debo reconocer que lo que es conmigo se mostraron clementes, y nunca podré olvidar la benevolencia con que me acogieron á pesar de los reiterados ataques que me dirigió su periódico, cuando después de 1830 cayó en manos de una secta compuesta de eminentes políticos y no menos consumados literatos, para quienes el pliego cotidiano fué una especie de evangelio, ó por mejor decir un código calvinista, cuyo primer dogma fué el culto de la propia personalidad con olvido y detrimento de la ajená.

XXVI

La duquesa de Broglie era hija de M^{ma} de Staël y había contraído nupcias con el duque de Broglie, joven en quien el nombre histórico, la elevación de carácter, la elocuencia estudiosa y opiniones liberales, militaban simultáneamente para hacerlo descollar noblemente en un senado, ó figurar brillantemente bajo un régimen representativo. A toda esta dicha resultante del mérito personal y situación ventajosa, se agregaba el prestigio causado por el mayor nombre del siglo llevado gloriosamente por la duquesa, prestigio empero eclipsado por la luz emitida por las virtudes y la balsámica piedad de aquella noble señora. Todo el genio de su madre

parecía haberse convertido en alma para animar á su hija, y toda esta alma tendía á volverse incienso para subir al trono del Altísimo. La Sibila sagrada del Dominicano puede tan solo dar una idea de la mística inspiración que respiraba su fisonomía, advirtiéndome que esta concentración intensa de sus pensamientos en la celestial morada, en nada perjudicaba á su ternura por su familia y grave familiaridad para con los extraños.

Esta casa, en que fui acogido con tanta bondad, era la confluencia de todas las ilustraciones de Francia, Inglaterra, Italia y América; y las ilustraciones que solo existían para mí al estado de nombre, llegaron á ser realidades, desde Lafayette hasta los Montmorency. Allí ví por la primera vez á M. Guizot, uno de esos hombres cuyo nombre solo basta á caracterizar.

Prolija empresa sería enumerar todos los personajes que descollaban ó por la fama, ó por el talento, ó por la infatuación maniática que excitaban en aquel gremio selecto; baste decir que salía á veces deslumbrado de tanta gloria, de tanto talento, de tanto genio, de tanta elocuencia.

Después de años tan venturosos, la revolución dinástica de 1830, á la cual nunca llegué á adherir, y situaciones políticas de varios géneros me volvieron extraño, mas nunca hostil á tan noble familia, pues el umbral que nos fué una vez abierto debe quedar para siempre sagrado. Jamás ha menguado en mi corazón el reconocimiento y respeto por el

nombre de la persona que me recibió con tanta afabilidad, y cuando, en estos últimos tiempos, me apostrofó el hijo, en uno de sus escritos, con una palabra inícuo é injuriosa leí el ultraje y callé; pues en el hijo solo ví el padre y la madre: « Herirme puedes si te place, exclamé al leer el nombre del joven escritor en la parte inferior de la página, que no me defenderé contra tí, pues mas que una criatura humana, eres á mis ojos un título de respeto y reconocimiento, y no violaré para defenderme la veneracion que á tu nombre debo. »

XXVII

Pronto despues pasé algunas horas memorables para mí en la intimidad de M. de Serres, que hubiera llegado á ser el verdadero Demóstenes de la Restauracion, si no hubiese interrumpido la Providencia su carrera oratoria.

A la sazón era yo secretario de embajada en Nápoles, y, caído del ministerio, acababa de recibir M. de Serres por retiro esta legacion. Encargado de iniciarlo en los acontecimientos suscitados por la revolucion de Nápoles y Piamonte, lo hallé como siempre lleno de sencillez en la verdadera grandeza, y un orgullo secreto me inundaba al oír en la intimidad esa voz que habia vibrado elocuente en el vasto ambito de la Europa entera. Pero en aquel

entónces se hallaba estenuado por la lucha. Su respiración anhelosa, las gotas de sudor que chorreaban por su frente teñida empero por cierta rubicundez enfermiza, me daban el presentimiento de una corta vida. Almorzé, despues de la conferencia, con el célebre orador que partió para no volver mas. Víctima de la elocuencia, le sobrevivirán sus acentos, los mas inflamados que desde Vergniaud han oído la tribuna francesa. Su voz abrasaba, porque su propio pecho abrigaba un incendio puro de elementos humanos. M. de Serres anhelaba ver la honradez y la libertad, cimentadas una por otra en la dinastía de los Borbones regenerados por la sangre de Luis XVI. Este pensamiento de su edad madura, lo era tambien de mi adolescencia; pero el ilustre orador murió afanoso en su obra, la cual pereció con el artífice bajo la acción destructora del tiempo.

XXVIII

Durante mi viage á París, llegué á conocer á uno de esos hombres que, por su originalidad poderosa, no pueden formar grupo con nadie, constituyendo simétricamente en sí un género de grandeza moral é intelectual que no se puede clasificar en categoría alguna. Tal era M. Royer-Collard, filósofo por naturaleza, orador por reflexión, hombre de estado por ocio. Considerándome como un discípulo, toméme

bajo su proteccion, y me ofreció su casa que comunicaba con las calles estudiosas del Luxemburgo.

M. Royer-Collard se hallaba en aquel entonces separado de ese reducido grupo político de discípulos que se habían apoderado de sus doctrinas, y hecho de su nombre un escalon para llegar á la soberanía. De cuantos hombres he conocido, á ninguno he visto desdeñar á tal grado la opinion del vulgo, pues el desprecio era su poder y rayaba en lo sublime. Mi aislamiento y separacion completa de todos los partidos gustó sobremanera al anciano, cuya frente calva, magnífico entrecejo, ojos profundos y cristalinos, labio inferior levantado por el desprecio habitual, voz grave y lenta que parecía destilar las sílabas al pronunciarlas, daban cierta autoridad física á su persona, en términos que me parecía conversar con un antepasado.

Manifestóme no poco afecto, tanto por mi desinterés de sistema, cuanto por mi aislamiento de los bandos políticos, y hasta su muerte guardé las mejores relaciones con ese varón de antigua raza, si bien sin tomarlo por modelo, pues nuestras naturalezas, no menos que nuestras edades, ofrecían pocos puntos de contacto. Así M. Royer-Collard era amigo de discutir, y yo de obrar; su estilo en la tribuna era esencialmente lapidario, mientras que yo contribuía con la primera expresion que prestaba á mis labios un corazón conmovido. Los discursos de aquel férreo orador, no eran discursos sino oráculos redactados, en una especie de álgebra elocuente, que, difíciles

de comprender á la primera lectura, excitaban una admiracion tanto mayor cuanto mas se leían, pues habia un abismo de reflexion en cada frase. Tal hubiera hablado Pascal si hubiese sido orador político. Así la Europa y la posteridad contarán á M. Royer-Collard entre los perfectos escritores de tribuna que han agitado las cuestiones de la época. Muchas de estas frases han quedado como máximas de lengua, y mas de una arenga como monumento de nuestra literatura.

Cuanto mas medito sobre la índole de este varón de antaño, mas me convenzo de que es difícil hallar otro igual en la vida, á menos que sea en la historia ó en las bibliotecas.

M. Royer-Collard, su amigo M. Lainé y el famoso naturalista Cuvier, se concertaron entre sí, sin comunicarme su resolucion, con el objeto de hacerme entrar en la Academia francesa.

XXIX

Cada vez que volvía á Paris, el deseo ó el acaso me hacían conocer á algunas de las celebridades recientes durante la fértil época trascurrida desde 1820 hasta 1830.

Jamás olvidaré mi primer encuentro con Victor Hugo, á quien M. de Chateaubriand denominaba el niño sublime.

Algunos de sus hermosos versos habían halagado mi oído, como un metal de voz que me recordaba la deliciosa melodía de Racine. El duque de Rohan su amigo y admirador, me propuso ir a ver la maravilla. Aun me parece presenciar la escena, el lugar y el día.

Me acuerdo que nos internamos en una calle desierta y vetusta en los alrededores de San-Sulpicio, y después de haber atravesado un patio, entramos en un aposento oscuro, situado en un piso bajo y en el fondo de un corredor. Una puerta abierta dejaba ver una sala de estudio, y una mujer de cierta edad, vestida con la severidad de una dueña, en cuyo rostro podían leerse las desazones de la viudez y la ternura maternal, se hallaba ocupada en educar a sus hijos, quienes, en torno de una mesa o sobre el regazo materno, recitaban su lección o escuchaban dóciles las amonestaciones de la viuda. Levantóse ésta al oír nuestros pasos, acogió con respeto al duque de Rohan, inclinóse ligeramente al oír mi nombre, y nos abrió otro aposento en el que trabajaba solo su hijo Victor, cuya rizada cabellera hacía adherir a su inmensa frente la humedad de la inspiración. La palidez de la poesía fulguraba en sus sienes, y su voz de adolescente poseía la grave emoción de las robustas fibras de la edad madura. Nuestra conversación fué la que debía ser, la de dos compatriotas oriundos de un mundo superior que hablan la misma lengua y se encuentran en un país extranjero, esto es, en el mundo vil de la prosa. El decoró

abrevió mi visita, bastándome por otra parte haber visto al niño sublime, pues los poetas en su oscuridad son tan misteriosos como los ríos en su nacimiento.

Non licet populis parvum te Nile videre! (LUCANO.)

XXX

Algunos años después se hallaba extendida su fama; y, ya esposo, veía más de una cuna balancearse en torno de su hogar. A la sazón aproveché yo de una licencia diplomática, para pasar algún tiempo en mi casuchón apenas reparado en el valle de Saint-Point, contiguo mis montañas nativas, cuando un día veo bajar por escarpados caminos, rodeados de castañares, un séquito de viajeros, hombres, mujeres y niños: unos a pie, otros en mulas. No tardó la caravana en llegar al pie arenoso de las montañas, costear el río, atravesar los prados y trepar por la eminencia del castillo. Componíase de Victor Hugo y Carlos Nodier, seguidos de sus lindas mujeres y hermosos niños, quienes, dirigiéndose a Suiza, venían a pedirme la hospitalidad por algunos días.

Carlos Nodier era el protector nato de toda gloria, y su elemento era un entusiasmo continuo, pues se sentía al nivel de las cúspides más elevadas. Su indolencia le impedía producir obras perfectas, si

bien su capacidad igualaba á su admiracion ; y naturalmente apático en materia de produccion, se contentaba con jugar con su genio como un niño con los diamantes de su madre, prodigando como la arena las piedras preciosas.

Esta ineuria de opulencia lo constituia el Diderot de nuestra época, salvo la declamacion y el charlatanismo. Nuestra afeccion reciproca estribaba menos en nuestros talentos que en las efusiones íntimas de nuestros corazones, pues Nodier era uno de esos hombres que forman parte integral del hogar doméstico, un genio familiar si es lícito expresarse así, un confidente de todas nuestras almas, cuya pérdida resuena mas dolorosamente en el corazon que la de las mayores nombradías.

Mientras jugaban en la huerta las mugeres y los niños, nos paseábamos Hugo, Nodier y yo á la sombra de los bosques, saboreando el murmullo del viento, la frescura de los manantiales, el silencio del valle y el idioma balbuciente de los versos futuros que dormian ó cantaban dormitando en nuestras imaginaciones juveniles, como tiernos infantes en el regazo materno.

La caravana poética volvió á tomar su camino en la direccion de los Alpes, y yo la seguí con los ojos hasta verla desaparecer mas allá de las montañas. Desde tan amena visita quedó cimentada nuestra amistad, sin sufrir el menor menoscabo procedente de las vicisitudes domésticas, diferencia de opiniones políticas y sacudimientos revolucionarios :

cosas todas del dominio del tiempo y transfigurables con este, mientras que la amistad y la poesía forman parte de las cosas eternas, existentes en la misma ciudad de Dios, en la cual no se puede entrar sin haber sacudido el polvo de las ciudades terrestres.

XXXI

En aquel entónces despuntó otro poeta que, bajo el nombre de Alfredo de Vigny, cantó con formas nuevas, poemas *non prius audita* en Francia. Las espumosas olas que lamen apacibles las playas de Escocia, son menos melodiosas que sus versos, y su Moisés recuerda el cincel de Miguel Angel. Alfredo de Vigny es uno de esos hombres sin mancha que se aislan en la poesía para evitar el choque soez de la muchedumbre que todo lo atropella. Mi amistad para con tan noble poeta fué siempre pura como un cielo despejado, tal como su talento, en el cual parece distinguir la vista horizontes sin fin de éter azulado y cristalino.

Tambien apareció otro poeta á quien amé, de quien fué amado, si bien en el día me tiene deserrado de su corazon. Tal fué M. de Sainte-Beuve, cuyas poesías intituladas *Consolaciones*, objeto de la fisa de tantos criticos, ofrecen una série de versos que, si bien algo extraños, son tal vez los mas penetrantes que ha visto la lengua francesa desde que

hay personas que tienen el don de llorar en Francia. Lo que es yo no puedo releerlos sin enternecimiento, ¿y acaso no sobrepuja al deslumbramiento de la mente la efusión íntima del corazón? Si Werther hubiese escrito un poema la víspera de su muerte, no creo hubiese legado á la posteridad estrofas mas vehementes y plañideras. Tal vez podrán objetar que semejante poesía arguye un estado enfermizo; ¿pero acaso la dolencia mórbida no es un estado del alma acreedor á una poesía peculiar y á un poeta correspondiente? Sainte-Beuve es el poeta del estado nostálgico del alma en la tierra, cuyas páginas no me saciaré de leer yo que entre los enfermos me cuento, mientras lo toman por ludibrio ciertos ánimos groseramente robustos.

Desde entónces ha vuelto á escribir nuevos versos, pero sobretudo ha comunicado á la prosa inflexiones sutilísimas, contornos peregrinos, giros inesperados de expresión, circunlocuciones relamidas, frases alicatadas, períodos primorosos en demasía, toques de una tenuidad exquisita, rasgos de un esmero excesivo que hacen asemejar su estilo á esos cuchicheos inarticulados entre seres cuya sola lengua fuese el tacto.

Sainte-Beuve parece escribir con una lente aumentativa é instrumentos tan delicados, que le permiten trazar mundos enteros en una brizna de yerba y reducir á una miniatura microscópica el corazón humano; así es el Rembrandt de los semielaros, de las medias tintas y degradaciones luminosas, y á

fuerza de analizar la sensación ha llegado á afeminar el estilo.

Mas adelante cambió rápidamente de pluma, como trueca su instrumento el lapidario según desea trazar en el ónice letras mayúsculas ó minúsculas; y lo vimos escribir en el estilo sencillo, claro y sólido, ora en hueco, ora en relieve, magníficos *Estudios* que elevan la crítica literaria hasta la altura de la historia. ¿Quién sabe que metamorfosis aguarda aun á ese escritor, á quien transfiguran los años en lugar de petrificarlo? M^{ma} Récamier lo idolatraba, lo cual no debe sorprender si se considera que, en un gremio compuesto de Ballanche, Briffaut, el duque de Noailles, Chateaubriand, Ampère y M^{ma} de Girardin, glorias familiares de su salón, difícil hubiese sido encontrar una persona cuya plática fuese mas amena y sabrosa. ¡Cuanto echo de menos esa conversacion brillante, el mas inútil de todos sus libros y el que mas mella deja en la memoria!

XXXII

Otro ingenio vigoroso, de una naturaleza mas iniciadora y productiva se presentó dos veces en mi camino; mas en vano me hubiera esforzado en detenerlo, pues mas que un hombre parecia un espíritu, cuyas apariciones eran tan raras como inopinadas. Tal era Balzac.

La primera vez que lo vi fué en casa de M^{ma} Emile de Girardin, en uno de esos convites de reyes y vasallos que reunia á su mesa. Allí se sentaban Victor Hugo al lado de Alejandro Dumas, igual á todo lo que intenta; Balzac demasiado poco apreciado durante su vida y ocultando, como el primero de los Brutos, su genio apenas sospechado bajo el ruidoso reir de un niño; Eugenio Sue al lado de Julio Janin, el solo critico lírico despues de Diderot, pero mil veces mas poético y mas improvisador que éste; Teofilo Gautier, Cabarrus, Morpurgo, el donoso d'Orsay, cuya seducccion intelectual superaba á las gracias de su persona, y cuya vida parecia no tener mas fin que implorar la indulgencia por algunos desvarios de juventud; en fin yo mismo silencioso en medio del ruido de esas pláticas tan sabrosas.

No hace mucho que dirigí al conde d'Orsay estos versos, casi inéditos, sobre un busto que de mí hizo y que habia esculpido sin noticia mia.

AL CONDE DE ORSAY.

Cuando el bronce espumante en tu molde de arcilla, legará, trabajado por tu mano, mi frágil imagen á los ojos indiferentes de los que aun no han nacido; y, cuando pasarán sus dedos las generaciones futuras en esas surcadas sienes, como un cauce que seco y devastado se muestra por el torrente de ideas que

impetuoso lo invadiera, atónitas y dudosas se preguntarán entre sí: ¿A quién perteneció esa frente?

¿Tal vez á algun soldado que impávido sucumbiera por la patria, ó bien á un poeta canoro ó á deprecatorio pontífice? ¿Es tal vez la frente de un tribuno de paz, sublevado por la plebeya ola, y cuyo corazon ebrio de amor y entusiasmo, lo impeliera á presentar su desnudo pecho á la turba para que la libertad pudiese remontar pura á los cielos?

Pues en esa planta que lucha y en esa frente vibrante, en esos labios ígneos que un soplo de libertad entreabre, en ese corazon que salta impetuoso, en ese severo gesto, en ese arca que sublima el éxtasis dentro del seno, en ese brazo que impera, y en ese ojo que sueña, supo esculpir Fidias siete almas en el bronce.

¡Siete almas, ó Fidias, y ni una sola yo tengo! Víctima y heredero del hado infausto que pesara en todo á cuanto sobrevivo, la saña del tiempo rompió el arma en mis manos, arma cuyos fragmentos voy sembrando en la via que á la tumba me impele, mientras que clama el siglo estólido: « ¡Cómo cae en medio del combate cada uno de los combatientes!

« Ese cantara á Dios, mas la idolatría contaminó su sér, y los grandes lo prostituyeron y entregaron al ludibrio de la vocinglera muchedumbre. ¿Porqué conservastes en nuestras venas nuestra sangre patricia, que hubiera maculado infamando la garra popular?..... Y entretanto ruge colérico reclinado el

leon diciendo: la fuerza es mi virtud ¿porqué conjurastes mi furor?

Rompe pues, ó Fidias, tu peligroso ejemplar y arroja los fragmentos en el río ó en el hogar caliente, no sea que un corazón pusilánime empañado por el hálito de la duda, exclame al contemplar en mi mejilla las huellas de tamañas afrentas: « Abandonemos este mundo á la corriente de lodo que todo lo arrastra; » no sea que llegue á naufragar el siglo por falta de un corazón que lo sostenga.

« Si, rompe, ó Fidias!... oculta ese rostro á los ojos de la posteridad que á la gloria amortaja con silencioso olvido, y desde el Olimpo precipita una imagen en la impura cloaca; ni espongas mi memoria á la picota infamatoria del tiempo. Harto estoy de la luz, deja que mi urna repose en paz á la sombra, pues el lienzo funeral en la huesa es la dicha que la muerte nos acarrea.

Cubran mi frente, envuelta y amoldada por el blanco sudario, las hojas marchitas de otoño que dispersa el aguilon nocturno; cúbrala la pingüe arcilla de mi natal collado, pues de todo el fragor humano solo apetezco un aliento en la brisa murmurante, un nombre no acabado en un corazón que se quiebra, y despues de haber vivido para la muchedumbre, mi único anhelo es dormir aislado'.

AU COMTE D'ORSAY.

Quand le bronze écumant dans ton moule d'argile,
Lèguera par ta main mon image fragile

XXXIII

Balzac en aquella época desahogaba en raudales de voz y descomunales gestos, un fuego intelectual

A l'œil indifférent des hommes qui naîtront,
Et que, passant leurs doigts dans ces tempes ridées
Comme un lit dévasté du torrent des idées,
Pleins de doute, ils diront entre eux: de qui ce front?

Est-ce un soldat debout frappé pour la patrie?
Un poète qui chante, un pontife qui prie?
Un orateur qui parle aux flots séditions?
Est-ce un tribun de paix soulevé par la houle,
Offrant, le cœur gonflé, sa poitrine à la foule,
Pour que la liberté remontât pure aux cieux?

Car dans ce pied qui lutte et dans ce front qui vibre,
Dans ces lèvres de feu qu'entr'ouvre un sillon libre,
Dans ce cœur qui bondit, dans ce geste serein,
Dans cette arche du flanc que l'extase soulève,
Dans ce bras qui commande et dans cet œil qui rêve
Phidias a pétri sept âmes dans l'airain!

Sept âmes, Phidias! et je n'en ai plus une!
De tout ce qui vécut je subis la fortune,
Arme cent fois brisée entre les mains du temps,
Je sème de tronçons ma route vers la tombe,
Et le siècle hébété dit: « Voyez comme tombe
« A moitié du combat chacun des combattants! »

« Celui-là chanta Dieu, les idoles le tuent!
« Au mépris des petits les grands le prostituent.
« Notre sang, disent-ils, pourquoi l'épargnas-tu?
« Nous en aurions taché la griffe populaire!....

acumulado durante semanas enteras de soledad y silencio, en no sé que zaquizamí de la capital, deseoso de aprovechar el tiempo que le disputaban los importunos y salvar su lecho y mesa de trabajo de las garras de los acreedores. Su elocuencia brillaba mas por la originalidad que por una exactitud adecuada, y en todas materias, sus ideas eran por decirlo así *solitarias*; en otros términos se hallaban en plena contradicción con esa lógica vulgar llamada sentido comun, cuya demasiada proximidad es tan perjudicial como la lejanía excesiva. Sus discursos atestiguaban que la imaginación preponderaba

« Et le lion couché lui dit avec colère :
« Pourquoi m'as-tu calmé ? ma force est ma vertu ! »

Va, brise, ô Phidias, ta dangereuse épreuve ;
Jettes-en les débris dans le feu, dans le fleuve,
De peur qu'un faible cœur, de doute confondu,
Ne dise en contemplant ces affronts sur ma joue,
« Laissons aller le monde à son courant de boue, »
Et que faute d'un cœur un siècle soit perdu !

Oui, brise, ô Phidias !... dérobe ce visage
À la postérité, qui ballotte une image
De l'Olympe à l'égout, de la gloire à l'oubli,
Au pilori du temps n'expose pas mon ombre !
Je suis las des soleils, laisse mon urne à l'ombre :
Le bonheur de la mort, c'est d'être enseveli.

Que la feuille d'hiver au vent des nuits semée,
Que du coteau natal l'argile encore aimée
Couvrent vite mon front moulé sous mon linceul,
Je ne veux de vos bruits qu'un souffle dans la brise,
Un nom inachevé dans un cœur qui se brise !
J'ai vécu pour la foule, et je veux dormir seul.

sobre el juicio, y que éste flaqueaba en el vasto ámbito de aquella. Balzac era un espejo sublime que todo lo reflejaba, pero sin conciencia propia.

Su exterior era tan erial como su genio : cabeza voluminosa, cabellera inculta y dispersa sobre su cuello y mejillas, semejante á una melena que jamás escamondara la tijera ; facciones toscas, labios espesos, ojos llenos de suavidad y al mismo tiempo de fuego ; un modo de vestir que parecía atropellar adrede toda idea de elegancia, frac lamido en un cuerpo colosal, chaleco despechugado, camisa de tela burda, medias azules, zapatos groseros en extremo con clavos que amenazaban rasgar el tapiz á cada paso, facha de colegial que regresa al hogar doméstico en la época de las vacaciones, y cuyos vestidos cortos y estrechos, efecto del desarrollo é incremento corporal, parecen querer reventar á cada inflexión de los miembros. Tal era el hombre que solo bastaba para escribir una biblioteca entera, el Walter Scott de la Francia y no el Walter Scott de paisajes y aventuras, sino lo que es mas prodigioso, el Walter Scott de caracteres, el Dante de los infinitos círculos de la vida humana, el Molière de la comedia leida, menos perfecto, pero tan original y mas fecundo que el Molière de la comedia representada.

¿ Porqué no igualaba en tan admirable escritor el estilo á la concepción ? Si hubiese mediado tan favorable coincidencia, la Francia hubiera tenido dos Molière, y no sería el primero preeminente en el mérito.

XXXIV

En los últimos años de la Restauracion, y en los primeros de la infecunda época de 1830, puedo asegurar que quedé alternativamente deslumbrado y atraído por una multitud de nombres ilustres, en cuyo gremio se pierde mi memoria; tan compacta era esa fulgorosa pleyada. Así, me acuerdo haber conocido y frecuentado con el mayor placer á Casimiro Delavigne; á Agustín Thierry; Michelet el Shakespeare de la narracion, que introduce la comedia en la historia; Rémusat; Mignet; Alejandro Soumet; Aimé Martin, acreedor á la gloria por su amor por las letras; Enrique Martin, que trueca las crónicas en historia; los hermanos Deschamps; Ozanam, que traducía la metafísica del Dante; Boulay-Paty, que comentaba el amor y platonismo de Petrarca; Musset, el Corregio del colorido sobre los dibujos voluptuosos en demasía del Albano; Alfonso Karr, el Sterne de la sensatez y buen corazon; Méry y Barthélemy, dos improvisadores en bronce, que supieron hacer con la lengua prodigios de prosodia; Laprade, que imprime á la poesía religiosa y filosófica la espléndida serenidad de los mármoles de Fidias; Autran, que canta el mar como un Focéo y la campiña como Hesíodo; el historiador Lacroix, que se hizo poeta con los años bajo los árboles de su

járdin contiguo al mío, como á la madera de ciertos instrumentos músicos comunica el tiempo sonoridad y armonía; Ségur, el poeta épico de la campaña de Rusia; Dargaud, el segundo Ronsard de María Estuardo; Barbier, cuyo jambo vengador en 1830 excede en virilidad al de Andrés Chénier en la vecindad del cadalso; Saint-Marc Girardin, uno de esos espíritus delicados que se templan al fuego de las revoluciones y pasan á pié llano de una cátedra á una tribuna, trasportando la literatura en la política y la política en la literatura, al paso que á ambas engrandecen; y una multitud de otros de quienes no me cabe el derecho de citar, porque solo los he conocido por sus nombres, ó los he tenido demasiado afecto para poder hablar imparcialmente de sus personas. ¿Arguye acaso indigencia tan crecido catálogo en un cuarto de siglo?

XXXV

Pero hay un acontecimiento que forma época en mi vida:

Un día, poco antes de la revolucion de 1830, un amigo mío á quien he tenido ocasion de citar en las primeras páginas de esta revista, Augusto Bernard, que volvía de las Antillas rico y poseesor de un empleo tan honorífico como lucrativo, me llamó aparte y me dijo estas palabras: — « Hombre, hace

tiempo que deseo poner en relacion á los dos hombres que he estimado mas en mi vida, y de quienes he formado las mayores esperanzas : tú y M. Thiers. Este último escribe en el *Nacional*, periódico de la oposicion si los hay, y tú sirves la causa de los Borbones; pero eso no le hace, pues no se trata de un certámen político, sino de una comida mas ó menos opípara y de un encuentro amistoso, sin mas bandera entre ambos que el mantel de la mesa, dejando la política debajo, y siendo mi deseo no azuzar dos opiniones, sino entablar relaciones entre dos naturalezas amigas.

Como sentia instintivamente en favor de M. Thiers una de esas preferencias que se abriga en favor de algunas personas del campo enemigo, no vacilé en aceptar la oferta.

Poco despues comimos los tres en un salon neutral en casa del fondista (*restaurateur*) Véry, en el Palacio Real. Me acuerdo haberme encontrado cara á cara con un hombre corto de cuerpo, algo rechoncho y perfectamente fornido, ágil, plantificado con solidez sobre sus miembros como si hubiese estado pronto á la accion, la cabeza bien equilibrada sobre el cuello, una frente que anunciaba actitudes diversas, ojos suaves, boca firme, sonrisa llena de finura, mano corta y bien abierta como se nota en personas naturalmente francas. Los hombres vulgares hubieran podido encontrar fea su fisonomía; pero ni por un momento me cupo error tan grosero, é inmediatamente reconocí una belleza intelectual

domeñando las facciones, y obligando á un cuerpo rebelde á expresar el esplendor del talento.

Este talento era, como su cuerpo, perfectamente equilibrado, robusto, flexible; si bien notábase en su tono y modales una soltura excesiva con asomos de jactanciosa, tal como á menudo se achaca á los hombres del mediodia. La modestia es un atributo del norte ó un fruto exquisito de la educacion. M. Thiers era el primero y el último en hablar, siguiendo siempre su camino sin preocuparse de la respuesta; pero es necesario convenir que hablaba siempre con un tino, una audacia, una fecundidad de ideas que hacian excusable la extrema volubilidad de sus labios, siendo fácil vér que desde sus primeros años habia sido acostumbrado por sus condiscípulos á ser escuchado. Por otra parte, su palabra enteramente familiar y apropiada al abandono del tiempo y lugar, carecia de toda pretension á la elocuencia, y solo acusaba la expansion de la inteligencia y el desahogo del corazon. A pesar de nuestra firme resolucion de no tocar tecla alguna que pudiese atañer á la política, ésta nos invadió y derribó á pesar nuestro; y, abandonándose á la corriente natural de su índole, juzgó M. Thiers sin odio pero con una severidad moderada tan solo por un miramiento cortés para conmigo, la situacion de Carlos X y la del Duque de Orleans, cuyas ventanas mostraba extendiendo la mano en la parte opuesta del jardín; y bien se notaba que, al sacudir el tronco secular, tenia ya en reserva una monarquía

dinástica que parecía evocar con el gesto, en la certidumbre anticipada de gobernarla, pero sin preveer que contribuiría igualmente á perderla. Por mi parte confieso que preví ambos efectos, y de un modo igualmente luminoso, pues aquella índole inquieta abrigaba una dosis de pólvora mas que suficiente para hacer volar diez gobiernos. Pero lo que mas me impresionó, y sobretodo — lo confesaré sin rebozo — lo que me convenció plenamente de la superioridad de aquel jóven sobre todas las medianías que abrigaba el campo de la oposicion, era el desprecio de su propio partido, virtud no coincidente en general con la edad inexperta á la cual conducen los años, y que profesaba altamente M. Thiers, efecto de la solidez de su tino y vigor de inteligencia.

Mas que nunca salí convencido de la pérdida de la Restauracion, pues tan pujante enemigo le habia suscitado la Providencia; pero al mismo tiempo no pude menos de felicitarle de haber encontrado un adversario digno de ser combatido, un ánimo lleno de intrepidez y originalidad en una legión de guerrilleros de menguado mérito.

Ni aun la duda se me ocurrió del gran papel que estaba destinado á representar un hombre tan sobresaliente, pues la evidencia de la superioridad constituye una profecía. Añadiré que jamas se me ofreció ésta en caracteres mas lisibles y al mismo tiempo mas seductores, pues el valor y la franqueza intelectual ejercen en mí una seducción arrastradora.

XXXVI

Poco despues vaciló y desplomóse repentinamente el edificio político, y, al regresar á París, volví á hallar á M. Thiers agitándose en medio de las ruinas del antiguo régimen y de la construccion de la nueva dinastía. El hábil periodista hacia sus primeros ensayos en la tribuna, si bien no se lisonjeaban sus amigos de verlo recoger amplia cosecha de laureles parlamentarios. Pero la naturaleza que le habia negado la voz, lo habia dotado al mismo tiempo de esa voluntad indomable que todo lo avasalla. Quiso ser orador, y lo fué. Al mismo tiempo emprendí yo mi viage á Inglaterra, no queriendo asociarme á un gobierno que me repugnaba sobremanera.

Durante mi voluntaria emigracion, tuve ocasion de conocer al principe Talleyrand, último amigo de Mirabeau, resto monumental é imponente de diez gobiernos y de diez principios, quien no solo me acogió, sino solicitó mi compañía con la urbanidad exquisita y amable naturalidad que distinguían su conversacion y modales. Me acuerdo haber tenido con aquel estadista sagaz y ducho sobremanera, mas de una conversacion que no solo arguye la perspicacia de un diplomático consumado, sino raya en profecía política.

Así una tarde me hizo sentar á su lado en un sofá á eso del anochecer, y me dijo con la voz grave y hueca que lo caracterizaba : — Quisiera deciros algunas palabras á solas y sin testigos. Mucho siento que no queráis asociaros á nosotros y formar parte de la política actual, aunque en mi concepto la reconstrucción de un gobierno con los únicos materiales de que nos es dado disponer, sea la obra maestra por excelencia de la inteligencia humana. Así punto es este sobre el cual no pretendo insistir, tanto menos cuanto creo comprenderos. Bien veo que queréis reservaros para algo mas integral y mas digno que la sustitución de un tío á un sobrino, en un trono sin base; y no dudo que llegaréis á cumplir vuestro deseo. La naturaleza os ha hecho poeta, la poesía os hará orador, el tacto y la reflexión hombre político.

Conozco á los hombres, pues tengo ochenta años y vislumbro mil cosas mas allá de mi horizonte visual; así podeis creerme si os digo que estais destinado á desempeñar un papel inmenso en los acontecimientos ulteriores. Yo he visto las intrigas de las cortes, vos presenciareis los movimientos mas importantes de las masas. Dejad los versos, aunque los vuestros me gusten sobremanera, pues ya ha pasado el tiempo de la poesía. Ejerceos en la varonil elocuencia de la antigüedad, y no olvidéis que la Francia está destinada á presenciar escenas dignas de Roma y de Atenas. He sido amigo del Mirabeau de la primera revolución, procurad ser el de la segunda. Aquel era

seguramente un varon de sólido temple, pero le faltaba el valor de ser impopular; y bajo este punto de vista yo creo valer mas que él, pues no vacilo en entregar mi nombre á los ultrages de la muchedumbre soez é inconstante. El vulgo me juzga inmoral, me cree maquiavélico, y se equivoca, pues no paso de impasible y desdeñoso. En mi vida me acuerdo haber dado un consejo perverso á un gobierno ó á un príncipe; y toda mi táctica consiste en abandonar el edificio apolillado antes de ser sepultado bajo sus ruinas. Como despues de un naufragio es necesario un piloto para recoger á las víctimas, procuro desempeñar este oficio gracias á mi sangre fria que consigue salvar los restos de las catástrofes y arribar á un puerto cualquiera, sin preocuparme de su nombre, con tal que guarezca á los pobres náufragos; pues ¿qué llegaría á ser de la tripulación si las olas tragasen al piloto? M. Casimir Perier es en el día un gran práctico de mar, y yo me asocio gustoso á su política destinada á librar á la Europa de la guerra revolucionaria; poco me importa que nos maldigan los periódicos de la oposicion en una empresa que conseguiremos realizar, pues la posteridad agradecida bendecirá nuestros esfuerzos. Mi conciencia interiormente me aplaude, y esto basta. Actualmente escribo mis memorias cuyo carácter por excelencia es la veracidad, y la prueba es que no saldrán á luz sino cerca de medio siglo despues de mi último aliento. No tengo la menor prisa de ocupar la atención de

mis contemporáneos, y habiendo despreciado impávido la necedad humana durante mi vida, puedo muy bien arrostrarla cuarenta años en la buesca. Acordaos de lo que os pronostico cuando haya cesado de existir, pues vos contaís entre los pocos hombres de quienes deseo ser conocido. Para los estadistas y diplomáticos hay modos diversos de ser honrado; el mío no es el vuestro, ya lo veo; pero ya llegaréis á estimarme un día mas de lo que actualmente os figurais. Mis supuestos crímenes no pasan de quimeras de mentecatos. ¿Acaso necesita recurrir á crímenes un hombre hábil? Recurso es este únicamente de los idiotas ineptos, que no aciertan en navegar en el piélago político cuyo reflujo los anega. Confieso que he tenido flaquezas, y tal vez vicios segun aseguran ciertas personas, pero crímenes..... ni por asomo.

Después de esta prediccion pasó á los negocios del día, y desplegó ante mi vista un cuadro político y social de la Europa, mostrando la situacion exterior de 1830 bajo un punto de vista tan claro, que no dejaba lugar á la sombra, y la luz parecia filtrar en los últimos escondrijos de las diversas potencias políticas y en los últimos repliegues del corazón humano.

Tal fué la leccion de diplomacia dada por un anciano ministro á un joven poeta, leccion que se prolongó hasta muy entrada la noche. — « ¿Qué pensais ahora, me dijo, de esa fama que tengo del hombre mas chistoso y epigramático de su siglo?

me dijo poco antes de despedirnos. En mi vida me acuerdo de haber proferido la menor agudeza; solo si después de haber reflexionado maduramente he tenido mas de una ocasion de emitir fallos equitativos relativamente á las cosas y los hombres. » — Nada era efectivamente mas cierto, pues nunca brilló por el despejo y la sal ese hombre tan célebre por su ingeniosa chispa, cuya palabra lenta é intermitente poseia la grave monotonía de su voz, y parecia el pensamiento filtrado al través de sus labios. Al mismo tiempo su modo de hablar era muy literario, como convenia á un amigo de Mirabeau y á un cortesano de antiquísima cepa; y su conversacion me gustaba tanto como la lectura de una página de Pascal. A pesar de la diferencia de edad y opiniones, continuábamos en vernos asiduamente en Paris, y me acuerdo haber comido en su casa cuatro dias antes de su muerte, sin notar la menor alteracion en su sonrisa, ni el menor decaecimiento en su inteligencia y siendo diplomático hasta su última hora. Mucho sentiria el no haberlo conocido, pues no hay muchas cabezas que de tal modo descuellan sobre la turba grosera y la vanidad de un siglo. Talleyrand era el *Odi profanum vulgus* personificado, y el desprecio de la opinion cuando llega á tal altura deslumbra ilusivo, usurpando la forma de la virtud; pero hay una luz que procede del pensar y otra de la conciencia, y la verdad nos obliga á reconocer que Talleyrand solo poseia una de estas dos luces, y no la mejor.

XXXVII

El solo escritor que me recuerda el anciano diplomático, escritor por quien profeso un afecto que nada iguala sino mi estimación profunda, es el gran poeta Béranger. El acaso, y no la concordancia de partido, me lo hizo encontrar por fortuna en los últimos años de la república. Prescindiré de todo exámen de sus obras, temeroso de ofender los ídolos de mi infancia ó de ultrajar los suyos. Todo encomio podría ser tachado de apostasía, y de rencor todo vituperio. Por otra parte he olvidado al poeta, y solo me acuerdo de un hombre cuyo talento poético y filosófico exceden á todo el númen.

Solo con M. de Talleyrand he podido saborear una embriaguez análoga á la producida por la conversacion de Béranger; conversacion que iguala en sensatez y sagacidad á la del ilustre diplomático, al paso que la supera por el placer de la inteligencia que comunica, pues el ingenio se halla purificado por la conciencia, y bajo la elegancia verbal se siente latir el corazón.

Mas de un lector se sorprenderá del aserto que voy á emitir, y sin embargo no hay verdad mas demostrada para mí: el gran poeta hubiera llegado á ser, si á tal mira hubiese dirigido sus conatos, el político mas consumado de nuestro siglo. Exactitud

de ideas, delicadeza de tacto, seguridad en el juicio, elevacion de ideas, grandeza de horizonte, dignidad en el fin, moralidad en los medios, sangre fría en el tumulto, amor del pueblo, desden de la popularidad, horror de la anarquía, aversion profunda por los demagogos, compasion por los utopistas, constancia y moderacion en el carácter, todo se hubiera reunido en Béranger para constituir un varon selecto, digno y capaz de desempeñar el noble papel de consejero íntimo de la libertad; sin mas defecto que su excesiva indiferencia por la accion, defecto opuesto al mio que devora la fiebre de realizacion inmediata. En el momento actual, muerto como estoy para el mundo, y espectador retirado en las últimas gradas del circo en que se representa el drama moderno, drama sin principio ni desenlace posible, cuando quiero refrescar mi ánimo con uno de esos castos y puros placeres intelectuales, delicias de esas sombras introducidas por el Dante en sus Campos Elíseos, que platican de las cosas de la tierra con los que aun habitan el mundo de los vivos, salgo solo á mediados del dia de mi laborioso retiro, tomo el camino de la extremidad de la capital y subo la escalera de madera que conduce al reducido albergue del filósofo, quien, despues de sabrosas pláticas, tiene la bondad de acompañarme á mi regreso como acostumbraba acompañar el autor de Pablo y Virginia al autor del Contrato Social en sus herborizaciones mas allá del arrabal de Menilmontant; y ambos caminamos confundidos é ignorados en ese

torrente humano que, aguijonado por la codicia, ambición ó placer, circula incesantemente desde la Bastilla hasta la Magdalena. Su sombrero de fieltro gris con anchas alas y calado hasta los ojos, sus largas canas que casi cubren sus mejillas, su fisonomía caduca, su sonrisa que tanta inteligencia y sinceridad encubre, lo dejan pasar desconocido y le permiten confabular libremente conmigo en ese desierto humano, en que es tan fácil aislarse como en los arenales de la Libia.

Nada iguala al deleite secreto que á mi sér inunda cuando pienso que dos hombres que tanto ruido metieron en el mundo, se escurren impunemente y al abrigo de todo oír y de toda mirada, al través la compacta muchedumbre que desconoce sus rostros y apenas sabe sus nombres. Sensación es ésta que determina estremecimientos interiores de aislamiento póstumo y filosófico deleite, y no acierta á comprender la fogosa juventud sedienta de popularidad. Cuando me hallo solo con Béranger en medio de París, siento en mí un placer análogo al que resulta de subir, durante el otoño, de colina en colina sobre la niebla que cubre el valle. Sentir la cabeza fuera de la niebla que envuelve á este miserable mundo, juzgar y compadecer á la tosca muchedumbre que se arrastra en la oscuridad de sus preocupaciones, oír de cuando en cuando el sabio y propicio *misereor super turbam* que da su corazón al mundo y sólo lo acusa de ser mundo, tal es lo que he experimentado yo con Béranger; esto es, con

uno de esos hombres que aparecen cada siglo, cuyos piés se hallan en el fango, el corazón en el pueblo, pero cuya cabeza excede al nivel de la humana niebla.

Guárdeme Dios la compañía de hombre semejante.

XXXVIII

En los últimos años trascurridos, la literatura casi desterrada de los libros se refugió en las tribunas y periódicos. El pensamiento no era ya un placer sino un trabajo, y la sociedad en ebullición vomitaba todas sus llamas en un mismo foco. Desde Chateaubriand en el Conservador, hasta M. Thiers en el Constitucional; desde los ilustres escritores del Globo, hasta Carrel y Armando Marrast en el Nacional; desde M. Chambolle en el siglo, hasta M. Emile de Girardin en la Prensa, temeraria empresa sería nombrar á los escritores que escribieron en los periódicos, pues sería hacer el catálogo de todos los literatos actuales. Todo cuanto anidaba un pensamiento, una pasión ó un sueño luminoso manejaba una pluma; y no cabrá exceso en decir que la recopilación de todos los artículos de revistas y periódicos desde treinta años á esta parte, sería seguramente el libro mas curioso del siglo.

Por otra parte, nada hay que desmienta ó confunda de un modo mas triunfal los ánimos misantrópicos, denigradores de nuestra época. Prescin-

diendo de toda vanidad de tiempo y de nacion, ¿qué parte de Europa ofrece, ó qué siglo de la antigüedad nos muestra tribunas comparables á la que hemos visto en tan corto espacio de tiempo y lugar? En época tan reducida á la vez y tan gloriosa, por mas que digan ciertos ánimos atrabiliarios, hemos visto brillar el acendrado civismo en la elocuencia de M. Lainé, la gran polémica en la de M. Serres, el patriotismo brillante en la del general Foy, los oráculos vaticinadores en la de M. Royer-Collard, el valor en la de Casimir Périer, la voluntad en la de M. Guizot, la explosion en la de M. Dupin, la universalidad en la de M. Barrot, la ciencia en la de M. Passy, la dialéctica en la de M. Dufaure, el talento en la de M. Jules Favre, la revolucion fermentante en la de Michel de Bourges, la cólera cívica ó la invectiva sagrada en la de M. de Montalambert, la poesía fulgorosa en la de Victor Hugo, la abundancia en la de M. Sauzet, la magnanimidad en la de M. de Tracy, la grandiosidad patética en la de M. Berryer, y en la de M. Thiers el prodigio... Sí, el prodigio, pues este último lo formó todo hasta el gesto, ó por mejor decir á fuerza de talento supo prescindir de gesto y de palabra. Durante horas enteras, que nunca parecían largas, hacía valer el pensamiento, la sensatez, á veces el sofisma, sin agotar sus propios recursos, ni el interés del auditorio. Sus golpes no eran hercúleos, pero tan numerosos y bien aplicados que pulverizaba los ministerios, las mayorías y el trono. Desprovisto de

la gran pantomima apasionada de Mirabeau, dividía su fuerza en fragmentos y parecía que, heredero de la clava nudosa del tribuno revolucionario, la había convertido en flechas que asestaba á uno y otro lado de las asambleas, avasallándolo todo por la pujanza de su maestría. En una de sus flechas veíase escrito razon, en otras sarcasmo, pasión en ésta, gracia en aquella. Recias llovían como una granizada, y nadie podía escapar á sus puntas. Por mi parte, después de haber combatido tenazmente al hombre político, confieso que me ha sido imposible escapar á la admiración inspirada por el artista supremo.

No hablaré de los que conmigo combatieron en época tan fecunda, pues al nombrarlos parecería que á mí mismo me designo, y el mismo silencio debe cubrirnos en la actualidad.

De estos hombres á que aludo, algunos han fallecido recientemente y sus cenizas aun no han llegado á enfriarse en nuestros cementerios; pero la mayor parte vive aun envejeciendo ó por mejor decir madurándose en ese trabajo literario que es la eterna juventud de la inteligencia, porque es su eterna reproducción por el estudio. Allí están impávidos y serenos mientras que un nuevo semillero se agita en la juventud, prometiendo á la Francia una generación eterna de talento..... A vista de datos tan palpables, ¿quién se atreverá á hablar de la decadencia de nuestra nación.

XXXIX

Pero bajemos algunos escalones mas, para certificarnos por un solo ejemplo, hasta que punto el fondo mismo de la Francia habia llegado á ser culto, suavizado y amenizado por esa literatura universal, aun en las clases menos letradas. Veamos si de la cabeza misma de la nacion, habia bajado á sus miembros inferiores un elemento superior á cuanto anidaban los pueblos antiguos.

Hace algunos dias que, al recorrer los textos esparcidos de la historia romana, leia en Lampride la descripcion del gran levantamiento operado por la soldadesca y pueblo romano, despues de la trágica muerte de Cómodo y la eleccion de Pertinax. El historiador parece haber recogido en un solo clamor los tumultos confusos, sordos y estridentes que brotaban de una muchedumbre clamorosa y enardecida, como el cabriteo estrepitoso y simultáneo de las olas, cada una de las cuales produce una explosion al chocar con la ribera, y cuyo conjunto forma un mugido fragoroso y descomunal. Este fragmento es la orquesta terrible de un motin, anotada en gritos de muerte por un historiador. Seguramente no hay dos escenas semejantes en la historia. La ferocidad brutal y sanguinaria del pueblo embrutecido por el Circo, se manifiesta en toda su plenitud y campea audaz en su inmundito albañal.

« ¡Fuera el enemigo de la patria!..... ¡Qué se le quiten las señales de dignidad!..... ¡Muera el parricida!..... ¡Muera el gladiador!..... ¡Qué vaya á podrir á muladar!..... ¡Sea despedazado el enemigo de los dioses!..... ¡A la cloaca, á la cloaca!..... ¡Qué su cuerpo sea desgarrado por los garfios!..... ¡Muera ese pícaro!..... ¡Arrastremos por las calles á ese infame que meditó nuestra muerte!

« ¡Tú que á nuestros peligros te asociastes, oh Jupiter omnipotente, dignate conservarnos á Pertinax!..... ¡Vivan los pretorianos!..... ¡Vivan los soldados!..... Pertinax, te lo pedimos por favor, haz que sea arrastrado el cadáver del parricida y sumido en inmundas cloacas!..... ¡Qué los delatores sirvan de pasto á los leones!..... ¡A las fieras el parricida!..... ¡Viva el pueblo romano!..... ¡Muera el infame, muera el gladiador!..... ¡Caigan sus estatuas, y no quede un solo fragmento!..... ¡César manda que obren los garfios!..... ¡César, manda que sea arrastrado por el lodo ese miserable que cosió á puñaladas á tantos nobles ciudadanos!..... ¡Muera ese ente vil que no perdonó á edad, ni sexo, ni parientes, ni amigos!..... ¡Muera el inicuo que despojó á los templos y violó los testamentos!... ¡Pertinax, déjanos hacer añicos á ese asesino que tasó nuestras cabezas!..... ¡Qué sean ignominiosamente expelidos del senado sus espías!..... ¡A las fieras los delatores!..... ¡César, acuérdate del peligro

« que por tí pasamos, y manda cuanto antes que
 « perezca el parricida del modo mas afrentoso !.....
 « ¡ Aun yacen insepultos los cuerpos de los ino-
 « centes !..... ¡ Que cubra el lodo el cadáver del
 « sacrilego que violó los sepulcros y desenterró á
 « los difuntos !..... ¡ Al muladar los restos del par-
 « ricida !..... »

XL

Escuchemos ahora al pueblo francés en medio de la más trágica asonada que llegó á hacinar, en la plaza pública, á una muchedumbre jadeante y vo-cinglera, ébria del olor de la sangre y del ronco rugir de los cañones.

Era al anochecer del segundo día del levanta-miento de junio de 1848. Un puñado de anarquistas, cuyos cascos habian alborotado la lectura de algunos periódicos incendiarios por la mañana, y por la tarde los clamores de un club comunista en los arrabales de la capital, habia construido mas de una barricada y sitiado á Paris sorprendido en su sueño. Digo que era un puñado, por mas que haya quien opine lo contrario, y no me cansaré de repe-tirlo; pues del millon y medio de ciudadanos que pue-blan la capital y cercanías, estoy convencido de que apenas llegaban á mil y quinientos los fusiles fratri-cidas que, desde lo alto de los techos y detras de las

barricadas, hacian fuego sobre sus conciudadanos. Lo demas del pueblo flotaba atónito, mirando, llorando y estremeciéndose como una masa de agua oscilando entre dos corrientes.

A la sazón regresaba yo del ataque de las des-comunales barricadas erigidas en el arrabal del Templo, ocupadas á mano armada por la Guardia móvil y las tropas de artillería. Me acuerdo de que me acompañaba el animoso Duclere, ministro de ha-cienda, tan esforzado en la pelea como sagaz en el gabinete; un joven guardia nacional á caballo llama-do Lachaud, que se habia consagrado á mi defensa sin conocerme; y Pedro Bonaparte, hijo de Luciano, con el cual me hallaba ligado por vínculos de paren-tesco, intrépido mozo, cuyo caballo procedente de mis caballerizas, acababa de abatirse bajo su per-sona mortalmente herido.

Justamente inquieto de lo que podia tronar du-rante la noche y al día siguiente, al no ver en el terreno á las tropas que, en virtud de nuestras órdenes, se habian acercado á Paris habia dos meses con el objeto de atajar un tumulto sedicioso previs-to de antemano, determiné, á pesar de lo inminente del peligro, averiguar por mí mismo el número y disposiciones del innumerable pueblo de artesanos y jornaleros que se agitaba desde el arrabal del Templo hasta la Bastilla. En consecuencia, atravesé la fila de soldados que contenia á la muchedumbre en este parage, y me avancé solo con tres hombres determi-nados en medio de la calzada. Atonita en presen-

cia de tal atrevimiento, se preguntaba la muchedumbre reconcentrada en ambas aceras, quién era el agresor inopinado que osaba separar sus olas; y apenas supo mi nombre, cuando se precipitó animada y bulliciosa con los brazos levantados, multiplicados gestos, indecibles fisonomías y prolongados gritos que hicieron respingar á mi caballo, espantado ya con el fuego que habia recientemente arrostrado. Pero brazos desnudos y vigorosos lo cogieron por la cabeza y las crines del pescuezo, lo acariciaron y contuvieron medio de grado, medio por fuerza, mientras que un valeroso guarda de la asamblea llamado Husson, un antiguo militar, se habia apoderado de la brida y se esforzaba en hacer un claro en las masas, y cubrirme con su cuerpo durante el largo diálogo que se establecia entre el pueblo y yo.

XLI

Apenas hacíamos diez pasos por minuto, y errado andaría quien creyese que formaban aquella muchedumbre esos haraganes vagamundos, acostumbrados á solazarse y errar á la aventura, matando el tiempo en el empedrado de París; no, aquella masa compacta se componia de ciudadanos domiciliados en las cercanías, honrados artesanos establecidos, tenderos acomodados, en una palabra la parte sus-

tancial de la capital; sin contar una masa innumerable de hombres maduros, jóvenes y niños de ambos sexos, que el estampido del cañon habia obligado á dejar su trabajo y sus guardillas. Todas estas personas se distinguían en general por una mirada suave, fisonomía doliente, rostro pálido y labios trémulos en demasía. El enflaquecimiento y mal estado de sus vestidos acusaban la extenuacion de una poblacion á la cual desde algunos meses falta el trabajo y el pan. En torno de mi persona y allá á lo lejos, un sordo é inmenso rumor precedía á la vez y envolvía á aquella muchedumbre compacta y movediza, como el ronco murmullo que envuelve á uno de esos colmenares en que hierve la vida.

Habia rogado á Lachaud, que vivía en aquel barrio y me seguía á distancia, que notase en su memoria y despues en el papel, los gritos, murmullos y vociferaciones que oíría, para poder conocer yo mediante este informe las quejas, los votos é inculpaciones del pueblo y medir las fuerzas por la naturaleza del peligro; precaucion por otra parte inútil, pues cuanto llegué á ver y oír se gravó profundamente en mi memoria. En consecuencia voy á reproducir literalmente las voces que resonaron en mis oídos, tales como las profirió aquella turba vocinglera, cuyas palabras que parecían rajár el viento atolondraban mi oído, y tales como he podido extraerlas de las notas del indicado amigo.

« ¿Quién es ese que monta el caballo negro?...
« Es un miembro del gobierno... ¡Viva L***!...

« Voy á darle la mano... Quiero tocar su caballo... »

Algunas voces procedentes de gentes mejor vestidas en las calles laterales :

« ¡ Muera L***! ¡ Viva la república democrática y social! »

Pero millones de voces cubren y rechazan estos gritos siniestros, mientras que numerosos jornaleros en mangas de camisa, rodean el caballo de L***, extendiendo sus brazos y hablándoles todos á la vez.

« No tengais miedo, clamaba esa buena gente; no tengais miedo, L***, que no somos amotinados, ni hay en nuestro gremio facciosos ni malvados sedientos de saqueo y mortandad, sino honrados jornaleros que bajan de sus casas al ruido del cañon, y como vos detestan á los que tiran sobre sus hermanos.

Lo único que pedimos es orden, trabajo y pan.... Mirad como tiemblan y lloran nuestras mugeres, nuestros hijos de menor edad.... Mirad cuan palidos, cuan macilentos y cuan mal cubiertos se hallan..... ¿ Acaso tenemos facha de un pueblo repleto y bien cebado?.... Hace cinco meses que ayunamos para poder pagar el debido precio por la libertad, y estamos muy lejos de arrepentirnos de haberlo hecho así..... al contrario..... pero tambien es necesario que la libertad alimente al pueblo..... Echad enhoramala á la Asamblea nacional..... ¡ Fuera ese cuerpo que de nada sirve!.... Vayan á paseo esos señores que nos hacen perder el tiempo..... Gobernadnos vos solo..... Sí, sí,

tomad las riendas del gobierno..... No queremos mas gefes que vos!....

L*** — « Lo que me pedis es un crimen, pues la Asamblea es la Francia. Dadle tiempo, que no se funda un gobierno en un abrir y cerrar de ojos.

Millares de voces. — « No, no, no, que nada hacen que valga esos señores que no nos comprenden, y ni aun siquiera nos conocen..... Gobernadnos vos solo, y os obedeceremos.... Os lo juramos..... ¿ Acaso no nos conformamos á vuestras órdenes cuando nos hicisteis guardar las puertas de los ricos durante las noches de febrero, cuando nos mandásteis apagar el incendio de las Tullerías y de Neuilly? ¿ Acaso no os obedecemos, cuando os opusisteis á la adopcion de la bandera roja?.... ¿ Acaso no os obedecemos, cuando quisisteis suprimir la pena de muerte contra nuestros enemigos?.... ¿ Acaso no os obedecemos, cuando nos llamásteis el diez y seis de abril para libraros de los comunistas que os sitiaban en el ayuntamiento (*Hôtel-de-Ville*), y á vuestra voz acudimos en número de quinientos mil?.... ¿ Acaso no os obedecemos el quince de mayo, para libertar la Asamblea nacional y seguiros á la casa del ayuntamiento ocupado por el cañon de los insurgentes?... Decidnos, ¿ cuando nos negamos á prestaros obediencia?.... Pobres somos pero buena gente; dóciles y sobretodo buenos ciudadanos, prontos á obedeceros con tal que forméis solo nuestro gobierno y nos asegureis el alimento y el orden.

Millares de voces. — « Pan y paz..... Tal es lo que anhelamos..... y sobretodo fuera sangre..... fuera insurreccion..... Pero enviad á pasear á esos habladores..... Mandad que cese el combate..... que cese el estampido del cañon..... »

L*** — « ¿ Pretendeis acaso que una pandilla de malhechores asesinen á Paris y á la Francia, sin medios de defensa para la gente honrada como vosotros ?

Millares de voces. — « En efecto, es verdad..... nada es mas cierto..... Pero nosotros no aprobamos las miras de los rebeldes..... no nos asociamos á sus planes..... no los conocemos..... son malos ciudadanos..... Pero acabad de una vez ó sino no respondemos de lo que pueda tronar..... Despedid la Asamblea..... Dadnos trabajo..... dadnos pan..... cimentad la paz..... pero perdonad á los vencidos..... No reconocemos enemigo alguno en la tierra..... qué sean perdonados nuestros hermanos.... Los heridos al hospital, pues en febrero llevamos los vuestros y los nuestros..... Fuera venganza.... fuera cadalso.... Un gobierno.... un buen gobierno..... Venga trabajo.... venga pan.... venga paz y libertad.... pero no olvideis que deben quedar salvos nuestros hermanos.... que sean perdonados los vencidos.... Humanidad para todos, pues somos Franceses.... »

Tal es, segun la copia literal operada en el lugar mismo por Lachaud, el grito prolongado, confuso, lamentable y no obstante humano, precedente de la mayor sedicion del pueblo francés, comparado

al grito feroz, implacable y sanguinario de la plebe romana en una explosion análoga..... ¡ Cuán diferente se muestra el corazon de ambos pueblos, y cómo contrastan sus reciprocas vociferaciones !..... El Circo y la servidumbre habian vuelto feroz al populacho de Roma, mientras que la libertad y la literatura, cuyo benéfico influjo desde hace treinta años se difunde en las masas, consiguieron humanizar, suavizar y ennoblecer la plebe francesa, capaz de descarriarse de la sana via, pero incapaz de crueldad colectiva. Sosiéguese los ánimos pusilánimes á quienes amedrentan los peligros que amenazan á la sociedad francesa, pues, salubricado por su literatura, nuestro pueblo posee tanta sensatez como rectitud de corazon. Así podrá haber veinte revoluciones, pero nunca un cataclismo social, pues las masas en Francia deben á la naturaleza el buen corazon que las distingue, y á su literatura y tribunas el tino exquisito que las caracteriza.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

CONVERSACION UNDÉCIMA

JOB LEIDO EN EL DESIERTO.

I

Este grandioso poema merece ser llamado el mas sublime monumento de cuantos archivaron los siglos, no solamente del espíritu humano y de las lenguas escritas, no solamente de la poesía y ciencia filosófica, sino el mas sublime monumento del alma humana y el drama eterno por excelencia, do figuran tres actores, pero tres actores que todo lo resumen: DIOS, EL HOMBRE Y EL DESTINO.

Sin vacilar, estamos prontos á asegurar que, si debiese desaparecer el linage humano de la tierra (aserto que ninguna imposibilidad arguye), para ser

reemplazado en el planeta que pisamos por una estirpe mas perfecta y mas inteligente que la nuestra, y si una sola obra humana debiese salvarse de tal cataclismo, sería preciso optar por el poema de Job, de todas las producciones humanas la mas acreedora á sobrenadar ileso sobre el naufragio de todos los restos humanos; y este admirable poema podría servir de epitafio á la humanidad difunta, é inmortalizar para siempre el genio humano ante la posteridad incógnita.

M. de Chateaubriand, que solo le consagra dos páginas, lo denomina una elegía. ¡Qué elegía la de ese leon herido pugnando con la agonía del vivir, con las bascas de la muerte, con las angustias de la duda, é interrogando al mismo Dios para obligarlo, en cierto modo, á justificarse ante su propia criatura! No, no hay poeta cuya obra no eclipse tan excelso poema, que podría leerse sobre las ruinas del mundo al son de los planetas chocándose y estrellándose entre sí fuera de sus órbitas. La magestad del acento igualaría al horrisono fragor producido por el desmoronamiento integral de la creacion.

II

Homero no pasa de un narrador divino, cuyos cantos descansan y recrean á los héroes fatigados

sobre el campo de batalla, y cuyas obras, como lo efectuaba Alejandro, cada uno puede ocultar bajo su almohada.

Los poetas de la India son fabulistas maravillosos que revisten de formas fantásticas al Dios único é inmortal, y cuyas obras podemos leer holgadamente en nuestras bibliotecas.

Los bardos chinos son teólogos llenos de discrecion y cordura, que se dignan conceder al pueblo algunas encarnaciones á la manera de la península que riega el Ganges, y cuyos escritos podemos hojear en nuestros momentos de ocio.

Virgilio es un académico consumado de Roma, cuyos versos leemos gustosos en las academias y colegios.

Horacio es un voluptuoso indolente, una especie de Saint-Évremond romano, digno de ser hojeado en la mesa.

Dante es un teólogo popular, cuyos versos ora triviales, ora sublimes, son como un monton de conchas en que buscaríamos afanosos una perla.

El Taso es un poeta de imaginacion hechicera y llena de lances amorosos, que se puede leer en la corte para halagar el ánimo.

Camoëns y Milton son magníficos ecos, uno de Virgilio y el otro de Moisés, dignos de ser estudiados despues de sus modelos respectivos, elevándolos al mismo nivel.

El mismo Racine, nuestro gran poeta, no pasa del mas melodioso de los sinfonistas, cuyas obras

se pueden oír en el teatro ó leer á solas, como se escucha en el silencio del alma, la música de las lenguas.

III

Pero á Job lo podemos leer delante del mismo Dios, sin distraernos de la magestad y terror que inspira la presencia divina, pues en sus páginas que de magestad rebosan, parece extenderse la sombra visible del mismo Jehová, infundiendo un terror sobrehumano. También podemos recitarlo en la hora suprema, en presencia de la muerte, cuando el sudor de la agonía baña nuestra almohada, cuando las bascas nos sofocan y parecen desencajar nuestro sér, cuando se halla ya levantada la piedra del sepulcro en que debemos dormir sobre nuestro lecho de podredumbre, pues este libro excede en escalofríos á la congoja del moribundo, á la muerte en horrores, y en tinieblas al sepulcro helado. ¡Oh excelso vate que descuella sublime entre los vates, é iguala á todo cuanto, mortal ó inmortal, la divinidad refleja! ¡Oh libro sin igual que puede pasar nuestra mano de la vida á la nada, de la luz del sol á las tinieblas subterráneas, del tiempo á la eternidad, sin decaer á nuestros ojos; libro que se puede recitar de ambos lados del sepulcro sin voltear la página; libro de ambos mundos y el único que se puede leer en la huesa y la eternidad, admitiendo

que lean los que latieron en este valle de lágrimas! ¿Y porqué es única en su género esta produccion? Tal es lo que procuraremos demostraros en los párrafos siguientes.

IV

No pertenezco yo á la escuela plañidera de Young y Jeremias, cuyas lamentaciones sempiternas y sistemáticas en nada aprovechan á la humanidad doliente. Estas poesías siempre empapadas de llanto me recuerdan á esas lloronas asalariadas en las exequias de los antiguos Romanos y de los Orientales modernos, que, no sabiendo mas que un oficio, mueren de hambre si nadie las alquila mediante una tarifa adecuada por hora ó por sollozo. Las lágrimas son excusables dos ó tres veces en la vida, y, salvo estas ocasiones, solo sirven para afeminar nuestra naturaleza. Cuando manan de los humanos ojos son acreedoras á todo respeto, pues la naturaleza otorgó don tan precioso á la prole de Adán, como engalanó con el rocío cristalino á las noches de las regiones abrasadas, para templar la dureza de un cielo ígneo. Las lágrimas son el desagüe de la piedad por la esponja del corazón; pero seguramente no son el órgano del valor. Ahora bien, el hombre que á la adversidad no opone una frente denodada, no es un hombre sino un ente mugeril, digno de una rueca y un lacrimatorio, digno de

hilar su propio sudario, digno de contar durante sesenta u ochenta años de lánguida querella y enervantes cuitas, cuantas lágrimas puede contener el ojo de un cobarde.

Como á todos los poetas, me cupo en dote una fibra sensible sobremanera, fibra destinada á estremercse espontánea, y á vibrar profundamente al menor choque delicado ó grosero de las cosas humanas. No creo que á muchos hombres vivos cupiesen tantas tribulaciones, sin contar los reveses venideros que me reserva la suerte... Pero doy gracias á esta misma naturaleza que, al depararme una fibra tan sensible al dolor, la volvió no menos sensible á las impresiones suaves y balsámicas de la vida. Esta fibra puede doblarse hasta la melancolía, pero nunca hasta la postracion; y un impulso misterioso la obliga á levantarse recta como un resorte de acero cuyo temple superior impide romperse. Su equilibrio incesantemente perturbado é incesantemente restablecido, comunica á mi alma cierta serenidad plácida en un fondo triste. Tal es la temperatura de este globo de muerte, pero tambien de vida; de este planeta de angustia, pero tambien de amor.

Así nadie es mas flexible é impresionable que yo á la accion de esa brisa aromática que en esta tierra

que pisamos sopla á menudo en la primavera, y á veces en otoño, sobre la epidermis del corazon. Nadie ha bebido tanta embriaguez en una mirada, ni saboreado mas miel en una sonrisa, ni absorbido magia tan voluptuosa en la luz del sol; nadie ha sido mecido por una meditacion mas trasparente en una noche de verano, ni sido avasallado por un entusiasmo mas pio y mas venturoso al contemplar una montaña, un valle, un mar, y lo diré ingenuamente nadie ha poseido una facultad mayor de delicioso olvido en esas conversaciones íntimas de la mesa, rodeado de compañeros que parecen vertir su corazon en un fondo comun, y dejar rebosar su mente bajo la forma de plática amena y chispeante como la espuma de sus vasos, aplazando para el día siguiente el fastidio de vivir ó la congoja de la muerte; nadie ha gozado tan profundamente del placer que acarrea la sociedad de selectos amigos, familia adoptiva, parentesco del alma, público íntimo, que dista mucho de ser tan indiferente y tan pérfido como lo pretenden ciertos ánimos llenos de despecho misantrópico, y cuya fidelidad y consuelo jamás brillaron tanto á mis ojos como en los momentos aciagos.

Seamos justos, y convengamos en que el bien y el mal alternan sucesivamente en la vida, y que se pueden aplicar á la existencia mis propias palabras proferidas hace algunos años: La Francia tiene momentos bellisimos y años ruines. — Ni á la patria ni á los hombres hay que negar instantes

admirables. La ingratitud nunca podrá ser la justicia, y sin justicia ¿donde está la filosofía de la vida?

VI

Pero, á pesar de las disposiciones equitativas y equilibradas, y añadiré dichas de mi naturaleza, no puedo menos de asegurar con toda sinceridad y con la audacia de Job, que, despues de haberlo pesado, balanceado y calculádolo todo; despues de haberlo todo escudriñado y todo examinado, me he convencido en último análisis que la vida humana (prescindiendo de la idea de Dios, esto es de lo infinito) es el suplicio combinado del modo mas divino ó mas infernal para someter á una criatura inteligente, en el menor espacio de tiempo posible, al mayor número de tormentos fisicos ó morales, gemidos, desesperacion, gritos, imprecaciones, blasfemias, en una palabra cuanta horrorosa pena puede ser contenida en un cuerpo de carne y en una alma de... Ni aun siquiera sabemos el nombre de la esencia por la cual somos.

Jamás un hombre por mas cruel que se le suponga no hubiera podido llegar á tamaños suplicios, cuya sublime combinacion arguye la omnipotencia divina.

VII

Analizemos de una sola ojeada la profundidad de esa combinacion verdaderamente sobrehumana que sugeria tantas invectivas á Job, tantos delirios á Pascal, y á mí mismo los siguientes versos que respiran la intensidad de la desesperacion.

« Cuando en hora fatal, su palabra fecunda al mundo hizo brotar de los gérmenes del caos, apartó el Criador su faz al ver su obra imperfecta, y, despues de haberlo arrojado en el espacio con desdeñosa planta, volvió á entrar en su reposo.

« Desde entónces reinó el mal en su inmenso imperio, y empezó á sufrir todo cuanto piensa y todo cuanto respira. Todo gimió: el cielo, el alma, la materia; y la voz de la naturaleza entera no fué mas que un suspiro prolongado.

« Elevad vuestros ojos á la celestial region; buscad á Dios en su obra, invocad en vuestras penas á ese gran consolador. ¡Desgraciado! Su obra carece de toda bondad, y al buscar vuestro apoyo, el universo vuestro perseguidor os presenta.

« ¿ Qué nombre te daremos, oh fatal poder? ¿ Te llamaremos Destino, Naturaleza, Providencia, ó inconcebible Ley? Pero tiemble el hombre bajo tu mano, ó blasfémela audaz; muéstrese sometido ó rebelde, temeroso ó amante, siempre, siempre eres idéntico á tí mismo.

« ¡ Si á lo menos al ciego acaso decímase á los hombres, ó si su mano pesase igualmente sobre nuestra grey! Pero los siglos son testigos de que sus víctimas favoritas son las almas magnánimas, la belleza, el genio, las sublimes virtudes.

« ¡ Criador omnipotente, principio de todo sér, rey de la inmensidad, tú, para quien lo posible existe antes de ser producido! Tu deseo te hubiera bastado para sacar de tu eternidad tesoros inagotables de vida y felicidad para tus hijos.

« Sin agotar tu sér hubieras podido prodigar olas de felicidad absoluta en toda la naturaleza. ¿ Qué son para tí el espacio, el poder y el tiempo? ¡ Ah! mi razón se estremece: seguramente lo podías, pero no lo quisistes.

« ¿ Qué delito cometimos para merecer la vida?

¿ Pidiera acaso el sér la nada insensible, ó tuvo que aceptarlo? ¿ Somos acaso obra del azar caprichoso ó tal vez, oh Dios cruel, eran necesarios nuestros suplicios para vuestra felicidad?

« Subid, subid al cielo, incienso que lo halaga, suspiros, gemidos, lágrimas, sollozos, blasfemias; que tal es el placer, tal el concierto divino. Subid, gritos de sangre, voces exhaladas de la tumba, quejas inextinguibles; subid y estrellaos contra las bóvedas del palacio que habita el Destino.

« Tierra, eleva tu voz; responded, cielos; concentrad en uno solo vuestros externos suspiros, lóbregos abismos, morada horrorosa en que la muerte hacina sus víctimas; que una queja eterna acuse á la naturaleza y dé el dolor una voz á toda criatura para gemir.

« Desde el día en que la naturaleza arrancada á la nada se escapó de tus manos, como una obra bosquejada apenas, pudistes ver la materia sujeta á los desórdenes del mal, toda carne quejosa, toda vida envidiosa de la nada.

« Desde entonces chocaron entre sí en intestina lucha los elementos rivales, y el tiempo que todo lo aja, se sentó en las ruinas que hacinaron tus manos, aguardando en el umbral, mientras que la muerte ahogaba aun en el seno de sus madres los gérmenes de los humanos seres.

« Vióse la virtud sucumbir bajo la audacia impune, honrada la impostura, la errante libertad ofrecida en holocausto á los dioses vivos del mundo; por do

quier la fuerza fundando el ilimitado reino de la injusticia, el valor árbitro de las batallas; lleno de fé en Platon Caton desgarrando sus entrañas; y al morir por la virtud que tanto amara, dudar Bruto de esta misma virtud al exhalar el suspiro postrero, y exclamar: tú no pasas de un nombre...

« Viérase la fortuna cómplice eterna de la execrable iniquidad, los mas nefandos crímenes legítimos y coronados, la gloria galardón de la sangre vertida, los hijos agoviados bajo la inicua herencia transmitida por sus padres; y el siglo que fenece contando sus miserias al siglo que despunta.

« Herederos de dolores, víctimas de la vida, en vano os lisonjeais que saciará su rabia aletargado el mal, hasta que la muerte desplegando sus anchurosas alas, sepulte en el silencio eterno el eterno dolor ¹.

¹ Lorsque du Créateur la parole féconde
Dans une heure fatale eut enfanté le monde
Des germes du chaos,
De son œuvre imparfaite il détourna sa face,
Et, d'un pied dédaigneux le lançant dans l'espace,
Rentra dans son repos.

VIII

Tal es la poesia de la desventura incumbente á nuestro linage; ¿que seria si la analizásemos en prosa? ¿que seria si la escribiésemos con lágrimas?

Le mal dès lors régna dans son immense empire;
Dès lors tout ce qui pense et tout ce qui respire
Commença de souffrir;

Et la terre, et le ciel, et l'âme, et la matière,
Tout gémit; et la voix de la nature entière
Ne fut qu'un long soupir.

Levez donc vos regards vers les célestes plaines,
Cherchez Dieu dans son œuvre, invoquez dans vos peines
Ce grand consolateur.

Malheureux! Sa bonté de son œuvre est absente;
Vous cherchez votre appui: l'univers vous présente
Votre persécuteur.

De quel nom te nommer? O fatale puissance!
Qu'on t'appelle Destin, Nature, Providence,
Inconcevable loi,

Qu'on tremble sous ta main, ou bien qu'on la blasphème,
Soumis ou révolté, qu'on te craigne ou qu'on t'aime,
Toujours, c'est toujours toi!

Si du moins au hasard il décimait les hommes,
Qu si sa main tombait sur tous tant que nous sommes
Avec d'égales lois!
Mais les siècles ont vu les âmes magnanimes,

¿qué sería si la pintásemos con sangre? ¿qué sería
si la tradujésemos en sollozos convulsivos? Tal lo

La beauté, le génie, ou les vertus sublimes
Victimes de son choix.

Créateur tout-puissant, principe de tout être !
Toi pour qui le possible existe avant de naître !
Roi de l'immensité !
Tu pouvais cependant, au gré de ton envie,
Puiser pour tes enfants le bonheur et la vie
Dans ton éternité !

Sans t'épuiser jamais, sur toute la nature
Tu pouvais à longs flots répandre sans mesure
Un bonheur absolu.
L'espace, le pouvoir, le temps, rien ne te coûte.
Ah ! ma raison frémit : tu le pouvais, sans doute ;
Tu ne l'as pas voulu.

Quel crime avons-nous fait pour mériter de naître ?
L'insensible néant t'a-t-il demandé l'être,
Ou l'a-t-il accepté ?
Sommes-nous, ô hasard ! l'œuvre de tes caprices ?
Ou plutôt, Dieu cruel, fallait-il nos supplices
Pour ta félicité ?

Montez donc vers le ciel, montez, encens qu'il aime,
Soupirs, gémissements, larmes, sanglots, blasphème,
Plaisirs, concerts divins !
Cris du sang, voix des morts, plaintes inextinguibles,
Montez ! allez frapper les voûtes insensibles
Du palais des destins.
Terre, cleve ta voix, cieux, répondez ; abîmes,
Noir séjour où la Mort entasse ses victimes,
Ne formez qu'un soupir !

verificó Job, y tal no es nuestra pretension. Pero
hay tres cosas que en nuestro concepto reasumen el

Qu'une plainte éternelle accuse la nature,
Et que la douleur donne à toute créature
Une voix pour gémir !

Du jour où la nature, au néant arrachée,
S'échappa de tes mains, comme une œuvre ébauchée,
Qu'as-tu vu cependant ?
Aux désordres du mal la matière asservie,
Toute chair gémissant, hélas ! et toute vie
Jalouse du néant !

Des éléments rivaux les luttes intestines,
Le temps qui flétrit tout, assis sur les ruines
Qu'entassèrent ses mains,
Attendant sur le seuil tes œuvres éphémères,
Et la mort étouffant, dès le sein de leurs mères,
Les germes des humains !

La vertu succombant sous l'audace impunie,
L'imposture en honneur, et la vertu bannie,
L'errante liberté
Aux dieux vivants du monde offerte en sacrifice ;
Et la force partout fondant de l'injustice
Le règne illimité !

La valeur sans les dieux décidant les batailles !
Un Caton libre encor déchirant ses entrailles
Sur la foi de Platon ;
Un Brutus qui, mourant pour la vertu qu'il aime,
Doute, au dernier moment, de cette vertu même,
Et dit : Tu n'es qu'un nom !...

La fortune toujours du parti des grands crimes !
Les forfaits couronnés devenus légitimes !
La gloire au prix du sang !
Les enfants héritant l'iniquité des pères !
Et le siècle qui meurt racontant ses misères
Au siècle renaissant !

horror indescriptible de la humana suerte en este mundo : las condiciones de nacimiento, las condiciones de la vida física y las condiciones de la muerte.

IX

Las condiciones de nacimiento.

La iniquidad aparente, la fatalidad atroz que impele al hombre á vivir, la manifiesta Job en uno de sus versículos; pensamiento que traduje y concentré yo mismo en estas palabras citadas : ¿Pidiera acaso el ser la nada insensible ó tuvo que aceptarlo?

¿Hay en efecto algo mas monstruoso que llamar á la vida (¡y qué vida!), que despertar del sueño no sentido de la muerte para volver á morir en los tormentos de una segunda muerte sentida, á un sér que no deseaba ni este benéfico don ni este suplicio cruel, á un sér que dormía en el sueño de la nada, como dice Job? Ya veremos como este poeta aguza

Héritiers des douleurs, victimes de la vie,
Non, non, n'espérez pas que sa rage assouvie
Endorme le malheur,
Jusqu'à ce que la Mort, ouvrant son aile immense,
Engloutisse à jamais dans l'éternel silence
L'éternelle douleur !

y blande esta amarga queja contra la omnipotencia arbitraria, buena ó mala, que lo despertó del no sér y lo llamó á la vida. El pesar de haber dejado el polvo en que yacia sumido, la pasión de la nada, la ojeriza franca y blasfematoria contra quien cambió en existencia la nada voluptuosa y en ente humano al polvo insensible, vibran y estallan en las palabras del impetuoso patriarca... Jamás humana boca osó articular un reto tan temerario contra el Criador; jamás hubo tal vez hombre mas penetrado que yo, despues de Job, de la ingratitud y horror de este don forzoso, cuando salieron estas palabras de mi corazón en el cual nunca pudieron volver á entrar : ¿Pidiera acaso el sér la nada insensible, ó tuvo que aceptarlo?

¿Quién podrá en efecto explicar ese contrato odioso que arguye el consentimiento de una de ambas partes, si bien incapaz de rehusar ni de consentir; contrato en el cual se ve condenado á un suplicio que ninguna lengua consiguió explicar un sér inocente al despuntar en la vida, *un sér que no existía*. . . ? Los políticos nos hablan de un *contrato social* en que el pueblo no habia sido de antemano oído; pero el contrato humano y divino, el contrato entre la víctima y el suplicio ¿quién osará explicarlo?

Por mi parte (por de contado prescindiendo siempre de la inmortalidad), demasiado sé á que atenerme sobre este punto. Salvo algunos dias de embriaguez en los cuales esta misma embriaguez impide al hombre pensar, hay pocas horas en mi vida en que

si me hubiese consultado el Todopoderoso, no hubiese rechazado con horror el don de la vida y no hubiese dicho como Job: tomad vuestra dádiva fatal y dejadme dormir en paz en mi nada, pues en vuestra incomprensible creacion solo el que duerme es dichoso.

X

¿Y qué dirémos de las condiciones de la vida física?

No es mi intento juzgarla, y solo me ceñiré á recordar el rasgo dominante y universal que la caracteriza, esto es, la obligacion que cabe á toda criatura animada, sopena de abdicar la existencia, de destruir y devorar á otra criatura animada para sostener y alimentar la vida propia á espensas de la ajená.

Así la muerte á la vida nutre, la vida á la muerte fecunda, y una guerra eterna impele á cuanto respira á disputarse un átomo de espacio y un instante de vida, como si el sér que posee la infinidad de tiempo y la infinidad de espacio se hubiese complacido en acumular millones de criaturas susceptibles de latir y amar en un círculo estrecho, amurallado y aislado de sus eternidades y mundos, para gozar de esa horrorosa y sangrienta refriega, de ese combate sin tregua, ni merced, ni fin, entre gladiadores encarnizados provistos todos de una arma para dar la muerte, dotados todos del sentimiento de su

conservacion como para saborear mejor el dolor y sentir mas profundamente las náuseas y la agonía de la última hora... El leon bebe la sangre del toro, el águila la delalcon, elalcon acomete á la golondrina, la golondrina á la mosca, la mosca al insecto, y el mismo insecto vuela en pos de su víctima en un rayo del sol; la víbora oculta en la yerba destila su mortal ponzoña acechando el nido de la paloma, cuya tierna prole debe sepultar en su vientre; por do quier vemos redes extendidas y acechanzas inspiradas por un genio infernal en el camino recorrido por los seres marítimos ó terrestres, urdidas con feroz maestría por los facinerosos de la creacion con el objeto de cebarse en sus víctimas, desde los ténues hilos de la araña hasta el hoyo en forma de embudo que construye el formica-leo, y hasta el miaullido del gato montés que simula el gemido de las madres para llamar á su lado á sus hijuelos. Por último el hombre, carnicero y verdugo universal, cuyas ciudades son otros tantos mataderos en que la sangre fluye juntamente con la vida en cloacas demasiado estrechas para enrojecer sus ríos; el hombre que tantas existencias absorbe, y cuya mano homicida hace sangrar la paloma que se inclina domesticada en su hombro, el cordero cariñoso que se crió y retozó con sus hijos en la misma yerba, la gallina que canta en su corral, la golondrina que busca confiante á este ingrato huésped y le confía su tierna posteridad, el buey que durante diez años le ayudó á abrir la tierra con la reja del arado, pronto (pues

tal es el progreso de barbárie con que nos amenazan desde algunos meses los proveedores de sangre) el caballo, su compañero en la guerra, que á su lado piafa y relincha, que llora sobre su cuerpo, que denodado combate en beneficio de su amo, muriendo impávido y gozoso si puede salvar su vida ó cubrir su frente con laureles; y mas adelante probablemente el perro, el perro, encarnacion de la amistad, que espontánea y mil veces daria su sangre en beneficio de su dueño, regocijándose de caer bajo la cuchilla para alimentar con su propia carne á los hijos de su amo, como jamás vaciló en arrostrar mortal peligro para defender á quien lo alimenta con los huesos y piltrafas de su mesa.

En presencia de tan acumuladas escenas de luto, congoja y mortalidad; en presencia de esa guerra insaciable que por do quier siembra el quebranto y el horror, ¿quién osará ponderar las leyes de amor y cantar las pastorelas de la naturaleza y el afecto paternal de la Providencia? ¡Oh poetas! ¡Oh naturalistas! ¡Oh filántropos! en vista de esa antropofagia recíproca, crimen irremisible de todas las razas de la creacion, de esas innumerables familias cuyo seno abriga un Cain desalmado, ¿cómo podeis dejar de ver la fatalidad del sér, el rescate á toda hora de la vida por el fratricidio, el ejemplo y consejo de muerte dado por la fuerza que crea á sus criaturas?

Por mi parte (dejando á un lado toda religion), no me saciaré de repetir que esa condicion de la vida física, esa antropofagia que reina en toda la natura-

leza hubiera sido mas que suficiente para hacerme renunciar á la existencia á semejante precio; y si ha habido en mi vida momentos aciagos en que empañó á mi alma la duda impía tocante á la existencia de un principio supremo, fué efecto de la reflexion sobre esa depravacion sobrehumana, sobre la perversidad premeditada y sanguinaria de la naturaleza. En tan terribles instantes no podia menos de preguntarme con un horror á la vez lógico y calenturiento: ¿Quién pudo inventar esa ley suprema de destruccion? ¿Fué acaso una bondad divina ó una perversidad satánica? ¿Pugnan tal vez en las regiones sublimes el principio del bien y el principio del mal? ¿Hay acaso un Dios que da la vida y un Dios que da la muerte, un Dios de amor y un Dios de rabia? Y en este caso, ¿quién debe triunfar definitivamente de su adversario?....

¿Será acaso eterno el combate, ó bien cuanto nos rodea no pasa de un sueño vano, y la humana progenie se halla destinada á ser molestada y eternamente torcida por la sofocante pesadilla de la nada, sin esperanza de despertarse?

En este caso mas valia el no ser sin soñar, como lo asegura Job cuando dice: *¡perezca la noche en que por primera vez soñé en las entrañas de una muger!*

¡Oh cuán sabios son los Indios orientales al negarse á ser cómplices de esa antropofagia, y al exclamar: morirémos, si no conseguimos sostener nuestra vida con alimentos inocentes, y perezca

nuestra raza antes de consentir en que la sangre voluntariamente vertida riegue nuestro pan cotidiano!

XI

Tales son las condiciones del nacimiento; veamos ahora las de la muerte.

Vivimos muy poco tiempo, y aun ningun tiempo si comparamos este breve pestañear del ojo llamado vida, á la inmensurable duracion de la eternidad sin término inicial ni remate.

Vivir significa para los hombres á quienes cupo por privilegio especial una existencia mas prolongada que la de sus semejantes, aspirar un número muy reducido de veces el aire que nos rodea con un fuelle llamado pulmon, cuyo juego imprime el movimiento á otro órgano llamado corazon; vivir es la circulacion de una savia roja llamada sangre, procedente y elaborada en ese depósito comun ó esfera de vapores que por do quier circunda á nuestro planeta.

Vivir quiere decir, si preferis esta definicion, ver unas cuarenta mil ochocientas veces (admitiendo que vivais diez y seis lustros, ó lo que es lo mismo ochenta años), salir y ponerse ese globo inmenso y luminoso llamado sol, sobre otro globo opaco y de reducido volumen llamado tierra. Sustraed las noches comprendidas en el indicado periodo, y re-

sulta que vivir equivale á agitarse durante veinte mil cuatrocientos dias. Pero réstese aun la mitad, si se considera que la mayor parte de las personas no llegan á los ochenta años, y no tardaremos en convencernos de que apenas toca á cada uno de los miembros componentes de ese rebaño mortal llamado humanidad, unos diez mil doscientos dias como parte contingente de este descuento de la eternidad, esto es, una gota de existencia procedente del océano de la vida y evaporada á los rayos del sol... Idea semejante debe hacer asomar la risa á los labios de los seres eternos, ó arrancar lágrimas de compasion á los mismos peñascos.

XII

¿Y en qué pasa ese brevísimo intervalo de la existencia comparable al rápido pestañeo de un ojo?

En vacilar sin equilibrio y balbuciar sin palabra durante los primeros años, llamados dichosos porque en ellos tiene el hombre menos conciencia de sí mismo y consiguientemente guarda mayor analogia con la nada; en crecer durante algunos otros años y recibir por la trasmision de sus padres cierta dosis de las ideas admitidas, unas sanas, otras necias, cuyo conjunto compone el pensamiento de la tribu á que pertenece el recién nacido; conjunto llamado civilizacion ó barbarie segun las circunstan-

cias, y cuya diferencia no es muy sensible á quien contempla las diversas condiciones de la humana progenie en el elevado pináculo de la verdad eterna. Tal es el intervalo que media desde el crepúsculo á la aurora.

XIII

A los veinte años aun no ha vivido el hombre, y no obstante ha trascurrido la tercera parte de su vida. A excepcion del reducido número de veces que encuentra la mesa puesta, segun el refran popular, la criatura humana pasa lo que le queda de existencia activa en ganar penosamente su pan, regando la tierra con el sudor de su frente y ocupado en las faenas mas repugnantes.

Dígalo el labrador, que, por el sol abrasado ó inundado por la lluvia, traza continuamente el mismo surco en la misma colina, para deponer durante sesenta años la misma simiente ó la misma raiz destinada á prolongar su existencia.

Dígalo el marinero que, sin mas perspectiva que las olas, cruza eternamente los mares, izando continuamente la misma lona, en busca eterna del mismo viento, afanándose para traer á su familia á trueque de una eterna ausencia, un puñado de oro transformable en algunos bocados de pan.

Dígalo el soldado, que consume los mas bellos años de su juventud en pasar la misma arma del

brazo derecho al brazo izquierdo, midiendo su paso en compasada cadencia al son del paso de otro autó-mata como él mismo dotado de pensamiento, dando la muerte sin odio, revolcándose en su propia sangre sin que ni aun siquiera conste su nombre á la gloria, ó arrastrando sus miembros mutilados en un campo de batalla, en trueque de una racion de pan mojado en sudor y llanto.

Dígalo el minero que renuncia á la luz del sol, al azul de los cielos y al aire de los vivos, para escarbar eternamente como el topo galerias subterráneas en busca del hierro, ó del cobre, ó de la hulla, con el objeto de extraer cada noche unas cuantas piezas de metal acuñado, necesario requisito para abastecer del pan cotidiano de su muger y sus hijos.

Dígalo el tejedor que gasta su vida en un sótano húmedo, metiendo un hilo al lado de otro en ese telar que es á la vez su medio de subsistencia y su suplicio.

Díganlo todos los miserables jornaleros doblados por esos oficios mecánicos, mediante los cuales la inmensa muchedumbre humana trueca sus fatigas cotidianas por un poco de pan escaso.

Díganlo todas las profesiones liberales, que parecen mas suaves porque el pecho del operario intelectual jadea menos que el del herrero, si bien en sustancia es el mismo trabajo con diferente nombre, sudor de espíritu en lugar de sudor de cuerpo.

Dígalo el magistrado, de cuya afanosa conciencia huye el reposo; el médico sin sueño sobre su almo-

hada, el ambicioso insaciable en su sed de dominación acosado de un afán de preeminencia sobre sus semejantes; el orador, el escritor, el poeta, acosados de un anhelo calenturiento de eclipsar á sus rivales, y aun de aventajarse á sí mismos, sedientos de una fama que debe redundar en pan para sus hijos, y dispuestos á abrirse las venas en los cuatro miembros y á apurar su sangre hasta la última gota, si mediante el holocausto de su vida pueden encontrar una mina inédita de talento, una veta pingüe de numen poético que pueda procurarles un poco de gloria y abastecerlos con un poco de pan.

Tales son las condiciones universales de la vida física, y después de haberlas estudiado en todos los estados y países, no temo afirmar que la existencia humana no vale lo que cuesta, ni el derecho de respirar el cúmulo de trabajos, penas, miseria y suplicios que forman su precio; y que si en el día postrero se pusiesen en ambos platos de una balanza de un lado la vida física, y del otro cuanto costó el pan destinado á fomentarla, no dudo que pareciese superior el precio á lo que valieron los años fenecidos y que en último resultado la pena fuese deudora á la vida!...

Et propter vitam vivendi perdere causam... dice el poeta, esto es: « Perder para ganar su vida todo cuanto puede hacer desear el vivir. » Tal es la suerte del hombre condenado al sudor. Ahora bien, ¿quién escapará esta ley, salvo algunos miserables cuya ociosidad y vicios les constituyen un tormento peor

que á nosotros nuestras penosas faenas de cuerpo ó espíritu?

En otros términos, comparad el peso del grano de trigo que contiene la vida con el de la gota de sudor que contiene la pena, y os convenceréis que la balanza se inclina de este último lado... ¡Horror!

XIV

Pero hay mas: las condiciones que la presencia inevitable y perpétua de la muerte imponen á la vida, bastarian para emponzoñar mil existencias concentradas en una sola; y las cláusulas obligatorias del don serian peor que la ausencia de todo beneficio.

Apenas hemos respirado algunas olas de aire, pábulo indispensable de la vida; apenas nos hemos habituado á la existencia, como el enfermo acaba á fuerza de volverse de un lado á otro por acostumbrarse á su lecho de dolor, cuando es necesario pensar en salir de este mundo, pues el principio de destrucción que anidamos como el fruto contiene el gusano, ó como el tiempo la muerte, ó como el principio incluye el fin, empieza á disputarnos pié á pié y dolorosamente esa pizca de materia organizada, ese reducido punto del espacio, ese rapidísimo relámpago del tiempo que confirió naturaleza á un alma bastante grande para contener eternidades, y cuya energía vital puede gastar mundos

enteros. Nuestros órganos se embotan uno á uno, como malas herramientas incapaces de secundar nuestro propio pensar; y, andando el tiempo, no podemos menos de cerciorarnos de que abrigamos en nosotros mismos, en nuestras meditaciones, en nuestras ambiciones, en nuestros planes, en nuestros goces, en nuestros amores, en nuestras mismas virtudes, si virtudes decoran nuestro sér, un presentimiento misterioso de lo efímero y vacuo de todo cuanto existe, incluso nosotros mismos; presentimiento llamado melancolía, fastidio de vivir, determinado por la sombra de la muerte que se extiende sobre nuestra vida, sombra que crece y se espesa cada día con la rapidez de un crepúsculo en los trópicos cuando invade la noche al día luminoso, sin dejarle apenas la degradación de las horas vespertinas. ¿De que sirve tener apego á las cosas de este mundo cuando de todo tendremos que arrancarnos á la vez?

XV

Y si á lo menos nos constasen de antemano con toda certidumbre el día y la hora de esta muerte, por mas corta que fuese la existencia, podríamos á lo menos tomar nuestras medidas, proporcionar nuestros pasos al espacio que nos queda que transcurrir y conformar nuestros pensamientos según el mayor ó menor ámbito de la perspectiva, renunciando á largas esperanzas á medida que menguase

el horizonte, ó ensanchando nuestras miras si divisiésemos luengos años en lontananza; de modo que podríamos amar, trabajar, construir con orden pautado, y ensanchar ó estreñir nuestra suerte á medida del tiempo. Triste condicion sería la nuestra aun en semejante hipótesis, pero á lo menos no cabría ilusión ni dolo de parte de la naturaleza, ni procederíamos como suele decirse á tontas y locas, cabiéndonos la facultad de entrar en pacto con la suerte y tal vez acomodarnos con nuestra nada; á lo menos conoceríamos á nuestro enemigo, lo veríamos cara á cara y el último aliento cesaría de ser una acechanza por mas que fuese un abismo, pues al acercarnos cada día á la huesa no podríamos menos de acostumbrarnos poco á poco á este pensamiento, despojándolo de su carácter imprevisto y agotando por la imaginación la mitad de los terrores que acarrea la hora postrera. Pero no, no es así, y la irrupción inopinada de la muerte trastorna todos nuestros planes.

La incertidumbre de su hora combinada con lo seguro de su advenimiento, constituye para el hombre que piensa, no una muerte futura sino una muerte presente, una muerte eterna, una muerte viva, si es permitido emplear esa cópula monstruosa de palabras. Jóvenes y ébrios de vida, ó bien cáduos y en el ocaso de nuestra existencia, nada puede eximirnos de esta ley, nada puede preservarnos del golpe de la fatal guadaña, nada nos asegura que la parca no cortará en nuestros labios la

inspiracion ó expiracion comenzada. La muerte nos veda poder disponer del menor intervalo de tiempo, y nos envia este formidable reto: ¿á que no dices que es tuyo el segundo venidero? Todo le pertenece, desde el primero hasta el último suspiro que exhala nuestro pecho, y antes que para nosotros nazca ya está muerto el porvenir: tal es la perfeccion del suplicio. ¡Humillaos, tiranos de la tierra, pues nunca hubiera acertado á encontrar tan espantoso tormento vuestra desalmada saña!

XVI

Así la muerte nos llega de un modo inopinado é imprevisto, ajando nuestros placeres, rompiendo nuestras esperanzas y atropellando nuestros amores. La tumba sola puede volvernos el corazon que, como carga opresiva en nuestro propio pecho, depositamos en el seno de una esposa joven y adorada, á quien la ley implacable de natura arranca de nuestros brazos, húmeda aun de nuestros besos; y el sepulturero, sin saberlo, hunde en la huesa dos corazones en un solo ataúd. Tal sucede igualmente con nuestros padres, con nuestros hijos, con nuestros amigos, y aun con nuestros contemporáneos, unidos á nosotros por el parentesco del tiempo, y á los cuales nos une la contigüidad de la cuna y la vecindad del sepulcro; seres amados que juzgábamos

destinados á sobrevivirnos, y en cuyas filas densas la muerte abre continuas brechas en torno de nosotros, dejándonos solos y aislados en medio de una generacion fenecida, ó como rezagados de la vida fuera de su centro y desorientados entre nuevas generaciones.

XVII

Pero el carácter imprevisto de la muerte es nada en comparacion de los arcanos que abriga el sepulcro. ¿Dónde nos dirigimos, admitiendo que nos dirijamos á parte alguna al través de esa senda tenebrosa?

Cuando suena en nuestro oido la hora tremenda en que debe vaciarse nuestro corazon, cuando el imprevisto advenimiento de la muerte nos separa de cuanto nos rodea, entónces nos volvemos con palpitante inquietud al eterno contemporáneo de nuestras almas, al mismo Dios, y buscamos en la religion el secreto de esa terrible incógnita que debe despojar el postrer suspiro, el peor de todos los suplicios para el sér que piensa, pues todos en sí los contiene. ¿Acaso no es lo desconocido, como dice Pascal, el infinito del terror?

Así no es de extrañar que, por la voz de las religiones terrestres, pidamos al Dios del cielo las revelaciones de ese misterio terrible que cobija el sepulcro.

Pero aquí comienza otro suplicio, mas terrible, mas refinado que la muerte y cuantos imponentes arcanos contiene la huesa muda, suplicio del alma que todos los compendia suspendidos en una sola palabra: la DUDA; la duda, esa incógnita suprema y final en el órgano mismo destinado á conocer; la duda, esa enfermedad de la inteligencia; la duda, esa tétrica noche que se difunde no en el aire, sino en el ojo; la duda, esa irremediable ceguedad del espíritu (¡oh esmero sin igual en el tormento!). La luz misma adolece, y el hombre al mirarla solo divisa sombras; las manchas inundan no solo al sol, sino á la esencia suprema... Caigan los ojos de sus órbitas, pues de nada sirven.

XVIII

En efecto, el rastrero gusano humanal á quien la vida sin cesar engaña, cuya existencia mantiene en perpétua congoja la idea de la muerte, implora á lo menos de las religiones un Dios, un solo Dios, un Dios evidente, justo, bueno, salvador, paternal, para poder depositar en el seno de su misericordia infinita sus pensamientos y sus dolores; y estas mismas religiones, en lugar de uno, le fabrican mil dioses, multiplicando las náuseas y agonías de la incertidumbre, aun hasta en la fé, remedio supremo de la duda.

Si recorre el espacio, si remonta los tiempos, no tarda en ver casi tantas religiones como épocas memorables en el tiempo ó grandes divisiones en el globo: la fé de Vischnú y de Brama en el Oriente, la de Fo y Confucio en la China, la de Zoroastro en la Persia, la de Pitágoras en el Asia, la de Osiris en Egipto; la de Júpiter en la Grecia, fé de niños recién nacidos en mantillas; la de Teutates en la Galia, la de los dioses escandinavos en la Germania, la de Jehová en la Judea, la de Cristo en el Asia y Europa romana, la de Alá en Arabia, India moderna, Asia menor y Africa entera; y entre estas religiones innumerables subdivisiones, cismas, antipatías y ramos divergentes, disputándose cada uno los símbolos é interpretaciones, arrancándose recíprocamente los sectarios; en una palabra, la polémica encarnizada en los labios, ó la cuchilla humeante de sangre en la mano. ¡Oh Babel divina casi tan confusa como la humana! Tan profundo es el abismo, tan colmada la humana flaqueza, que cuando el hombre agoviado del fastidio del vivir se precipita en la fé de una existencia ulterior, sola explicacion del enigma que presenta el actual, solo halla mas allá de la incógnita de la tumba, una incógnita aun mas terrible que la primera, temblando de estrechar tan solo un sueño fugitivo en sus brazos desesperados, al querer asir la eterna realidad de que emana y á la cual regresa.

XIX

En vano protestareis contra este exceso improbable de tormento mental que cabe al sér que piensa, pues el suplicio que negar pretenderíais, á vuestra vista se ofrece, tal vez despedaza vuestra propia alma, es evidente como la historia, palpable como la geografía del planeta que pisamos. Nada es mas fácil en efecto que establecer una cronología de seres supremos, como se traza una cronología de las dinastías que han reinado en la tierra y un mapa geográfico de las humanas creencias correspondientes á las diversas comarcas del globo, pues segun parece hay climas tan diferentes en la inteligencia de las cosas divinas como en la temperatura atmosférica. En nuestros dias se puede ir mas allá, gracias al progreso científico que nos permite recorrer en pocos instantes los diversos climas de nuestra tierra, y cerciorarnos por nosotros mismos de las sensaciones diferentes y peculiares á las razas y pueblos que viven ó mueren bajo las diferentes latitudes del pensamiento.

« Verdad en esta parte de los Pirineos, error mas allá » — exclamaba el religioso Pascal al sondear el terrible misterio de las opiniones y dudas de los mortales. ¿Qué hubiera dicho en el dia, cuando una civilización mas acelerada, y, acelerada en tér-

minos de suprimir el tiempo y las distancias, permite al pensamiento del hombre asirlo todo á la vez?

XX

Supongamos en efecto que un filósofo de Europa pudiese confiar su alma entera durante un momento al alambre eléctrico que recorre el globo en siete segundos; supongamos que este filósofo encargase á esta misma alma que le trajese al volver los fenómenos intelectuales, filosóficos y religiosos que la hubieran impresionado durante ese breve tránsito en torno de nuestro planeta. En el espacio de algunos segundos, y en alas del fluido eléctrico, hubiera atravesado el pensamiento veinte ó treinta zonas religiosas principales del globo, sin contar las subdivisiones infinitas de culto, esto es, la pluralidad de dioses, parto de la delirante fantasía. ¡Pobre pensamiento humano! ¿en qué estado de estremecimiento, de temor y de horror, volveria á refugiarse en el seno de que habria partido, despues de este viage al través de la duda, relativamente á la primera de las creencias necesarias al hombre, la certidumbre en su Dios!

Este pensamiento que hace vacilar las estrellas en el cielo, sumergia á Job en el ateísmo. Tal no lo dice en términos explicitos el patriarca, pero se colige de las quejas y recriminaciones que profiere con-

tra los desafueros y amargos agravios que atribuye á la conducta de Dios para con los hombres, si bien en la cáfila de denuestos que vomita contra el Todopoderoso, no llega á articular la injuria postrera y mas terrible : — *Tú no existes*. Y yo que tan á menudo he clamado como Job ó como Dante en los círculos infernales do se tuerce el gusano llamado hombre, confieso que jamás he llegado á tal extremidad.

Así la amargura del vivir, el exceso del dolor mortal trastornan las potencias intelectuales de la criatura humana personificada en Job y la impelen hasta la blasfemia.

Pero tranquilizaos que si sus labios y los nuestros se agitan sacrilegamente, es á impulso del instinto y no de la razon, y aun menos de la fé, cuando esta divina virtud ha llegado á iluminar el corazon humano.

En efecto, no tarda Job, como lo verificaríamos cada uno de nosotros, en remontar de este abismo hasta la altura de la fé, que es la reverberacion de Dios vivo en nuestra alma; de la impaciencia febril, hasta la resignacion que constituye el sacrificio, el sacrificio meritorio de la voluntad propia á la voluntad suprema; y de la sofocante congoja hasta la alegría en las lágrimas, que es la anticipacion de la inmortalidad en la tierra por la fé en Dios.

Todos estos fenómenos intelectuales, humanos y divinos, no tardaremos en verlos en este drama sobrenatural del poema de Job, cuya tema y actores son : DIOS, EL HOMBRE y EL DESTINO.

Ahora voy á exponeros el lugar de la escena, la decoracion del drama que tiene lugar en el desierto, parage adecuado en sumo grado á tan solemne poema.

XXI

EL DESIERTO.

Job es el poeta del desierto, y tal es probablemente la causa de su grandeza; palabra que entiendo en su acepcion material á la vez y metafisica. El alma del hombre es, en mi concepto, un principio incontestablemente inmaterial : y este aserto que no me es posible probar, lo creo verdadero y lo siento fermentar en lo mas íntimo de mi sér : tal es por otra parte la mejor prueba que alegar puedo, pues el hombre no está seguro sino de lo que cree.

No obstante, á pesar de esta manifiesta inmaterialidad del alma, no es menos evidente que, excepto la conciencia, innata en nosotros (porque la materia no podia revelar al alma una moralidad que no posee, *nemo dat quod non habet*); no es menos evidente, repito, que el alma humana, mientras se halla asociada al cuerpo, recibe todas sus impresiones y nociones por los sentidos, los cuales vienen á ser como las lumbreras ó claraboyas del calabozo corporal del alma. Resulta asimismo, que este agente espiritual no es independiente del medio en

el cual vive el hombre, y lo contrario sería tan absurdo como el decir que al espectador no impresionan la escena ó el espectáculo que á su vista se despliega.

Esta sucinta digresion metafisica, aventurada de paso y que excusarán mis lectores, basta para probar que el gran filósofo poeta, ó el gran poeta filósofo, deriva naturalmente su carácter, sus ideas, sus imágenes de la escena de la naturaleza que habita y se extiende habitualmente á sus ojos. TAL NATURALEZA, TAL ESTILO; y este dictámen que emito, es un axioma incontestable de alta literatura.

Así David y los profetas son los poetas de la arenosa y monótona Judea, roca calcinada á los rayos solares, en que la sombra de la higuera y la gota de agua son sueños de ventura en la mente de los vates y aun de los reyes; adusta soledad en la cual una naturaleza desprovista de toda mirada risueña, obliga á conversar con Dios para consolarse de pequeñez y esterilidad de la tierra.

Estos sagrados poetas solo poseen dos ó tres imágenes, dos ó tres notas en el arpa, uniformes como el torrente de lágrimas que rezuma en el corazón humano, y penetrantes como los gritos del águila al ver enroscada la fétida serpiente en torno de su tierna prole. La melancolia de que tanto hemos hablado, cuerda grave y fundamental del alma que el dolor agita, no remonta á Virgilio y á la escuela romántica de nuestro tiempo, ni á M. de Chateaubriand, ni á nosotros mismos, sino es parto de la

poesía sagrada de la Biblia, ó por mejor decir, coincide con la primera lágrima y la primera contemplacion de la miseria infinita del hombre.

Cada elemento parece tener igualmente su vate. Los Hebreos son los bardos de la roca. Homero en medio de las ensenadas, islas, espumas, olas y velas de la Grecia marítima, es el cantor épico del mar; sin que resuene el menor impulso sonoro producido por las olas en la playa, ni menor sombra procedente de un promontorio sobre las ondas movedizas, ni menor arrullo del céfiro en las jarcias, ni menor choque del remo en los costados del navio, que no resuene y se pinte en los versos del poeta helénico, cuyo dominio es el piélago, y que parece haber desheredado, por decirlo así, á la posteridad, sin permitirle la facultad de aplicar el menor toque ni dar la menor pincelada para reproducir el vasto ámbito de los mares.

Virgilio y Teócrito celebran la tierra habitada, agrícola ó pastoral, y su poesía mana en versos tan deliciosos como las imágenes, sombras y aguas del paisaje terrestre. Los labradores y pastores debían suspender eternamente estos dos poemas al yugo de sus bueyes, al doble mango del arado, al cuello de la res que camina al frente de los rebaños.

Dante es el poeta de la noche, de las tinieblas, de las apariciones que andan errantes en la oscuridad, de los sueños que molestan la imaginacion del hombre, mientras la sombra nocturna envuelve la tierra.

Milton es el poeta del aire, en cuyo ámbito dila-

tado parece zambullirse el pensamiento del ciego bardo de Albion, como el ave que no teme estrellar su ala contra las paredes del éter. En el ilimitado espacio que divisa su fantasía, nos pinta el sublime poeta la batalla de las falanges celestes fieles á la voz del Altísimo, contra los espíritus rebeldes; cuerpos aereos que ruedan precipitados al abismo, sucumbiendo sin morir y sin chocar jamás contra las asperezas impalpables del elemento ambiente de los mundos.

Camoens, el gran cantor lusitano, es el vate de esa audaz curiosidad que al hombre impele á acabar la conquista del globo terrestre. Embarcado con su genio descriptivo, da vuelta al mundo el osado Portugués, dobla el cabo de las Tempestades, canta al pié del mástil que parte el rayo, y salva nadando del furor de las olas su vida perecedera y su vida inmortal depositada en su poema. Camoens es el poeta épico de la gran navegacion, como Homero es el cantor de travesías limitadas y el épico geográfico por excelencia.

Aun no ha nacido el poeta de las ciencias astronómicas, á quien Dios seguramente guarda los tesoros de su creacion. Este será el mayor de todos; pues qué viene á ser la tierra comparada á los astros del firmamento?

En cuanto á Job, lo repetimos, es el poeta del desierto. Ahora bien, ¿qué viene á ser el desierto? Es el espacio; ¿y cuál es el símbolo del espacio? El infinito.

Luego en otros términos y mejores, Job es el poeta del infinito.

Del desierto deriva el fondo de su poema, su inmensidad, sus colores, sus imágenes, su estilo. El infinito concentrado y repercutido en la reducida concavidad del pecho de un hombre, tal es Job.

XXII

Durante nuestros viages quisimos experimentar por nosotros mismos, y cerciorarnos mediante nuestro propio sentimiento de la impresion que deja en el alma humana el espectáculo del desierto; en otros términos, resolvimos tentar la prueba del infinito, si es lícito aventurar expresion tan osada. ¿Pero en quién debía recaer la prueba del desierto y del infinito? En un hijo de Europa, en un sér extenuado y consumido por lo que llamamos civilizacion; en un hombre de inteligencia ordinaria, imaginacion reducida, fibras de carne en lugar de fibras de bronce; en una criatura amamantada con leche de muger en lugar de tétano de leones, alimento de Job. ¿Qué viene á ser un hombre semejante comparado al anciano de la tierra primitiva, al Titan tendido en un muladar y apostrofando á su Criador sentado en su estrellado solio? Nada... mas no importa; á ningun otro podia confiar semejante prueba, y de cualquier modo que se me juzgue, el

desierto era siempre el desierto. *Quise ver y vi*, como dice el poeta.

XXIII

Me remito á los libros en que se hallan depositadas mis impresiones. Hacia tiempo que abrigaba esta idea en mi ánimo, antes de atravesar el mar, deseoso de dar temple á mi pensamiento en otras olas aéreas que las que respiramos en nuestra reducida Europa.

Una convicción que siempre he abrigado, es que cambiar de clima es cambiar de alma; que la trueque en el punto de vista acarrea la mudanza de aspecto en la contemplación y apreciación de las cosas, y que el espacio es tan necesario al pensamiento como á los ojos.

Talera seguramente el pensamiento divino cuando, al aprisionar al hombre en este bajel tan reducido desde la popa á la proa, le dió á lo menos por horizonte ese espacio sin fondo del firmamento que excita incesantemente la humana mente á sumergirse en ese ámbito poblado de mundos sin fin, é impele al alma á ascender en eterna busca del infinito, de astro en astro, de vía lactea en vía lactea, como por gradas fulgurosas y sucesivas de su incommensurabilidad. Sin este espacio en el cual á lo menos puede huir nuestra aspiración anhelosa, no sería habitable esta tierra.

Aun mas diré: siempre he estado convencido de que la diversidad del horizonte, la posesión de cierto espacio material, en una palabra, la locomoción, era no solamente una condición de grandeza en la imaginación y en el alma, sino también una condición de exactitud en el humano juicio.

Mil veces me he convencido por mi propia experiencia, de que si no mudaba de lugar, de residencia, de horizonte, me era imposible cambiar de ideas; que estas ideas, idénticas siempre, á consecuencia de la monotonía del mismo medio en el cual habían sido concebidas, acababan por petrificarse ó estancarse fétidas, corrompiéndose y alterándose en consecuencia.

Así, hasta cierto punto el movimiento es tan necesario á la inteligencia como el aire mismo.

¿Quién no ha podido convencerse de que, después de una larga navegación, ó tan solo á consecuencia de un paseo al aire libre y bajo la bóveda celeste, regresa el ánimo con ideas tan sanas como nuevas, y al mismo tiempo con un restablecimiento en el corazón que hace ver las cosas bajo un aspecto mas extenso, y por consiguiente mas exacto y verdadero?... Este efecto depende de que el espacio, elemento de grandeza y de verdad, y al mismo tiempo óptica de las ideas, llega á penetrar en cierta proporción en nuestro ser, al paso que la extensión consigue modificar y rectificar el rayo visual de nuestra alma.

Desconfiemos de la exactitud de las ideas conce-

bidas por un solitario aislado de la suprema naturaleza y sumido en un calabozo, en una celda, ó entre las cuatro paredes de una biblioteca; desconfiemos no menos de la exactitud de las ideas concebidas por uno de esos doctos profesores, abstractos, sedentarios, encerrados exclusivamente en la monotonía de un estudio ó de una ocupación única, pues la uniformidad del punto de vista escaso bajo el cual consideran las cosas, acaba siempre por torcer su mirada y abollar su espíritu. Todos esos matemáticos especulativos, mecánicos ingeniosos, egregios industriales, escritores estupendos como J.-J. Rousseau, artifices consumados, inventores de admirables procedimientos destinados á perfeccionar sus respectivas profesiones, perecen por falta de movimiento y espacio, y la estagnación en su vida é ideas acaba por deteriorar y obsecar la inteligencia en todo lo que no atañe al ramo especial que cultivan.

Acordémonos que todas las ideas falsas, todos los sueños incoherentes, todas las utopías absurdas en política, todos los sistemas descabellados destinados á reformar la sociedad, en una palabra todos los partos calenturientos que han visto la luz de treinta años á esta parte, brotaron de la imaginación abrasada de esos doctos sedentarios concentrados en la contemplación exclusiva de una profesión ú ocupación única, desprovistos de aire en el pecho, de movimiento en los pies, de espacio en los ojos, de universalidad en el punto de vista; de esos sabios de reclusión laboriosa, consagrados á su mecanismo, á

sus cifras, ocultos en sus bibliotecas; de esos hombres *unius libri*, como los antiguos los llamaban, y contra quienes nos precave el adagio latino.

XXIV

El comunismo, que puede definirse el suicidio colectivo y simultáneo de la humanidad, nació en los talleres, parto de la inteligencia de algunos proletarios dolientes, lacerados, quejosos de la iniqua y reducida cuota que recibían de los dones de la naturaleza, pero completamente ignorantes de las quinientas mil formas que afecta el salario en la tierra; sin sospechar siquiera que al abrogar la propiedad para el individuo, lo efectuaban para con la masa, que esta abrogación acarrea forzosa-mente la del trabajo, y que al suprimir el campo, suprimían la cosecha y con la cosecha la vida. Si esos hombres tan familiarizados con la lanzadera y el punzon, hubiesen tenido una idea del arado que los hacía vivir, del buque que trasporta sus productos, de la moneda que los paga, del lujo que los consume, de la heredad de la posesión que solo da á las cosas poseídas su justo valor, jamás hubieran permitido que invadiesen sus imaginaciones sedentarias los sandios desbarros de la comunidad de bienes. ¿A qué debe atribuirse sus delirios sino á la carencia de horizonte para sus ojos, y de espacio para el

pensamiento? La predominancia exclusiva de una idea desquicia á éste y lo impele en el dominio de la demencia, como el aislamiento completo vuelve loco al encarcelado.

XXV

El san simonismo procedió del aislamiento y tiranía de la idea económica en una inteligencia vigorosa de economista, con exclusion y perjuicio de toda otra idea política ó moral. Lejos de mí la idea de confundir este sistema científico, con la teoría brutal del comunismo que proclama la igualdad de bienes y salarios. El san simonismo no pasa de un abuso, de una incontinencia de ciencia en algunos adeptos de la economía política; y si no hubiese visto la luz en la biblioteca de un sabio, si no hubiese sido el producto de la cópula esteril de la utopía y del número, hubiera revelado á la administracion pública, al comercio y á la industria, muchas verdades prácticas de que era importador en Europa. Pero en lugar de incubar estas verdades al aire libre, las incubó preseiñdiendo absolutamente de las demas ideas, y este aislamiento le fué fatal pues descarrió su juicio. Así, en lugar de irradiar como una aurora, se vió reducido á las proporciones de una secta, y desgraciadamente faltóles la mirada del espacio á los sectarios, no menos que al pontífice.

Así, es de observar que desde el día en que sus apóstoles se esparcieron para viajar en toda la tierra, hallaron juntamente con el aire libre la sensatez de que carecian. Sectarios y utopistas, al ponerse en camino, regresaron de sus viages acreedores al título de los primeros económicos y mas consumados hacendistas de sus siglos; tan cierto es que en sus peregrinaciones, se penetraron de la luz que al alma inunda no menos que á los ojos, y revistieron, en cierto modo, la extension del espacio sin límites.

XXVI

El furierismo nació en un escritorio mercantil, fruto del aislamiento y estagnacion de una idea exclusivamente comercial en la cabeza de su autor Fourier, á cuyos ojos la sociedad no pasaba de un libro en partida doble oscilando por pérdidas y ganancias, hasta una liquidacion ulterior operada por la misma eternidad. El aislamiento de esta idea acabó por abrasar los sesos de su fundador, quien de fabricante se volvió taumaturgo, al paso que su escritorio cerrado al aire libre se pobló de visiones. El entusiasta socialista promete al hombre embelesado por los números, que la asociacion acabará por trasformar integralmente no solo su naturaleza, sino hasta las leyes mismas de la creacion, llegando á tomar otro rumbo la tierra, el océano, el aire, el

fuego, el mismo sistema planetario, precioso cofre lleno de fulguosas joyas y propiedad del mismo Dios. Por último, expirando por el peso de sus milagros, ha dejado en pos de sí una utopía no menos funesta (pues toda mentira es perjudicial): la utopía de la perfectibilidad continua é indefinida del hombre en la tierra, utopía cuyo postrer resultado lógico, procediendo de consecuencia en consecuencia, sería éste: no fué Dios quien crió al hombre, sino tal vez el hombre quien crió á Dios, pues ¿cual sería el límite de esta ascension indefinida y continua de la humanidad, destinada á dejar á Dios atrás en su camino?

Lo mismo podríamos decir de los demas sueños humanos nacidos en los calabozos, en las celdas, en los talleres, en las bibliotecas, en los mostradores, en los laboratorios y demas parages cerrados al aire libre. ¡Estrano fenómeno! por do quier falta el espacio mengua la verdad: tan misteriosa analogía existe entre la extension de las ideas y el dilatado ámbito de los horizontes; efecto que no debe sorprender si se considera que el alma no es independiente de los sentidos.

Por este motivo diremos, volviendo á tratar de Job, que el poeta del desierto es el mas vasto de los poetas.

XXVII

Hace veinte cuatro años que, al embarcarme por primera vez para el Oriente, expresaba en los siguientes versos la vehemente curiosidad que me acosaba de sentir en mí mismo la impresion del desierto:

.
.
.
.

«Aun no he surcado el piélago arenoso mecido por el soporoso vaiven del bajel del desierto; aun no he apagado mi inagotable sed, á la hora del sol cadente, en el pozo de Hebron cubierto con tres palmas; aun no he extendido mi manto bajo las tiendas, ni dormido en el polvo en que removía Dios á Job, ni al susurro de la lona que palpita al impulso del viento, he llegado á sentir, oculto en la tienda patriarcal, bañada mi mente por los sueños de Jacob.

«De las siete paginas del mundo aun me queda una por leer; ignoro cómo la estrella trémula centellea en los cielos de esas regiones, ni el peso de la nada bajo el cual respira el pecho humano, ni cómo late el corazon al acercarse á la divinidad, ni cómo al pié de una columna de la cual desciende sobre el bardo la sombra de los antiguos tiempos, habla al

oído la yerba, zumba murmurando la tierra, ó solloza al pasar el céfiro.

« Aun no he oído, en los añosos cedros, subir y resonar el grito de las naciones; ni divisado desde lo alto del Líbano, abatirse en los alcázares de Tiro las águilas proféticas que impele el dedo del mismo Dios; ni reclinado mi cabeza en la tierra do Palmira solo posee el eco de su nombre; ni sentido resonar bajo mi solitaria huella, el imperio vacío de Memnon.

« Aun no he escuchado desde el fondo de su profundo cauce, plañidero el Jordan, prorumpir en sollozos derramando mas lágrimas y arrojando mas sublimes imprecaciones que el mismo Jeremias, cuando espantó á sus olas la acongojada voz del profeta. Aun no he oído cantar en mí mismo mi alma, en la sonora gruta en que el vate de los reyes sentía, en el seno de la noche, desasirse sus dedos del arpa, á impulso del himno de ígnea violencia.

« Por este motivo me pongo en camino y aventuro algunos días inútiles que me quedan en esta tierra. ¿Qué importa en qué márgenes sacuda el viento invernal al árbol seco y estéril que cesó de dar sombra? ¡Insensato! dice la turba... la turba que su insensatez ignora ¿Acaso no hallamos por do quier

nuestro pan? Del bardo errante, el pan es el pensamiento, y su corazón pasta de las obras divinas.

«Adios pues, padre anciano; adios, queridas hermanas; adios, albergue blanco, á la sombra del nogal; adios, hermosos bridones míos, ociosos en mis praderas; adios, perro fiel. ¡Ay! solo al lado del hogar me inquietan vuestras imágenes, siguiéndome como la sombra de mi pasada dicha, deseosa de retenerme. ¡Ah! pueda levantarse menos dudosa y oscura la hora que debe reunirnos! »

Je n'ai pas navigué sur l'océan de sable,
Au branle assoupissant du vaisseau du désert,
Je n'ai pas étanché ma soif intarissable,
Le soir, au puits d'Hebron, de trois palmiers couvert;
Je n'ai pas étendu mon manteau sous les tentes,
Dormi dans la poussière où Dieu retournait Job,
Ni la nuit, au doux bruit des toiles palpitantes,
Rêvé les rêves de Jacob.

Des sept pages du monde une me reste à lire;
Je ne sais pas comment l'étoile y tremble aux cieux,
Sous quel poids du néant la poitrine y respire,
Comment le cœur palpite en approchant des dieux!
Je ne sais pas comment, au pied d'une colonne
D'où l'ombre des vieux jours sur le barde descend,
L'herbe parle à l'oreille, ou la terre bourdonne,
Ou la brise pleure en passant.

Je n'ai pas entendu dans les cèdres antiques
Le cri des nations monter et retentir,
Ni vu du haut Liban les aigles prophétiques
S'abattre au doigt de Dieu sur les palais de Tyr.

Seis meses despues recorria durante sesenta dias,
con una caravana, el desierto de Job.

Las impresiones que produjeron en mí en aquel

Je n'ai pas reposé ma tête sur la terre
Où Palmyre n'a plus que l'écho de son nom,
Ni fait sonner au loin, sous mon pied solitaire,
L'empire vide de Memnon.

Je n'ai pas entendu, du fond de ses abîmes,
Le Jourdain lamentable élever ses sanglots,
Pleurant avec des pleurs et des cris plus sublimes
Que ceux dont Jérémie épouvanta ses flots.
Je n'ai pas écouté chanter en moi mon âme
Dans la grotte sonore où le harpe des rois
Sentait, au sein des nuits, l'hymne à la main de flamme
Arracher la harpe à ses doigts.

Voilà pourquoi je pars, voilà pourquoi je joue
Quelque reste de jours inutile ici-bas.
Qu'importe sur quel bord le vent d'hiver secoue
L'arbre stérile et sec, et qui n'ombrage pas!
L'insensé ! dit la foule. — Elle-même insensée !
Nous ne trouvons pas tous notre pain en tout lieu :
Du harpe voyageur le pain, c'est la pensée ;
Son cœur vit des œuvres de Dieu !

Adieu donc, mon vieux père ! adieu, mes sœurs chéries !
Adieu, ma maison blanche à l'ombre du noyer !
Adieu, mes beaux coursiers, oisifs dans mes prairies !
Adieu, mon chien fidèle ! Hélas ! seul au foyer,
Votre image me trouble, et me suit comme l'ombre
De mon bonheur passé qui veut me retenir.
Ah ! puisse se lever moins douteuse et moins sombre
L'heure qui doit nous réunir !

entonces aquellas soledades, se han representado con tanta fuerza y limpieza en mi imaginacion durante estos dias, que no he podido menos de transcribir una parte en los siguientes versos, meditacion poética truncada, algunos de cuyos fragmentos copio solamente en beneficio de mis lectores. Desde mi peregrinacion en el desierto he hablado tantas otras lenguas, que no puedo menos de pedir indulgencia por esta reminiscencia poética.



EL DESIERTO

6

LA INMATERIALIDAD DE DIOS.

MEDITACION POÉTICA.

I

« Es de noche... ¿Quién respira?... ¡Ah! es el hábito prolongado, la respiración nocturna del llano que parece, oh desierto, temer despertarte.

« Reclinado en la arena, inmutable almohada, escucho, reteniendo mi aliento interior, la errante brisa que pasa, canta y llora; lengua del aire y sin palabras, cuyo sentido yo solo sé, cuyos acentos no puede traducir ninguna voz humana, pero que tantas noches semejantes pasadas bajo la estrellada bóveda, me enseñaron, desde mi infancia, a traducir en pensamientos. Sí, bien comprendo, oh viento, los secretos que vierte tu arrullante murmullo en el seno de la noche; bien comprendo tu voz que no

tiene secretos para mi alma, desde tus ahullidos invernales en el mástil que se quiebra, hasta el muelle susurro de la impalpable brisa que esparce, simulando el zurrido lejano de la onda, la espuma arenosa del granito sobre mi manto.

« ¡Qué deleite es sentir los movimientos de la palpitante lona que inclina y levanta alternativamente la estaca de mi tienda, comunicando á los surcos que ahuecan nuestros lechos, el insensible balance de un mar de hinchadas ondas! Tu voz que de tan alto desciende, es la sola que habla á este desierto mudo bajo su inmensa extension. ¿Quién osará perturbar el solemne reposo que lo envuelve? ¿Tendrá acaso un eco para nuestras balbucientes palabras el vasto ámbito arenoso? No, solo el trueno y tú, cuando cabalga rápido el simun azotando la abrasada llanura, teneis derecho de levantar la voz; tal vez al leon cupo igual privilegio, al leon cuyas dilatadas narices respiran fuego, y á Job, leon humano, cuando ruge dirigiéndose al Omnipotente.

« ¡Cómo se refleja el infinito en el espacio como en un espejo! ¡Hora de bendicion que ve, en el aureo horizonte de un cielo sereno y cristalino, levantarse fulguroso el ancho disco de la luna llena, reverberando una luz rojiza y misteriosa, á cuyos rayos diviso subir, en espirales gigantescas, las in-

decisas cimas del negro Líbano, sobre cuyos bordes se cierne y navega la estrella vespertina, como un cisne bañado en los jardines del Altísimo.

II

« En el arenoso piélago do navega la luna, flota mi mirada de mécano en mécano; mal afianzado el suelo bajo este vasto nivel, imita los tremendos flujos y reflujos de los mares. Hacinado en forma de ola, labra ahuecando el polvo la cuenca de un valle, en el cual como la sal que lame ávido el cabrito, bebe la caravana el sudor de la roca. A la macilenta luz de las estrellas, se engaña el ojo del peregrino y cree que, si un buque abriendo aquí sus velas surcase el elemento do huye la veloz gazela, cederian bajo la quilla esas olas petrificadas, comunicando á los mástiles inclinados por la estela, el sublime vaiven de las olas del desierto.

« Pero el camello que pensativo escucha el balance de su giboso lomo, es el único buque que surca esos granujientos mares. El Criador formó para medir con su paso tardío y acompasado el vasto ámbito del desierto, á esa preciosa acemila, lenta en

su marcha como un día que tras otro transcurre, paciente como un término que fijo al caminante espera, larga como un espacio infinito recorrido paso á paso, prudente como la sedienta caravana que engaña durante cuarenta días su fébril anhelo, midiendo con parsimonia el líquido escaso á la humedecida lengua; desnuda como un indigente, sobria como el hambre misma, pronta á ensangrentar sus labios en los abrojos que erizan la senda, segura como un criado, dócil como un esclavo, dispuesta á deponer su carga para calzar sus maniotas, pronta á hallar ligero el peso, bondadoso al hombre, suave el freno, y cuyos hinojos se doblan para dar mayor altura al infante.

III

« Los mios reposan alineados en el fondo de la quebraja, rumiando silenciosos las zarzas ó la segada yerba; sus largos cuellos se arrastran por tierra á manera de sierpes. Entretanto el hijuelo se suspende á la flaca mama y chupa ávido el nutritivo líquido, mientras la madre plañidera lame su tierna prole por la cual agota su sangre. A la manera de escuadra anclada en un puerto, cuyas vergas permanecen plegadas mientras duerme el

viento, tal la gibosa recua incauta pace aguardando que, al despertarse el llano á los rayos solares, aligere cadente su penosa faena el acompasado canto del conductor. Así cada noche llega para ponerse en marcha al día siguiente, y como nosotros, mortales, sucumbe en el camino.

IV

« El horizonte se ciñe de una faja ignea, y la oscuridad refleja el resplandor de la aurora. Bajo la aerea púrpura que parece llover del firmamento, la arena iluminada se muestra como un mar diamantino. Apresurémonos... despues de este sueño ligero, conviene replegar la tienda plantada por una sola noche, como la humana vida en esta tierra, y volver á emprender de nuevo el pelegrinaje en este océano que borra nuestros pasos, y cuyo término parece huir de nuestra vista.

« Pero ¿ acaso son preferibles las que un remate presentan? ¿ Hubo acaso hombre viviente que consiguiese llegar al término que pensara su mente, aspirara su corazón ó soñara su fantasía?... »

« Seguramente el desierto, como toda la tierra,

fatiga y lastima escabroso las llagadas plantas del solitario peregrino, que la tienda de Jacob cada día planta, y en su corazón se ahuecan los abismos de Job. Entre el Arabe y nuestra progenie hay compensación de suerte, si bien, á igualdad de desgracia, goza aquel de la libertad. La tienda y la casa son ambas del sér humano abrigo; pero si á esta circundan, como á una cárcel, estrechas paredes, aquella no reconoce mas confines que la celeste bóveda. El hombre recluso se encadena á las piedras del hogar, y á fuer de roble se arraiga inmóvil en sus surcos, mientras que el habitante del desierto campea libre y audaz en el vasto ámbito de la inmensidad, sin mas sombra que la propia. En vano lo acosa infatigable la tiranía, que estar solo es reinar, y es vivir el ser libre. Por el hambre y la sed compra sus bienes, pues le consta que nuestros tesoros son vínculos que nos ligan. Es verdad que en las calcinadas llanuras de tan avaro yermo, arenoso es el pan, tibia el agua, rara la sombra; pero, ufano al abrirse una senda que jamás trillarán los humanos pasos, contempla al cielo y se dice: Bien lo he pagado.

« Bajo un cielo implacable, candente la tierra no conoce mas adorno que su propia inmensidad. En vano busca afanoso el ojo los azulados reflejos de las candidas nieves, que se destacan brillantes á la hora del crepúsculo en el oscuro azul de los cielos. En vano se esfuerza en ver serpenteando en las llanuras esas arterias do fluye el agua crista-

lina, cuya ramificación ceba y fecunda los pingües prados que coronan de rubias cosechas do undula la pingüe espiga. En vano se lisongea la vista divisar, rumiando en la mullida alfombra, los lucidos rebaños, cuyo vellón blanquea en el horizonte, destinados á caer bajo la humana cuchilla; ni los mares en su cauce movedizo eubrir los negros escollos con franja de plateada espuma; ni el agitado trage de los bosques sombríos vertir de terciopelo la desnudez del globo; ni el variado pincel que sucesivamente cada estación maneja, pintar el horizonte con los colores del año; ni por último, contiguas al descomunal cauce de los ríos, sobre muros añosos, brotar nuevas ciudades, cuyo vasto cinturón cada noche revienta, como la de un seno que cobija gemelo fruto; mares humanos do sube juntamente con el ruido de las olas, el innumerable rumor producido por el vaiven de la muchedumbre.

V

« Ninguna de esas vestiduras que de verde tapi-
zan nuestro globo, piadosa oculta la lepra del desierto; la estéril desnudez de sus descarnados flancos permite perforar la epidermis á los huesos del planeta, y en este suelo que ahuyenta al ave, el hombre deja á cargo del animal mendigar en su provecho.

« Plegar antes que raye el alba su solitaria tienda, reunir el rebaño que la tierra desnuda lame; en torno del pozo excavado por la tribu errante, dar á beber al esclavo do apagara su sed la yegua; suspender á peso igual la muger y los niños, en los hijares del animal que brama y se arrodilla; vogar hasta al anochecer en esas olas sin márgenes, dejando al bridon tascar el freno en ayunas, y al fenecer el día no tener mas alimento que la leche que parcamente la camella tributa, ó engañar el hambre royendo los áridos huesos de la palma; detenerse á cada momento sin hallar reposo, para economizar el manantial que refresca las abrasadas fauces; partir y repartir hasta que encanezca la cabeza; en tantos millares de dias iguales entre sí, medir tan solo el tiempo por el número de los soles, y en fin, despues de muerto trazar la ruta á las caravanas futuras, con los propios huesos blanqueados. Tal es el hombre... Y no obstanté este hombre disfruta de goces... sí, de goces que extrañar no debe quien considere que el desierto se halla desprovisto de ciudades, que el aire es virgen de la impura turba; que el ánimo se cierne independiente; que mas libre es el hombre, y que Dios es mas Dios.

« Yo mismo, deponiendo el orin que empañaba mi alma, siento un engrandecimiento adecuado á mi pérdida, mientras mi mente libre y despejada como los cielos, reviste la soledad y la grandeza de los lugares en que respiro.

VI

« Tal desnudo el nadador, antes de zambullir en la onda, depone en la playa sus inmundos vestidos; y mudando de naturaleza al trocar de elemento, retempla su vigor en las espumosas aguas. Mecido por las enormes olas, no se acuerda de los tejidos cuya malla encarcelaba sus formas, ni de las sandalias de cuero que abrigaban sus plantas, ni del cinturon estrecho que sus lomos ceñía, ni de los pliegues uniformes, ni de los colores convenidos, ni del manto que despojaran sus desnudas espaldas. Risueño hiende el cerúleo seno de los mares, y arrebatado por la onda, saluda al Océano con un grito de libertad. Preguntésele si piensa inmerso en el agua viva, lo que anteriormente pensaba acurrucado en la playa. No, que con sus vestidos despojara la índole facticia que usurpaba su sér, y en el cristal salado contempla el hombre del aire virgen y de todos los paises. Al dejar la ribera recobra su alma, y libre se ve de su voluntad, libre como la ola.

VII

« Así emancipa el desierto á la criatura humana que vuelve libre como el elemento marino. A cada paso que da en la anchurosa ruta, lo descarga el espacio de uno de los pesos que abrumaban su ánimo. A cada estacion que llega, despojase sucesivamente de las argollas de la imitacion servil; y á medida que escapa de este Egipto humano, despréndese con cada hábito un eslabon de su cadena que la arena sume.

« Ni los mármoreos muros que la servidumbre disfrazan, ni las Balbees que pueblan petrificados dioses, ni las pagodas, minaretes, panteones ó acrópolis, el suelo del desierto oprimen con el peso de sus cúspides; ni la fé habla aquí las lenguas de la Babel confusa; ni como otra Raquel lleva el hombre, ocultos en sus camellos y bajo los pliegues de su trage, los dioses de su tribu que hurtar puede el ladrón, pues el espacio abre el espíritu á la inmateralidad. Cuando al atravesar el desierto, atesoraba Moisés el pensamiento de Israel errante, no pesaba el Arca en manos de los que transportaban á Dios de Menfis á la tierra prometida, pues Dios es una idea.

VIII

« Hace sesenta dias que vogo en busca de ese vago horizonte que siempre retrocede; y olvidando los pasos de su peregrinacion, desprovista de toda esperanza precedente y subsecuente, respirando á plenos pulmones un aire escaso, mi alma encuentra deleite en su misma soledad. La libertad de espíritu constituye mi tierra prometida, que marchar solo emancipa y diviniza el pensamiento aislado.

« Esta noche visitaba el desierto la luna, cuyo disco velado por la arenosa niebla que levanta el viento del simun, se mostraba rojizo y rutilante como hierro candente que sale de la fragua, al atravesar los rayos del astro la pulverulenta espuma del Océano arenoso. Réverberante la llanura pintaba al vivo este fuego, al paso que los fulgorosos rayos del astro tenían la atmósfera de purpúrea sangre, y el torbellino de polvo abrasaba como mal apagadas cenizas. Al ímpetu del viento desplomóse mi tienda sobre mi frente, mi boca sin aliento quedó en la arena sumida, mi mente se figuró que el paso del mismo Dios hacia temblar la tierra, é imaginándome verlo al través del misterio, exclame dirigiéndome al torbellino: — ¡Oh Altísimo! si á mi

vienes como en otro tiempo á Job, muéstrate en carne á mi vista...

IX

« Pero su espíritu respondió en el interior de mi sér : « Hijo de la duda, manda al Océano que com-
« parezca á la voz de la gota ; manda á la eternidad
« que obedezca al momento ; manda al sol, velado
« por el deslumbramiento, que repentinamente se
« muestre á la pálida chispa que ostenta el ras-
« trero gusano ó recela el guijarro duro ; manda á
« la eternidad, incapaz de contenerme, anidarse en
« el espacio inscrito en tus dos pasos.

« ¿ De qué modo quíeres que á ti me nombre ?
« ¿ Por que sentido pretendes que á tu sér aparezca ?
« ¿ Deseas que me manifieste á tu ojo, á tu oreja,
« á tu boca, á tu mano ? ¿ Hay algo divino en tí ?
« ¿ Hay algo humano en mí ? El ojo del mortal es
« un falso cristal velado por un párpado, ojo que
« deslumbra un relámpago, y ciega un grano de
« polvo ; la oreja un tambor estendido rematando
« en un nervio, do retumba un sonido carnal que
« percibe el espíritu ; la boca un tubo por el cual,
« mediante el agua ó la tierra, apaga la sed ó satis-
« face el hambre el gusano humanal ; la mano un
« músculo ejercitado, dotado de un tacto sutil,
« pero ¿ qué puede saber este músculo cuando nada

« le es dado asir ? ¿ Acaso puedes tú ver lo invisible ó
« palpar lo impalpable ? ¿ Puedes tú pisar el espíritu
« como la arena ó la yerba ? ¿ Puedes lisongearte
« de tocar el alma, abrazar la idea con los brazos,
« ó respirar á aquel á quien nadie cupo absorber ?

« ¿ Soy yo opaca, mortales, para daros una som-
« bra ? ¿ Puedo ser yo producto del número, siendo
« la unidad suprema ? ¿ Soy yo un lugar, para poder
« mostrarme al ojo reducido ? ¿ Soy yo un sonido
« para impresionar la oreja del sordo ? ¿ Qué for-
« ma de tu sér no envilece mi esencia ? ¿ Hay algo
« que no se vuelva pequeño cuando cae bajo la me-
« dida humana ?

« ¿ En qué parte de los abismos celestiales, qui-
« sieras tú que mi gloria se mostrase á tus ojos ?
« ¿ Acaso en esta tierra do en tinieblas te arrastras,
« en esta tierra escalon postrero de esos millares de
« mundos, cuyas espirales fenecen y renacen sin
« tregua ni descanso, y cuyo cómputo excede al nú-
« mero de tus días ; en esta tierra, carbonoso frag-
« mento desprendido del hogar de un cometa, cuya
« rotacion le dió la forma esférica que á los planetas
« caracteriza ; fragmento flotante aun á efecto del
« imprimido choque, y que olvidaría mi ojo en los
« confines del éter, si pudiese escapar á mi vista
« uno solo de los granos de la arena centellante con
« que me complazco en sembrar mi nube ?

« ¿ Acaso pretendes que se muestre mi gloria en

« mis soles, ó en algun otro punto de esos focos del
 « cielo, cuyo diámetro inmenso solo pudiera abar-
 « car el dedo divino? Pero por grande que sea, tiene
 « un principio y un fin; mas ¿quién llegará á cal-
 « cular mi órbita incógnita? ¿Quién podrá contener
 « á quien todo lo contiene? ¿Qué compas, por an-
 « churoso ámbito que presente, podrá medir mi
 « superficie? ¿Cómo podrá incluir mi propia in-
 « mensidad un espacio celeste, limitado por otros
 « espacios? ¿Será acaso mas Dios que yo el astro
 « en que me dignase mostrar mi gloria, afrentará
 « acaso mi esencia mi criatura por vergonzoso con-
 « traste, ú osará tal vez el dedo insolente de un
 « calculador reducir en cifras al autor de su sér?

« Desde el dia en que se apagó la luz del Eden, la
 « antigüedad falaz me pintó en sueños, y cada
 « pueblo sucesivamente idólatra del emblema, me
 « dió su propia forma para adorarse á sí mismo.

« Tal fué el primero el Ganges, ebrio de letal
 « beleño, cuyo cauce ve rodar los sueños al par
 « de las ondas, pluralizó mi santa unidad, enarboló
 « en sus altares continuas y deslumbrantes meta-
 « mórfosis, divergió el incienso en dioses miles
 « mortales; y adorando el elefante macizo, cargó
 « en sus lomos el mundo, construyó en el templo
 « un tablado dramático, y transformó al Eterno en
 « histrion despreciable, que mudando de forma y
 « atributo, representaba el papel de Criador ante
 « su criatura.

« La Persia avergonzada de tan ignoble mogi-

« ganga, mas respetuosa me encarnó en el fuego;
 « y pontífice del sol, Zoroastro pio me revistió de
 « un astro para hacer brillar mi gloria.

« Cada cual me confundió con su elemento pro-
 « pio: la China astronómica con el firmamento
 « estrellado, el Egipto agrícola con el inundo
 « ceno que riega el *dios-Nilo* y fecunda el *dios-*
 « *buey*; la Grecia marítima con la onda ó el éter
 « que refrenaban en mi nombre Neptuno ó Júpiter,
 « y forjándose un cielo tan vano como sí misma,
 « solo vió un gran poema en la Divinidad. Pero el
 « soplo del tiempo barrerá sus inanes sueños,
 « pues mi astro se ha levantado sobre sus lóbregas
 « noches.

X

« Insectos zumbadores, congregadores de nubes,
 « ¿hasta cuando caerá vuestra descarriada mente
 « en las asechanzas que le tienden las imágenes?
 « ¿Me creéis acaso semejante á los dioses de vues-
 « tras tribus? Mis atributos aparecen al espíritu,
 « mas no mi esencia; mis rayos fulguran en el en-
 « tendimiento humano, y todo ojo que cree repro-

« ducirme, me deprime al intentarlo. Cesad pues
« de medir vuestro espacio y el mio, pues nada
« seria si todo no lo fuese.

« Si, todo, mas no ese segundo caos que adora
« el panteista, do se evapora en la inmensidad
« el mismo Dios; mezcla grosera de hacinados
« elementos, en que el bien cesa de ser bien, y el
« mal de ser mal; si no ese todo, *centro-Divino* del
« alma universal, que subsiste en su obra y sin
« ésta subsiste; belleza, poder, amor, inteligencia,
« ley, que de su sér irradia para gozar de su propia
« esencia...

« Tal es la única forma en que puedo aparecerte,
« pues, hijo mio, no soy un sér, sino el sér. Su-
« mérgete en mi altura y en mi profundidad, y
« juzga de mi sabiduría al pensar en mi grandeza.
« En vano explorarás los cielos, los mares, la
« tierra para encontrar mi nombre, pues no tengo
« mas que uno, y es... **MISTERIO.**

« ¡ Oh Misterio! le dije, sé pues mi fé... Misterio,
« vínculo santo entre el Criador y su criatura,
« mientras mas tenebrosos son tus abismos, menos
« funebres me parecen. Mi frente levanto deslum-
« brada de tinieblas, pues, cuando al horizonte
« priva de su esplendor el astro benéfico, la inmen-
« sidad de la sombra su grandeza atestigua. Esta
« misma oscuridad es la medida de nuestra fé,
« pues la divinidad del objeto vuelve mas oscura

« la imagen. Así renuncio á buscar con los ojos,
« con las manos, con los brazos, y digo: Tú mismo
« eres, pues no te veo. »

XI

« Así el silencio y soledad del desierto me habla-
ban con mas elocuencia que la muchedumbre...
¡ Oh desierto, gran vacío cuyo eco repite la voz del
cielo! Habla al espíritu humano, inmenso Israel; y
pueda yo, á la extremidad de la uniforme llanura,
en que por tanto tiempo seguí la humana caravana,
sin hallar en la arena que levantan sus pasos á aquel
que la envuelve invisible; pueda yo, antes de po-
nerse el sol, cansado de los Babels de la duda, de-
jando serpentear en el camino á mis compañeros,
sentarme junto al pozo de Jacob con la frente en
ambas manos, cerrar mis oídos á las vanas pala-
bras, y en este arenal adusto conversar cara á cara
con la eternidad, el poder y el espacio: tres pro-
fetas mudos, silencios llenos de fé, que no son tus
nombres, Señor, pero sí tu esencia; evidencias de
espíritu que hablan sin palabras, no esculpiendo
ídolos en la piedra, si bien, en el fondo mismo de
nuestras oscuridades, nos reflejan por triple destello
tu misma sustancia, mostrándonos como padre y
madre de tí mismo, nacido sin antepasado alguno, de
cuyo seno brota sin agotarse el océano sin fondo del

Sér, regresando á tí mismo nunca disminuido y siempre acrecentado ese Sér de flujo eterno y de eterno reflujo.

« Y, tal como el varón audaz que habló en tu presencia é indulgente acogistes, pueda yo cubierto por tu sombra como por un sudario, morir solo en el desierto en la fé del GRAN SOLO '. »

XXVIII

Ahora bien, olvidemos estos débiles versos, leamos á Job y veamos por qué admirable circuito de un pensamiento que gira en torno del orbe intelectual, pasa el gran poeta y no menos gran filósofo de la fé á la duda, de la duda á la blasfemia, de la blasfemia á la certidumbre, y de la desesperación de espíritu á esa fé razonada, á esa plena confianza del hombre en Dios, única sabiduría de los verdaderos sabios, única verdad del corazón como lo es del entendimiento.

La lectura de Job no es solamente la mas alta lección de poesía, sino el mas acendrado modelo de piedad.

Pero antes de todo digamos quien era Job.

I.

Il est nuit... Qui respire?... Ah! c'est la longue haleine,
La respiration nocturne de la plaine!

Elle semble, ô désert! craindre de l'éveiller.

Accoudé sur ce sable, immuable oreiller,
J'écoute, en retenant l'haleine intérieure,
La brise du dehors, qui passe, chante et pleure;
Langue sans mots de l'air, dont seul je sais le sens,
Dont aucun verbe humain n'explique les accents,
Mais que tant d'autres nuits sous l'étoile passées
M'ont appris, dès l'enfance, à traduire en pensées.
Oui, je comprends, ô vent! ta confidence aux nuits:
Tu n'as pas de secret pour mon âme, depuis
Tes hurlements d'hiver dans le mâit qui se brise,
Jusqu'à la demi-voix de l'impalpable brise
Qui sème, en imitant des bruissements d'eau,
L'écume du granit en grains sur mon manteau.

Quel charme de sentir la voile palpitante
Incliner, redresser le piquet de ma tente,
En donnant aux sillons qui nous creusent nos lits
D'une mer aux longs flots l'insensible roulis!
Nulle autre voix que toi, voix d'en haut descendue,
Ne parle à ce désert muet sous l'étendue.
Qui donc en oserait troubler le grand repos?
Pour nos balbutiements aurait-il des échos?
Non; le tonnerre et toi, quand ton *simoun* y vole,
Vous avez seuls le droit d'y prendre la parole,
Et le lion, peut-être, aux narines de feu,
Et Job, lion humain, quand il rugit à Dieu !....

Comme on voit l'infini dans son miroir, l'espace!
A cette heure où, d'un ciel poli comme une glace,
Sur l'horizon doré la lune au plein contour
De son disque rougi réverbère un faux jour,
Je vois à sa lueur, d'assises en assises,

Monter du noir Liban les cimes indécises,
D'où l'étoile, émergeant des bords jusqu'au milieu,
Semble un cygne baigné dans les jardins de Dieu.

II.

Sur l'océan de sable où navigue la lune,
Mon œil partout ailleurs flotte de dune en dune;
Le sol, mal aplani sous ces vastes niveaux,
Imite les grands flux et les reflux des eaux.
A peine la poussière, en vague amoncelée,
Y trace-t-elle en creux le lit d'une vallée,
Où le soir, comme un sel que le bouc vient lécher,
La caravane boit la sueur du rocher.
L'œil, trompé par l'aspect au faux jour des étoiles,
Croit que, si le navire, ouvrant ici ses voiles,
Cinglait sur l'élément où la gazelle a fui,
Ces flots pétrifiés s'amolliraient sous lui,
Et donneraient aux mâts courbés sur leurs sillages
Des lames du désert les sublimes tangages!

Mais le chameau pensif, au roulis de son dos,
Navire intelligent, berce seul sur ces flots;
Dieu le fit, ô désert! pour arpenter ta face,
Lent comme un jour qui vient après un jour qui passe,
Patient comme un but qui ne s'approche pas,
Long comme un infini traversé pas à pas,
Prudent comme la soif quarante jours trompée,
Qui mesure la goutte à sa langue trempée;
Nu comme l'indigent, sobre comme la faim,
Ensanglantant sa bouche aux ronces du chemin;
Sûr comme un serviteur, humble comme un esclave,
Déposant son fardeau pour chausser son entrave,

Trouvant le poids léger, l'homme bon, le frein doux,
Et pour grandir l'enfant pliant ses deux genoux!

III.

Les miens, couchés en file au fond de la ravine,
Ruminent sourdement l'herbe morte ou l'épine;
Leurs longs cous sur le sol rampent comme un serpent;
Aux flancs maigres de lait leur petit se suspend,
Et, s'épuisant d'amour, la plaintive chamelle
Les lèche en leur livrant le suc de sa mamelle.
Semblables à l'escadre à l'ancre dans un port,
Dont l'antenne pliée attend le vent qui dort,
Ils attendent soumis qu'au réveil de la plaine
Le chant du chamelier leur cadence leur peine,
Arrivant chaque soir pour repartir demain,
Et comme nous, mortels, mourant tous en chemin!

IV.

D'une bande de feu l'horizon se colore,
L'obscurité renvoie un reflet à l'aurore;
Sous cette pourpre d'air, qui pleut du firmament,
Le sable s'illumine en mer de diamant.

Hâtons-nous!... replions, après ce léger somme,
La tente d'une nuit semblable aux jours de l'homme,
Et, sur cet océan qui recouvre les pas,
Recommençons la route où l'on n'arrive pas!

Eh! ne vaut-elle pas celles où l'on arrive?
Car, en quelque climat que l'homme marche ou vive,
Au but de ses desirs, pensé, voulu, rêvé,
Depuis qu'on est parti qui donc est arrivé?...
.....
.....

Sans doute le désert, comme toute la terre,
Est rude aux pieds meurtris du marcheur solitaire,
Qui plante au jour le jour la tente de Jacob,
Ou qui creuse en son cœur les abîmes de Job !
Entre l'Arabe et nous le sort tient l'équilibre ;
Nos malheurs sont égaux... mais son malheur est libre !
Des deux séjours humains, la tente ou la maison,
L'un est un pan du ciel, l'autre un pan de prison ;
Aux pierres du foyer l'homme des murs s'enchaîne,
Il prend dans ses sillons racine comme un chêne :
L'homme dont le désert est la vaste cité
N'a d'ombre que la sienne en son immensité.
La tyrannie en vain se fatigue à l'y suivre.
Être seul, c'est régner ; être libre, c'est vivre.
Par la faim et la soif il achète ses biens ;
Il sait que nos trésors ne sont que des liens.
Sur les flancs calcinés de cette arène avare
Le pain est graveleux, l'eau tiède, l'ombre rare ;
Mais, fier de s'y tracer un sentier non frayé,
Il regarde son ciel et dit : Je l'ai payé !...

Sous un soleil de plomb la terre ici fondue
Pour unique ornement n'a que son étendue ;
On n'y voit pas bleuir, jusqu'au fond d'un ciel noir,
Ces neiges où nos yeux montent avec le soir ;
On n'y voit plus au loin serpenter dans les plaines
Ces artères des eaux d'où divergent les veines
Qui portent aux vallons par les moissons dorées
L'ondement des épis ou la graisse des prés ;
On n'y voit pas blanchir, couchés dans l'herbe molle,
Ces gras troupeaux que l'homme à ses festins immole ;
On n'y voit pas les mers dans leur bassin changeant
Franger les noirs écueils d'une écume d'argent,
Ni les sombres forêts à l'ondoyante robe
Vêtir de leur velours la nudité du globe,
Ni le pinceau divers que tient chaque saison
Des couleurs de l'année y peindre l'horizon ;
On n'y voit pas enfin, près du grand lit des fleuves,
Des vieux murs des cités sortir des cités neuves,

Dont la vaste ceinture éclate chaque nuit
Comme celle d'un sein qui porte un double fruit !
Mers humaines d'où monte avec des bruits de houles
L'innombrable rumeur du grand roulis des foules !
.....
.....
.....

V.

Rien de ces vêtements, dont notre globe est vert,
N'y revêt sous ses pas la lèpre du désert ;
De ses flancs décharnés la nudité sans germe
Laisse les os du globe en percer l'épiderme ;
Et l'homme, sur ce sol d'où l'oiseau même a fui,
Y charge l'animal d'y mendier pour lui !
Plier avant le jour la tente solitaire,
Rassembler le troupeau qui lèche à nu la terre ;
Autour du puits creusé par l'errante tribu
Faire boire l'esclave où la jument a bu ;
Aux flancs de l'animal, qui s'agenouille et brame,
Suspendre à poids égaux les enfants et la femme ;
Voguer jusqu'à la nuit sur ces vagues sans bords,
En laissant le coursier brouter à jeun son mors ;
Boire à la fin du jour, pour toute nourriture,
Le lait que la chamelle à votre soif mesure,
On des fruits du dattier ronger les maigres os ;
Recommencer sans fin des haltes sans repos
Pour épargner la source où la lèvre s'étanche ;
Partir et repartir jusqu'à la barbe blanche...
Dans des milliers de jours, à tous vos jours pareils,
Ne mesurer le temps qu'au nombre des soleils ;
Puis de ses os blanchis, sur l'herbe des savanes,
Tracer après sa mort la route aux caravanes...
Voilà l'homme !... Et cet homme a ses félicités !
Ah ! c'est que le désert est vide des cités ;
C'est qu'en voguant au large, au gré des solitudes,
On y respire un air vierge des multitudes !

C'est que l'esprit y plane indépendant du lieu
C'est que l'homme est plus homme et Dieu même plus Dieu.

Moi-même, de mon âme y déposant la rouille,
Je sens que j'y grandis de ce que j'y dépouille,
Et que mon esprit, libre et clair comme les cieux,
Y prend la solitude et la grandeur des lieux!

VI.

Tel que le nageur nu, qui plonge dans les ondes,
Dépose au bord des mers ses vêtements immondes,
Et, changeant de nature en changeant d'élément,
Retrempe sa vigueur dans le flot écumant,
Il ne se souvient plus, sur ces lames énormes,
Des tissus dont la maille emprisonnait ses formes;
Des sandales de cuir, entraves de ses pieds,
De la ceinture étroite où ses flancs sont liés,
Des uniformes plis, des couleurs convenues
Du manteau rejeté de ses épaules nues;
Il nage, et, jusqu'au ciel par la vague emporté,
Il jette à l'Océan son cri de liberté!...
Demandez-lui s'il pense, immergé dans l'eau vive,
Ce qu'il pensait naguère accroupi sur la rive!
Non, ce n'est plus en lui l'homme de ses habits,
C'est l'homme de l'air vierge et de tous les pays.
En quittant le rivage, il recouvre son âme:
Roi de sa volonté, libre comme la lame!...

VII.

Le désert donne à l'homme un affranchissement
Tout pareil à celui de ce fier élément;
A chaque pas qu'il fait sur sa route plus large,
D'un de ses poids d'esprit l'espace le décharge;

Il soulève en marchant, à chaque station,
Les serviles anneaux de l'imitation;
Il sème, en s'échappant de cette Égypte humaine,
Avec chaque habitude un débris de sa chaîne...

Ces murs de servitude, en marbre édifiés,
Ces balbeks tout remplis de dieux pétrifiés,
Pagodes, minarets, panthéons, acropoles,
N'y chargent pas le sol du poids de leurs coupoles;
La foi n'y parle pas les langues de Babel;
L'homme n'y porté pas, comme une autre Rachel,
Cachés sous son chameau, dans les plis de sa robe,
Les dieux de sa tribu que le voleur dérobe!
L'espace ouvre l'esprit à l'immatériel.
Quand Moïse au désert pensait pour Israël,
A ceux qui portaient Dieu, de Memphis en Judée,
L'Arche ne pesait pas... car Dieu n'est qu'une idée!

VIII.

Et j'ai vogué déjà, depuis soixante jours,
Vers ce vague horizon qui recule toujours;
Et mon âme, oubliant ses pas dans sa carrière,
Sans espoir en avant, sans espoir en arrière,
Respirant à plein souffle un air illimité,
De son isolement se fait sa volupté.
La liberté d'esprit, c'est ma terre promise!
Marcher seul affranchit, penser seul divinise!

La lune, cette nuit, visitait le désert;
D'un brouillard sablonneux son disque recouvert
Par le vent du *simoun*, qui soulève sa brume,
De l'océan de sable en transperçant l'écume,
Rougissait comme un fer de la forge tiré;

Le sol lui renvoyait ce feu réverbéré;
 D'une pourpre de sang l'atmosphère était teinte,
 La poussière brûlait cendre au pied mal éteinte;
 Ma tente, aux coups du vent, sur mon front s'écrouta,
 Ma bouche sans haleine au sable se colla;
 Je crus qu'un pas de Dieu faisait trembler la terre,
 Et, pensant l'entrevoir à travers le mystère,
 Je dis au tourbillon : — O Très-Haut ! si c'est toi,
 Comme antrefois à Job, en chair apparais-moi !...

IX.

Mais son esprit en moi répondit : « Fils du doute,
 « Dis donc à l'Océan d'apparaître à la goutte !
 « Dis à l'éternité d'apparaître au moment !
 « Dis au soleil voilé par l'éblouissement
 « D'apparaître en clin d'œil à la pâle étincelle
 « Que le ver lumineux ou le caillou recèle !
 « Dis à l'immensité, qui ne me contient pas,
 « D'apparaître à l'espace inscrit dans tes deux pas !
 « Et par quel mot pour toi veux-tu que je me nomme ?
 « Et par quel sens veux-tu que j'apparaisse à l'homme ?
 « Est-ce l'œil, ou l'oreille, ou la bouche, ou la main ?
 « Qu'est-il en toi de Dieu ? Qu'est-il en moi d'humain ?
 « L'œil n'est qu'un faux cristal voilé d'une paupière
 « Qu'un éclair éblouit, qu'aveugle une poussière;
 « L'oreille, qu'un tympan sur un nerf étendu,
 « Que frappe un son charnel par l'esprit entendu;
 « La bouche, qu'un conduit par où le ver de terre
 « De la terre et de l'eau vit ou se désaltère;
 « La main, qu'un muscle adroit, doué d'un tact subtil;
 « Mais quand il ne tient pas, ce muscle, que sait-il ?...
 « Peux-tu voir l'invisible ou palper l'impalpable ?
 « Fouler aux pieds l'esprit comme l'herbe ou le sable ?
 « Saisir l'âme ? embrasser l'idée avec les bras ?
 « Ou respirer Celui qui ne s'aspire pas ?

« Suis-je opaque, ô mortels ! pour vous donner une ombre ?
 « Éternelle unité, suis-je un produit du nombre ?
 « Suis-je un lieu pour paraître à l'œil étroit ou court ?
 « Suis-je un son pour frapper sur l'oreille du sourd ?
 « Quelle forme de toi n'avilit ma nature ?
 « Qui ne devient petit quand c'est toi qui mesure ?...
 « Dans quel espace enfin des abîmes des cieux
 « Voudrais-tu que ma gloire apparût à tes yeux ?
 « Est-ce sur cette terre où dans la nuit tu rampes ?
 « Terre, dernier degré de ces milliers de rampes
 « Qui toujours finissant recommencent toujours,
 « Et dont le calcul même est trop long pour tes jours ?
 « Petit charbon tombé d'un foyer de comète
 « Que sa rotation arrondit en planète,
 « Qui du choc imprimé continue à flotter,
 « Que mon œil oublierait aux confins de l'éther,
 « Si, des sables de feu dont je sème ma nue,
 « Un seul grain de poussière échappait à ma vue ?
 « Est-ce dans mes soleils ? ou dans quelque autre feu
 « De ces foyers du ciel, dont le grand doigt de Dieu
 « Pourrait seul mesurer le diamètre immense ?
 « Mais, quelque grand qu'il soit, il finit, il commence.
 « On calculerait donc mon orbite inconnu ?
 « Celui qui contient tout serait donc contenu ?
 « Les pointes du compas, inscrites sur ma face,
 « Pourraient donc en s'ouvrant mesurer la surface ?
 « Un espace des cieux, par d'autres limité,
 « Emprisonnerait donc ma propre immensité ?
 « L'astre où j'apparaîtrais, par un honteux contraste,
 « Serait plus Dieu que moi, car il serait plus vaste ?
 « Et le doigt insolent d'un vil calculateur
 « Comme un nombre oserait chiffrer son Créateur ?...
 « Du jour où de l'Éden la clarté s'éteignit,
 « L'antiquité menteuse en songe me peignit;
 « Chaque peuple à son tour, idolâtre d'emblème,
 « Me fit semblable à lui pour s'adorer lui-même.

« Le Gange le premier, fleuve ivre de pavots,
 « Où les songes sacrés roulent avec les flots,
 « De mon être intangible en voulant palper l'ombre,
 « De ma sainte unité multiplia le nombre,
 « De ma métamorphose éblouit ses autels,
 « Fit diverger l'encens sur mille dieux mortels ;
 « De l'éléphant lui-même adorant les épaules,
 « Lui fit porter sur rien le monde et ses deux pôles,
 « Éleva ses tréteaux dans le temple indien,
 « Transforma l'Éternel en vil comédien,
 « Qui, changeant à sa voix de rôle et de figure,
 « Jouait le Créateur devant sa créature !

« La Perse rougissant de cet ignoble jeu
 « Avec plus de respect m'incarna dans le feu ;
 « Pontife du soleil, le pieux Zoroastre
 « Pour me faire éclater me revêtit d'un astre.

« Chacun me confondit avec son élément :
 « La Chine astronomique avec le firmament ;
 « L'Égypte moissonneuse avec la terre immonde
 « Que le *dieu-Nil* arrose et le *dieu-bœuf* féconde ;
 « La Grèce maritime avec l'onde ou l'éther
 « Que gourmandait pour moi Neptune ou Jupiter,
 « Et, se forgeant un ciel aussi vain qu'elle-même,
 « Dans la Divinité ne vit qu'un grand poème !

« Mais le temps soufflera sur ce qu'ils ont rêvé,
 « Et sur ces sombres nuits mon astre s'est levé.

X.

« Insectes bourdonnants, assembleurs de nuages,
 « Vous prendrez-vous toujours au piège des images
 « Me croyez-vous semblable aux dieux de vos tribus ?
 « J'apparais à l'esprit, mais par mes attributs !

« C'est dans l'entendement que vous me verrez luire,
 « Tout œil me rétrécit qui croit me reproduire.
 « Ne mesurez jamais votre espace et le mien,
 « Si je n'étais pas tout je ne serais plus rien !

« Non ce second chaos qu'un panthéiste adore
 « Où dans l'immensité Dieu même s'évapore,
 « D'éléments confondus pêle-mêle brutal
 « Où le bien n'est plus bien, où le mal n'est plus mal.
 « Mais ce tout, *centre-Dieu* de l'âme universelle,
 « Subsistant dans son œuvre et subsistant sans elle :
 « Beauté, puissance, amour, intelligence et loi,
 « Et n'enfantant de lui que pour jouir de soi !...

« Voilà la seule forme où je puis t'apparaître !
 « Je ne suis pas un être, ô mon fils ! Je suis l'Être !
 « Plonge dans ma hauteur et dans ma profondeur,
 « Et conclus ma sagesse en pensant ma grandeur !
 « Tu creuseras en vain le ciel, la mer, la terre,
 « Pour m'y trouver un nom ; je n'en ai qu'un... MYSTÈRE.

« — O Mystère ! lui dis-je, eh bien ! sois donc ma foi...
 « Mystère, ô saint rapport du Créateur à moi !
 « Plus tes gouffres sont noirs, moins ils me sont funèbres,
 « J'en relève mon front ébloui de ténèbres !
 « Quand l'astre à l'horizon retire sa splendeur,
 « L'immensité de l'ombre atteste sa grandeur !
 « A cette obscurité notre foi se mesure,
 « Plus l'objet est divin, plus l'image est obscure.
 « Je renonce à chercher des yeux, des mains, des bras,
 « Et je dis : C'est bien toi, car je ne te vois pas ! »

XI.

Ainsi dans son silence et dans sa solitude,
 Le désert me parlait mieux que la multitude.

O désert ! ô grand vide où l'écho vient du ciel !
 Parle à l'esprit humain, cet immense Israël !
 Et moi puisse-je, au bout de l'uniforme plaine
 Où j'ai suivi longtemps la caravane humaine
 Sans trouver dans le sable élevé sur ses pas
 Celui qui l'enveloppe et qu'elle ne voit pas,
 Puisse-je, avant le soir, las des *Babels* du doute,
 Laisser mes compagnons serpenter dans leur route,
 M'asseoir au puits de Job, le front dans mes deux mains,
 Fermer enfin l'oreille à tous verbes humains,
 Dans ce morne désert converser face à face
 Avec l'éternité, la puissance et l'espace :
 Trois prophètes muets, silences pleins de foi,
 Qui ne sont pas tes noms, Seigneur ! mais qui sont toi,
 Évidences d'esprit qui parlent sans paroles,
 Qui ne te taillent pas dans le bloc des idoles,
 Mais qui font luire au fond de nos obscurités
 Ta substance elle-même en trois vives clartés.
 Père et mère à toi seul, et seul né sans ancêtre,
 D'où sort sans t'épuiser la mer sans fond de l'Être,
 Et dans qui rentre en toi jamais moins, toujours plus,
 L'Être au flux éternel, à l'éternel reflux !

Et puisse-je, semblable à l'homme plein d'audace
 Qui parla devant toi, mais à qui tu fis grâce,
 De ton ombre couvert comme de mon linceul,
 Mourir seul au désert dans la foi du GRAND SEUL !

CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

CONVERSACION DUODÉCIMA

I

Al concluir nuestra última conversacion, no pudimos menos de preguntarnos : ¿Quién es Job ? Nadie aun lo sabe.

Tal responden Bossuet, La Harpe, el reverendo doctor Lowth, autor del curso moderno de poesía sagrada que mas erudicion encierra, y en fin M. Cahen, el último y el mas hebraico de los traductores de la Biblia, en sus comentarios aun mas notables que su texto.

No, á nadie consta quien fué el primero, y en mi concepto el mas sublime de todos los poetas ; á nadie consta el verdadero autor de obra tan magis-

O désert ! ô grand vide où l'écho vient du ciel !
 Parle à l'esprit humain, cet immense Israël !
 Et moi puisse-je, au bout de l'uniforme plaine
 Où j'ai suivi longtemps la caravane humaine
 Sans trouver dans le sable élevé sur ses pas
 Celui qui l'enveloppe et qu'elle ne voit pas,
 Puisse-je, avant le soir, las des *Babels* du doute,
 Laisser mes compagnons serpenter dans leur route,
 M'asseoir au puits de Job, le front dans mes deux mains,
 Fermer enfin l'oreille à tous verbes humains,
 Dans ce morne désert converser face à face
 Avec l'éternité, la puissance et l'espace :
 Trois prophètes muets, silences pleins de foi,
 Qui ne sont pas tes noms, Seigneur ! mais qui sont toi,
 Évidences d'esprit qui parlent sans paroles,
 Qui ne te taillent pas dans le bloc des idoles,
 Mais qui font luire au fond de nos obscurités
 Ta substance elle-même en trois vives clartés.
 Père et mère à toi seul, et seul né sans ancêtre,
 D'où sort sans t'épuiser la mer sans fond de l'Être,
 Et dans qui rentre en toi jamais moins, toujours plus,
 L'Être au flux éternel, à l'éternel reflux !

Et puisse-je, semblable à l'homme plein d'audace
 Qui parla devant toi, mais à qui tu fis grâce,
 De ton ombre couvert comme de mon linceul,
 Mourir seul au désert dans la foi du GRAND SEUL !

CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

CONVERSACION DUODÉCIMA

I

Al concluir nuestra última conversacion, no pudimos menos de preguntarnos : ¿Quién es Job ? Nadie aun lo sabe.

Tal responden Bossuet, La Harpe, el reverendo doctor Lowth, autor del curso moderno de poesía sagrada que mas erudicion encierra, y en fin M. Cahen, el último y el mas hebraico de los traductores de la Biblia, en sus comentarios aun mas notables que su texto.

No, á nadie consta quien fué el primero, y en mi concepto el mas sublime de todos los poetas ; á nadie consta el verdadero autor de obra tan magis-

tral y en cierto modo sobrehumana. Este poema no formó siempre parte de la Biblia propiamente dicha, y tal vez independientemente del Antiguo Testamento, al cual precedió en fecha, llegó á ser andando el tiempo insertado y agregado al sagrado texto. El doctor Lowth, profesor de poesía sagrada en la Universidad de Oxford, á quien debemos dos tomos que forman autoridad en semejantes materias, refuta completamente la opinion que atribuye el libro de Job al mismo Moisés.

Por otra parte, á este dictámen adhiere completamente el sapientísimo traductor de la Biblia, el citado M. Cahen.

En tanto cuanto podemos emitir un fallo personal en tan árdua empresa, vamos á exponer con audaz franqueza lo que pensamos acerca del autor y del poema, pues lo incógnito es un vasto ámbito en que pueden campear toda clase de conjeturas, incluso el genio del mismo Bossuet, el mas ortodoxo de los comentadores. Pero nuestras presunciones personales acerca del poema de Job, no consisten, como podria creerse á primera vista, en fantásticas excursiones de la imaginacion, sino en conclusiones motivadas y autorizadas por un estudio de treinta años de tradiciones, historias de monumentos, filosofías y poesías del Oriente primitivo; y, si no damos nuestro juicio como la verdad infalible, lo presentamos á lo menos como un conjunto de datos verosímiles, tan cercanos de la verdad como la sombra del cuerpo, suplicando á nuestros lectores lo acojan tal

como lo ofrecemos, esto es como una opinion personal, y lo examinen sin fiarse á nuestra palabra.

La extrañeza que á primera vista presenta la opinion que sugerimos, nos impone esta precaucion oratoria; pero, cuando habrán leído, y bien leído, el maravilloso poema que á continuacion analizamos, tal vez acogerán nuestros lectores con mas indulgencia la rareza y osadía de nuestra opinion personal relativamente á un libro de un carácter antidiluviano.

II

Expongamos sin mas preámbulos lo que pensamos de Job.

Pero antes conviene que recuerden nuestros lectores los repetidos pasages de nuestras conversaciones pasadas, por los cuales consta que diferimos completamente de los filósofos modernos, partidarios del progreso indefinido y continuo del espíritu humano.

Estos señores, deseosos de lisonjear sinceramente á sus contemporáneos, á su posteridad y á sí mismos, se ven obligados á no ver mas que tinieblas, ignorancia y barbarie en la época primitiva de la humanidad, cerrando los ojos en presencia de los monumentos sublimes ó divinos consignados en la historia de la sabiduría, de las teogonías, de las

poesías primitivas, datos todos de que obstinadamente prescindien.

Pero si bien se considera, esta negacion de todo el pasado teológico, filosófico, poético, arquitectural y aun histórico de las razas humanas que nos precedieron, les es una condicion indispensable para apuntalar su descabellado sistema; pues sin este requisito se verian muy apurados para abogar en favor de esa marcha ascensional, indefinida y continua del espíritu humano, que de Brama, de Job, del Egipto, de la Judea, de Grecia y Roma, progresa hasta Paris, hasta el siglo de Luis XV y hasta el nuestro. La evidencia confundiria á los citados filósofos, al paso que todo hombre imparcial no podria menos de preguntar, al leer los escritos de la India, el poema de Job, las legislaciones patriarcales de la China, la Biblia, Homero, Platon, el Evangelio, Virgilio, Ciceron; al contemplar las pirámides de Egipto, las ruinas de Palmira y Persépolis, el Partenon y el Panteon aun intactos; al palidecer de admiracion en presencia de los vivientes mármoles de Fidias; no podria menos de preguntar, volvemos á decir, do están las huellas de ese progreso indefinido y que continuamente sublima las facultades humanas.

Pero poco importa todo eso á esos señores, á cuyo sistema imperioso debe ceder el mundo, pues es necesario para que triunfe la teoría que tan pomposamente propalan, que el hombre anterior á nuestra era no haya pasado de un bosquejo informe de su Criador,

de una especie de bruto ó salvaje perfeccionado indefinida y continuamente, hasta el grado en que se complacen contemplar á la criatura humana en sí mismos y nosotros, juzgándola destinada á progresar despues de fenecida nuestra progenie terrestre, por una especie de apoteosis igualmente indefinida, cuyo arcano deben revelarnos hasta cierto punto las estrellas.

Muy lejos estamos de profesar tan sandias patrañas, opinando al contrario que el estado salvaje es una dolencia de nuestra grey, y de ningun modo su estado inicial y primitivo.

Asímismo nos cabe la conviccion de que hubo en los primeros tiempos una humanidad tan ricamente dotada como la nuestra; y, si hemos de aventurar lisa y llanamente nuestro dictámen, idéntico en este punto al que vemos consignado en las sagradas páginas, como igualmente al aserto profesado por todas las razas religiosas é históricas que aparecieron en nuestro planeta, diremos que estamos persuadidos de que la humanidad primitiva nos superaba en luces, facultades, felicidad y verdades divinas.

Nos cabe la certidumbre (sin poder demostrarla, ni explicarla), de que en lugar del progreso indefinido y continuo, hubo una decadencia, un eclipse de Dios en el hombre, *un Eden perdido*, como dicen las sagradas páginas.

Por último abrigamos la conviccion de que los progresos diseminados, interrumpidos á menudo por recaídas, si bien progresos muy reales y muy

meritorios que tuvieron lugar despues de esta misteriosa degradacion de la humanidad primera, no pasan de esfuerzos generosos y santos para reconquistar lo perdido, para recuperar nuestra primitiva inocencia, para reintegrarnos en nuestra ciencia y felicidad naufragadas.

Por lo expuesto se ve cuanta distancia nos separa de los filósofos actuales, acérrimos partidarios del progreso continuo é indefinido.

Los únicos vínculos que nos ligan á los citados señores, consisten en los votos que simultáneamente formamos en favor de la felicidad y santidad del hombre, como igualmente en nuestros esfuerzos comunes para hacer avanzar á la humanidad, nuestros adversarios científicos mediante un progreso ilimitado, y nosotros mediante un progreso real pero relativo.

Ahora bien, si hemos de hablar con franqueza, diremos que uno de los principales argumentos contra esa ascension indefinida y continua del espíritu humano, en otros términos, uno de los principales monumentos ó testimonios de una condicion intelectual y moral del hombre primitivo, superior á nuestra condicion presente, es cabalmente el libro misterioso de Job. Tal como el geólogo Cuvier que hallaba mastodontes en las capas antediluvianas del globo, Job es, si es lícito expresarse así, un mastodonte intelectual y filosófico en las capas antediluvianas del espíritu humano.

En efecto, en el poema bíblico existe una filoso-

fía, que antes del renacimiento evangélico, no guarda analogía alguna con la doctrina de la India, ni con la metafísica de la China, ni con lo poco que sabemos de la ciencia egipcia, ni con las teorías paganas (salvo Platon y Epicteto), ni aun con los sistemas racionales que procuran construir los modernos mediante los restos de la antigüedad.

¿Quién pudo inspirar al patriarca oriental, quién pudo infundir en el ánimo de un pastor árabe del desierto de Hus, una filosofía á la vez tan osada, tan humana, tan divina, tan revelada, tan misteriosa, tan racional, tan sublimemente discutida, tan excelentemente cantada, como la que vamos á leer en ese poema escrito en la arena, con una caña mojada en una lágrima amarga?... En vano hojearíamos los numerosos volúmenes que en los siglos recientes han hecho sudar la prensa, pues todos nuestros conatos jamás llegarán á descubrir algo que pueda igualar, ni aun de lejos, á uno de esos sollozos, á una de esas blasfemias, á uno de esos actos de sublime resignacion.

III

Ahora bien, como todo tiene un principio y la nada es esencialmente infecunda, hay un problema cuya solucion me ha preocupado con continuo teson, y es averiguar de dónde procede ese manantial sub-

terráneo é inagotable de verdad, metafísica, teología, elocuencia y poesía, que rebosa como un torrente en el poema de Job para todo aquel que sabe leer, sentir, comprender y orar en esta tierra.

No titubeamos en decir que este fenómeno tan misterioso como admirable, solo puede proceder de una tradicion antiquísima y antihistórica, de una filosofía conservada y vuelta á hallar de la humanidad primitiva, filosofía que remonta de generacion en generacion hasta una generacion primera, dotada de comunicaciones mas luminosas y directas con el autor de toda luz, esto es, con el mismo Dios.

En contradiccion con el sistema de los filósofos que abogan por el progreso continuo é indefinido, demuestra la observacion que mientras mas se remonta de civilizacion en civilizacion, de libro en libro, de tradicion religiosa en tradicion religiosa, hasta esa profundidad desconocida de los tiempos llamada época antdiluviana, mas luces divinas entrevemos, ó en otros términos, mayor es la luz emitida por la luminosa aurora que baña al espíritu humano.

¿Qué resulta de lo expuesto? Que antes del diluvio general ó parcial atestiguado por todas las tradiciones orientales, hubo una época de civilizacion superior á la de los siglos que vinieron en pos de ese cataclismo de la humanidad; que esta época de civilizacion antdiluviana se hallaba mas próxima á otro período aun superior en inocencia, en ciencia, en facultades, en felicidad del hombre en esta tierra, antes

de la grande y misteriosa decadencia — que es otra tradicion universal, — á consecuencia de la cual, se vió expulsada la humanidad primitiva de ese semicielo ó jardin delicioso llamado Eden; que las tradiciones de esta filosofía relativa al Eden mencionado, habian sobrevivido en la humanidad decaida, y que en fin despues del segundo naufragio de la humanidad antdiluviana, pudieron sobrenadar algunas grandes verdades y fragmentos de excelsas filosofías, intactas en la memoria de algunos sabios ó profetas, escapados de la inundacion universal ó parcial; restos del naufragio que inspiraban de cuando en cuando al espíritu humano en el Oriente, húmedo aun de la gran catástrofe.

Sea que adoptemos las tradiciones de la India segun las cuales consiguieron guarecerse algunos náufragos en el Himalaya; sea que adheramos á los libros de la China, que hacen refugiar á un número reducido de pueblos en las montañas centrales; sea que, juzgando por los monumentos de Etiopia ó del Alto Egipto, creamos que excavaron cavernas los Trogloditas en los parages elevados para evitar una segunda inundacion en el llano; sea que profesemos la tradicion biblica que nos cuenta como navegó Noé sobre las aguas con lo mas selecto del linage humano, es imposible dejar de creer en una inmensa inundacion que anegó aquella parte del mundo. Todas las tradiciones profanas y sagradas concuerdan en que escapó un número reducido de hombres á la catástrofe, y que los náufragos llegaron aquí y

acullá, en el Himalaya, en las montañas centrales de China, en los elevados cerros de la Etiopía, en las cimas de la Armenia ó del monte Ararat, llegando á ser el tronco ó la cepa primitiva de la tercera humanidad.

La Persia, la Arabia y la Biblia les dan el nombre de patriarcas.

Estos habian conseguido salvar algunos rebaños y llegaron á ser pastores en las comarcas de Yemen. En China bajaron de las montañas á medida que se retiró la inundacion de los llanos, y ahuecaron canales para facilitar el desagüe de las aguas en los pantanos, los cuales desmontaron y cultivaron, llegando á ser labradores. En la Mesopotamia fundaron ciudades colosales á manera de Babilonia y Babel, edificios numerosos, refugios varios contra la irrupeion líquida; en Etiopía y en el Alto Egipto, fundaron catacumbas inmensas y elevadas en las pendientes de las montañas de granito, capaces de contener poblaciones enteras, cuyos restos aun en el día dejan atónito al viajero, que solo por la grandeza del espanto consigue explicar la magnitud de la obra.

Pero estos sobrevivientes de la época antidiluviana, no solamente consiguieron salvar su vida sino su inteligencia y memoria, trasmitiendo á los patriarcas sus primeros descendientes, sea á los hijos de Noe segun la version biblica, sea á los hijos de las razas indias, etiopias y chinas, segun las tradiciones de los pueblos del extremo oriente, algunos

vestigios de las verdades, de la revelacion, de la filosofía, de la teología que poseia la humanidad antidiluviana desde su expulsion del Eden.

Job, en mi concepto, era evidentemente uno de los descendientes de la familia pastoral de la Idumea, mas penetrado que sus contemporáneos de las tradiciones y verdades depositadas en el recuerdo de la raza primitiva. El fulminado patriarca enseñó á los hombres, no sé cuantos años despues del diluvio, la lengua filosófica, teológica y poética que nuestros primeros antepasados habian comprendido y hablado antes del cataclismo físico y moral que anegó nuestro linage. No puedo explicarme de otro modo esa fulguracion de luz, de ciencia, de sabiduría y aun de lenguaje en la oscuridad completa que envolvía á la tierra en aquel entonces; y no puedo menos de considerar á Job como un Platon de aquella filosofía truncada pero sobrehumana, que denominaré la filosofía antidiluviana.

De cualquier modo que se la juzgue, tal es mi idea, é imposible me es abrigar otra, al hallar ese diamante tan divinamente labrado en la arena sin huellas del desierto de Hus; advirtiéndome que esta idea peculiar mia, no es de origen reciente, sino remonta á una época ya remota, como puede atestiguarlo el fragmento que á continuacion inserto relativo á Job, fragmento escrito hace años, en un estudio menos profundo que éste.

IV

Hoy he leído el libro entero de Job, pudiendo convencerme de que no es la voz de un hombre sino la de una época, y que el acento vibrante en tan palpitantes páginas, procede de lo mas recóndito de los siglos. Según la opinión admitida, el mundo se hallaba en su infancia cuando la criatura humana se expresaba en tales términos; no obstante, todo indica en esta epopeya del alma, en este drama del pensamiento, en esta filosofía lírica, en este gemido elegíaco, la sabiduría melancólica de una época de madurez. ¿Cuántos años y cuántos siglos fueron necesarios para que la humanidad acumulase, removiese, escudriñase sus ideas latentes en lo mas íntimo de su sér, si se considera la profundidad de las conclusiones metafísicas sobre las miserias de la destinacion humana y los misterios de la Providencia divina que contiene este monumento poético! ¿Quién podrá admitir que, desde luego y al abrir la boca, al primer gemido del alma, haya hablado el labio humano á la vez como hombre y como Dios? ¿Cómo pudo suceder que este primer grito del corazón que estalla y revienta de cólera, de dolor, de plenitud; que este primer rugido de la fibra del leon atormentado por la suerte, haya podido aventajar á todo cuanto pudo producir en nuestros días

el arte mas experto en lo relativo al pensamiento y estilo? ¿En dónde pudo hallar Job su ciencia de la naturaleza, su experiencia de las cosas humanas, su cansancio de vivir, ese suicidio de la desesperacion, sino en el tesoro de nuestras miserias y lágrimas, acumulado durante siglos en un abismo excavado por el tiempo en época antiquísima?

Si de un modo especial llegó á pintar algun libro la poesía senil, el desaliento, la amargura, la ironía, la recriminacion, la amarga queja, la impiedad, el silencio, la postracion seguida de la resignacion, esto es, la impotencia que se cambia forzosamente en virtud, y mas adelante ese consuelo que mediante la piedad divina levanta al ánimo abatido, seguramente es el libro de Job, ese sublime diálogo consigo mismo, con sus amigos, con Dios, escrito por el Platon lirico del desierto.

No consta de un modo exacto en que lugar y sobre todo en que tiempo llegó á brotar de la humana fibra ese poema, ó si se quiere esa historia. Muchos la atribuyen á Moisés; pero, según el testimonio de la misma Biblia, no era elocuente ni poeta el caudillo hebreo, sino hombre de Estado, historiador y legislador, mientras que Job se expresa en el idioma de mas acendrada poesía que hizo vibrar el humano labio. La elocuencia y la poesía fundidas en un solo chorro é indivisible en los gritos del hombre, presiden á la palabra del patriarca de Hus que narra, discute, escucha, responde, interpela, se irrita, apostrofa, invectiva, ruge, estalla, canta, solloza,

escarniza, implora, reflexiona, se juzga, se arrepiente, se aplaca, adora, se cierne, se mece en las alas de su religioso entusiasmo, domeñando sus punzantes cuitas y justificando en el fondo de su desesperación á Dios contra sí mismo cuando dice : « Está bien. » Tal se nos muestra el Prometeo de la palabra, elevado al cielo vocinglero y ensangrentado en las garras mismas del buitre que le roe el corazón; tal se nos muestra la víctima llegada á ser juez por la impersonalidad sublime de la razón celebrando su propio suplicio, y arrojando al cielo, como el romano Bruto, gotas de su propia sangre, no como insulto, sino como libación al Dios de justicia.

Así pues Job no es un hombre, sino la humanidad entera; y una raza que puede sentir, pensar y expresarse con tal acento, es realmente digna de trocar su palabra por la palabra sobrenatural y dialogar con su Criador.

Tales son las notas que apuntó mi propia mano en las márgenes de una Biblia de familia, notas que me ciño á copiar y trasmito intactas á mis lectores.

V

En el día continuo, analizo y cito :

« Había un hombre en la tierra de Hus llamado Job. Este hombre era justo. » Aquí vemos un cuadro

patriarcal y pastoral de la opulencia, consideración, y dicha doméstica de ese varón justo y venturoso; después en algunas estrofas rápidas como el desmoronamiento de una casa ó de una tienda que repentinamente se desploma, vemos á los pastores y rebaños del Arabe poderoso, arrebatados por los enemigos de su estirpe; las nubes preñadas del rayo incendian sus cosechas, los Caldeos matan sus camellas, el simun, viento del desierto, derriba su pabellón sobre su prole y la sofoca durante un festín. El patriarca desgarrá sus vestiduras y se afeita la cabeza en señal de luto, pero no acusa al Dueño del bien y del mal, sino se prosterna y lo adora.

« Desnudo salí del seno de mi madre la tierra, y desnudo volveré. Dios me lo dió, Dios me lo quitó. « Hágase siempre su voluntad, y bendito sea eternamente su nombre. »

Tal habla el sabio, tal habla el varón pio y prudente; mas no tarda en volverse á mostrar el hombre de arcilla, de carne y sangre, pues no se siente el dolor en el momento mismo del golpe, sino en el rechazo ó repercusión de éste, y para todo se requiere tiempo aun para el suplicio. El de Job se agrava, y el patriarca enferma y desfallece tendido en una pajaza infecta ó muladar hediondo, como animal inundo, objeto de asco y horror para su propia muger quien lo apostrofa diciéndole : « Morid de una vez; » pero su piadoso estoicismo sobrevive á este ultraje.

« Insensatos sois, les dice; ¿ á que fin morir? Si

« hemos recibido los bienes de la mano de Dios,
 « ¿porqué no recibiremos con el mismo respeto los
 « males? »

Pero sus amigos lejanos, noticiosos de su ruina y las purulentas llagas que su cuerpo consumen, no tardan en llegar para contemplar á esa gran víctima de la suerte, deseosos de consolarla y alentarla. A la manera de los Arabes se sientan en torno del abatido Job, y horrorizados al ver sus úlceras, permanecen siete días y siete noches sin despegar los labios y sumidos en el mas lúgubre silencio. Su presencia, su silencio, su fisonomía debían ser para Job un espejo en el cual se reflejaban sus miserias, cuya contemplación exterior debía ser mas terrible que cuanto le sugería su propio ánimo, pues, incapaz de resistir, prorrumpe en un primer gemido que parece arrasar los diques de su alma, si bien no pasa de un grito de dolor esta explosión repentina. Nosotros mismos tradujimos esas primeras lágrimas de Job en versos bien debilitados como acento, é indignos del modelo; pero hay que considerar, independientemente de la distancia del tiempo, que la flaqueza del escritor se agregaba á la impotencia de la lengua.

« ¡ Ah! perezca para siempre el día que me vió nacer. ¡ Ah! aniquilada perennemente sea la noche en que fui concebido, el seno que me dió el sér y las rodillas que me recibieron; borre Dios para siempre día tan nefasto del cómputo del tiempo, y eternamente oscurecida con la sombra de la muerte, nunca

vuelva á contar entre los días como si nunca hubiera existido.

« Actualmente quisiera dormir aun en el olvido, y acabar mi sueño en esa larga noche desprovista de aurora, con esos conquistadores que devora la tierra, con el fruto concebido que muere antes de despuntar á la luz y nunca vió el sol.

« Mis días declinan como la sombra y en vano me esfuerzo en precipitarlos. ¡ O Dios mio, cercenadlos del número de los soles que contar debo! El aspecto de mi larga desgracia aleja, repele, importuna á mis hermanos cansados de mis males; y en vano me dirijo al grupo de mis amigos, cuya piedad me escapa y se escurre como la onda en la pendiente de los collados.

« Tal como una nube que pasa, se ha desvanecido mi primavera, ni jamás verán mis ojos los vestigios de cuantos bienes llegué á gozar. Arrancado de la tierra por el aliento iracundo de los vientos embravecidos, voy á un parage del cual no me es posible volver. Mis valles, mi propia habitacion y este mismo ojo que llora nunca volverán á ver mis pasos.

« El hombre vive un solo día en la tierra entre la muerte y la pena, y de miserias saciado, cae enfín como la flor. Pero á lo menos regada por el rocío, la raíz de las flores, puede reverdecer lozana un momento; mas despues de la vida, el hombre es un lago cuyas aguas se escurren, y en vano las busca el viagero en el exhausto cáuce:

« El soplo del furor divino derrite mis días como

la nieve, y limita mi esperanza que fluye como el agua por los dedos. Abrid mi último asilo para que pueda en las tinieblas hallar un lecho tranquilo do repose mi dolor. ¡O sepulcro mi padre sois! ¡Mi madre sois, podredumbre, y hermanos míos, oh gusanos!

« Pero los días afortunados del impío no se eclipsan por la mañana, y tranquilo prolonga su vida con la sangre del huérfano. Sus raíces á lo lejos se extienden, su familia cubre á Segor como un rebaño en las colinas: mas adelante en un rico mausoleo se halla reclinado en el valle, y parece que vive aun.

« Tal es el secreto de Dios que adorar me toca en silencio. La mano divina trazó la senda de la aurora, pesó el océano, suspendió los cielos. A los ojos del Altísimo desnudo comparece el abismo, y el mismo infierno se muestra desprovisto y sin velo. ¿Qué soy yo á los ojos del Omnipotente que fundó la tierra y diseminó las estrellas del firmamento? »

Ah! pérísse á jamais le jour qui m'a vu naître!

Ah! pérísse á jamais la nuit qui m'a conçu,

Et le sein qui m'a donné l'être,

Et les genoux qui m'ont reçu!

Que du nombre des jours Dieu pour jamais l'efface!

Que, toujours obscurci des ombres du trépas,

Ce jour parmi les jours ne trouve plus sa place!

Qu'il soit comme s'il n'était pas!

Maintenant dans l'oubli je dormirais encore,

Et j'achèverais mon sommeil

Dans cette longue nuit qui n'aura point d'aurore,

Avec ces conquérants que la terre dévore,

Avec le fruit conçu qui meurt avant d'éclore,

Et qui n'a pas vu le soleil.

Provocados por este largo sollozo del paciente, los amigos de Job le prodigan esos consuelos que no

Mes jours déclinent comme l'ombre;

Je voudrais les précipiter.

O Dieu! retranchez le nombre

Des soleils que je dois compter!

L'aspect de ma longue infortune

Éloigne, repousse, importune

Mes frères lassés de mes maux.

En vain je m'adresse à leur foule:

Leur pitié m'échappe, et s'écoule

Comme l'onde au flanc des coteaux.

Ainsi qu'un nuage qui passe

Mon printemps s'est évanoui;

Mes yeux ne verront plus la trace

De tous ces biens dont j'ai joui.

Par le souffle de la colère,

Hélas! arraché de la terre,

Je vais d'où l'on ne revient pas.

Mes vallons, ma propre demeure,

Et cet œil même qui me pleure,

Ne reverront jamais mes pas!

L'homme vit un jour sur la terre

Entre la mort et la douleur;

Rassasié de sa misère,

Il tombe enfin comme la fleur.

Il tombe! Au moins par la rosée

Des fleurs la racine arrosée

Peut-elle un moment re fleurir;

Mais l'homme, hélas! après la vie,

C'est un lac dont l'eau s'est enfuie;

On le cherche: il vient de tarir.

Mes jours fondent comme la neige

Au souffle du courroux divin;

Mon espérance, qu'il abrège,

pasan de recriminaciones y humillan al hombre desdichado en lugar de asociarse á sus lloros.

Bajo su simulada piedad, siente Job el ultrage, y el patriarca aboga por su propia causa con un sentimiento algo orgulloso de su inocencia, alegando la desproporcion entre sus culpas, si es delincuente, comparadas al castigo que lo agovia. Sus palabras contienen las primeras represalias del hombre contra Dios.

« Si, » dice, « tal vez he pecado, pero pluguiese á

S'enfuit comme l'eau de ma main.
Ouvrez-moi mon dernier asile;
Là, j'ai dans l'ombre un lit tranquille,
Lit préparé pour mes douleurs.
O tombeau, vous êtes mon père!
Et je dis aux vers de la terre:
Vous êtes ma mère et mes sœurs.

Mais les jours heureux de l'impie
Ne s'éclipsent pas au matin;
Tranquille, il prolonge sa vie
Avec le sang de l'orphelin.
Il étend au loin ses racines;
Comme un troupeau sur les collines
Sa famille couvre Ségur:
Puis dans un riche mausolée
Il est couché dans la vallée,
Et l'on dirait qu'il vit encor.

C'est le secret de Dieu: je me tais et j'adore.
C'est sa main qui traça les sentiers de l'aurore,
Qui pesa l'Océan, qui suspendit les cieux;
Pour lui l'abîme est nu, l'enfer même est sans voiles,
Il a fondé la terre et semé les étoiles;
Et que suis-je à ses yeux?

« la voluntad divina que las culpas que me atraieron
« la ira de mi juez, fuesen pesadas en justa balanza
« con lo que sufro. El peso de mis tribulaciones ex-
« cederia á la arena del mar. Así no es de extrañar
« que mis palabras se hallen tan impregnadas de mis
« gemidos. ¿ Os figurais que me quejo por el placer
« de quejarme? ¿ Ruge acaso de privacion el asno
« que pasta en el desierto en medio de la yerba de las
« colinas, ó muge el toro de hambre cuando se ha-
« llan sumidas sus pezuñas hasta las rodillas en pin-
« gües y espesos pastos? ¡ Ah! ¿ porqué no me con-
« cede Dios lo que deseo? Acábeme de romper, pues
« empezó á torcerme; extiéndame su mano y arrán-
« queme, como la yerba. »

Su paciencia lo abandona y no puede menos de exclamar: « ¿ Soy acaso de piedra y es de bronce mi carne? »

En imágenes sublimes afea á sus falsos amigos la dureza de sus corazones y su conmiseracion acusadora: « ¿ Acaso os rogué que viniéseis? » Vuelve á enternecerse de nuevo al conocer su propio suplicio, y suavizando sus propias imprecaciones, no puede menos de compadecerse de sí mismo, procurando despertar la compasion de sus propios acusadores.

Estos replican por banalidades de sensatez vulgar, tan fáciles en la boca del hombre dichoso que apostrofa el miserable. El diálogo se anima y se enardece. « Tú hablas como la tempestad, » le dicen. El mismo Job procura moderarse y hablar el lenguaje de sus supuestos amigos, á fin de que no presten sus

palabras á la censura. Su filosofía es sin tacha, y fácilmente se comprende que sofoca interiormente el grito y comprime su corazón entre sus manos. El patriarca suspira una elegía planífera sobre las miserias é instabilidades terrestres.

« El hombre nacido de la muger, vive un número
« reducido de días y se arrastra repleto de penas. La
« criatura mortal brota como la yerba pisada por los
« transeúntes, escurriéndose como el agua, deslízase
« como la sombra. ¿Acaso es digno de vos, Señor,
« fijar vuestra vista en esa nulidad llamada hombre,
« y establecer un juicio entre vos y ese reptil rastrero?
« Retiraos á lo menos algún tanto de mí,
« hasta que venga mi hora postrera como la hora en
« que recibe su salario el mercenario. ¡Ay! el árbol
« cortado no pierde toda esperanza, pues puede ve-
« getar y florecer de nuevo; y aun cuando se hallen
« secas bajo el polvo sus raíces, la humedad del
« agua puede volverle su savia y hacer retoñar sus
« hojas como en el día en que fué plantado por pri-
« mera vez. ¿Pero donde está el hombre, cuando el
« cadáver yace putrefacto y por el polvo oculto?
« Exhausto como un lago, seco á fuer del cauce de
« un río cuyas ondas evaporara el sol, la criatura
« humana nunca volverá á despuntar á la luz. ¿Pen-
« sais acaso que reviva el hombre una vez difunto?»

Esta interrogación terrible nos muestra la duda suprema que comienza á blasfemar, el sentimiento de la inmortalidad pronto á desvanecerse y el ateísmo rodando en torno de la desesperación. Los amigos

lo interrumpen acusándolo de impiedad, de escándalo y apostrofando severamente al blasfemador. Pero Job los escucha con ese desprecio que confiere el exceso de tormento, como la última superioridad del hombre sobre la desgracia.

« Y yo también he oído á menudo pláticas seme-
« jantes, » les dice. « Mudaos, que vuestros consue-
« los me pesan, yo podría también hablar como
« vos si en vuestro lugar estuviese y vosotros en
« el mío. »

El furor lo arrebató. « Tierra, no cubras mi san-
« gre, ni ahogues mi grito. » Luego osa emitir amargas censuras contra los decretos divinos. « ¿Porqué
« el hombre no puede entrar en juicio con Dios
« como con su igual? » exclama. « ¿Porqué viven
« los impíos en la opulencia? Numerosas con sus
« reses, sus nietos salen como rebaños de sus tien-
« das, y sus hijos se regocijan al ver sus juegos.
« Entre los hombres, unos mueren llenos de días,
« ricos y dichosos; mientras que otros en la amar-
« gura del alma sin haber gustado bien alguno; y
« no obstante todos duermen á la vez en el polvo, y
« los gusanos surcan igualmente sus cadáveres. »

El delirio enardece al acongojado varón, que opone á sus amigos la prosperidad del malvado, sin atreverse á concluir, si bien insinúa la indiferencia de Dios y por consiguiente el ateísmo. Su sátira sangrienta contra la humanidad se eleva hasta el Creador de esta misma humanidad, cómplice de lo que no castiga en este mundo.

Pero de repente, y, como para lograr de Dios y sus amigos el perdon de sus blasfemias, cambia de nota y exhala el himno mas inspirado y magestuoso que balbucieron los labios humanos al Omnipotente.

« Como ! » exclama, « ¿ á quién pretendeis vituperar ? ¿ Acaso á quien os dotó de la vida y la palabra ? En presencia del pensamiento, palpitan las tinieblas de la muerte y se estremece el piélago profundo con todos los habitantes que bullen y ahijan en sus abismos recónditos. La mano omnipotente sostiene y extiende la bóveda de los cielos sobre el vacío, hace flotar la tierra sobre la nada, condensa las aguas sobre las nubes, etc. »

Despues, como si se arrepintiese de haber degradado en demasía al hombre, pondera sus artefactos industriales, cuya enumeracion atestigua que ya en aquella época habia trasformado al globo el trabajo. Al mismo tiempo el patriarca diviniza la inteligencia, ó lo que denomina sabiduria del hombre.

« Hay un lugar en que se forma la plata, y un retiro do está depositado el oro.

« El hierro procede del seno de la tierra, y el bronce se halla pegado á la roca.

« El hombre hace retroceder los confines de las tinieblas, y descubre hasta esas piedras tenebrosas que circundan las sombras de la muerte.

« En las montañas que jamas vieron impresas las huellas de sus pasos, ahueca valles y se sepulta hasta las entrañas de la tierra.

« Esta tierra coronada de cosechas, se halla despedazada interiormente por un incendio.

« Allí medra el zafir, allí se forma el oro.

« A ningún ave cupo conocer esas rutas, que ni aun llegó á apereibir el ojo del buitre.

« Los animales agrestes las ignoran, y nunca penetran en ellas los leones.

« El hombre hiende los peñascos y derriba las montañas hásta su raiz, abre un paso al través de la piedra, descubre sus tesoros mas reconditos, detiene su carrera y muestra á la luz la profundidad de su cauce.

« ¿ Pero quién podrá hallar la sabiduría ? ¿ Dónde existe la morada de la inteligencia ?

« La criatura humana desconoce su precio, pues no existe en la historia de los vivos.

« El abismo dice : No es mia, y el mal grita : no la conozco.

« No se compra á peso de oro, ni se logra su posesion con la plata mas pura.

« Superior al ónice y al zafir, aventaja en valor al oro de Ofir.

« Nada valen á su lado el cristal, ni la esmeralda, ni las joyas mas preciosas.

« El coral y el beril se desvanecen en su presencia, y su valor excede al de las perlas del mar.

« No admite comparacion con el topacio de Etiopia, ni puede ser trocada por los tejidos mas finos.

« ¿ De dónde viene la sabiduría ? ¿ Do mora la inteligencia ?

« Oculta se halla á los mortales y á las aves del cielo.

« El infierno y la muerte dijeron : Hemos oído hablar de don tan precioso.

« Mas Dios solo conoce sus vias, y solo sabe donde habita el Ser omnipotente, cuya mirada llega á la extremidad de la tierra y contempla todo lo que existe bajo los cielos.

« Cuando pesaba la fuerza de los vientos y media las aguas del abismo; cuando daba leyes á la lluvia é indicaba el camino al rayo y á las tempestades; entónces vió la sabiduría, entónces mostró ese tesoro inestimable contenido en su sér, cuya profundidad solo cupo sondear al Todopoderoso.

« El Altísimo dijo al hombre : Temer al Señor, tal es la sabiduría; huir el mal, tal es la inteligencia. »

Por una reminiscencia natural, un regreso sobre sí mismo lo interna en la contemplacion de su juventud y de su felicidad pasada, de la cual traza un cuadro embellecido por la distancia y el pesar. « Y ahora, » dice, « soy el escarnio y ludibrio de los hijos cuyos padres mendigaron un lugar entre los guardianes de mis rebaños. » Escandalizado por su degradacion y pervertido por la consideracion de su miseria, se hincha al recordar su propia virtud.

« Qué se atreva el mundo á acusarme, » prorrumpe con orgullo; « qué me responde el Todopoderoso. »

« ¡ O Job, detente! » exclaman sus amigos espantados de su blasfemia; pero sus discursos son

insuficientes para cerrar los labios del agriado delincuente, cuando el Soberano interlocutor, el mismo Dios, bajo la forma de una inspiracion sagrada é irresistible, interviene en el diálogo y todo lo confunde: amigos, enemigos, orgullo, murmuracion, duda, queja, blasfemia y al poeta mismo, bajo la magestad fulminante de la palabra interior que, en el seno de Job ruge. Los hombres, en efecto, no poseen acentos semejantes, y al lado de este poeta del desierto, de este bardo de los tiempos primitivos, pálidos y enervados se nos muestran Sócrates, Platon y Ciceron.

« ¿ Quién oscurece la sabiduría por insensatos discursos?

« Cíñe tus lomos como un guerrero, y respóndeme cuando yo te pregunte.

« ¿ Dónde estabas tú cuando estableció mi mano los cimientos de la tierra? Dímelos si tienes inteligencia para ello.

« ¿ Quién tomó las medidas? ¿ Lo sabes acaso? ¿ Quién extendió el cordel sobre la tierra?

« ¿ Do se hallan afianzadas sus bases? ¿ Quién depuso la piedra angular, cuando cantaban mis loores todos los astros matutinos y embriagaba el júbilo á los hijos de Dios?

« ¿ Quién contuvo al mar en sus diques, cuando rompía sus vínculos como el niño que sale del seno de su madre? ¿ Dónde estabas tú cuando yo rodeaba al piélago de nubes como de un vestido que

cubre el cuerpo, y lo envolvía en las tinieblas como el recién nacido en los pañales?

« Yo fui quién le señalé sus límites, yo fijé sus puertas y barreras.

« Yo fui quién le dije: Hasta aquí llegarás sin ir mas lejos, y aquí quebrantarás el orgullo de tus olas.

« ¿ Eres tú quién desde que venistes al mundo, mandas comparecer á la estrella de la mañana é indicas á la aurora el lugar en que debe nacer?

« ¿ Eres tú quién alumbras las extremidades del universo, y cuya luz disipa á los impíos?

« La tierra, como una blanda arcilla, adquiere nueva faz y ostenta nuevo vestido.

« ¿ Quitarás tú la luz á los impíos? ¿ Quebrarás tú sus brazos ya levantados?

« ¿ Has penetrado acaso en la profundidad de los mares? ¿ Has caminado en el seno del abismo?

« ¿ Se han abierto á tu presencia las puertas de la muerte? ¿ Ha divisado tu vista la entrada de las tinieblas?

« ¿ Has considerado la extension de la tierra? Habla, dímelos si lo sabes.

« ¿Cuál es la ruta de la luz y el lugar de las tinieblas?

« ¿ Te hallas en estado de conducir las á ambas á su destinacion, ó de comprender la voz de su respectiva morada?

« Seguramente sabías tú que debías nacer, y te constaba de antemano el número de los días de tu vida.

« ¿ Has penetrado en el receptáculo de la nieve, ó llegastes á ver los tesoros del granizo que preparé para el día de la desolacion, de la guerra y del combate?

« ¿ Te consta acaso porqué vías se esparce la luz, y por qué camino invade á la tierra el Aquilon?

« ¿ Quién abrió un desagüe á los torrentes de las nubes; quién trazó los surcos del rayo?

« ¿ Quién vertió la lluvia en los campos áridos, en el desierto do no habita mortal alguno, para apagar la sed de las angustiadas tierras y hacer germinar la yerba de los prados?

« ¿ Quién la lluvia formó? ¿ Quién las gotas del rocío?

« ¿ De donde salió el hielo? ¿ Quién produjo la escarcha?

« Las aguas se endurecen como la piedra, y la superficie del abismo se afianza.

« ¿ Podrás tú acercar las Pleyadas, ó dispersar las estrellas de Orion?

« ¿ Convocarás tú á su tiempo á los diferentes signos que se muestran en el cielo, á la Osa y su brillante raza?

« ¿ Conoces tú el orden del espacio cristalino y su influencia en la tierra?

« ¿ Podrá llegar tu voz hasta las nubes y precipitar torrentes de aguas?

« ¿ Partirá á tu voz el rayo y podrá decirte á su regreso: Aquí estoy?

« ¿ Quién proscribió leyes á su marcha irre-

gular? ¿Quién dió inteligencia á los metéoros?

« ¿Quién podrá contar las nubes y hacer bajar las aguas del cielo, cuando se vuelve dura la tierra como el granito y no hay medio de destripar los terrones?

« ¿Eres tú quién ofrece su pasto á la leona y sacias á sus cachorros, cuando reclinados en sus cavernas acechan su presa desde el fondo de sus cubiles?

« ¿Eres tú quién preparas al cuervo su alimento, cuando se hallan dispersos sus hijuelos y acosados por el hambre, claman al Señor?

« ¿Eres tú quién engalanas al pavon con su pintado plumage de colores mil, quién coronas á la garza con su vistoso penacho y das sus alas ligeras al avestruz?

« El ave del desierto abandona en la tierra sus huevos que debe calentar la arena, olvidando que tal vez serán pisados ó estrellados por los animales agrestes.

« Insensible para su posteridad como si no existiese, no teme que inútil sea su postura, pues Dios le privó de sabiduría y le negó la inteligencia.

« Pero cuando llega el tiempo y levanta sus alas, se burla del caballo y caballero.

« ¿Eres tú quién da su fuerza al corcel espumante y eriza su cuello de movedizas crines?

« ¿Eres tú capaz de hacerlo saltar como la lan-

gosta? Su aliento difunde el terror, su casco escarba la tierra, y el valeroso animal, enardecido de orgullo, corre en busca del peligro, arrostrando la cuchilla y burlándose del pavor.

« Sobre su cuerpo resuena el son de la aljaba, brilla la lanza llameante y el venablo chispea.

« El animal hierve, se estremece, devora la tierra.

« Apenas respira el ágrío son del clarín, cuando exclama: ¡Vamos! Y de lejos respira el combate, la voz de los caudillos que como el trueno retumba, y el estrépito fragoroso de las armas.

« ¿Acaso requiere tus órdenes el gavilan para hendir el aire y extender sus alas en la direccion del mediodía?

« ¿Aguarda tu voz el águila para elevarse hasta las nubes y colocar su nido en la cima inaccesible de las rocas?

Entonces respondió Job al Omnipotente, diciendo:

« ¿Qué puedo contestar yo al Señor, siendo como soy una criatura llena de flaqueza á quién solo cabe el derecho de adorar en silencio?

« Demasiado hablé, y no quiero agravar mi culpa con nuevas palabras. »

A la sazón habló de nuevo el Señor á Job de en medio del torbellino:

« Ciñe tus lomos como un guerrero, y respóndeme cuando pregunte:

« ¿Te atreverás á negar mi justicia y me condenarás para justificarte ?

« ¿Acaso iguala el mío tu brazo, y truenas tu voz como la mía ?

« Rodeate de grandeza y magnificencia, revístete de gloria y magestad.

« Esparce la cólera sobre el orgulloso, y haz de modo que una sola de tus miradas derribe al soberbio.

« Arroja tus ojos sobre los impíos, y sean confundidos éstos; huéllalos en el parage de su gloria.

« Ocúltalos en el polvo, desfigura su cuerpo en el sepulcro.

« Entonces confesaré yo que tu brazo tiene el poder de salvar.. . . .

« Mira á Leviathan (la ballena), contempla su fuerza en la maravillosa estructura de su cuerpo.

« ¿Quién la despojará de la armadura que la cubre, quién le dará doble freno ?

« ¿Quién abrirá las puertas de su boca ? El terror habita en torno de sus dientes.

« Su lomo se halla cubierto de escamas como escudos estrechamente superpuestos.

« Sus estremecimientos hacen brotar la luz, sus ojos brillan como la aurora.

« De sus labios se escapan bocanadas de llama, y las chispas revolotean en el torno de su cuerpo.

« El humo brota de sus narices como de una vasija de agua hirviendo.

« Su aliento es semejante á carbon encendido, y el fuego sale de su boca.

« La fuerza reside en su pescuezo, y el terror abre su marcha.

« Los músculos de su carne son tan densos y ligados entre sí, que nada puede conmoverlos.

« Su corazon es tan duro como la roca, tan duro como la rueda del molino que tritura el grano.

« Cuando se empina, tiemblan los hombres pujantes, y los mas esforzados vacilan de pavor.

« En vano atacan al terrible animal con la espada y lanza, con chuzos y venablos.

« El hierro le parece paja ligera, el bronce madera seca.

« Las flechas no lo ahuyentan, y las piedras de la honda le hacen la impresion de la yerba de los campos.

« La clava es para su cuerpo como paja ligera, y la lanza le es cosa de risa.

« El tremendo bruto reposa entre los guijarros mas durps, y un lecho de dardos le parece húmedo cieno.

« Cuando nadando surca en el piélago profundo, hierve el abismo como el agua sobre las ascuas, y el mar se evapora á manera de incienso en áureo pebete.

« La onda blanquea en pos, como la cabellera de un anciano.

« Nacido para el mando, nadie en la tierra en poder lo iguala.

« Rey de todos los hijos del orgullo, su vista considera lo mas excelso. »

Entonces respondiendo Job al Señor, dijo :

« Yo sé que todo lo podeis, y que ningun pensamiento puede ocultarse á vuestros ojos.

« ¿ Quién es el mortal insensato que osó oscurecer la sabiduría con insensatos discursos? Sí, yo quise explicar maravillas que no acertaba á comprender, y prodigios que excedían á mi inteligencia. Inspiradme vos, Señor, y me atreveré á hablar. Permitidme que os pregunte y comprenderé la sabiduría.

« Mis oídos habían oído hablar de vos, pero ahora los ojos de mi alma os contemplan.

« Sí, me acuso, me anonado en vuestra presencia, y quiero expiar mi temeridad en el polvo y las cenizas. »

Así todo al silencio regresa, todo vuelve á su primitivo lugar en el ánimo del poeta árabe; y á la voz de Dios, cuyo eco es su propia palabra, la luz al caos inunda. En vano grita el dolor, murmura el orgullo, duda la desesperacion, argumenta la impiedad, blasfema el delirio, discurre la hipocresía, tropieza la razon, llega el hombre hasta negar ó condenar á Dios; Dios negado, pero indestructible, se levanta y hace hablar á la conciencia por su propia voz; la creacion entera protesta, la omnipotencia

visible atestigua la justicia invisible, el hombre se confunde y vuelve á la vez á su nada y á su inmortal esperanza. El poema empezado como una narracion, proseguido como un drama, dialogado como una argumentacion, cantado como un himno, llorado como una elegía, vociferado como una blasfemia, fulminado por un destello sobrenatural de luz, acaba por un acto de adoracion como todo debe acabar entre el hombre y Dios.

Esta lectura deja en el alma el prolongado resonar del rimbombante bronce suspendido entre el cielo y la tierra, en el cual el golpe del divino martillo hace retumbar la escala cromática y diatónica de las grandezas, pequeñeces, penas de espíritu, miserias de cuerpo, felicidades, tristezas, esperanzas, murmullo, blasfemia, desesperacion, consuelo humano; retumbo cuyas vibraciones, prolongadas en el aire inmóvil mucho despues del golpe, se confunden para siempre con la respiracion y el pensamiento. En una palabra, este episodio colosal parece una página arrancada á algun poema sobrehumano, escrito por algun gigante del pensamiento en la época en que todo era descomunal en el mundo; ó si se quiere se muestra como una roca inmensa de Balbec, cuyo titánico volumen induce al viajero á preguntarse que mano humana fué capaz de remover tan imponente mole y tal conjunto de ideas...

¡Misterio!

VI

Tal opinaba yo sobre Job antes que un estudio mas serio, mas filosófico y de mayor incremento, redoblase mi admiracion y entusiasmo por este drama único en su género.

Digo único, y lo repito, sin dejarme arredrar por los comentarios del doctor Lowth, quien no solo se atreve á establecer un paralelo entre el drama bíblico y las tragedias de Esquiles y Sófocles, sino llega hasta asignar la preferencia á estas últimas, echando de menos lo que Aristóteles denomina la fábula del drama, esto es, el mecanismo casi pueril que excita la curiosidad del lector ó del espectador por el artificio de las situaciones en que coloca el poeta á sus personajes, sin reparar que lo que constituye al poema de Job una obra maestra incomparable, es cabalmente el carecer de toda fábula.

¿Acaso no aventaja á toda leyenda fictiva esa sublime y fulminante verdad resultante de la situacion de un hombre oprimido por la duda, y de la Divinidad que comparece en persona; del hombre que murmura y de Dios que consuela, del hombre que blasfema y de Dios que fulmina, en fin del hombre resignado y de Dios que el perdon otorga?

¿Acaso no constituye esta situacion, que es la de

la humanidad entera desde el principio de los siglos hasta los últimos dias del globo, una accion superior á todas las acciones fabulosas, un interes superior á todos los intereses, un drama superior á todos los dramas, una curiosidad superior á todas las curiosidades?

¿Acaso no ha sido concebida, hilvanada y variada la trama de este poema durante millares de dias, en innumerables criaturas, por el mismo Dios?

¿Acaso es Dios un poeta dramático inferior á Esquiles ó á Sófocles, que tanto pondera el comentar inglés?

¿Acaso es la criatura humana un personaje inferior á Edipo rey?

¿Acaso hay en el mundo una escena ó un diálogo comparables en magestad trágica, en interés personal, en fuerza patética universal, á la escena y diálogo que median entre el Criador y su criatura?

¿Acaso no supera este grandioso monumento á la *Divina Comedia*, como denomina Dante su triple poema del Cielo, Purgatorio é Infierno, poema y drama que habia realizado Job antes del bardo de Florencia?

Patética seguramente es la trágica exclamacion de Edipo rey en Sófocles: « ¡Oh Citeron, Citeron! ¿porqué me has recibido en tu seno? ¿porqué no he hallado la muerte, miserable de mí? » mas no puede establecerse la menor comparacion entre este hermoso pasage del poeta griego y ese flujo blasfematorio que parte del corazon de Job, cuando

exclama en un apóstrofe tan inagotable como los dolores de la eternidad :

« Perezca el día en que se dijo : Un hombre fué concebido, etc., etc. »

Nada hay efectivamente en Edipo que iguale en amargura á esos recuerdos de grandeza y felicidad pasadas que remontan de su corazón como verdugos sucesivos, para renovar en el alma, por la comparación, el sentimiento de sus humillaciones presentes :

« Cuando me avanzaba á la puerta de la ciudad, me erigian un trono en medio de los gefes del pueblo.

« Los jóvenes me veían y se retiraban por deferencia ; los ancianos permanecían en pie ante mí faz.

« Los oradores suspendían su discurso y ponían un dedo en la boca.

« Los principales del pueblo retenían sus palabras, y su lengua adherecía á sus fauces. »

VII

Los recuerdos de su virtud militan contra el santo varon como obras ingratas.

« La oreja que entonces me beatificaba, y el ojo que me veía me tributaban homenaje.

« ¿ Porqué ? Porque socorria al indigente á quien

solo quedaba la voz para implorar socorro contra el hambre, y servia de padre al huérfano desprovisto de tutor ; porque, socorrido por mí el que iba á perecer, se esparcía en bendiciones, y el corazón desolado de las viudas hallaba consuelo en mi piedad.

« Revestido me hallaba de justicia incorruptible, y me engalanaba con mi equidad é imparcialidad como de talar vestidura y regio diadema.

« Yo era el ojo del ciego, el pie del cojo, el padre de los necesitados, y cuando intrincada era la causa que debía defender, no escaseaba pena para enterarme á fondo de su naturaleza. »

VIII

El mundo entero tal como es, con sus injusticias, sus incriminaciones, sus quejas virulentas, su impaciencia contra la desgracia que se lamenta, y la desventura que sometida calla, se muestra en toda su verdad por la voz de los amigos falsos y duros de corazón del hombre justo, que lo ven abatido en el polvo.

« ¿ Hasta cuando piensas hablar así ? le dicen. ®

¿ Hasta cuando saldrán las palabras de tu boca como viento que sopla de los cuatro puntos del horizonte ?

« ¿ Te figuras que una labia inagotable baste para justificar al hombre ?

« ¿Nos consideras tal vez como brutos ?

« ¿Se imagina acaso tu locura que los reveses de tu suerte han de dejar desierta la tierra, y que á consecuencia de tus lamentos deban moverse de indignacion las rocas y mudar de lugar los peñascos? »

IX

Pero si la escena y el drama sobrepujan en interes á todas las escenas y dramas de la antigüedad, ¿ qué diremos de las pasiones, y cual es el monumento épico ó dramático do las veamos expresadas de un modo tan patético, desde las lágrimas plañideras hasta la ira tempestuosa? ¿Hubo poeta alguno en los tiempos antiguos ó modernos que cantase, gimiase ó gritase del modo siguiente ?

« El hombre nacido de la muger, vive poco tiempo, y el breve intervalo de su existencia se halla colmado de innumerables miserias.

« La criatura humana despunta como una flor, y á manera de flores hollada; como la sombra se desvanece, y nada hay de permanente en su esencia.

« ¿Y cómo pueden fijarse vuestros ojos, Señor, en semejante nada? ¿Cómo podreis entrar en juicio con átomo tan despreciable ?

« ¡ Ah ! retiraos tan solo un poco de su presencia para que respire un momento, hasta que llegue el

fin tan deseado de su evolucion terrestre, tal como la jornada de un operario asalariado.

« ¡ Oh crueles amigos ! » continua dejando á Dios y dirigiéndose al hombre, « ¿ hasta cuando me perseguireis con vuestras pláticas y pastareis gustosos de mi carne y de mi sangre ? »

Pero este arrebato no tarda en precipitarlo, por una reaccion natural, en un estado de lánguida melancolía, durante el cual evoca los sueños de felicidad que lo asediaban en su juventud.

« Y á mí mismo me decia : Moriré en mi nido como el gorrión, y mi hora postrera llegará después de una corriente de días tan numerosos y fecundos como los ramos de la palma.

« Mi raíz se extiende regada por aguas corrientes, y el rocío no se evapora en mis ramos. »

El language que á Dios presta se halla al nivel del Criador y la creacion, no menos que la energía de su pincel en las descripciones líricas que esmaltan el drama. Asi escena, pasion, estilo, todo es sobrehumano ; y no obstante, la filosofía excede á la escena, excede á la descripcion, excede á la pasion de drama tan colosal.

¿ Qué viene á ser esta filosofía ?

La filosofía humana por excelencia que todo al hombre reasume, esto es, la sumision inteligente y racional de la criatura humana á la voluntad suprema, que por el hecho mismo de ser la voluntad suprema es la suprema sabiduría y la suprema bondad.

Escuchemos, sea en la boca del joven Elihu el mas joven, y consiguientemente el menos empedernido de los amigos de Job, sea en los labios mismos del patriarca de Hus, despues de su acceso de blasfemia, esta filosofia del desierto, filosofia que nunca hubiera llegado á poseer el hombre, si no lo hubiera sido revelado por comunicaciones mas íntimas y directas con la sabiduría divina, durante este período infantil de la humanidad, no decaída aun en la época en que el mismo Dios, como un padre y una madre (segun la expresion sanscrita), educaba en el Eden á su criatura.

X

Despues que hubo agotado toda su cólera Job, despues que hubo lanzado al Omnipotente el reto de que no podría convencerlo de culpa alguna, levantóse el joven Elihu con la modestia ruborosa que convenia á sus años.

« Soy el mas joven de todos, » dijo á los interlocutores, « y teneis sobre mí la autoridad de los años.

« Por esta razon me he mantenido hasta el presente con la cabeza baja, temeroso de proferir mi pensamiento ;

« Pues creía que la edad, por el derecho que le cabe de ser prolija en palabras, hablaria en mi lugar, y que el gran número de los años multiplicaba

y por do quier difundia la verdadera filosofia (la sabiduría).

« Pero, ¡ay! yo lo veo, el espíritu del hombre no pasa de un viento vano, y lo solo que da inteligencia es la inspiracion de Dios. »

Así con pesar lo digo : Escuchadme á mí tambien, que quiero manifestaros mi filosofia.

« Pues bien, veo que ninguno de vosotros es capaz de discutir con Job y confundirlo.

« Pero por mi parte me siento lleno de respuestas, y la inspiracion que me avasalla hace entumecer mi seno.

« Así voy tambien á hablar y á respirar alternativamente, pues mi vez ha llegado, y quiero abrir mis labios aguardando respuesta.

« Pero lejos de mí el pretender interpelar á mi Criador, y pretender igualar el hombre al Dios que lo formara.

« Pues no sé cuantas veces estoy destinado á respirar, y si, desde una vida momentánea, no me anonadará ó transportará á otro lugar la mano que me dió el sér. »

Despues, movido de compasion, y procediendo con todo comedimiento para no zaherir la vanidad ni mortificar el dolor del patriarca, le dice :

« Sin embargo, oh Job, no temas que te humille mi elocuencia, ni mi inspiracion en el polvo te sepulte.

« Mis discursos fluirán de la sencillez de mi co-

razon, y mis sentimientos serán puros de toda intencion de afligirte.

« Pero Dios me ha criado como te ha criado á tí mismo, y tanto tú como yo hemos sidos formados del mismo cieno. »

Entrando despues en lo íntimo de su replica :

« Tú dijistes : Justo soy y sin pecado, y no hay en mí la menor mancha, » etc.

.

« Con una sola palabra quiero responderte : Dios es infinitamente superior al hombre.

« Tú te quejas que no replica á todas tus palabras.

« Haz de saber que Dios habla tan solo una vez y no repite dos veces lo que se digna decirnos.

« El Omnipotente manifiesta su pensamiento á los hombres en coloquios nocturnos, en la hora en que el sueño embarga nuestras potencias y cuando la criatura mortal se incorpora en el lecho para reposar.

« En este silencio y en este recogimiento presta el Altísimo el oído á las palabras humanas, y revela al hombre en el fondo de la conciencia sus divinas leyes, con el objeto de apartarlos del mal que premeditan, y apartar sus corazones de la via de perdicion.

« Tambien se revela amonestándolos por el dolor en el lecho, y por la enfermedad que los huesos consume.

« Amargo se vuelve el gusto del pan, y el enfermo cesa de desear alimentos.

« Su sustancia se derrite, y sus huesos se desnudan de la carne que los recubria.

« Pero si su pensamiento regresa á los dias de su adolescencia, dirá : Pequé..... y el Señor me ha vuelto la vida.

« Así pues, oh Job, tú deberias decir al Señor : Descarriado me hallo..... Ponedme en el camino recto. Si mal hablé no volveré á aumentar por mis palabras mi culpa.

« Levanta los ojos al cielo, y contempla el ámbito infinito del luminoso firmamento que se extiende sobre nuestras cabezas, mas allá de nuestro alcance.

« Créeme, no perseveres en la blasfemia en que te ha precipitado la desesperacion de tus miserias. »

XI

Y el mismo Dios, por la voz de Elihu y por la voz interior de Job (sin que conste de un modo positivo la intencion del poeta), dirige al patriarca esa fulminante interpelacion, ese reto divino de igualar ó comprender sus obras, interpelacion que es el himno mas sublime que pueda dirigirse á sí misma la Omnipotencia.

Confundido y aterrado por esta enumeracion lí-

rica de las obras de Dios, cesa el santo varon toda vana discusion consigo mismo, ó con la elocuencia viviente de la creacion que ante sus ojos habla.

« Disipada está mi obcecacion, dice : hasta el momento presente mis oidos tan solo habian oido tu voz ; ahora mis ojos te ven *por tus obras*.

« Así me arrepiento y voy á expiar mis palabras en el polvo y cenizas.

« Te veo en tus obras, me arrepiento y expio mis palabras. » Tal es toda la filosofia de Job, y, en nuestro concepto, tal es toda filosofia humana.

La conclusion de este canto sublime se resume, no en vano rumor de palabras, sino en sabiduría y santidad, y el espectador de este drama humano-divino sale no solo conmovido, sino convertido y transformado, que tal es el objeto final de toda obra artística. Si el arte no es la profecia de Dios, ¿ qué puede ser sino la comedia humana ?

XII

Toda poesia que no se reasume en filosofia no pasa de un juguete pueril, y toda filosofia que no se transforma en santidad es un sofisma. Examinemos la parte sustancial de este poema, y veamos si, despues de tantos y tantos siglos de reflexiones, de discusiones, de pretendidos progresos en la via de Dios, hemos dado un solo paso en esos principios evidentemente innatos, revelados ó inspirados al hombre

de los antiguos dias, y que denominábamos al principio de esta conversacion la tradicion antediluviana ó la filosofia del jardin (del Eden). Para mayor inteligencia de esta doctrina, procuremos reasumir en nosotros mismos y del mejor modo que nos sea posible nuestra propia filosofia natural, prescindiendo de los simbolos de verdad ó tinieblas que pueden haber agregado nuestras creencias, nuestros dogmas, nuestros diversos cultos.

Por mi parte, voy á exponer la mia sin mas preámbulos, cabiendo libertad á cada uno de mis lectores de cerciorarse, si penetran en sus conciencias, de si esta filosofia es mas ó menos conforme á la suya, y sobretodo si es ó no conforme á la doctrina del filósofo del desierto, Job.

MI FILOSOFIA PERSONAL.

XIII

Mi intento, al escribir estas páginas, parecerá tal vez osado en demasia á mas de un lector pronto tal vez á acusarme de presuncion orgullosa : voy en efecto á hacer la confesion general, no de mi vida sino de mi alma.

¿ Pero de qué sirve la palabra escrita sino á revelar el pensamiento ? ¿Cuál puede ser el objeto de la

vida presente sino recoger una filosofía para este mundo y para el otro? Así, diré como Job: QUIERO HABLAR.

Mi alma, como la de todos mis semejantes, es una trinidad misteriosa, compuesta de tres facultades distintas y evidentemente inmateriales: la INTELIGENCIA, el SENTIMIENTO y la CONCIENCIA.

1º La inteligencia comprende y piensa.

2º El sentimiento ama ó aborrece.

3º La conciencia juzga y gobierna.

La inteligencia aislada y desprovista del concurso del sentimiento y la conciencia, es una facultad fría, que, tal como la mirada de nuestro ojo material, contempla el fuego sin sentir su calor. La inteligencia en sí no arguye mérito alguno, y es un don gratuito, y por decirlo así fatal, desprovisto de toda libertad de ver ó no ver, que á manera de un espejo refleja forzosamente la creacion que Dios le ofrece á su vista. La inteligencia es naturalmente inmóvil y pasaría la eternidad entera contemplando el infinito y sin hacer el menor movimiento, si otra facultad no le imprimiese este movimiento ó esta actividad.

El sentimiento es una facultad motriz del alma, cuyo instinto por lo bello y aversion por lo feo imprime á nuestro espíritu un impulso general, obligándolo á amar ó á aborrecer, á buscar ó á huir; y comunicándole al mismo tiempo esos resortes sublimes, sin los cuales el alma carecería del sentimiento de su vida y de la acción sobre sí misma que llamamos pasiones. Sin la victoria del alma sobre

estas pasiones ó sin su derrota, carecería el sér humano de lo que constituye su grandeza: la moralidad.

La conciencia es una facultad innata á la cual compete, por voluntad del mismo Criador, el juzgar y gobernar al alma. De este equilibrio entre la inteligencia y el sentimiento, equilibrio incesantemente destruido por la pasión é incesantemente restablecido por la conciencia, resulta la moralidad ó la inmoralidad, la fuerza ó la flaqueza, el crimen ó la virtud, en otros términos el mérito ó el desmérito del alma.

XIV

¿Cómo constan en vos tales principios? me objetarán tal vez algunos. ¿Quién os sugirió semejantes ideas? me preguntarán mis lectores.

¿Quién? la inteligencia.

¿Y qué os dice esa inteligencia sobre su existencia propia, sobre el mundo interior y el mundo exterior que la envuelven, sobre el Autor de este universo físico y moral, sobre su naturaleza, sobre sus designios, sobre sus leyes, sobre el pasado, el presente, el porvenir de todos los seres formados por su voluntad omnipotente, entre los cuales figurais vos mismo como un átomo imperceptible y fugitivo, como átomo que piensa, que siente y que juzga?

Lo que me dice voy á exponerlo en los siguientes

renglones, do se hallan contenidas con corta diferencia, y salvo la magnificencia del estilo, las ideas de nuestro antecesor Job.

Nada puede venir de la nada, y ésta es necesariamente infecunda. Ahora bien, el ámbito infinito del espacio contiene innumerables firmamentos capaces de devorar millones de millones de miradas como la mia, millones de millones de pensamientos como el que me anima; luego hay un primer sér, abismo y manantial de cuanto existe, sin que nos quepa el menor derecho de discutir acerca de esta existencia, madre de las demas existencias, pues basta tan solo abrir los ojos y extender la mano ó respirar, para convencernos palpablemente y mediante nuestros sentidos fisicos, de la existencia de un Dios, al paso que nuestro sentido intelectual lo concluye con la misma certidumbre que lo perciben nuestros órganos materiales.

XV

¿Qué concluye ademas mi inteligencia al concentrarse en sí misma?

Concluye, porque con evidencia lo siente, que el hombre es á la vez, y, durante su breve tránsito en este planeta, pensamiento y cuerpo, espíritu y materia, asociacion momentánea, union misteriosa y doloroso conjunto de dos naturalezas; y que estas

naturalezas son antipáticas entre sí, pugnando y forcejeando continuamente para romper el vínculo que las enlaza, porque una de ellas, por su naturaleza material, tiende incesantemente á la disolucion y á la muerte, mientras la otra, por su naturaleza intelectual, aspira sin tregua ni descanso á la emancipacion y á la vida.

Tal es el papel que desempeña en el alma la pura inteligencia, destinada á ver, á pensar, á apreciar su situacion, si bien por naturaleza es impasible. Si tan solo incumbiese á nuestro espíritu esta facultad de comprender, se ceñiría á efectuarlo así, sin padecer, sin agitarse, sin agonizar en su pena, sin atormentarse en esta mortal prision; y si fuese capaz de sufrir, solo le incumbiría un dolor, el dolor de no poder comprender á Dios, pues, excepto Dios, se siente capaz de escudriñar todo, de penetrarlo todo, de abrazarlo todo, de comprenderlo todo en el orden material y en el orden moral de las creaciones.

Pero lo que es comprender á Dios, le es cosa totalmente imposible, pues Dios es *una causa que no reconoce causa* y á sí mismo se engendra, cuya naturaleza se constituye consiguientemente superior no solo á la inteligencia humana, sino á la inteligencia angélica y á todos los seres criados en las reglas lógicas de la inteligencia. Absurdo puede parecer un efecto sin causa, esto es Dios, y si no fuese necesario este efecto sin causa se podría negar; pero como es necesario y evidente, nos vemos obligados

á reconocerlo, como á reconocer igualmente, y mediante el mismo acto de fé y humildad, que nuestra inteligencia excelsa dista mucho de ser infinita, y que, por mas vasta que sea, esta inteligencia tiene un limite, y este limite lo forma Dios.

Pero nada hay mas decoroso, nada mas sublime que reconocer nuestra inferioridad en presencia de la divinidad, é igualarnos á todo salvo al sér á quien no cabe igual.

Tal es la suerte del alma considerada como pura inteligencia.

XVI

Pero si el alma fuese únicamente inteligencia, careceria de toda actividad, de toda moralidad, y por consiguiente no argüiria su esencia la menor facultad de merecer ó desmerecer, su sola actividad residiria en la contemplacion, su sola moralidad se ceñiria á reverberar la luz de Dios, de que se hallaria impregnada; su solo mérito se reduciria á un acto de fé perpetuo, en la creacion y en el Criador, acto empero fatal é involuntario. Este estado seria seguramente bello, pero no santo, pues sola la voluntad es santa; y si así no fuese, el espejo que refleja la luz tendria tanta virtud como el fuego que la produce.

Así á Dios plugo asociar en el alma el sentimiento

ó la facultad de sentir, juntamente con la inteligencia ó la facultad de comprender. Mediante este complemento, llega á ser humana el alma, y de este modo, por mas que nos repugne esta expresion material que pudiera ser mal interpretada, se halla nuestro espíritu en contacto por sus sensaciones con la materia, tan inferior á la inteligencia. Mediante este mismo complemento, es capaz el alma de goces y de penas, de amor y odio, de anhelo y repugnancia, en una palabra se ve sujeta al rechazo de las pasiones, pasiones que son casi todas sensaciones materiales, comunicadas al alma inmaterial y transformadas en sentimientos. Pero tambien por este mismo medio la acosa y prostra el dolor intelectual de su condicion en este mundo, y le inspira horror esta existencia, juntamente con el deseo de dejarla, con el amor de la vida verdadera, la pasion de la libertad, el anhelo de la inmortalidad, en fin la sed de la eternidad de Dios; sentimientos que pueden degenerar en desesperacion, en delirio calenturiento, en suicidio.

XVII

Pero como esta segunda facultad, el sentimiento, imprime al alma, mediante el juego de las pasiones, del placer y del dolor, una actividad orgánica de que careceria si fuese exclusivamente intelectual su esencia, le era necesario para dirigir y gobernar

esta actividad, una facultad tercera de una naturaleza superior á la inteligencia y al pensamiento, que lleva el nombre de conciencia.

Esta tercera facultad forma el verdadero complemento del alma humana; pues le comunica lo que no pudieran comunicarle las dos primeras: la moralidad. Además es de una naturaleza mas divina que las dos precedentes, pues existe independientemente de nosotros, siendo, por decirlo así, la justicia de Dios innata en lo mas íntimo de nuestro sér, y tanto mas santa cuanto que no es libre. La inteligencia puede engañarse, el sentimiento descarrarse, pero jamás podrá flaquear la conciencia, esto es, el instinto absoluto é incorruptible de lo justo é injusto, del bien y del mal, del crimen y de la virtud, instinto superior á nuestras pasiones y á nuestras culpas, y que nos juzga sorprendiéndonos en flagrante delito de nuestras flaquezas é iniquidades.

La conciencia es la facultad que nos pone en estado de obrar segun Dios y segun el hombre, de elevarnos hasta la virtud, de medir la altura de nuestras caídas, y repetir esta palabra sublime de Job y de la humanidad: Me arrepiento. Por la conciencia, podemos condenarnos á nosotros mismos, como Job, á satisfacer voluntariamente por el mal cometido en pensamiento ó palabra, y anticipar á la justicia de Dios por esa expiación de cuerpo ó espíritu que denomina penitencia el patriarca de Hus.

Este código de la conciencia de la humanidad es tan innato y se halla tan arraigado en el corazón del hombre que, por do quier y en todos tiempos ha sido redactado por todos los legisladores sagrados y profanos con formas diferentes de costumbres, si bien con la misma uniformidad de propósito deliberado de santidad y justicia. Véanse los códigos de la India, ábranse los libros de la China, consúltese la ley de la Persia, recórranse los anales del mundo entero, y nos convenceremos palpablemente que Buda, Zoroastro, Confucio, Pitágoras, Sócrates, Platon, Moisés, concuerdan en las ideas, y que, si cambia el dogma, si truécanse las costumbres, la conciencia se conserva innata é idéntica en todos tiempos y latitudes.

XVIII

Tales son las ideas que me sugiere la filosofía especulativa sobre la naturaleza del alma humana. Tales eran igualmente las ideas de Job ó de la filosofía antidiluviana, transmitida y como filtrada tradicionalmente, desde la grande aurora intelectual en el Eden.

Estas ideas verosímiles las reputo; pero ¿son acaso verdaderas? ¿Quién osará afirmarlo? ¿Hay tanta distancia de nuestros pensamientos á los del Eterno! El punto de vista universal é infinito del

Criador debe ser tan diferente del punto de vista estrecho, finito y tenebroso de la criatura, que, por el hecho solo que parezca verdad al hombre tal pensamiento metafísico, puede parecer error, pequeñez y quimera al Omnipotente.

Pero por otra parte, siendo hombres, nuestra naturaleza humana nos permite tan solo raciocinar y sentir con la conciencia que Dios nos ha dado, para conversar con nosotros mismos y con su esencia suprema.

XIX

Ahora bien, llegando á la parte práctica, ¿qué puede concluir filosóficamente, en estas tinieblas y en esta distancia infinita que la separa de su Criador, el alma humana condenada por la voluntad suprema al suplicio continuo y á la semi-noche de la existencia?

Desde luego puede y debe concluir que, pues tal sucede, así plugo al Todopoderoso, y pues así le plugo, la cosa es tan necesaria como perfecta, si se considera que solo lo necesario y perfecto puede dimanar de la voluntad y perfección supremas.

Una vez adquirida esta convicción (y la cosa no es discutible), podemos formar las conjeturas mas santas y mas verosímiles para explicarnos, en tanto como es posible, esta existencia tan breve é inex-

plicable de miserias, muerte y tinieblas, á la que quiso llamarnos el Altísimo á su hora debida, en este punto imperceptible de su universo.

¿Cuales son las mas verosímiles y las mas santas de estas conjeturas, segun la razon, segun la fé de todos los grandes ingenios, desde Job hasta nuestros dias? Vamos á exponerlas en pocas palabras :

El hombre es una criatura en la cual todo anuncia un decaecimiento de una perfección primitiva, á consecuencia de un trastorno físico, ó de alguna catástrofe moral que solo dejó subsistir los restos del naufragio de la humanidad primera. Segun la tradición cristiana, el *pecado entró en el mundo*, y con el pecado el dolor y la muerte. Tal vez por otra parte cuanto vemos no pasa de una prueba, y lo cierto es que la razon reducida á sus propias fuerzas es infructuosa.

De un modo ú otro la vida es un suplicio, y errado andaria quien buscasse en nuestro corto tránsito en este planeta, algo mas que el dolor.

Pero este suplicio es una rehabilitación póstuma si lo aceptamos con resignación, como nos lo asegura la palabra de aquel Dios que no puede engañarse ni engañarnos. Así nuestra confianza, nuestra fé debe reposar en la justicia del Criador, esto es, en una de sus innumerables perfecciones infinitas. ®

Para que esta rehabilitación tuviese efecto, era necesario que el hombre fuese libre de merecer su rehabilitación y su inmortalidad en la otra vida.

Para que fuese libre, era preciso que hubiese

combate meritorio y con armas iguales entre la inteligencia y las pasiones, y que la conciencia fuese el juez supremo de la victoria ó de la derrota.

Para que fuese posible este combate cuyo precio es la inmortalidad, era indispensable que envolviesen á nuestra alma tinieblas bastante espesas para autorizar la duda, y suficientes luces para iluminar nuestra fé.

Sin estas tinieblas, la evidencia de Dios hubiera fulminado el alma de verdad y de virtud, establecido un equilibrio forzoso entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas; imposibilitado el pecado, y despojado de todo mérito á la santidad. En otros términos el hombre no hubiera cooperado á su propia destinacion, cesando de ser libre hubiera cesado de ser hombre, su virtud forzosa lo hubiera degradado de toda espontaneidad, y la voluntad hubiera perecido con el libre albedrío. Ahora bien, ¿qué hubiera sido la creacion sin la voluntad? La materia.

Esta teoría que enunciamos nos presenta, no seguramente la palabra, sino la sombra de la palabra divina relativamente al enigma de las miserias y tinieblas de nuestra condicion humana. Duro es el fallo, pero pronunciado por el Omnipotente, y arrastrar las cadenas de la existencia, tal es la condicion impuesta á la prole de Adam. Un dia nos será revelado este misterio en toda su verdad y plenitud. Entonces podremos bendecir y adorar este arcano sublime que, en este valle de lágrimas, afana nuestro corazon y abruma nuestras potencias.

XX

En esta condicion, no aceptada sino forzosa, que resulta al hombre de su existencia tenebrosa y miserable en este mundo, dos filosofías solicitan nuestra opcion en sentido opuesto :

La filosofía de la rebelion, como la del Satanás bíblico ó del mismo Job al principio del poema, resultante de la demencia de la voluntad humana sustituida á la voluntad divina;

O bien la filosofía de la resignacion, de la fé, de la aceptacion, del arrepentimiento, de la inmortal certidumbre. — *Scio quod Redemptor meus vivit.* — Sé que hay una justicia y una rehabilitacion en el cielo. Tal es la filosofía de la razon, pues Dios, como dice Elihu al patriarca de Hus, excede en sublimidad á su criatura. Al mismo tiempo tal es la filosofía de la necesidad, pues el Criador, como sus obras lo indican al santo varon, posee un poder infinito, y no así nosotros; tal es igualmente la filosofía de la santidad, esto es, la conformidad, como nos dice el Evangelio, de la voluntad miserable, frágil y perversa del hombre con la voluntad perfecta, santa y divina de Dios; tal es por último la filosofía que diviniza la voluntad humana, pues esta adquiere un reflejo procedente del trono del Altísimo al asimilarse á la voluntad divina.

Todas las demás filosofías solo sirven para enco-
nar nuestras llagas y vertir nuevo veneno en este
cáliz humano, tan salado y tan amargo por nuestras
lágrimas continuas.

Comprendo como Job que el alma humana, irri-
tada é indignada al principio de sus tribulaciones,
por un suplicio que la tuerce y su sér desencaja,
sin que le conste porque lo ha merecido, llame
á su Criador en juicio ante esa eterna equidad
que protesta en lo mas íntimo del corazon del aba-
tido patriarca, y le diga: « Maldita sea la noche en
que fué concebido un hombre. »

Seguramente es un pecado el blasfemar contra la
existencia, pero de todos es el mas noble, pues es el
mas fiero y valeroso, como el grito del reo que en
afrentoso patíbulo, arrostra el furor de sus verdu-
gos y reta audaz la saña de sus perseguidores. Pe-
cado es este de los pechos denodados, y cuya gran-
deza estriba en su locura. ¡Ay! ¿quién de nosotros
no lo cometió en su vida, sobretodo si le cupo en
dote una fibra palpitante de fortaleza y energía, que
gime, ruge y se tuerce bajo los tormentos de la
vida y de la muerte, procediendo del suicidio del
cuerpo, hasta la blasfemia, que es el suicidio del
alma? Por mi parte, confieso con vergüenza y
dolor, tal es el crimen que ha ejercido mayor se-
duccion en mi vida, si bien hace tiempo que digo
como Job: *Pequé y me arrepiento*. Estas son las dos
palabras de todo lo que vive, de todo lo que piensa
y de todo lo que peca en este mundo.

La humildad es la verdadera gloria del hombre,
la palabra mas bella del fulminado patriarca, el
precepto mas santo del Evangelio; y el que instituyó
este prosternamiento interior del alma, estableció
el único vínculo del espíritu humano con su Criador.

XXI

No podemos menos de repetir aquí, lo que hace
pocos dias decíamos relativamente á un poeta mo-
derno cuyos labios exhalaron las sublimes blasfe-
mias de Job, mas no las palabras de humildad del
santo varon de Hus.

Toda persona que ha vivido un cierto número de
años en esta tierra, y cuyo pensamiento ha pene-
trado hasta el tuétano de la vida, debe adoptar una
ú otra de estas dos conclusiones y abrazar uno ú
otro de estos dos partidos extremos: el desprecio de
sí mismo, del hombre y del mundo criado, ó el res-
peto de la obra divina y la adoracion del divino ar-
tífice; en otros términos, el sarcasmo y el suicidio,
ó la resignacion paciente y la oracion procedente de
la fé. Y errado andaria quien creyese que las almas
vulgares son las que deliberan por algun tiempo
consigo mismas antes de preferir la esperanza á la
desesperacion, el pio entusiasmo á la amarga risa,
la vida moral al suicidio del alma. No, la mayor

parte de las veces son las almas magnánimas y sedientas de ideal, cuya grandeza y aspiración precipitan en esta impiedad de espíritu.

Mientras mas favorecido se halla un hombre por la naturaleza, mientras mayor dosis posee de imaginación y sentimiento, mientras mayor facultad le cupo de pensar ó amar, mas vulnerado se halla en su inteligencia, mas magullado en su sensibilidad por ese torbellino humano *en que nada existe de lo que existir debiera*, antes de llegar por la muerte á esa morada divina *en que existirá todo lo que debe existir*. El hombre que posee tan favorable organización, siente en sí mismo un poder de vida interior capaz de gastar millares de cuerpos y millares de siglos, sin haber embotado solamente su facultad de ser, al paso que una ley fatal lo condena á adherir á un puñado de corruptible arcilla, amoldada en forma de órganos que caen arruinados despues de un corto número de auroras y crepúsculos, á pesar de todos sus esfuerzos para restaurarlos incesantemente y comunicarles un poco de esa inmortalidad que siente en lo íntimo de su sér.

La necesidad de pensar lo devora, y cada vez que concentra su mente en los objetos mas dignos, sus pensamientos como aves cuyos ojos sacara el pajarero cruel, van á chocar, estallarse y confundirse contra los límites de su horizonte, esto es contra el misterio, contra lo desconocido, contra lo inexplicable.

La aspiración de la felicidad lo atormenta, y cada

uno de los órganos que parecen haber sido criados para pedirle y darle la dicha procedente de la plenitud del sér, no le acarrear mas que desencantos, quebrantos, angustia en el alma y dolores en el cuerpo.

Si ama, ve perecer bajo sus ósculos al objeto de su ternura. Su corazón anhela amar eternamente lo que amó una vez, y su vida es una despedida continua sin nuevo encuentro.

Si la suerte le es benigna, si se realizan sus votos, la muerte se le presenta esgrimiendo sobre su cabeza su fatal guadaña, y trocando su felicidad en desesperación por el sentimiento de lo efímero de los placeres á que puede aspirar en este mundo.

Si su suerte es acerba é intolerable, no conoce la existencia mas que por el dolor, y echa de menos la nada en que á lo menos dormía sin soñar.

Si, fuera de sí mismo y de este mundo visible, busca afanoso su pensamiento un mundo mejor, encuentra este mundo á que aspira como puerto de refugio, lleno de terrores y suplicios, y se ve condenado á caminar entre la superstición y el ateísmo, como sobre el filo del sable entre dos abismos profundos.

Si, prescindiendo de su propia personalidad, se sacrifica lleno de abnegación y en vista de Dios, á la mejora de su linaje, al progreso de la razón y al fomento de las instituciones humanas, su sola recompensa es el ludibrio ó el martirio, pudiendo notar que los hombres formados en todos siglos y

latitudes con el mismo cieno, cambian de forma sin cambiar de naturaleza; que pueden ser amasados de diferentes modos con el fango, pero nunca llegará éste á adquirir las propiedades del bronce, y que el progreso indefinido en esta tierra es el sueño tan falaz como presuntuoso de la humana arcilla que quisiera llegar á ser Dios y nunca pasará de polvo. Así aunque superase á la humana grey por su naturaleza, aunque fuese semi-dios como Prometeo, se ve obligado á reconocer su error en su hora postrera y exclamar, dirigiéndose al Criador, como Cristo en la cruz: « ¿Porqué me habeis abandonado en mi obra? » Los hombres quieren ser engañados, encadenados, inmolados; y así no es de extrañar que divinizen á los conquistadores que los degüellan, y guarden tan solo el escarnio ó el suplicio para sus libertadores, pues la mentira y la servidumbre solo pueden complacerse en las cosas que guardan cierta conexión con su naturaleza propia. Un hombre verdaderamente grande no puede menos de avergonzar y confundir á la especie á que pertenece; así, es necesario hacerlo desaparecer cuanto antes de este mundo, para que su virtud no humille al género humano. La copa de Sócrates, la cuchilla de Catón, el imperio de César, tal es el mundo.

En presencia de tanta miseria y bajo la ley histórica é inmutable de semejante destino, ¿qué puede quedar al hombre de genio y buena voluntad? Solo el vivir resignado mirando con gravedad las

cosas ó bien proceder con tono fison y decir: « ¡Oh « Júpiter, que chanza tan pesada fué la tuya al formar una gente como nosotros! »

En efecto, cuando hay medio de combatir cuerpo á cuerpo contra un destino que nos avasalla por su fuerza superior, y nos escarniza desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias, la sola venganza que nos queda es la risa, esto es, la mofa de esta suerte implacable, el desprecio de los hombres y de nosotros mismos, la asociacion á esa irónica carcajada que resuena desde el principio del mundo hasta la época presente detras del telon del teatro humano, y exclamar, como ya lo decia en su tiempo el rey Salomón, falsamente reputado sabio: « Amemos, riámos, bebamos, divertámonos pues todo « lo demas es vanidad. » Cantar así su propio envilecimiento, celebrar en tales términos la vergüenza propia, solo puede proceder de un amargo deleite, de un orgullo acerbo del ente humano que parece proponerse únicamente vengarse de la suerte que fango nos hizo, enbadurnándose con su propio lodo y diciéndole así desfigurado: « ¿A qué no me « desprecias tanto como yo me desprecio á mí « mismo? » De este modo se vuelve noble la risa, trasformándose en imprecacion y blasfemia.

Tal procede Cervantes, tal el Ariosto, tal Rabelais, tal Voltaire en su *Doncella de Orleans*, tal lord Byron en su *Don Juan*, tal todos los filósofos, tal todos los prosadores burlescos que, impresionados profundamente por la miseria humana y desprovistos

de la generosidad que obliga á los nobles corazones á compadecer las desgracias de sus semejantes, se refugian en la ironía y el sarcasmo. No obstante, debemos reconocer que existe cierta grandeza en esas chocarrerías y en esos brincos descompasados sobre un sepulcro, pues la blasfemia arguye cierta grandeza. Tal es la orgía de los escépticos, la *danza de difuntos* de la poesía, la blasfemia heroica de Job traducida en lengua gala, lengua del gracejo mordaz por excelencia.

Un poco de genio conduce á esas ironías y blasfemias, pero un genio superior aparta de tan mísera senda; y un escéptico no pasa de un hombre de chiste que no ha pensado lo bastante y se ha quedado en la mitad del camino, si bien á veces puede ser un hombre de profunda sensibilidad que no tuvo fuerzas suficientes para soportar el dolor.

Si los grandes ingenios que honran los anales humanos en lugar de permanecer en la superficie, escandalizarse por la apariiencia, ó desanimarse al ver la miseria y dolencia que aquejan á la humanidad desde luengos siglos, hubiesen orado como los santos, meditado como los sabios, ó combatido como los héroes, seguramente no se hubieran constituido los bufones, sino los consoladores de su propia progenie, y hubieran exclamado como Job:

Este mundo, que evidentemente acusa un poder sin límites, no puede ser al mismo tiempo obra de un poder demente, pues no es dado á la humana mente concebir á Dios cuya esencia es la santidad

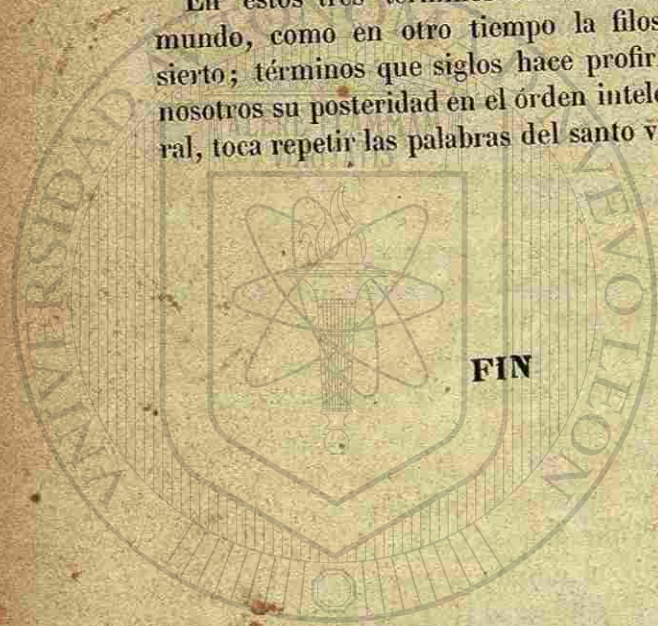
misma, como un chocarrero insulso, ni condenar su obra al desprecio de sí mismo y de los seres que formara su omnipotencia, sino á su propia admiración y á la adoración de sus criaturas. Así, esta aparente irrisión de las cosas humanas oculta un misterio divino, y este misterio es la sabiduría y bondad del Criador. Nuestro deber y nuestra virtud es adorarlo sin comprenderlo, pues si así no fuese, no habría virtud sino evidencia. Dios quiere ser entrevisto y no visto en su obra, y esta luz escasa que nuestra mirada solicita, es el misterio que á nuestra inteligencia abruma. En otros términos, este mundo es un crepúsculo, y la plena luz sola existe mas allá de la tumba. Así no hay que reir de la obra para no ofender el artífice, pues la risa degrada la naturaleza en vez de comprenderla, y no consuela á los sinsabores humanos sino los acrecienta. Todo el que adora es grave, y el que consuela tierno. Divertir el mundo á costa del mundo, es corromper y no edificar al prójimo. Dejémosle á lo menos la dignidad de sus cadenas y el orgullo de su dolor, y si no podemos respetar al hombre en Dios, respetemos á lo menos á Dios en el hombre.

Tal es el language del poeta y del filósofo verdadero; tal es la filosofía de Job despues de haber disuelto su orgullo en torrentes de lágrimas y haber proferido esta exclamación sublime: « Me humillo, me arrepiento. »

Adheramos á estas dos palabras que nos con-

ducirán á otra tercera que completa la trinidad humana : « *Y espero.* »

En estos tres términos estriba la filosofía del mundo, como en otro tiempo la filosofía del desierto; términos que siglos hace profirió Job, y á nosotros su posteridad en el orden intelectual y moral, toca repetir las palabras del santo varón.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Paris. — Imprenta de P.-A. BOURDIER y C^o, calle Mazarine, 30

